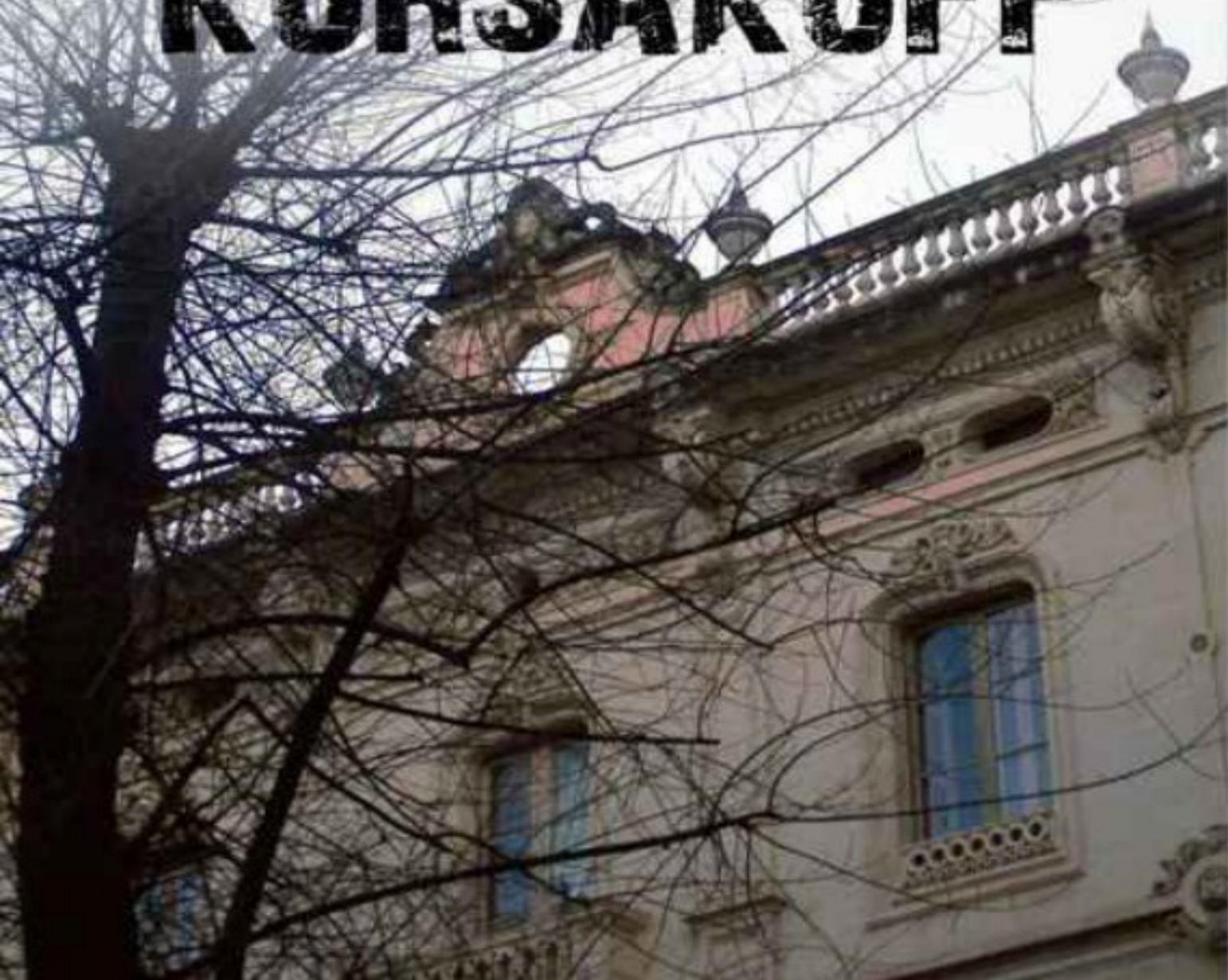


ALBERTO FAUSTO

**EL
SINDROME
DE
KORSAKOFF**



EL SÍNDROME DE KORSAKOFF

A. FAUSTO

Este libro se publicita y distribuye a través de la página Web:

<http://www.descubreelsindrome.com>

*A mi madre, por enseñarme el valor de las palabras.
A mi hermana Raquel, por estar siempre ahí.
A mi hermano David, por estar a su manera.
A la mujer de las siete lunas, por creer en lo que hago,
y a mi tía Maricel, por sentir este proyecto como suyo.
Gracias de corazón.*

Index

PRÓLOGO

PARTE I - CONDENA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

PARTE II - PURGA

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

PARTE III - REQUIEM

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

PARTE IV - EXEQUIAS

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPITULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

OTROS TRABAJOS DEL AUTOR

PRÓLOGO

Cuando despertó, el hedor a muerte lo invadía todo. Un olor pútrido y macabro, que penetraba por sus fosas nasales produciéndole una extraña sensación. Hasta la última fibra de su cuerpo se erizó, mientras aquel sentimiento nauseabundo se apoderaba de él.

Sus sentidos estaban anulados, y comenzaban a despertar lentamente de un profundo letargo, al que no recordaba cómo había llegado. Entonces lo supo, supo que aquello que recorría sus venas era el terror verdadero. Nunca había experimentado nada semejante, aquel presentimiento grotesco, que parecía anunciar que no había vuelta atrás.

Sus músculos estaban totalmente rígidos, era incapaz de mover un solo dedo. Intentaba sin éxito levantar los brazos, para comprobar qué era aquello que se le escurría entre los dedos. Los sonidos eran vagos, todo cuanto le rodeaba se convertía en un eco cacofónico que no hacía sino empeorar su aturdimiento. La vista, totalmente nublada, como queriendo abstraerlo de aquello tan terrorífico y dantesco, que no sabía siquiera si se atrevía a descubrir.

Deseó con todas sus fuerzas despertar de aquella pesadilla, e hizo un esfuerzo sobrehumano por mover sus extremidades, que seguían repletas de aquella cosa viscosa que no acertaba a ver. Era indescriptible aquella parálisis, aquel estado catatónico en el que se encontraba. Sin embargo era consciente de que estaba allí, y de que aquello no era ninguna pesadilla.

Poco a poco pudo captar los primeros detalles mediante el tacto. Se encontraba de rodillas, sobre algo blando. Quiso levantarse y apartarse de aquello que desconocía, pero seguía sin poder moverse. Aquel líquido seguía cayendo por sus brazos, y podía notar cómo se formaban gotas al final de sus dedos, que se deslizaban desde lo alto para precipitarse hacia lo desconocido.

Comenzó a recordar algo. Una fiesta. Sí, lo último que recordaba era aquella fiesta. El libro... ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba? Hollis le había ofrecido una copa mientras hablaba con los invitados... ¡Los invitados!

Ahora aquellos ruidos ensordecedores e indescriptibles comenzaron a tomar forma, podía diferenciar alguna de las voces que escuchaba, aunque no sabía lo que decían. Parecía que la cabeza fuera a estallarle de un momento a otro, bombardeada por aquellas percepciones inhóspitas que le llegaban de todos sus sentidos.

¿Por qué no entendía aquellas voces? ¿Por qué no era capaz de distinguir qué decían? Entonces se dio cuenta de que no hablaban, sino que gritaban, gritaban con auténtico pavor, como si fuese el fin del mundo.

Se frotó los ojos, y se sintió reconfortado al ver que esta vez sí había conseguido mover los brazos. La sustancia viscosa de sus manos le impregnó las retinas y parte de la cara. Se frotaba los ojos frenéticamente, casi en estado de *shock*.

Su visión se fue tornando del negro al rojo. Al principio no distinguió nada, solo sombras teñidas de aquel color agobiante. Ahora notaba el líquido también en su rostro, caía por sus mejillas, y una gota le llegó a los labios. Era dulce, y otra vez tuvo aquella sensación terrorífica de que había sucedido algo espantoso.

Lo primero que distinguió fueron las cortinas. Aquellas cortinas verdes que a su madre tanto le gustaban. Sin embargo no las veía verdes, se habían vuelto completamente purpúreas. Movié la

cabeza a ambos lados, adivinando a duras penas vagas sombras que parecían cernirse sobre él.

Después miró al suelo, y todo volvió a encajar repentinamente. Durante unos pocos segundos fue capaz de reconocer las voces que gritaban. Sintió todavía más fuerte aquel hedor nauseabundo con el que había despertado, que ahora llenaba sus pulmones por completo. Pudo advertir que el fluido que empapaba su cuerpo estaba caliente, y estuvo a punto de vomitar.

Por último lo vio. Bajo sus rodillas, reconoció qué era aquello sobre lo que estaba postrado. Vio el cuerpo, y enloqueció. Cuando su cabeza golpeó el suelo repetidas veces, no sintió dolor. No experimentó dolor mientras aporreaba con todas sus fuerzas el frío piso. Tan solo sentía el ir y venir de su frente, aplastándose contra el pavimento, y de nuevo pudo percibir la fluidez de la sangre, esta vez suya.

PARTE I - CONDENA

CAPÍTULO 1

Ricardo Maurer era un hombre solitario. Sus fallidos intentos por establecer una familia le habían llevado a vivir como un ermitaño, dedicado al cien por cien a lo único que realmente le apasionaba: su trabajo. Obsesionado con el orden y la limpieza, mantenía bien ordenada su colección de vinilos de música clásica.

El escritorio de su despacho se encontraba repleto de libros: medicina común, psicología, neurología... Los había leído todos, y varias veces; aquello le mantenía en forma, como a él le gustaba decir. No era el tipo de persona que tras sacarse el doctorado se dedicaba simplemente a vivir la vida. No, el doctor Maurer no era así. Él prefería el conocimiento, continuar aprendiendo. Al fin y al cabo un título no era más que eso, un título, que sin una continuada labor de mantenimiento con los años se convertiría en un papel amarillento, lleno de polvo.

Lejos de esto, su diploma colgaba reluciente en la pared de su consulta, en un marco sencillo, y con un cristal brillante que lo protegía de la humedad y de las manazas inquietas de algunos de sus pacientes. Hacía poco que se había doctorado en psicología, pero estaba seguro de que llegaría lejos. Era ese tipo de persona optimista, que no importa cuántas veces caiga, siempre se vuelve a levantar.

Sabía que tan solo necesitaba algo de suerte, un caso polémico quizá, algo que salpicara a la prensa, sencillamente algo de publicidad, después todo sería un camino de rosas. Acababa de abrir su consulta en la calle San Nicolás, y le gustaba pensar que la llegada del éxito era solo cuestión de tiempo. Tenía una confianza férrea en sus propias aptitudes, y en realidad era una persona inteligente, bastante por encima de la media a decir verdad.

Al principio, los pacientes que llegaban a su consulta solo eran púberes imberbes con problemas de conducta, o parejas que buscaban en la psicología una forma de salvar su relación. El doctor Maurer los recibía cordialmente, y lo primero que veían ellos era aquel título colgando de la pared, en su sencillo marco, y con su cristal pulcro e impoluto.

Eran casos sencillos, que no representaban ningún verdadero problema para él. La mayoría de veces tan solo tenía que buscar la raíz del desorden, y hacer que el cliente se percatara del porqué de sus desequilibrios emocionales. Esto, en el noventa por ciento de los casos se limitaba a disputas conyugales, celos irracionales o traumas infantiles no resueltos. En la más grave de las coyunturas, se encontraba con alguien que había perdido a un ser querido, alguien que tenía problemas con el alcohol, o conflictos de identidad sexual... Nada que no pudiera resolver con una terapia continuada.

A ser posible, prefería no utilizar fármacos, no era partidario de mantener drogados a sus enfermos a no ser que fuese realmente necesario. Esto le produjo más de una enemistad entre el resto del gremio, que no aprobaba sus métodos, y por ello se vio obligado a trabajar por libre, sin la censura de ningún compañero que pudiese desaprobar su forma de obrar. En cuanto le fue posible montó aquella pequeña consulta, que la verdad no iba nada mal. Solo esperaba ese proceso, ese sujeto que sabía que algún día llegaría y sería su oportunidad para hacerse valer.

Allí nadie le recriminaba nada, podía trabajar libremente, y dejarse llamar psicólogo o psiquiatra sin distinciones, algo que hubiese levantado ampollas entre cualquiera de los dos gremios, y sobre todo entre sus colegas psiquiatras, que tenían tendencia a creerse superiores. Él, por su parte, y haciendo gala de su particular forma de ser, no se había conformado con estudiar psiquiatría, y más

tarde se había especializado en psicoterapia. De ahí la indiferencia que le provocaba el hecho de que le llamasen de un modo u otro.

Escapó de sus propios pensamientos, debido a un sonido fácilmente reconocible. Nada más descolgar el teléfono, escuchó unos sollozos femeninos al otro lado del hilo, y aquello le hubiese sobresaltado, de no ser porque había recibido infinidad de llamadas como aquella, de hecho resultaba una perfecta definición de todas ellas.

—Consulta del doctor Maurer, adelante —anunció con tono aburrido.

—Es mi hija, doctor. No está bien —pronunció una voz temblorosa.

—Bueno, lo primero tranquilícese. Dígame su nombre para que pueda dirigirme a usted.

—María Morain.

—Perfecto señora Morain. Cuénteme, cuál es el problema.

El hilo telefónico no devolvió respuesta alguna y el doctor tuvo que insistir.

—Ha dicho que se trataba de su hija...

—Cada día está peor... No come nada, y está muy débil.

—Bueno, creo que sería mejor que acudiera a mi consulta y me explicara lo que sucede exactamente.

De nuevo un incómodo mutismo, la señora parecía pensar para sí misma, y Maurer sabía que estaba al otro lado del teléfono, porque escuchaba su respiración entrecortada.

—Tranquila, no voy a cobrarle por la primera cita, si es eso lo que le preocupa. Usted me cuenta todo detalladamente, y yo le ofrezco posibles soluciones. ¿Le parece bien?

—No lo sé... Mi marido tendría que saberlo —se la escuchó dudosa.

—Mire, si de verdad su hija está tan mal como dice, es mejor que venga a hablar conmigo cuanto antes.

El doctor tuvo que esperar de nuevo a que la voz castigada hiciera eco en el audífono.

—Está bien. Hablaré con usted.

—No se arrepentirá, señora, se lo prometo. Puede pasarse mañana por la mañana a las once, si le viene bien.

—Sí, sí... Allí estaré.

Era martes, diecisiete de noviembre, y no aparecía por ninguna parte. El psicólogo esperó algo más de media hora, hasta darse cuenta de que la mujer no iba a acudir a la consulta. No pudo evitar pensar si su marido tendría algo que ver con su ausencia, y recordó lo amedrentada que parecía a la otra parte del hilo, cuando le hizo entender que él no sabía nada de aquella llamada.

El resto del día lo pasó en la consulta. Aunque no tenía que recibir a ningún paciente, dedicó el tiempo a ordenar todo el papeleo y a poner al corriente los informes tras las últimas sesiones de terapia. Cuando acabó, ordenó religiosamente todo el escritorio. Archivó todos y cada uno de los documentos en los que había estado trabajando, detuvo el tocadiscos, y retiró y guardó cuidadosamente el vinilo que había estado sonando durante toda la tarde, la Sonata para piano número 14, de Ludwig van Beethoven.

Aquella música era para él arrebatadoramente magistral. Cada nota era una exquisitez para su refinado paladar musical. Aunque no entendía de solfeo, la melodía transportaba al doctor hasta donde él quisiera viajar. La música era su panacea, su cura contra todo mal, y era de la opinión de

que si sus pacientes se hubieran criado escuchando aquellas notas, probablemente no necesitarían acudir a sus modestas sesiones de terapia.

Fue a la tarde siguiente, cuando esperaba a otra paciente, que alguien golpeó a la puerta. El doctor aguardaba a una compradora compulsiva que estaba resultando más difícil de soportar de lo que un principio había pensado. Durante cada sesión, se dedicaba a enseñarle los nuevos modelitos que había adquirido a base de tarjeta de crédito, y él comenzaba a preguntarse si en realidad quería solucionar su problema o tan solo acudía a cada cita para sentirse menos culpable.

—Adelante —pronunció intentando ocultar su desgana.

No hubo respuesta al otro lado del umbral, solo silencio.

— ¡Adelante, pase!

La manilla de la puerta emitió un sonido a óxido cuando giró. Poco a poco, una grande y oronda silueta fue apareciendo tras el portal, y el doctor supo de inmediato que aquella no era la paciente que estaba esperando.

Era una mujer si no muy mayor, sí muy castigada por los años. Mediría un metro sesenta aproximadamente, y estaba excesivamente gorda. Llevaba un chaquetón de piel enorme con hombreras, que le llegaba casi hasta los pies. Tenía el pelo ferozmente rizado, y con un tinte rubio barato que desentonaba con lo ostentoso del abrigo. Sus facciones estaban marcadas profundamente. Su rostro estaba lleno de arrugas muy marcadas por la edad; y su cuello, tapado por varios collares de perlas que intentaban sin éxito ocultar los pliegues de su flácida piel. Tenía los ojos de un azul intenso, y una de esas miradas que tienen los ancianos, una de esas expresiones mezcla de abatimiento, nostalgia y sabiduría.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarla? —masculló el doctor mientras se levantaba y se acercaba lentamente a ella, sin saber muy bien cómo recibirla.

—Hablamos por teléfono hace dos días. Soy María Morain. ¿Lo recuerda?

—Por supuesto. El caso es que ya no la esperaba...

—Lo sé, y discúlpeme, he venido para hablarle de eso doctor. Ya no sé a quién acudir —su tono se volvió más grave.

—Le prometo que haré todo cuanto esté en mi mano, pero ahora tengo que recibir a una paciente. Si paciente, si le parece, podemos quedar el lunes.

—No..., por favor, doctor, necesito que sepa qué es lo que está ocurriendo, llevo demasiado tiempo guardando para mí misma todo este asunto —afirmó la oronda mujer mirándolo a los ojos.

El doctor Maurer sospesó las opciones rápidamente y, definitivamente, no le apetecía quedarse allí a ver la próxima colección primavera verano que seguro le mostraría su siguiente paciente.

—Espere, de acuerdo. Vayamos a algún sitio en el que podamos hablar tranquilos. Quiero ayudarla, pero necesito que me lo cuente todo.

—Está bien, conozco un sitio cerca de aquí.

Aquel asentimiento repentino por su parte hizo que el doctor se sintiese estúpido, había logrado que dejara a una de sus pacientes y abandonara la consulta, algo que no había hecho nunca. Sin embargo, la curiosidad lo corroía hondamente, y descubrir qué demonios le pasaba a la hija de aquel vejstorio se había convertido en casi una cuestión personal. Dejó una improvisada nota en la entrada del despacho, excusando su ausencia, y salió de allí en compañía de la mujer sin saber muy bien a dónde se dirigían.

Eran ya las siete y treinta y cinco minutos de la tarde cuando llegaron a la cafetería Campanas.

Era un lugar acogedor y tranquilo en el que Ricardo había estado más veces y, aunque no le pareció del todo adecuado para aquella reunión, no replicó por temor a incomodarla.

Pasaron al fondo del local, y se sentaron en una mesita en la esquina, desde donde podía verse toda la plaza a través del ventanal. La señora permanecía en silencio, mientras el doctor la examinaba minuciosamente, como si fuese uno de sus pacientes.

— ¿Qué van a tomar? —preguntó un joven camarero vestido de negro.

—Yo tomaré un café solo, largo —anotó el doctor sin desviar apenas la mirada.

—Para mí, una tostada con mantequilla y mermelada y un café con leche, por favor.

—Enseguida.

Esperaron unos instantes a que el trabajador se alejase lo suficiente, y se aseguraron de que no hubiera nadie cerca que pudiese entrometerse en la conversación que estaban a punto de emprender.

—La escucho —afirmó él completamente serio.

Ella puso las dos manos sobre la mesa, y entrelazó los dedos de ambas. Después, miró a los ojos al doctor, y este sintió de nuevo aquella mirada melancólica.

—Señor Maurer, no sabe lo que supone para mí contarle esto —hizo una breve pausa—. Pero si lo hago es porque ya no tengo alternativa, la situación ha llegado al límite, y siento que si no actúo rápidamente, puede que pronto tengamos que lamentar una desgracia.

La atención que depositaba ahora sobre ella era total, no había nada ni nadie que pudiera interponerse entre ambos.

—Cuando ayer le llamé, acababa de suceder otra vez..., pero, bueno, creo que es mejor que se lo cuente todo desde el principio.

—Sí, cuantos más detalles me proporcione más fácil me será ayudarla.

—No sé si habrá tenido muchos casos como este, pero desde luego para mi familia se está convirtiendo en una auténtica pesadilla. Mi hija ha sido siempre la hija que toda madre quisiera tener, y no lo digo como su madre que soy, lo digo porque es cierto. Debería haberla visto hace un par de años... Siempre ha sacado muy buenas notas, y estaba estudiando Medicina en la misma universidad que usted.

El doctor frunció el ceño. ¿Cómo sabía la señora Morain a qué universidad había ido?

—He visto el diploma en su consulta —apuntó ella adivinando su confusión.

—Perdone, continúe.

—Como le iba diciendo, mi hija siempre ha sido una joven ejemplar. Siempre ha sido atenta con nosotros, ni siquiera nos había dado nunca una mala contestación. No ha tenido nunca problemas con las drogas, o al menos que nosotros sepamos, y su círculo de amistades siempre ha sido muy selecto, no sé si me entiende.

— ¿Cuándo comenzaron los problemas?

—Doctor... usted no tiene ni idea, no se trata de dos rabiets de adolescente. Mi hija tiene problemas serios, lo que le pasa no tiene ni...

El camarero llegó con los cafés y la tostada de la señora, que detuvo su relato en cuanto vio acercarse al joven. Un silencio incómodo se respiraba en aquella pintoresca mesita, mientras el joven depositaba lo que habían pedido sobre la mesa. Ninguno de los dos pronunció palabra, simplemente se observaban, hasta que de nuevo quedaron solos.

—Lo que le pasa a mi hija no tiene ni punto de comparación con sus casos de púberes intolerantes, doctor —enfaticó, y parecía que no habría quedado satisfecha sin acabar la frase.

—Mire... He dejado la consulta por venir aquí a que me cuente Dios sabe qué, así que no juegue con mi paciencia. O me cuenta de una vez qué es lo que pasa, o me voy por donde he venido.

La expresión de la mujer cambió por completo. La frialdad se tornó en tristeza, casi miedo, y él pudo percibir un ligero temblor en sus manos.

—Perdóneme, doctor, estoy algo nerviosa.

Seguidamente pegó un buen trago de su café con leche, mientras el doctor pensaba que aquello sin duda no iba a ayudar demasiado.

—Mi hija padece anorexia.

Maurer se encogió sobre la silla, de repente le parecía que toda la cafetería estaba pendiente de ellos, y tuvo que mirar a izquierda y derecha, para cerciorarse de que solo eran manías suyas.

—Nos dimos cuenta hace un par de años, cuando ella tenía diecisiete. Volvió de pasar unos meses con una beca al extranjero, y al principio decía que no tenía apetito por el desorden en los horarios. Pero empezó a adelgazar monstruosamente.

— ¿Han acudido a alguien antes?

—No, nunca había tenido valor para hacerlo, hasta que bueno... escuché que es un problema psicológico, y que hay que tratarlo de raíz. Por eso he acudido a usted.

— ¿Cuál es el estado de su hija en estos momentos?

—Ahora pesará menos de cuarenta kilos. Imagínese, una chica de un metro setenta y cinco de altura. La verdad es que ya no sabemos qué hacer, doctor —aseveró notablemente afectada.

—He tratado más casos de trastornos alimentarios. El proceso es costoso, y en algunos casos hay que mantenerlo toda la vida, pero en muchas ocasiones se supera con éxito la enfermedad. Hay clínicas donde...

— ¿Cree que no hemos intentado ingresarla en una de esas clínicas? No sabe el dinero que suponen y las pocas opciones que hay.

Al doctor le resultó extraño que hablase de dinero, desde el primer momento la había catalogado como una mujer con un fuerte poder económico.

—Escúcheme —le murmuró mientras le apretaba la mano—. Para poder ayudarla, lo primero es que vea a su hija.

Ella hizo un silencioso ademán de arrepentimiento.

—Mi marido no sabe...

—Pues tendrá que decírselo. Si su hija está realmente tan mal, es necesario que la vea inmediatamente.

—De verdad no lo entiende doctor, la anorexia es solo el principio.

Esta vez era ella quien aferraba fuertemente su mano, y sus ojos azules se clavaron en los suyos como frío acero.

— ¿Qué quiere decir...?

—Después comenzó con esas historias. Al principio inventaba cosas sin importancia, pero ahora se inventa relatos completamente hilados y coherentes. No sabemos si lo hace para hacernos daño, o si son simplemente alucinaciones, pero esto está destrozando nuestro matrimonio.

Estaba intrigado, aquellas palabras habían despertado en él una honda curiosidad.

— ¿Qué clase de cosas inventa...?

—Es como si viviera una realidad paralela, y lo peor es que parece creerse sus propias mentiras...

—Por favor, cuénteme alguno de esos episodios.

Un agobiante alboroto hacía que el local careciese de tranquilidad, y el médico tuvo que acercarse a la mujer para poder escuchar lo que decía.

—Cuando lo llamé, había tenido uno de los últimos ataques...

—¿Ataques...? ¿Podría explicarme a qué se refiere?

—En ocasiones se pone muy violenta, dice que le mentimos y pierde el control. Es imposible hacerse con ella durante esos achaques.

—Dígame. ¿Qué es lo que pasó, qué acababa de ocurrir cuando ayer me llamó?

—No paraba de gritar y aporrear la cabeza contra la pared. ¿Y sabe lo que decía doctor?... — Una lágrima se escurrió por su mejilla—. Gritaba como una condenada que la ayudasen, que su padre la había violado.

Diario del Dr. Maurer. 20 nov. 1997.

Los acontecimientos que han venido sucediendo en estos últimos días me sobrepasan. Todo este asunto de Eva Morain... No sé qué creer. Hace tres días su madre acudió a mí desesperada. Ahora lo pienso y no sé cómo pude abandonar a mis pacientes para ir a hablar con ella, pero el caso es que fuimos a la cafetería Campanas, y allí me lo contó todo.

Pedimos un café y, después de unos minutos algo tensos por su parte, me confesó que su hija tenía un problema de anorexia. Si todo hubiese sido eso..., pero, en fin, no adelantemos acontecimientos, debo ordenar las ideas.

El caso es que allí, en la cafetería, la madre de la joven me comentó el problema de su hija, y mientras yo le mencionaba posibles soluciones, me hizo callar diciéndome que no tenía ni idea. Entonces me reveló lo de las supuestas alucinaciones, historias inventadas, o como quiera que se las pueda llamar. Según ella su hija vive una realidad paralela. Parece ser que no distingue entre lo que es real y lo que no, y sustituye lo que sucede por historias de su propia invención.

Todo esto empieza a parecerme extraño; no es habitual que se presenten estos síntomas alucinógenos ligados a casos de anorexia. Pero eso no es todo, además resulta que cuando recibí la llamada de María Morain por primera vez, Eva acababa de sufrir uno de esos episodios, llamémoslo así. Le pregunté a su madre qué es lo que había ocurrido exactamente y se echó a llorar en medio de la cafetería, diciendo que lo último que había inventado su hija era que su padre había abusado de ella.

Resulta estremecedor lo fácil que resulta escribirlo, y lo difícil que era verla desmoronada, ante la mirada de todos los presentes, y haciendo lo increíble por recuperar la compostura.

Le estoy dando vueltas al asunto. Después de aquello le repetí que lo mejor es que viese a su hija personalmente, y ella estuvo de acuerdo, solo me pidió que la viese en su casa, ya que no podía dejarla salir en su estado actual. Yo no sabría cuánta razón tenía hasta un día después...

Esa tarde volví a casa sin pasar siquiera por la oficina. Estuve pensando en la primera vez que me llamó la señora, y en cómo había dicho algo de su marido cuando le dije que acudiéramos a mi consulta. No quería pensar lo peor, pero no podía ir con una idea preconcebida a aquella casa. ¿Realmente era posible que su propio padre la hubiese violado? No debía descartar nada.

Esos pensamientos no me dejaron dormir esa noche, y, la verdad, llevan quitándome el sueño desde entonces. Pero lo peor todavía estaba por llegar...

Por la mañana, me dediqué a cancelar todas las citas de aquella tarde. De nuevo estaba faltando a mi trabajo, pero aquello era algo que debía hacer, realmente este caso merecía un trato prioritario, dadas las circunstancias. No exagero si digo que ese día me duché unas tres veces antes de acudir finalmente a la casa de la familia, tal era mi estado nervioso.

Se hicieron las siete de la tarde. La mujer había insistido en que esperásemos a que se hiciese de noche para que ningún vecino preguntase sobre mi visita. Por suerte era noviembre y el día decaía temprano. Así que a las siete en punto, me puse mi mejor traje y pedí un taxi.

María me había explicado que vivían en una gran casa a las afueras de la ciudad, y aquello era lo que faltaba para envolver a la familia en un aura de misterio que yo necesitaba desentrañar cuanto antes.

Su forma de vestir, de actuar..., parecía sacada más bien de otra época. Con sus collares, y su abrigo de piel, me recordaba a una de esas mujeres viejas y adineradas de las películas antiguas.

El taxista tuvo dificultades para encontrar el lugar. Llevábamos una media hora de trayecto y una luz rojiza en el horizonte anunciaba el ocaso. Poco a poco, la oscuridad se fue apoderando de aquella carretera sinuosa, que se adentraba entre los árboles hacia lo alto de la montaña. Supongo que era mi estado de agitación, pero todo aquello comenzaba a ponerme algo incómodo.

Mientras avanzábamos, el conductor hablaba de trivialidades. ¿Por qué demonios los taxistas no pueden simplemente conducir callados? Estaba a punto de preguntárselo cuando los árboles a los lados de la carretera desaparecieron, y llegamos a un pequeño claro. Allí estaba.

Un gran muro de piedra cercaba los terrenos de la familia, y los separaba de las únicas dos fincas que había a los lados. Pensé en lo que me había dicho la señora Morain, de ser discretos por los vecinos. Si hubiese sabido que solo había dos casas más sin duda hubiese ido de día. Todo aquello era siniestro.

El coche me dejó en medio de aquel terraplén desierto, frente a la casa, y me dijo que volvería dos horas más tarde, tiempo suficiente para una primera toma de contacto. Y allí estaba yo, con mi cartera de piel, en la que llevaba un bloc para tomar notas, algunos bolígrafos, y una grabadora de casetes.

Dos farolillos alumbraban la entrada. La estropeada dama esperaba tras la empalizada, junto a la puerta de metal labrado, de esas afiladas en lo alto para evitar que los ladrones salten. Me abrió, y al moverse la reja, las bisagras emitieron un molesto chirrido.

Subimos unos escalones, hasta llegar a terreno llano. Realmente la familia debía tener dinero, pues la superficie de la finca era vasta. Pude ver una piscina de aguas verdosas mientras avanzábamos hacia la puerta principal del domicilio. El camino estaba alumbrado por luces colocadas a ras de suelo, clavadas en el césped, y llevaba hasta la misma entrada.

Se trataba de una construcción clásica, de dos pisos. Me recordó a aquellos viejos caserones de la época colonial, rodeados de esclavos que labraban la tierra. Por supuesto eso solo eran imaginaciones mías.

Mientras nos acercábamos al pórtico, pude apreciar la inmensurable paz que se respiraba en aquel lugar, que parecía apartado de cualquier otra existencia. El cielo estaba totalmente raso, y pude ver las constelaciones sobre mí, sosteniéndose allá en lo alto unas a otras, tejiendo una red invisible casi perfecta.

Entonces salí de mi ensimismamiento y posé la mirada en una pequeña ventana en la parte más alta de la casa, la buhardilla. Era uno de esos ojos de buey minúsculos, por los que apenas se podía

asomar la cabeza, y la luz que titilaba en su interior me produjo un escalofrío. La otra única lumbre que se podía ver desde afuera estaba en la planta baja, y provenía de un ventanal mucho más amplio y señorial, cuyo interior se presentaba oculto tras unas elegantes cortinas de seda.

—Espero que esté preparado para esto, doctor —me previno la madre de la muchacha mientras introducía la llave en la puerta principal.

Yo, que casi me había olvidado de ella, la escruté de arriba abajo con la vista, y la encontré todavía más vieja que el día anterior. Parecía afligida por un miedo y una desesperación motivados por algo que yo todavía desconocía, y que cada vez me asustaba más descubrir.

Nada más entrar en la casa, un olor rancio a puros habanos lo invadió todo, y pude ver que el humo provenía de una estancia situada a la derecha. La decoración era realmente ostentosa, y muy recargada para mi gusto. Las paredes parecían venirse encima de uno, cuando se detenía un segundo a observar la cantidad de estatuillas, cuadros, jarrones y alfombras que envolvían hasta el último milímetro de aquel recibidor.

—Cariño, ya está aquí el doctor Maurer —masculló apresurándose a la puerta desde donde se escapaba el denso humo.

No hubo respuesta. Escuché un ruido que parecía anunciar que alguien se acababa de levantar del sofá, y luego unos pasos lentos, mientras, el humo se hacía cada vez más espeso. Finalmente, un hombre apareció tras la puerta. Sostenía un enorme puro en su mano derecha, con un gesto desinteresado, mientras de su extremo no paraba de emanar aquel insano aire contaminado. Era lo que se suele decir un hombre bien plantado. Elegante, vestía un traje negro azabache, con una camisa blanca y una corbata negra. Su figura era esbelta, y su postura forzada dejaba entrever la clase de persona que era. Me recordó a un cacique, o a uno de esos terratenientes que habían hecho fortuna a base de la tierra, y era la pieza que faltaba añadir a la casa y a la envejecida señora, para que todo aquello pareciese realmente sacado de una obra antigua. Su rostro denotaba su avanzada edad, y permanecía serio, impenetrable.

—Buenas noches doctor, gracias por venir —me saludó tendiéndome la mano.

—Buenas noches, señor Morain —le correspondí.

El hombre emitió una sonora carcajada, y me miró de arriba abajo como si hubiese dicho algo realmente gracioso. Después, se retiró de nuevo hacia el sofá, y sin sentarse, tiró la ceniza de su puro en un elegante cenicero de cristal de bohemia.

—Acompáñeme, doctor.

La seguí, sin dejar de pensar en lo extraño que era aquel hombre, y en cómo me había dado la espalda sin apenas decir nada. Cuando estuvimos algo alejados de la sala, me pidió que lo perdonase, que le molestaba profundamente que lo llamasen señor Morain, ya que ese no era realmente su apellido.

—Nunca he utilizado el apellido de casada. Y mi marido no soporta comprobar que mi vida social es más ajetreada y divertida que la suya. Creo que ni siquiera los dos vecinos saben su verdadero nombre —decía mientras la seguía por unas anchas escaleras de caracol hacia la segunda planta.

Cuando asomé la cabeza por el último escalón, vi que allí la decoración estaba mucho menos cuidada que abajo. Esta se limitaba a una alfombra roja que tapizaba el largo pasillo, desgastada y raída por el paso de los años, y algún que otro cuadro lleno de polvo. Me encontraba en un hall de una sola dirección, un pasillo estrecho que solo contenía tres puertas a la izquierda y dos a la

derecha. No había ventanas, y el aire estaba algo cargado. La señora avanzó hacia el final del pasillo, y se detuvo en la última puerta de la izquierda.

— ¿Desea que lo acompañe, doctor?

La miré a los ojos, y vi de nuevo aquella fragilidad, aquella debilidad que parecía consumirla por segundos.

—No. Me gustaría estar a solas con ella —pronuncié tragando saliva.

Giró la llave en la cerradura, y la puerta se abrió, mientras yo me atormentaba preguntándome por qué necesitaban encerrarla con llave.

Tras el umbral, oscuridad. Busqué a tientas en la pared algún interruptor, pues me incomodaba la negrura de aquella habitación, me inquietaba pensar en lo que se podía esconder en alguno de sus rincones. Por fin encontré el botón, y una luz azulada surgió de una lámpara en lo alto. María Morain me dedicó una última mirada, y después cerró la puerta con llave, y pude oír cómo se marchaba escaleras abajo.

Nada de lo que había en aquel dormitorio me extrañó ni me llamó la atención en un primer momento. Es más, era una bonita habitación. Las paredes estaban pintadas de un color rosa pálido agradable, los muebles eran de buena madera, y las estanterías estaban repletas de libros, cuidadosamente ordenados.

Pude ver un vademécum abierto sobre el escritorio. Estaba lleno de polvo, como si alguien lo hubiese dejado ahí hacía un par de semanas. En realidad, me di cuenta de que todo estaba repleto de polvo y suciedad. Parecía como si nadie hubiese entrado en el cuarto desde hacía algún tiempo.

Mi atención se centró en una gran foto que colgaba de la pared, y esa fue la primera vez que vi su rostro, la primera vez que vi a Eva Morain. Tenía los cabellos largos, de un color castaño oscuro, y le caían lacios sobre los hombros. Sus ojos eran de un marrón intenso que los dotaba de fuerza y picardía, y el tono de su pálida piel hacía que el rojo de sus labios resaltase sobre el resto de la fotografía, unos labios carnosos que dibujaban una sonrisa alegre y despreocupada. La instantánea mostraba el júbilo y la jovialidad de lo que era, una joven hermosa en la flor de la vida.

La miré a los ojos, miré a los ojos de aquella chica de la fotografía, como si ella pudiese devolverme la mirada, pero entonces algo distrajo mi atención.

Un crujido de madera sobre mi cabeza me alertó, y di un pequeño salto. Observé el resto de la habitación, y vi que estaba solo. Barrí el techo con la vista, y entonces descubrí, junto a la cama, una de esas trampillas para subir a los desvanes. Inmediatamente me vino a la cabeza aquella lucecilla que había vislumbrado en la buhardilla desde el exterior, aquel pequeño ojo de buey, que parecía invitarme a que mirase en su interior, y la imagen me turbó.

Noté que las manos me sudaban. ¿Por qué no me había explicado nadie que debía subir allí arriba? La señora Morain se había limitado a encerrarme allí dentro, lo cual si cabe aumentaba mi sensación de claustrofobia. Por no hablar de su extraño marido, que no hacía sino acrecentar mi sensación de poco contacto con todo cuanto me rodeaba.

Me decidí, y avancé con paso trémulo hacia aquella puerta en el techo. Una cuerda con un lazo al final colgaba de la trampilla. Respiré hondo, y tiré de ella. La trampilla se arqueó, y una escalerilla de metal articulada se extendía conforme iba tirando de la soga. Por fin, el primer escalón quedó próximo a mis pies, y, sin pensármelo, comencé la angosta ascensión.

Escuché de nuevo un ruido, pasos en el piso de arriba, como si alguien se hubiese exaltado con mi visita. Estuve a punto de detenerme, pero por alguna razón no lo hice. Seguí subiendo los peldaños

de aquella enclenque y débil escalerucha, hasta que pude asomar la cabeza, y comenzar a ver algunas cosas.

Me encontré de cara a la pared, y el hecho de no poder ver lo que había tras de mí me ponía nervioso. El pulso se me aceleró, y subí el resto de los escalones más rápidamente, pues me sentí indefenso con la cabeza al descubierto y el cuerpo todavía por debajo del piso. Por fin llegué, y la trampilla se cerró bajo mis pies cuando pisé tierra firme, y mi peso dejó que los muelles del mecanismo la devolviesen a su sitio.

La luz allí arriba era tenue y de un tono amarillento, y parecía que iba a desvanecerse en cualquier momento. El techo no estaba todo al mismo nivel, sino que seguía la forma del tejado y bajaba desde el centro hacia los lados. Un frío húmedo lo invadía todo, y el olor a madera resultaba agobiante.

Entonces, cuando me giré para ver el resto de la habitación... la vi. Me quedé petrificado al observarla allí, de pie, delante de mí, y me sentía culpable por el mero hecho de estar observándola. Sin embargo no podía apartar la mirada, pues aunque la visión me resultaba insoportable, pensaba que si dejaba de mirarla podría herir sus sentimientos, como si se tratase de un niño. En mi vida había visto nada igual, me encontraba ante un espectáculo dantesco y de mal gusto, e incluso sentí náuseas y tuve que hacer lo indecible por que no se me notara.

Mediría poco menos que yo, pero parecía medir dos metros, dadas sus exageradas desproporciones. Llevaba puesto un pantalón corto, y un top que apenas le llegaba hasta el ombligo. Sus pies descalzos resultaban ya de por sí espeluznantes. Podían verse perfectamente todos los huesos de los dedos, y la carne, más que cubrirlos, se escurría entre ellos. Podía distinguir perfectamente las cuñas y los metatarsianos, el escafoides y el astrágalo, algo que hasta entonces solo había podido ver en esqueletos. Las piernas eran la caricatura de dos zancos raquíuticos que amenazaban con desmoronarse en cualquier momento, y sus rótulas simulaban sobresalir sobre la carne de forma horrorosa, como una piedra horadada cuya función simplemente era unir el fémur con la tibia y el peroné. El pantalón corto hacía un vago intento por ocultar las caderas, que se abrían paso como dos montañas simétricas y escarpadas, sobresaliendo por encima de la goma de los shorts, y las costillas asemejaban ser ingravidas, flotando sobre un estómago apenas existente, y escondiéndose bajo la pequeña camiseta, que parecía mantenerse en el aire con vida propia. Las clavículas..., las clavículas eran simplemente una monstruosidad, una broma macabra que parecía anunciar lo que quedaba por ver.

Tomé aire, sin atreverme todavía a mirarla a la cara. Sentí que llevaba toda una vida allí, quieto, examinándola, y de nuevo me preocupó que eso pudiese molestarle. No percibía con claridad el tiempo, pues apenas acababa de darme la vuelta, y me pareció estar allí desde hacía una eternidad. Mi pulso se había disparado, frenético, y la primera sensación de frío se había tornado cálida como el fuego, pues todo mi cuerpo ardía conmocionado por lo que veía.

Entonces vi su rostro, y aquello me marcó profundamente. Era como estar mirando a la muerte a los ojos, desafiándola. No quedaba nada de aquella hermosa chica de la fotografía. No había rastro de su vivacidad, ni de su despreocupada sonrisa. Su piel era tan pálida que daba la sensación de estar contemplando un cadáver. Sus pómulos, se alzaban prominentes, adueñándose de todo el protagonismo fúnebre de su semblante, y sus cabellos caían desordenados sin ningún tipo de control, añadiendo un aspecto de locura a su expresión derrotada. Solo sus ojos, solo aquellos dos puntos marrones daban la sensación de recordar otros tiempos. Solo aquellos luceros opacos simulaban

esconder lo que en algún momento llegó a ser Eva Morain, y que sin duda alguna ya no era.

Ella parecía observarme, casi del mismo modo que yo la observaba a ella, preguntándose quién demonios era aquel tipo que había entrado en su habitación sin previo aviso.

—Me llamo Ricardo Maurer —di un paso sudoroso hacia ella—. He venido para hablar contigo. ¿Te apetece charlar?

La chica parecía inmutable, escrutándome con la mirada. Me hizo sentir como un estúpido. Yo la trataba como si fuese una niña, sin embargo, por muy indefensa que pareciese, no lo era.

—Ya sé quién es usted —pronunció suavemente, y su voz era tan dulce, tan susurrante, que escucharla volvía todo todavía más tétrico.

Yo me quedé de pie, inmóvil, mientras ella se daba media vuelta, y se dirigía hacia la cama. Su columna vertebral era como una unión aleatoria de tramos de cuerda, cuyos nudos emergían espantosamente de la piel.

—He visto un vademécum abajo, en tu escritorio. ¿Te gusta la medicina? —le pregunté, sin poder dejar de entonar todo suavemente como si hablase con un extranjero que no entendiese mi idioma.

—Puede saltarse la parte aburrida, doctor —sus palabras emergían de su boca lentamente, desgastadas—. Creo que sería más fácil para los dos.

Me sobresaltó. Era impactante comprobar que dentro de aquel cuerpo flácido y sin vida, todavía respiraba la mente rápida e inteligente de una joven estudiante de medicina. Yo debía haber sabido que así era, dada mi posición, pero resultaba difícil ver su cuerpo sin asociar a él un cerebro atrofiado. Nadie me había preparado para aquello en la facultad.

—Está bien..., iremos al grano entonces —titubeé queriendo ganar tiempo—. ¿Sabes por qué estoy aquí, Eva?

Sus ojos se encendieron al ver que pronunciaba su nombre. Aquellos dos puntos oscuros que parecían contener toda su conciencia.

—Sí. Usted ha venido aquí porque yo no como —y adoptó una expresión triste, como si estuviese avergonzada.

Me apresuré a abrir mi cartera de piel. Dado mi ensimismamiento había olvidado por completo tomar alguna nota, o grabar la conversación. Ella parecía divertirse, mientras yo sacaba nervioso todos mis trastos, y los dejaba sobre un pequeño escritorio, para llegar al cual tuve que agacharme, dada la inclinación del techo.

— ¿Te importa que me sienta? —pregunté—pregunte retóricamente, mientras tomaba asiento en una pequeña silla de madera.

Desde esa posición me sentí algo acorralado, e interiormente me burlé de mí mismo. “Vamos Ricardo, es solo una paciente por el amor de Dios”.

—Voy a grabar nuestra conversación. ¿No te molesta, verdad?

Eva asintió con la cabeza, con una tímida sonrisa, y una tranquilidad pasmosa. Me sorprendió que me facilitara tanto las cosas.

—Bueno. Comencemos —dije mientras pulsaba el botón de la grabadora de casetes, que emitió un característico sonido al comenzar a funcionar—. Dices que sabes por qué estoy aquí. ¿Cómo lo sabes Eva?

—Mi madre me dijo que vendría un doctor a verme —respondió con su voz suave y melódica—. La verdad es que esperaba su visita desde hace ya algún tiempo.

—Cuéntame algo de ti. ¿Qué te gustaba hacer antes... antes de...?

— ¿Antes de dejar de comer? —me interrumpió burlona—. Solía hacer las cosas normales que hace cualquier persona de mi edad.

Me asombraba su naturalidad. Hablaba del tema como si no tuviese importancia, o como si fuese algo que ya estaba superado. Sus ojos mostraban una tristeza oculta, un sentimiento profundo que yo no acertaba a adivinar. Cogí un bolígrafo negro y tomé algunos apuntes en mi bloc de notas, mientras Eva continuaba hablando.

—Estudiaba Medicina, creo que en la misma universidad que usted. Era una chica normal, salía con mis amigos, con chicos... —se detuvo pensativa—. ¿Qué pretende sacar de esto doctor?

—Solo pretendo conocerte un poco mejor, Eva, y, por favor, tutéame, puedes llamarme Ricardo.

Su columna se arqueó amenazando con romperse cuando, sentada sobre la cama, descansó los codos sobre sus rodillas, y se sujetó la barbilla con las manos, en una pose de aburrimento.

—Y tus padres... ¿Cómo es la relación con ellos?

La chica se volvió a incorporar, y tardó unos segundos antes de responder con un esbozo de sonrisa.

—Mi madre siempre ha sido muy comprensiva conmigo. Tenemos una de esas relaciones especiales, en las que a uno no le hace falta hablar con el otro para saber lo que piensa. ¿Sabe a qué me refiero, doctor?

Asentí con la cabeza, aunque realmente no había tenido la suerte de encontrar a nadie así en mi vida. Tuve que apartar la mirada, como si ella pudiese ver dentro de mí.

—No. ¿No sabe a qué me refiero, verdad? —me miró como advirtiéndome de que no era estúpida.

Yo quedé en silencio, sobresaltado por la astucia de la muchacha.

—Como le iba diciendo, mi madre y yo somos íntimas amigas, ella lo sabe todo sobre mí, y siempre me ha apoyado, y ha buscado lo mejor para mí.

Cogí de nuevo el bolígrafo negro, y apunté algo en el bloc de notas: “Comienza hablando de su madre”.

— ¿Le cuentas absolutamente todo? Estoy seguro de que guardas algún secreto. Prácticamente todo el mundo guarda alguno.

— ¿Ah, sí? ¿Cuál es el suyo, doctor?

—Eva..., yo...

— ¡Tranquilo! ¡Solo bromeaba!

Resultaba extraño verla tan efusiva, teniendo en cuenta su estado, que casi podría decirse era moribundo.

—Claro que no le cuento todo, usted sabe a qué me refiero, pero el caso es que no hace falta que se lo cuente. Entre las dos existe una confianza mutua, que hace que ella esté tranquila con todo lo que yo haga, y no tenga que estar preguntándome constantemente.

—Bueno. Veo que la relación con tu madre es buena. ¿Qué me puedes decir de tu padre?

La muchacha pareció recogerse sobre sí misma. Estaba recostada sobre la cama, y se rodeó las piernas con los brazos, como si hubiese sentido frío. Me pareció notar que su rostro se descomponía por un instante, mostrando una mueca, y anoté todo esto en el bloc, intentando mostrar naturalidad para que no se sintiese incómoda.

—Mi padre es... Bueno, no tengo tanta relación con él como con mi madre.

Sus pupilas estaban dilatadas, y resaltaban por encima de todo su rostro cadavérico, pues no

había otra forma de describirlo. ¿Sabía ella que su madre me había contado lo de las historias que inventaba? ¿O pensaba que simplemente estaba allí por sus trastornos alimentarios? Ella parecía preguntarse lo mismo acerca de mí, queriendo averiguar hasta qué punto conocía yo todo aquel halo de incoherencias que la rodeaban.

—Pero te llevas bien con él... Me refiero a si tenéis una buena unión padre—hija.

—Mi padre es un hombre algo peculiar; si lo ha visto al entrar se habrá dado cuenta de ello.

— ¿A qué te refieres?

Eva respondía a cada una de mis preguntas con una quietud y tranquilidad abrumadoras. No encontraba incoherencias en lo que me contaba, y todo cuanto me decía parecía bastante sincero. Me pregunté a mí mismo si el hecho de que se encogiera cuando le pregunté por su padre, no era una simple coincidencia, o un gesto exagerado por mi predisposición a verlo todo desde ese prisma.

—Supongo que siempre ha prestado más atención a los negocios que a su familia. Aunque, por otra parte, gracias a eso podemos decir que somos una de las familias más ricas de los alrededores.

Conversamos largo y tendido y, a medida que hablaba con ella me di cuenta de lo inteligente que era la muchacha. En algunos instantes incluso estaba a punto de olvidarme de su estado físico, y parecía que pudiera verla como en la fotografía de su habitación, con esos cabellos bien peinados y esa sonrisa espontánea. Después, dejaba de hablar y yo salía de mi ensoñación, precipitándome dolorosamente sobre la realidad, y dándome cuenta de que Eva ya no era aquella chica de la foto.

—Me cae bien doctor Maurer —me confesó la chica en un momento dado de la conversación—. Creo que usted y yo nos entendemos a la perfección.

Cuán Cuan embelesadoras resultaban sus palabras, y cuánto me costaba a mí discernir entre si eran verdaderas o solo un truco para ganarse mi confianza. Mi atención estaba totalmente centrada en ella, su forma de hablar, su forma acuciante e inteligente de resolver cada enigma que yo le planteara.

Casi sin darme cuenta había pasado el tiempo acordado con el taxi, y un claxon resonó a través de la pequeña ventanilla de la buhardilla. Me despedí de ella, y le dije que la visitaría al día siguiente, a la misma hora. Ella me dirigió una sonrisa, pero no dijo nada. Apagué la grabadora y recogí mis apuntes, y lo metí todo en mi cartera de piel. Fue entonces cuando me susurró algo que me quitaría el sueño aquella noche.

—Mañana le contaré lo que ha venido a escuchar, doctor.

Diario del Dr. Maurer. 21 nov. 1997.

Al día siguiente volví a la casa. Apenas había dormido, y no podía dejar de pensar en Eva Morain, y en su magnética aura. Tenía algo especial, sin duda.

El taxi me llevó por el mismo sendero que el día anterior, pero esta vez no me pareció tan tétrico, ya que había decidido ir un poco antes de la hora acordada. Quería exprimir al máximo cada minuto.

El conductor parecía haberse dado cuenta de que no me interesaban en absoluto sus comentarios banales, por lo que en algún momento del trayecto decidió callarse, para mi grata satisfacción. De esta forma llegué a la casa, que a la luz del día resultaba preciosa.

Apenas intercambié unas palabras con la madre de la chica, y en cuanto a su padre, pasé rápidamente junto a la puerta humeante en la que estaba fumando como el día anterior. Giré la vista un instante y pude verlo en un sillón de piel, serio, observándose. No pronunció palabra.

Cuando llegamos a la puerta de la habitación de Eva, le pregunté a su madre por qué la

encerraban con llave, pero no me respondió, simplemente desapareció escaleras abajo sin cerrar la puerta. Qué familia más extraña. Cada vez pensaba más y más que la única normal era la joven muchacha.

¿Qué era aquello que iba a contarme? ¿A qué se refería cuando me aseguró que hoy me revelaría lo que había venido a escuchar? Aquellas preguntas me atormentaban, y no por no saber la respuesta, sino más bien por no querer saberla. El hecho de que su padre hubiese abusado de ella realmente no dejaba de presentarse en mi cabeza como una posibilidad cada vez más real y aterradora, tanto que deseé con todas mis fuerzas que realmente la chica estuviese inventándolo todo.

Subí de nuevo por aquella trampilla que llevaba a la buhardilla. No prestaba atención al ambiente húmedo y mohoso, ni al aroma agobiante a carcinoma, solo quería hablar con ella cuanto antes. Ni siquiera me detuve a observar la foto de la pared.

Ella estaba recostada en la cama, y llevaba un pijama de manga larga, que ocultaba sus piernas y sus brazos enclenques. Sin embargo, aun así mirarla resultaba desolador, parecía que fuese a exhalar el último halo de vida en cualquier momento.

Encendí la grabadora, y saqué el bloc de notas y varios bolígrafos, entusiasmado. No podía evitar pensar que aquel caso era lo que había estado esperando desde hacía mucho tiempo, y este pensamiento me pareció tan egoísta por mi parte que me avergoncé de mí mismo. Lo primero era ayudar a la joven.

La miré, y no vi a la entusiasta muchacha del día anterior, sino un cuerpo endeble, golpeado por los males de un desequilibrio psicológico espantoso. Daba verdadera lástima y, cuando mis ojos se cruzaron con los suyos, pude ver como una lágrima se le escurría por la mejilla.

—Eva... —Mis palabras surgieron de mi garganta como un suspiro apagado—. ¿Qué te ocurre?

La muchacha hacía un notable esfuerzo por no llorar, pero había sobrepasado esa delgada línea, y su interior se derrumbaba, rasgado por el dolor. Lloraba más y más, procurando hacer el menor ruido posible.

Me acerqué a ella. Me senté a su lado, en la cama, y tendí mi mano hacia su rostro para apartarle los cabellos empapados de lágrimas.

— ¡No! —gritó ella alejándose de mi mano—. No...

Yo no sabía muy bien cómo reaccionar. Allí estaba, a su lado, quieto, todavía con una mano en alto, y mirándola fijamente, observando cuán frágil era ahora, tanto por dentro como por fuera.

—Tranquila Eva. Soy yo, el doctor Maurer, estoy aquí para ayudarte —dije lo más suavemente que pude.

La chica se encogió sobre sí misma y, sin saber muy bien cómo, la abracé, y esta vez no me rechazó. El contacto de su cuerpo huesudo con mi cuerpo me produjo una extraña excitación, como si estuviese haciendo algo que no estaba bien. Pero permanecí en silencio, susurrándole al oído e intentando que se calmase.

Noté su pequeño corazón latiendo junto al mío, y sentí un afecto paternal hacia ella que nunca antes había experimentado. Cuando su pulso fue de nuevo pausado, y sus lágrimas cesaron, le sujeté el rostro con ambas manos y la separé de mí lentamente, secándole las lágrimas. Ella me miraba como una niña desesperada y perdida, y a través de sus ojos pude ver reflejado cuánto dolor había en su interior.

De repente, me sentí algo incómodo, simplemente porque no sabía cómo actuar, ni siquiera sabía cómo me había dejado llevar de aquella forma. Era la primera vez en la vida que me pasaba algo así.

—Estoy aquí para ayudarte —repetí—. Si quieres, puedes contarme qué te ha pasado, aunque si decides no hacerlo, lo entenderé igualmente.

Me levanté de la cama, y volví lentamente hacia la pequeña silla del escritorio, mientras esperaba su respuesta.

—No, quiero que usted lo sepa doctor. Creo que es un buen hombre.

Me dio un vuelco el corazón. Su mirada estaba fija en un punto de la pared, un lugar en el que no había nada.

—Anoche lo volvió a hacer...

Ahora parecía imperturbable, inmóvil. Parecía haber llegado a un punto en el que el dolor era tal que la había colapsado, transformándose en una quietud aterradora, casi autista.

—No recuerdo cuánto tiempo hace desde la primera vez —continuó—. Fue poco después de empezar a tener problemas con la comida.

Yo estaba profundamente inmerso en su relato, tanto que olvidé tomar cualquier tipo de notas, aunque comprobé que la grabadora estaba funcionando.

—Nunca he tenido demasiada relación con mi padre. Fue a raíz de que dejara de comer, cuando pareció comenzar a preocuparse por mí. Estoy segura de que si le pregunta no sabrá siquiera si estoy en la universidad o en el instituto.

Hablaba como hipnotizada, con una serenidad asombrosa.

—Entonces empezaron los castigos. No saldrás de tu cuarto hasta que no comas..., y cosas por el estilo.

Paró para coger aire.

—Muchas veces me escapaba sin probar bocado, y entonces decidieron encerrarme con llave. Ahí empezó todo. Comencé a observar como los vecinos señalaban hacia mi ventana, murmurando cosas. Supuse que mi madre se lo habría contado a alguien, y este alguien al resto. Siempre sucede así. ¿Sabe lo qué es eso, doctor? ¿Sabe qué se siente al ser señalado por extraños?

Permanecí en silencio.

—Un día no pude soportarlo más, y decidí subir a la buhardilla. Creo que ya no he vuelto a bajar desde ese momento.

—Yo pensé que tus padres...

— ¿Ellos? No. Estaban demasiado ocupados hablando de mis trastornos aquí y allá, aunque el hecho de que decidiese recluirme aquí arriba por mí misma creo que les vino de perlas. ¿Se lo puede imaginar? Qué escándalo, Eva Morain, la niña bien, era anoréxica. ¿Qué dirían en el club de golf? Es más, usted mismo viene a visitarme de noche para que nadie lo vea.

Me alarmé por un instante.

— ¿Acaso me equivoco, doctor?

—No..., es verdad —reconocí con dificultad.

—Sin embargo, son ellos mismos los que difundieron la noticia. Supongo que pensaron que era mejor extender su versión antes de que alguien pudiese manchar el nombre de la familia.

La dureza de sus palabras me impresionaba. ¡Eran sus padres! ¿Cómo habían podido hacerle aquello?

—Creo que llegaron a inventarse que me habían internado en un centro de rehabilitación, aunque no estoy segura. Pero el hecho de que me encerrasen con llave las veinticuatro horas del día no resultaba alentador. —Ahora la joven me miraba directamente—. Un día, mi padre subió montado en

cólera. Tenía los ojos inyectados en sangre, y repetía una y otra vez que cómo había podido hacerle aquello, gritando como un condenado. Intentó obligarme a comer, e incluso me restregó la comida por la cara. Yo sentía auténtico pavor, pero aun así saqué fuerzas para escupirle.

— ¿Qué pasó entonces...? —Mi pregunta resonó estúpida en mis oídos.

—Enseguida me di cuenta de mi error. Cuando vio su corbata manchada, me golpeó con la palma abierta de su mano derecha, lanzándome contra la pared. Yo lloraba y lloraba, mientras, él parecía estar fuera de sí. Nunca antes le había visto en aquel estado. Después, cogió esa silla en la que usted está sentado, y la lanzó contra la pared con todas sus fuerzas.

Yo miré instintivamente debajo de mí, intentando reconstruir la escena. Después observé el punto en la pared que Eva miraba fijamente, y me di cuenta de que precisamente había unas marcas, como si hubiese sido golpeado con un objeto contundente.

— ¿Se lo contaste a tu madre?

—Sí. Ella trató de convencerme de que él estaba fuera de sí, de que estaba sufriendo mucho con toda esta situación. De hecho lo logró.

—Y tu padre... ¿volvió a subir?

La chica asintió con la cabeza, y sus labios se tornaron en un gesto solemne, severo.

—Una noche, a altas horas de la madrugada, me despertó el sonido de la cerradura de mi cuarto. Escuché como se abría lentamente la trampilla que daba hasta aquí y, por el sonido de los peldaños metálicos, supe enseguida que era él. Si había existido algún tipo de relación cariñosa entre nosotros había muerto por completo hacía tiempo. Y noté que se quedaba de pie, observándome. No sé cuánto tiempo estuvo allí, pero recuerdo que tuve mucho miedo, miedo a que me hiciese algo —prosiguió—. Tenía los ojos cerrados, pero podía sentir su silueta a mi espalda, amenazando con caer sobre mí, y empecé a sufrir un calor agobiante, pero permanecí inerte, queriendo que se fuese. Fue la espera más horrorosa que jamás he soportado. Todo permanecía en silencio, pero yo sabía que estaba ahí, detrás de mí, más o menos donde usted está ahora —señaló con la mano cerca de mí.

Las palabras de la joven emergían con naturalidad. Aunque ella parecía estar abstraída de cuanto la rodeaba, oculta en algún lugar en donde aquellos vocablos que ella misma pronunciaba no pudiesen perturbarla.

—Después, me pareció que susurraba algo, no sé exactamente el qué, pero esas palabras se incrustaron en mi cabeza. Representaban algo siniestro y macabro, el miedo irracional que da lo desconocido, lo que uno nunca llega a entender.

La estancia estaba en silencio. Lo único que se escuchaba era el traqueteo característico de la grabadora. Sentí frío. El relato de la muchacha y su forma de expresarlo, estaban logrando perturbarme. Y aquellos términos, “siniestro” y “macabro”, emergidos de sus labios resultaban espantosos.

—En algún momento, desapareció escaleras abajo, haciendo el menor ruido posible. Solo cuando escuché de nuevo la llave en la cerradura, pude respirar tranquila.

— ¿Se fue sin más?

—Eso creía yo, pero otra posibilidad se me pasó por la cabeza, una turbadora y terrible posibilidad. ¿Y si todavía estaba dentro? ¿Y si nos había encerrado a los dos en esta asfixiante habitación?

El olor a madera podrida parecía llegarme con más claridad ahora. La historia de la muchacha me transmitía un sentimiento de claustrofobia insoportable. Quise salir de aquel lugar y respirar aire

puro. ¿Pero cómo podría hacer eso? No, no podía, debía escucharlo todo, hasta el final.

—Yo me quedé paralizada, no me atrevía a mover un solo dedo. No podía escuchar nada a mi alrededor, ni percibir la más ligera perturbación. Sin embargo escuché los árboles, sus ramas tintineando contra las ventanas sucias, como queriendo anunciar algo.

Sentí el sudor en mi frente. Mis manos también estaban empapadas. Percibía cada nota de sufrimiento que Eva me transmitía. Podía vivirlo a través de sus enunciados, precisos e hirientes cual dardo punzante.

—Un ligero crujido sonó tras de mí. Se me erizó todo el vello del cuerpo, mientras imploraba en silencio a Dios que aquello fuese solo una pesadilla. Entonces sentí una bocanada de aire caliente en la nuca, una exhalación húmeda y risueña, que me recorrió por completo hasta los pies provocándome un pavor absoluto.

El corazón me latía con fuerza. Quería evitar lo inevitable. Quería que la muchacha cesase su horrible relato, aquel terrible cuento sin moraleja. Sin embargo no hice nada para callarla, estaba paralizado, y una parte de mí necesitaba saberlo todo, cada perverso detalle.

—Comenzó a tararear una canción, una que me cantaba de pequeña para que me durmiese. La respiración se me desbocaba por momentos, el corazón me iba a salir por la boca. Las notas de aquella música resultaban un chiste de mal gusto en mis oídos. —Ahora hablaba más rápidamente—. Entonces me tocó, sentí sus dedos... deslizándose por encima de mi brazo... ¡Por Dios! ¡Era mi padre! ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Girarme y decirle que se detuviera? ¡Era mi padre! ¡Mi padre!

—Eva...

—Grité, grité y me revolví en la cama desesperadamente. Pero mis gritos se vieron ahogados rápidamente por su mano derecha, que me cubría por completo la boca. —Las lágrimas caían por el rostro de la joven, empapándole los labios—. Y él me decía: “Shhhh, no pasa nada, no pasa nada...”. ¡No pasa nada!

Pronunció con tal fuerza estas palabras que las gotas que recorrían su rostro salieron disparadas hacia mí, mojándome la cara, pero apenas parpadeé, no podía creer lo que estaba escuchando.

—Me siguió tocando. Sus dedos bajaron de mi brazo a mis caderas, mientras mis lágrimas empapaban su mano derecha. Yo estaba débil, casi tanto como lo estoy ahora. No podía hacer nada, nada... Y sus asquerosas manos... ¡Sus asquerosas manos! —golpeó la pared con sus brazos enfermizos.

—Eva, basta por favor... No hace falta que continúes...

— ¡Asco! Esa es la palabra. En esos momentos no sabes si es el miedo o el asco el sentimiento que te invade por completo y, si son ambos, no sabrías decir cuál es más fuerte, más intenso. Simplemente es la sensación más repulsiva que he sentido nunca...

—Detente, no sigamos con esto.

— ¡Asco! ¡Asco! —gritaba fuera de sí—. ¡Miedo y asco!

Detuve la grabadora. No podía soportar más aquello. Eva comenzó a golpearse a sí misma, sin parar de gritar una y otra vez las mismas palabras. Cuando me acerqué a ella para detenerla, sus lágrimas me empaparon de nuevo el rostro. Ahora parecía que yo también lloraba, y en realidad creo que estuve a punto de hacerlo.

Y allí quedé, igual que había comenzado, guareciéndola entre mis brazos y sintiendo su cuerpo hético contra mi pecho, mientras la lluvia que emanaba de sus ojos empapaba mi camisa.

CAPÍTULO 2

Hugo

Hugo dio un paso al frente, congregándose ante la multitud, subió el par de escalones que le separaban del atril con solemnidad y paso firme, y quedó unos instantes en silencio, observando a toda aquella gente expectante, cuyas murmuraciones nerviosas llenaban la estancia de un suave siseo. Después, dirigió una ceremoniosa mirada a su madre, que observaba notablemente emocionada desde la primera fila. Finalmente, sin más dilación, comenzó a hablar, y su voz aterciopelada y su entonación eran perfectas.

*Volver a caminar sobre la lluvia,
anudando cabos sueltos,
nudos inconexos de irresistible belleza.*

*Emerger ante la vida,
sabiendo que todo cuanto nos rodea es efímero,
sabiendo que no hay salida,
adulando al tiempo para que se detenga,
detrás y adelante, como un reloj suicida.*

*Estupor provocado por ocultas mentiras,
lívidas palabras que murmuran rebeldías,
auroras amargas sin consuelo concebidas,
usureras nostalgias que condenan y destripan.*

*¡Réquiem solitario,
entusiasta despedida!
Negros los ropajes,
tristes, grises personajes.*

*Ignorancia carcomida pasa desapercibida.
Sonoros acordes... no hay siquiera alevosía.*

Los aplausos rompieron la quietud, y se formó un gran alboroto. Detrás del atril, Hollis, que lucía un espectacular vestido rojo, tiró de un cordón dorado, y la portada del libro quedó al descubierto, enmarcada elegantemente en la pared.

Ahora las palmas eran más fuertes y entusiastas, los flashes iluminaban la estancia sin cesar, retratando al autor, que sonreía grácilmente. Allí estaba toda la prensa, había periodistas de cada uno de los periódicos de la ciudad, y cámaras enviados desde diferentes canales de televisión. Sin duda

la presentación del tercer libro de Hugo Esmerodes era todo un acontecimiento, tanto por el libro en sí, como por la controversia que generaba el escritor.

Hugo Esmerodes de Laurentis, un nombre artístico, bohemio. A sus veintitrés años, el joven representaba todo cuanto cualquier mortal pudiera desear. Era atractivo, y una promesa de la novela moderna, cuya fortuna crecía a pasos agigantados. Su vida había cambiado radicalmente desde la publicación de su primer libro, *La anatomía de las rosas rojas*.

Sorprendió a todo el mundo por su estilo rompedor, por su capacidad para unir la poesía y el relato en una conjunción perfecta. Se había ganado a la crítica y al público, y disfrutaba de cada sorbo de éxito que el destino le deparaba. Fiestas y cócteles de lo más variado abarrotaban su agenda, y las marcas de alta costura se disputaban ferozmente su imagen.

Pero no era solo el poder lo que hacía de Hugo Esmerodes un hombre singular. Su personalidad, su forma de andar, sus gestos tan perfectos y poco estudiados, su voz suave y aterciopelada, y su humor sarcástico lo hacían irresistible, misterioso.

No hablaba en público a menos que fuese estrictamente necesario, pero, cuando lo hacía, sus palabras eran demoledoras, hipnotizantes y dignas del mejor filósofo griego. No le gustaba hacer declaraciones acerca de su vida privada, ni mucho menos de su vida sentimental, pero la prensa sensacionalista llenaba portadas con sus devaneos amorosos.

Sin duda, Hugo y todo cuanto le rodeaba conformaban un negocio redondo. Ilustres empresarios y personalidades se enorgullecían de poder decir que le conocían, o que habían coincidido con él en tal fiesta o tal acto benéfico.

Allí estaban todos ellos, ávidos de entablar conversación con el reputado autor. La crema y la nata se había reunido para felicitarle por la publicación de su tercer libro, y disfrutar de una de sus famosas y extravagantes celebraciones.

Cerca del atril estaban aquellos más cercanos a él, su gente de confianza. En primer lugar estaba Vanessa de Laurentis, su hermosa madre, que acaparaba casi tantas miradas como él.

Cuando se comenzó a divulgar su primer título, lo primero que hizo fue convencerlo de que comprasen aquella casa, un enorme caserón de estilo regio, decorado a la antigua.

Vanessa era más dada a hablar con la prensa que su hijo Hugo. En una ocasión, la revista *Clocks* le hizo una entrevista, en la que ella afirmaba: “Compramos la casa por las cortinas, adoro esas cortinas verdes”. Esa frase dio para más de un debate televisivo. Muchos condenaban su desdén, e interpretaban aquello como si hubiese dicho: “Tenemos tanto dinero que elegimos la casa por las cortinas”.

Hugo nunca se pronunció acerca de todo esto, para él esos comentarios de la prensa amarilla eran nimiedades sin importancia que solo merecían ser ignoradas. Sin embargo, algunos afirmaron que aquellas palabras de su madre lo irritaron profundamente.

Si así fue, desde luego aquello estaba olvidado, pues lo primero que hizo Hugo al bajar del atril fue abrazar efusivamente a su progenitora mientras las cámaras de fotos emitían sus chasquidos característicos en derredor de la escena, aquello sin duda era carne de portada.

Vanessa susurró algo a su hijo al oído, y este sonrió de nuevo.

Los *paparazzi* se molestaron por no haber podido escuchar lo que decían, y los flashes cesaron poco a poco en un agotamiento de entusiasmos paulatino.

En algún lugar del gran salón, una voz exclamó pidiendo un brindis, y pronto se escucharon las botellas de champán descorchándose. La reunión se volvió al instante más distendida e informal. Los

fotógrafos cesaron en su labor, y todo el mundo se agolpó alrededor de Hugo para darle la enhorabuena.

Francisco Cepeda, el editor, se posicionó bien cerca del joven para evitar que dijese algo más de la cuenta, apartando a los curiosos más inoportunos cual guardaespaldas. Había sido el encargado de editar los tres libros, y Hugo era una fuente de beneficios demasiado suculenta como para descuidarla un solo instante.

—Ten especialmente cuidado con ese —le susurró al oído mientras señalaba con la mirada.

— ¿Quién es? —preguntó Hugo con indiferencia.

—Es Raúl Cobos, cronista de la revista *Clocks*. He leído alguno de sus artículos, y créeme que no te gustaría aparecer en ninguno de ellos.

Hugo no dijo nada más, simplemente se quedó observando al periodista.

Raúl Cobos era un hombre más bien bajo. Ocultaba una calvicie inminente rapándose la cabeza al mínimo, su tórax y sus extremidades presentaban un buen tono muscular, con lo que contrarrestaba un poco la pérdida de cabello. Con todo, Raúl tenía carisma, resultaba ser una de esas personas que caen bien con tan solo mirarlos.

No se movió, pareció captar el advertimiento del editor, y se quedó donde estaba, retirado entre la multitud, que ya había comenzado a beber, a comer y a armar jaleo.

Todo el mundo se apelotonaba junto al novelista, querían estrecharle la mano, saludarlo, y darle unas palabras de ánimo. Una mano le acarició la espalda, y él supo enseguida de quién se trataba.

Hollis se adelantó tras la sutil caricia, y dirigió una mirada de complicidad al joven.

— ¡Vamos! ¡Lo van a marear con tantas preguntas! —dijo con una gracia y soltura que solo ella contenía.

El gentío emitió una carcajada nerviosa mientras Hugo miraba a la bella muchacha en un gesto de agradecimiento.

— ¡Vengan conmigo! Les enseñaré la casa —insistió—. Nuestro querido autor debe estar lúcido. No querrán que su próxima novela trate sobre periodistas impertinentes.

Hollis tenía una chispa especial para expresar todo aquello. Era capaz de decir cualquier cosa, por grave que fuera, agregándole una pizca de su característico humor, y aquello era lo que a Hugo más le gustaba de ella.

En un momento consiguió quitarle de encima a todo el mundo, llevándoselos fuera de la habitación para mostrarles algunas curiosidades de la casa, ya polémica por aquello de Vanessa de Laurentis y su frase sobre las cortinas.

Podrían haber celebrado la presentación del libro en cualquier otro lugar, pero Hugo había preferido la comodidad del hogar, por no hablar de la expectación que aquello creaba. Era sin duda una buena publicidad para el libro.

La totalidad de los presentes reían y disfrutaban de la velada. Asimismo, el alcohol comenzaba a hacer estragos, y alguno de los invitados ya empezaba a desinhibirse, con lo que la fiesta estaba tomando un cariz más ameno y desenfadado, y el alboroto crecía a un ritmo desorbitado.

Todos los periodistas habían abandonado el salón de actos, acompañados por la bella Hollis, que los entretenía mostrándoles el resto de la casa, y manteniéndolos así alejados de Hugo. Todos excepto uno.

Raúl Cobos se acercó lentamente desde el fondo de la estancia. Después de esperar pacientemente a que no hubiese por medio ningún obstáculo, vio clara su oportunidad.

El editor, Francisco Cepeda, se encontraba algo distraído hablando con Vanessa, y Raúl llegó hasta el escritor sin dificultad alguna.

—Le doy mi más sincera enhorabuena, señor Esmerodes —aseguró con cierta gracia mientras le extendía la mano.

—Lo siento señor...

—Raúl, Raúl Cobos.

—Lo siento señor Cobos, pero ya sabe que no acostumbro a hablar con la prensa. Hable con mi madre si quiere, ella se encarga de estos temas.

—Tranquilícese —respondió burlón el cronista—. Solo quería felicitarle.

—En tal caso, se lo agradezco.

—Solo una cosa más. No deje que le formen una idea preconcebida sobre mí. No soy tan malo como me pintan.

Y, dicho esto, gesticuló una forzada sonrisa y dio media vuelta, volviendo a desaparecer entre la muchedumbre.

Hugo no pudo evitar dibujar una leve mueca en su rostro. Aquel tipo, después de todo, tenía cierto estilo, al menos no entraba a destajo como aquellos moscones ávidos de protagonismo.

— ¿De qué te ríes?

Él reconoció de inmediato la voz, y se dio media vuelta. Hollis se acercó con dos copas de champán, y le ofreció una, tendiendo elegantemente la mano.

— ¿Es que tienes que emerger siempre a mis espaldas? —inquirió el joven sonriendo.

— ¿Tenemos a nuestro querido autor irritado?

—Tenemos a nuestro querido autor cansado del populacho.

—Oh. Qué típico de nuestro querido autor. Brindemos por ello.

Los cabellos rubios de la muchacha se movían con su sonrisa picarona, que incitaba a Hugo a seguir con aquella pequeña broma dialéctica.

— ¡Por el populacho! —gritó inesperadamente.

Hugo rompió a reír mientras levantaba la mano para brindar. Aquella mujer siempre lograba arrancarle una sonrisa, y ambos disfrutaban mutuamente con la compañía del otro.

Bebieron la copa de un trago mientras los invitados más cercanos se carcajaban con la escena, y al fondo todavía permanecía vigilante Raúl Cobos, que parecía no haber quedado satisfecho con el rechazo del escritor.

Entre la muchedumbre, Vanessa seguía conversando con Francisco Cepeda, el editor.

—Debe tener paciencia, señora de Laurentis. Sabe perfectamente que no es el momento adecuado.

—Estoy cansada de escuchar eso —protestó esta mientras sorbía un buen trago de la copa.

—En todo caso, no es el mejor lugar para discutirlo. ¿No le parece?

—Siempre las mismas palabras... ¿Cuándo va a dejar de inventar excusas?

—Señora, con todos mis respetos, sabe que esto requiere un estudio previo...

— ¿Qué ocurre madre? —Se escuchó la voz de Hugo a sus espaldas.

Tanto Vanessa como Francisco quedaron en silencio, evitando mirarse uno al otro. Se respiraba una ligera tensión entre ambos.

—Dejadme adivinar. ¿Otra vez discutiendo, verdad? —comentó Hugo con cierta despreocupación—. No se la tome tan en serio, Cepeda, sabe que lo único que quiere es lo mejor

para mí.

—Lo sé, lo sé... Es una mujer difícil —bromeó con dificultad.

—Vamos, madre, no seas tan dura con él. ¡Pero no permitas que suba su tanto por ciento!

Los tres rieron. Aunque todavía eran palpables ciertas asperezas entre Vanessa y aquel hombre de negocios.

—Os dejo. Hollis y yo vamos a tomar algo más relajadamente. La hermosa Hollis surgió entre el gentío como si hubiese acudido a la llamada de “su querido autor”, como ella lo llamaba, y, juntos, se despidieron cordialmente y desaparecieron por la puerta que daba al vestíbulo de la primera planta.

Cobos

Raúl Cobos se dio cuenta de que, aparte de él, no había más personal de la prensa en la casa, o al menos en aquel salón, y observaba atentamente todo cuanto pasaba a su alrededor. La revista no estaba pasando por su mejor momento, y su puesto se vería amenazado si no se iba con alguna noticia decente a la cama.

Llevaba ya unos cinco años en la revista *Clocks*, y era conocido por sus artículos hirientes y controvertidos. Acumulaba una buena cantidad de demandas judiciales por injurias, calumnias y demás, todo relacionado con su trabajo.

Sin embargo, disfrutaba de aquello, era un periodista de calle. Si le hubiesen ofrecido presentar unos informativos sentado en una mesa, lo hubiese rechazado sin dudar. Era lo que se suele decir un personaje de acción, necesitaba estar en el centro de la noticia, y era feliz de aquella forma.

Últimamente, su fama se había vuelto algo en su contra; todo el mundo conocía su rostro, y cada vez le resultaba más difícil conseguir testimonios de primera mano, pues, dado su historial, todos eran reacios a contarle nada.

Aquella noche estaba determinado a lograr una buena crónica, a obtener algo diferente que le diese un empujón a la revista y marcara el precedente de una limpieza de imagen propia, claro que esto último lo tenía más complicado.

Llevaba allí desde que Hugo había recitado su discurso en el atril y lo único que tenía eran dos fotografías ñoñas del tierno abrazo madre—hijo. Si no conseguía algo pronto, sabía que acabarían invitándolo elegantemente a que se largara.

“H. Esmerodes se funde en un conmovedor abrazo con su madre”. Aquel titular le repugnaba con tan solo imaginarlo, así que se puso manos a la obra.

Comenzó preguntando a algunos de los invitados, pero los que no lo rechazaban directamente, o bien estaban borrachos, o bien no tenían nada interesante que contar. Podría interrogar a alguien del servicio para sacar algunos trapos sucios de la familia, aunque aquello estaba demasiado visto, y no iba a ayudar demasiado a mejorar su nombre.

Entonces pensó en la joven pareja. Hugo y Hollis habían salido de la estancia, y había escuchado de primera mano que se iban a tomar una copa a un lugar más tranquilo. No era una mala posibilidad, al fin y al cabo, los escarceos amorosos siempre se vendían bien, y el apuesto muchacho había sido relacionado con muchas mujeres desde que acariciara el éxito por primera vez.

Aquella chica, Hollis, lo acompañaba incluso en los actos públicos, algo que hasta entonces no había logrado ninguna otra mujer, sin embargo su relación con el escritor no estaba del todo clara, pues, aunque se trataban con cierta complicidad, nunca habían demostrado su amor en público, si es que realmente lo había.

Cobos miró su reloj, eran las once y media de la noche. Si iba a hacer algo, debía hacerlo ya.

“Qué demonios, lo primero es la noticia”, se dijo a sí mismo, y seguidamente dejó bajo una mesa la parte de su equipo más pesada, y cogió tan solo la cámara de fotos, que podría ocultar fácilmente sin que nadie le preguntase a dónde pensaba ir.

En un instante se encontraba en el amplio vestíbulo, tratando de ubicarse y totalmente dispuesto a ensuciarse de nuevo las manos.

Hugo

Arriba, en uno de los dormitorios, Hugo se sobresaltó cuando Hollis descorchó una botella más. El corcho salió disparado, salpicando el techo, y unas cuantas gotas cayeron desde lo alto sobre los cabellos rubios de la muchacha, dotándolos de un tono más dorado, si cabe.

— ¿Pretendes emborracharme?

— ¿Yo? ¿Emborracharte a ti? —replicó la joven—. Vamos,

Hugo, todo el mundo sabe que te encanta llevar una vida de excesos. — ¿Sabes qué es lo peor, Hollis? Que tienes toda la razón. El líquido emitió su característico burbujeo al contacto con el cristal de las copas. Hugo observaba a su compañera, y notó que el champán comenzaba a hacer algo de efecto.

— ¿Has visto cómo te miraban todos? Eso es el éxito... ¿Puedes notarlo?

Debía esforzarse para mantener la mirada de la muchacha, que ahora aparecía ante él más bella de como lo había hecho nunca. Su silueta, esbelta y sinuosa; su tez, fina y de un tono pálido perfecto; sus labios, carnosos; sus pechos, generosos; todo ello se juntaba en un cóctel afrodisíaco e irresistible para él, que estaba fuera de sí.

—Hollis, no empecemos...

La joven se acercó a él con un suave contoneo de todo su cuerpo, que se movía como el de una modelo profesional, o al menos eso le parecía al escritor mientras notaba como la bebida comenzaba a subirle a la cabeza.

—Vamos, Hugo..., sabes que ambos lo deseamos.

El autor estaba algo aturdido, intentaba luchar contra sus propias debilidades, que se veían acrecentadas en su estado. Sin embargo, disfrutaba con la bella mujer, y era algo que por mucho que quisiera no podría negar.

Los cabellos dorados rozaron su rostro cuando Hollis se acercó a él tanto que podía sentir su respiración en los labios, y así permanecieron unos interminables segundos, hasta que Hugo realizó un sutil gesto escapando de su directa mirada, y la muchacha se sintió algo ofendida, retrocediendo.

Los cuerpos se separaron, y la joven, tras cavilar unos instantes, y notablemente molesta, decidió continuar con el juego, ofreciéndole otro trago de la burbujeante copa al escritor. Después, caminó

hacia la puerta entreabierta de la habitación, y la cerró de un fuerte portazo. Ahora estaban solos, los dos.

Cobos

Cobos escuchó un chasquido en algún lugar arriba de las escaleras. Se aseguró de que nadie lo viese, y comenzó su quieta ascensión hacia el lugar de donde procedía el ruido. Peldaño a peldaño, con la cámara de fotos oculta dentro de la chaqueta, avanzaba lentamente por miedo a ser descubierto.

Cuando llegó arriba, pudo darse verdadera cuenta de cuán grande y lujosa era aquella casa; había más puertas de las que hubiese imaginado, y el pasillo se bifurcaba a derecha e izquierda en un largo recorrido.

Sin saber muy bien por qué, continuó caminando por la derecha, y supo que iba por buen camino cuando escuchó unas voces. Vio la luz que asomaba por una puerta ligeramente entreabierta, y sacó la cámara lentamente de la chaqueta mientras se acercaba.

Reconoció el tono y la textura, sin duda era Hugo Esmerodes. Aquella entonación tan perfeccionista, y a la vez tan sofisticada... solo podía pertenecer al joven escritor.

Las voces cesaron, y el periodista se detuvo en seco. ¿Por qué dejaban de hablar de repente? Escuchó unos pasos, y dio media vuelta, alejándose cuanto pudo de allí, pero no había avanzado siquiera un par de metros cuando escuchó un fuerte golpe tras su espalda.

Estuvo casi a punto de gritar, sin duda lo habían descubierto. Se dio la vuelta lentamente pensando en una posible disculpa, cualquier excusa hubiese resultado inválida, tal era su situación.

Con la cámara de fotos en la mano derecha, giró sobre sí mismo, y su sorpresa fue mayor al descubrir que allí no había nadie. La puerta, antes entreabierta, ahora estaba cerrada, y de nuevo podía oír voces en su interior, aunque no entendía lo que decían. ¿Lo habían visto? Probablemente no. Quizá simplemente querían disfrutar de una mayor intimidad, y el portazo explicaría el sonido tras de sí.

Frustrado, bajó cabizbajo las escaleras. Se sentía derrotado, y no quería siquiera pensar en el recibimiento que le esperaba cuando llegara a la redacción con las manos vacías.

“Te lo has ganado”, se repetía a sí mismo continuamente.

Había dos formas de volver al salón de actos desde el vestíbulo, una directa y otra atravesando una antesala que él conocía bien a raíz de un artículo de su misma revista. Pasó por la sala de las famosas cortinas, que no era otra cosa que un enorme pasadizo lleno de grandes ventanales, y miró aquellas cortinas verdes, mofándose de sí mismo. ¿Qué clase de periodista era? Había quien incluso era capaz de sacar una noticia de aquellos harapos que colgaban del techo. Mientras tanto, él se dedicaba a criticar a cualquier personaje mínimamente interesante, y eso no era lo peor, pues ahora, al parecer, no era capaz siquiera de eso.

Entró de nuevo al salón, y la fiesta parecía acompañar a su estado de ánimo. Había un hombre gordo durmiendo apoyado sobre una mesa, y el resto del panorama no resultaba mucho más alentador. Su equipo estaba oculto cerca de aquel hombre soñoliento, y decidió que todavía no estaba preparado

para pasar por aquel trance. Cogió una botella abierta medio llena, y bebió un buen trago a morro.

Miró a su alrededor, ya no quedaba nadie que él conociese, tan solo Francisco Cepeda, el editor. Vanessa de Laurentis tampoco estaba, debió retirarse en algún momento mientras él estaba en el piso de arriba.

Se quedó pensativo. Vanessa de Laurentis. ¿Quién demonios le pone ese nombre a una hija? En su misma revista habían publicado un artículo sobre aquella coletilla. Hugo no lo utilizaba en su nombre artístico, aunque su nombre completo era Hugo Esmerodes de Laurentis. Desde luego la familia tenía un gusto extravagante a la hora de bautizar a los recién nacidos.

Cepeda lo miraba, tenía ligeramente suelto el nudo de la corbata y estaba sudoroso, sentado en una mesa y apurando una copa de *whisky* escocés.

Raúl lo conocía desde ya hacía tiempo. Cepeda era un reconocido editor, un cazatalentos. Se dedicaba a buscar escritores noveles, promocionarlos, y sacar todo el provecho que podía de ellos. Cualquier obstáculo que se interpusiera entre él y su dinero se convertía en su enemigo, y eso era básicamente lo que había ocurrido entre ellos.

A Cepeda no le interesaba en absoluto que alguno de sus autores fuese desprestigiado por ningún periodista, y se encargaba personalmente de que aquello no ocurriera. Sin embargo, en su particular cruzada, estaba perjudicando a Cobos, y este tampoco era la clase de persona conformista que deja pasar algo como eso.

Se acercó lentamente al editor, y reparó en su aspecto desolador, desde luego aquella tampoco había sido su mejor noche.

—*Whisky...*, típico.

Cepeda alzó la vista y ofreció un semblante a Cobos que sin duda no era de demasiados amigos.

—Prefiero un buen *whisky* a... —miró la botella que sostenía el periodista—. Lo que quiera que sea eso que bebe usted.

Cobos dejó la botella sobre la mesa, y tomó asiento.

— ¿Por qué demonios usan esa coletilla?

— ¿Cómo?

—El De Laurentis. ¿A quién se le ocurrió tal sandez?

—Me parece que no está bien informado, el De Laurentis es el apellido de la señora. Hugo ni siquiera lo utiliza, firma como Hugo Esmerodes, aunque eso usted ya lo sabe.

—Solo quería parecer amable —reclamó Cobos—. No he tenido un buen día y, por lo que veo, el suyo tampoco ha sido glorioso.

—No lo ha sido en absoluto —respondió abatido el editor—. ¿Cómo le ha ido a usted? ¿Tiene preparada otra de sus tragicomedias?

El columnista lo miró amenazador.

—Tal vez, si me dejasen hacer mi trabajo, hubiese conseguido algo decente.

— ¿Insinúa que alguien no se lo permite? Mire a su alrededor, es el único periodista que queda en la sala. ¿De verdad cree que no puedo hacer que lo saquen de aquí inmediatamente?

La altanería de aquel hombre sacaba a Cobos de sus casillas. Una rabia contenida crecía por dentro del periodista, que observaba todos y cada uno de los movimientos del editor con cautela. Ahora este comía un trozo de tarta, la nata se le escurría entre los dientes amarillentos, los labios le brillaban empapados de aquella sustancia grasienta, y al *jornalista* le resultó repugnante su forma de masticar ferozmente.

—Dígame una cosa. ¿De qué hablaba tan apasionadamente con la señora de Laurentis?

Cepeda se detuvo, y se limpió con una servilleta los restos de mora y chocolate de los labios.

—En una noche como esta, ¿no debería haber prestado más atención a su protegido que a su madre? Estoy seguro de que debió ser una conversación muy interesante —insistió el periodista, que veía que el tema perturbaba al editor.

El hombre no contestó, el sudor de su frente era más visible ahora. Por fin, dejó la servilleta manchada sobre la mesa, y dijo:

—No es asunto suyo, no estoy aquí para atender a la prensa sensacionalista.

— ¿Prensa sensacionalista? ¿Debo entender que eso es un piropo?

—No juegue conmigo, señor Cobos. No tengo tiempo para esta clase de tonterías, y menos viniendo de usted.

Todo aquello empezaba a alterarlo profundamente, no soportaba relacionarse con aquella clase de gente, que pensaba que el mundo había sido concebido exclusivamente para su disfrute.

— ¿Yo? ¿Jugar con usted? Yo me limito a hacer mi trabajo, haga usted el suyo, que, por si no lo sabe, se limita a publicar libros, y no a realizar una caza inquisitiva al personal de la prensa.

— ¡Hasta aquí podíamos llegar! —exclamó el hombre de negocios, alterado por completo.

Cobos hizo un ademán de levantarse, pues dada su baja estatura se sentía en inferioridad sentado frente a aquel hombre vociferante. Iba a estallar, cuando Hollis irrumpió en escena, interrumpiendo la acalorada conversación.

La muchacha se acercó rápidamente hacia ellos, parecía furiosa por algo, y su forma de caminar con aquellos altos tacones era digna de ver. Llevaba un vestido dorado, y el periodista se dio cuenta de que no era el mismo que lucía al principio de la ceremonia, que era de un rojo intenso.

Ambos comensales cesaron momentáneamente su batalla verbal para observar a la mujer, que, cuando estuvo cerca de ellos, se detuvo, e inquirió con la mirada a ambos.

— ¿Han visto a Hugo? No lo encuentro por ninguna parte.

Cobos pensó en hacía unos minutos, cuando había escuchado la voz del joven escritor en la habitación del piso superior, e inmediatamente después decidió que era mejor no confesar nada de eso.

—La última vez que lo vi abandonaba la sala con usted —recalcó el editor—. Estará emborrachándose en cualquier parte.

La muchacha se dispuso a contestar, pero algo la detuvo. Un grito ensordecedor hizo que la sala quedase en silencio, y los tres miraron hacia el lugar de donde provenía el sonido. Era un lamento tan frenético, tan desesperado y desgarrado que pronto todo el mundo echó a correr atemorizado.

El sonido de las copas estrellándose contra el suelo aquí y allá lo invadió todo, y el gentío se agolpaba en una de las salidas del salón de actos, querían ver qué estaba ocurriendo.

Cobos se levantó impulsivamente, con su cámara de fotos todavía entre las manos, pero a medio camino notó que alguien le asía fuertemente del brazo, impidiéndole su ascenso.

Era Cepeda, y la mirada del periodista debió ser tal que el editor disminuyó la fuerza dejándolo libre, mientras, Hollis también corría apresuradamente hacia la puerta, en la cual ya se agolpaban más de veinte personas.

El primer grito solo fue un aviso de lo que vendría después. Un inmenso alboroto se adueñó de toda la casa, y algunos de los hombres y mujeres que habían ido en primera instancia hasta el lugar, ahora, retrocedían despavoridos sobre sus pasos.

Las voces se mezclaban en un alboroto ininteligible mientras Cobos intentaba abrirse paso entre la multitud, y cuando estuvo en medio del tumulto, ya dentro de la otra habitación, se dio cuenta de que aquella era la sala de las cortinas, por la que él había vuelto tras su pequeña incursión periodística.

Pisotones, empujones, la muchedumbre parecía haber enloquecido. Sus voces solo se juntaban para formar un chillido descomunal, lleno de diferentes matices, pero con algo en común: el pánico y la desesperación. ¿Qué demonios era lo que tanto les asustaba? ¿Qué había tras aquella aglomeración de gente?

El periodista se internaba entre el gentío a duras penas. Alguien lo golpeó en su huida, y la cámara de fotos resbaló de sus manos. Se agachó sin pensarlo, y el miedo a ser aplastado por aquella masa de gente creció como una llamarada dentro de él.

Palpó a tientas entre las piernas trastornadas, y sus manos fueron castigadas con innumerables pisotones y patadas, hasta que, al fin, reconoció la cuerda para colgar del cuello la máquina de hacer instantáneas y tiró de ella, sintió un momentáneo alivio mientras notaba como la máquina se aproximaba, y rezaba porque no hubiese sido dañada.

Arrodillado, se dio cuenta de que cada vez veía menos piernas, aunque los berridos ensordecedores continuaban martirizando sus oídos. La aglomeración se apelotonaba ahora a sus espaldas, y ya no quedaba nadie delante de él.

Entonces vio algo extraño en el centro de la sala, y la luz de la luna entraba por los grandes ventanales, iluminando con un haz aquella silueta macabra.

El pulso del periodista se aceleró mientras comprobaba el estado de su cámara de fotos. Miró por el objetivo de esta, y vio que debido al golpe la imagen se había desenfocado.

Intentaba captar la escena, pero las manos le temblaban, y aquello no ayudaba demasiado. A través del objetivo veía la sala borrosa, y aquella siniestra figura parecía que fuese a levantarse en cualquier momento y dirigirse hacia él.

Algo se movió, la silueta esbozó un movimiento lento y sinuoso. Los gritos se hicieron más fuertes, y Cobos pudo reconocer la voz de Hollis a sus espaldas. Estaba fuera de sí. ¿Qué era lo que los demás veían? Él estaba inmerso en su instantánea, en enfocar la cámara, y a través de esta tan solo veía una indefinida sombra realizando movimientos extraños y pausados.

Poco a poco, la imagen fue apareciendo más clara, con más nitidez. Cobos notaba que su corazón latía fuertemente, y podía sentir el calor de la sangre recorriendo su cuerpo. Cuando comenzó a distinguir algo, apretó el gatillo sin pensárselo dos veces.

El *flash* inundó la sala, y los alaridos lo acompañaron sobresaltados por aquel panorama fantasmagórico. La luz azulada llenó la estancia de una luminiscencia sobrecogedora y, durante una fracción de segundo, al periodista le pareció ver algo siniestro y espantoso, como un fotograma subliminal en una película de terror.

Apartó la máquina de sus ojos, y pudo distinguir qué era aquello que todos los demás veían; en el centro de la sala había dos cuerpos. Uno estaba tendido sobre el suelo, inerte, y el otro estaba encima de este, y se movía lentamente, aturdido.

De nuevo el *flash* de la cámara inundó la sala. Cobos disparó el gatillo sin saber muy bien por qué. Tenía la cámara a la altura del pecho, y observaba con sus ojos desnudos el panorama, atónito.

Era Hugo Esmerodes. Aquella silueta que se incorporaba era la suya, y el cuerpo que yacía bajo sus piernas arrodilladas era el de Vanessa de Laurentis, su madre.

Cobos vio la sangre, y comprendió que los invitados hubiesen entrado en aquel estado de histeria. Los chillidos no cesaban, aunque cada vez se escuchaban más lejanos. Muchos habían huido despavoridos de aquel lugar.

La imagen era desoladora. Los dos cuerpos eran los de dos amantes enlazados en una danza sangrienta y mortal. El joven escritor parecía perdido, desorientado, oscilaba como un péndulo, arrodillado sobre el cuerpo inmóvil de su madre, adelante y atrás, cada vez más rápido, en un macabro baile desesperado y horroroso.

La cámara volvió a emitir un chasquido. Cobos tenía su noticia.

Hugo

Cuando despertó, el hedor a muerte lo invadía todo. Un olor pútrido y macabro que penetraba por sus fosas nasales produciéndole una extraña sensación. Hasta la última fibra de su cuerpo se erizó mientras aquel sentimiento nauseabundo se apoderaba de él.

Sus sentidos estaban anulados, y comenzaban a despertar lentamente de un profundo letargo, al que no recordaba cómo había llegado. Entonces lo supo, supo que aquello que recorría sus venas era el terror verdadero. Nunca había experimentado nada semejante, aquel presentimiento grotesco que parecía anunciar que no había vuelta atrás.

Sus músculos estaban totalmente rígidos, era incapaz de mover un solo dedo. Intentaba sin éxito levantar los brazos, para comprobar qué era aquello que se le escurría entre los dedos. Los sonidos eran vagos, todo cuanto le rodeaba se convertía en un eco cacofónico que no hacía sino empeorar su aturdimiento. La vista, totalmente nublada, como queriendo abstraerlo de aquello tan terrorífico y dantesco que no sabía siquiera si se atrevía a descubrir.

Deseó con todas sus fuerzas despertar de aquella pesadilla, e hizo un esfuerzo sobrehumano por mover sus extremidades, que seguían repletas de aquella cosa viscosa que no acertaba a ver. Era indescriptible aquella parálisis, aquel estado catatónico en el que se encontraba. Sin embargo, era consciente de que estaba allí y de que aquello no era ninguna pesadilla.

Poco a poco pudo captar los primeros detalles mediante el tacto. Se encontraba de rodillas sobre algo blando. Quiso levantarse y apartarse de aquello que desconocía, pero seguía sin poder moverse. Aquel líquido seguía cayendo por sus brazos, y podía notar como se formaban gotas al final de sus dedos que se deslizaban desde lo alto para precipitarse hacia lo desconocido.

Comenzó a recordar algo. Una fiesta. Sí, lo último que recordaba era aquella fiesta. El libro... ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba? Hollis le había ofrecido una copa mientras hablaba con los invitados... ¡Los invitados!

Ahora aquellos ruidos ensordecedores e indescriptibles comenzaron a tomar forma, podía diferenciar alguna de las voces que escuchaba, aunque no sabía lo que decían. Parecía que la cabeza fuera a estallarle de un momento a otro, bombardeada por aquellas percepciones inhóspitas que le llegaban de todos sus sentidos.

¿Por qué no entendía aquellas voces? ¿Por qué no era capaz de distinguir qué decían? Entonces se dio cuenta de que no hablaban, sino que gritaban, gritaban con auténtico pavor, como si fuese el fin

del mundo.

Se frotó los ojos y se sintió reconfortado al ver que esta vez sí había conseguido mover los brazos. La sustancia viscosa de sus manos le impregnó las retinas y parte de la cara. Se frotaba los ojos frenéticamente, casi en estado de *shock*.

Su visión se fue tornando del negro al rojo. Al principio no distinguió nada, solo sombras teñidas de aquel color agobiante. Ahora notaba el líquido también en su rostro, caía por sus mejillas, y una gota le llegó a los labios. Era dulce, y otra vez tuvo aquella sensación terrorífica de que había sucedido algo espantoso.

Lo primero que distinguió fueron las cortinas. Aquellas cortinas verdes que a su madre tanto le gustaban. Sin embargo, no las veía verdes, se habían vuelto completamente purpúreas. Movié la cabeza a ambos lados, adivinando a duras penas vagas sombras que parecían cernirse sobre él.

Después miró al suelo, y todo volvió a encajar repentinamente. Durante unos pocos segundos fue capaz de reconocer las voces que gritaban. Sintió todavía más fuerte aquel hedor nauseabundo con el que había despertado, que ahora llenaba sus pulmones por completo. Pudo advertir que el fluido que empapaba su cuerpo estaba caliente, y estuvo a punto de vomitar.

Por último, lo vio. Bajo sus rodillas, reconoció qué era aquello sobre lo que estaba postrado. Vio el cuerpo, y enloqueció. Cuando su cabeza golpeó el suelo repetidas veces, no sintió dolor. No experimentó dolor mientras aporreaba con todas sus fuerzas el frío piso. Tan solo sentía el ir y venir de su frente, aplastándose contra el pavimento, y de nuevo pudo percibir la fluidez de la sangre, esta vez suya.

CAPÍTULO 3

Diario del Dr. Maurer. 22 nov. 1997.

Algo se removió en mis entrañas mientras sentía entre mis brazos el cuerpo frágil de Eva Morain, una ira indescriptible creció en mi interior, cegándome, anulando mi persona.

Una parte de mí se desvaneció en aquel momento, ya no era el doctor Maurer, no podía pensar razonadamente. El corazón venció a la mente, nublándola por completo, y solo sentía odio, odio y desesperación.

La cabeza me daba vueltas, quería ignorar lo que me había contado la pobre muchacha, quería serenarme y actuar como lo que era, pero no podía, no podía continuar cruzado de brazos como si nada de aquello hubiese pasado.

Intenté convencerme de que la joven estaba enferma, de que se había inventado todo aquello, pero yo mismo sabía que era una batalla perdida, que no lograría confundirme a mí mismo.

Entonces detuve mis juicios internos, me daba la sensación de que la razón solo me servía para engañar a mi propia conciencia, y me pareció algo repugnante.

Me deje llevar, me dejé llevar como no lo había hecho nunca en toda mi vida y como hacía mucho tiempo debiera haber hecho.

Poco a poco liberé de entre mis brazos a la desconsolada Eva. La miré a los ojos, queriendo captar sus sentimientos, y sentí una punzada en el corazón al darme cuenta de que no veía nada. Aquellos ojos eran totalmente inexpresivos, consumidos por un dolor y un horror que no querían siquiera recordar. No había en ellos tristeza, ni desolación, miedo, rabia o conmoción. Eran dos puntos desiertos, catatónicos. Podría decirse que estaban muertos.

Me separé de ella lentamente mientras observaba su actitud quieta y flemática. Bajé a su habitación a través de la trampilla, y ver su fotografía me hechizó.

Pobre muchacha. ¿Quién era capaz de haberle hecho algo así? ¿Qué clase de persona le hace aquello a su propia hija? Las palabras de Eva retumbaban en mi cabeza: “¡Miedo y asco! ¡Miedo y asco!”. No podía dejar de verle gritando aquellos vocablos, y me escuché a mí mismo diciéndolos mientras abría la puerta de la habitación y salía al pasillo de la segunda planta: “Miedo y asco..., miedo y... asco”.

Bajé los peldaños lentamente, regodeándome y contándolos mentalmente. “Uno, dos...”. La escalera de caracol parecía llevarme al mismísimo infierno. “Cuatro, cinco, seis...”. Abajo podía escuchar voces, probablemente de un televisor, y yo sabía perfectamente de qué lugar provenían, y continué mi pausado descenso. “Nueve, diez, once...”. De la cocina me llegaba un aroma a café caliente. “Diecisiete, dieciocho, diecinueve..., veinte”.

Me detuve cuando tan solo me faltaba un escalón para llegar a la planta inferior. La señora Morain salía de la cocina con una bandeja, en la cual llevaba una jarra llena de café y dos tazas.

“Dos tazas...”.

Advertí un ligero atisbo de miedo en la mujer, que no quiso que se le notase, y, temblorosa, me ofreció una taza de café.

“Veintiuno”. Pasé inmutable a su lado, cogiendo el termo caliente y humeante de la bandeja. Mi

paso era lento, pero firme, y no disminuyó su ritmo cuando vi aquel otro vapor repugnante.

Me aproximé con calma y quietud, y mantuve el pulso estable, pese a que el termo de café estaba ardiendo. Me detuve bajo el umbral, entre aquella espesa niebla contaminada, y esperé a que él diese el primer paso.

Él me miro. Tenía gracia, no sabía ni siquiera cómo se llamaba. Se sacó el puro de la boca.

— ¿Qué quiere?

—Miedo y asco... —pronuncié a duras penas.

— ¡¿Qué?!

Me abalancé sobre él mientras sentía en mi interior un extraño frenesí. Apenas le dio tiempo a levantarse del sillón. El termo golpeó su cabeza, y el café salió disparado en todas direcciones, quemando su rostro y mis manos. Los alaridos resultaban escalofriantes, pero no podía detenerme, me invadía la cólera, y golpeaba una y otra vez a aquel hombre, ahora indefenso.

Descubrí el sabor de la venganza, cuán lujuriosa y satisfactoria resulta cuando llama a la puerta y recibe contestación, y descargué toda mi fuerza sobre aquel títere desgraciado.

El líquido marrón se había derramado ya por completo, y solo algunas gotas manchaban mi rostro enloquecido. Los berridos cesaron, y el termo se deslizó entre mis dedos, e hizo un sonoro alboroto al caer al suelo, pero mis puños desnudos continuaron su vaivén, aporreando una y otra vez el rostro de aquel ser repulsivo.

“Miedo y asco”. Las palabras de la muchacha seguían atormentándome, y noté como mis lágrimas se fundían con el amargo café.

Me detuve exhausto, derrotado e inánime. Mi cabeza prestó atención a las voces de la televisión, probablemente con intención de omitir los aullidos de la señora Morain, que yacía a pocos metros tras de mí, junto a una bandeja y dos tazas de café hechas añicos.

El puro del señor Maurer descansaba cerca de su cabeza, y la ceniza todavía era roja cual metal candente. El humo flotaba ahora pausado, generando un hilo continuo que ascendía formando suaves y delicadas curvas, y mi respiración era constante, tranquila, mientras estudiaba el tétrico escenario en que se había convertido la sala de estar.

CAPÍTULO 4

Las luces de emergencia azules de los coches de Policía alumbraban intermitentemente la fachada de la mansión, y un tétrico resplandor se colaba por los ventanales de estilo portentoso.

La zona había sido acordonada, y nadie podía entrar ni salir del caserón del escritor. Cobos pudo ver a través de la ventana como los periodistas anteriormente despachados por Hollis se agolpaban intentando colarse, viendo todos sus intentos frustrados por los agentes de la ley, que obstruían cada uno de los accesos al inmueble.

Todo había sucedido de forma tan rápida e inesperada que muchos de los invitados todavía se encontraban traumatizados.

Él, por su parte, se aferraba fuertemente a su cámara de fotos. Sabía que tenía un bombazo, un siniestro y espeluznante retrato de lo que había sucedido, y lo mejor de todo es que era el único que poseía aquel material tan valioso.

Todavía estaba conmocionado por lo que había visto. Aquellos dos cuerpos enredados, empapados de sangre. Vanessa de Laurentis inmóvil y, sobre ella, Hugo en un extraño estado que recordaba a una hipnosis inducida.

En algún momento, el escritor volvió a perder el conocimiento tras golpearse repetidamente la cabeza contra el suelo, y allí quedaron ambas sombras, la madre y el hijo, mostrando su macabro espectáculo a los invitados más curiosos.

Pronto las sirenas y las luces lo impregnaron todo de un ambiente fatal. Lo que allí había ocurrido era algo estremecedor e incoherente, y la llegada de aquellos estruendosos sonidos confirmaba que todo había pasado de verdad.

Los servicios sanitarios entraron tras los agentes en la casa y se llevaron al escritor, dejando tendida sobre la moqueta a Vanessa. Sobre la camilla, el cuerpo inerte de Hugo parecía despedirse de su madre, que yacía tendida e inánime, con la mirada perdida en el techo de aquel lugar, en aquellas cortinas verdes que simulaban mofarse de cuanto había ocurrido.

Los agentes de Policía acordonaron la escena mientras la camilla comenzaba a emitir un metálico traqueteo escaleras abajo, y Raúl Cobos echó un último vistazo a través del umbral de la puerta. Todos habían sido reconducidos hasta el salón de actos en donde se había celebrado la fiesta. Nadie saldría de allí sin ser debidamente registrado e interrogado.

Ahora toda la casa estaba bien iluminada, incluso aquella tétrica estancia que la Policía estaba precintando. Desactivó el *flash*, e hizo una última instantánea. En el cuadro de enfoque, se podía ver el cuerpo de Vanessa en mitad de la habitación y a varios agentes de Policía junto a la otra entrada a la sala, la opuesta a donde él se encontraba, que daba al vestíbulo.

Era un salón rectangular, que no tenía otra cosa que unos enormes ventanales y aquellas dichas cortinas. Una de las puertas daba al salón de actos, desde donde Cobos tomó la última fotografía, la otra daba al *hall*, a las escaleras por donde el periodista había subido a la planta superior.

Todo aquel que entrara o saliese de aquel lugar debía hacerlo por una de aquellas dos puertas. El salón de actos y la habitación acordonada formaban juntas una especie de ele. Por la parte interior, las dos estancias daban a las escaleras; y por la exterior, la fachada acristalada de ambas daba al este, abarcando el salón de actos asimismo la mayoría de la cara sur.

Cobos cogió una servilleta, e hizo un pequeño croquis de todo aquello, que más tarde podría servirle a la hora de escribir su artículo. De pronto, pensar en ello le hizo darse de cuenta de algo. Sin fotos no había artículo, y sin duda la Policía no iba a permitirle sacar de allí su preciado material.

Miró de nuevo por la ventana, un turismo negro penetró en los jardines de la mansión, y aparcó descuidadamente sobre el mimado césped. El comisario jefe Saura salió con aire impetuoso del vehículo, y varios agentes se aproximaron a él.

Una ambulancia emprendía ya su marcha hacia el hospital, transportando al escritor, y otros sendos furgones sanitarios permanecían en el jardín atendiendo a algunos de los invitados.

¿Por qué solo se llevaban a Hugo? ¿Por qué dejaban a su madre en la escena del crimen? Cobos lo comprendió enseguida, el escritor todavía estaba vivo, pero Vanessa ya formaba parte del escenario de los hechos.

Vio a aquel hombre gordo en una de las ambulancias, estaba recibiendo cuidados por parte del personal de enfermería. Lo reconoció al instante, era aquel obeso espécimen que hacía unas horas dormía junto a su equipo, antes de que la fatalidad se desatara.

De pronto una creciente inquietud lo invadió. Su equipo. ¿Permanecería todavía donde lo había dejado? Había llevado dos cámaras de fotos, una cámara de vídeo y tarjetas de memoria y dispositivos extraíbles de sobra para almacenar una buena cantidad de material, además de una buena colección de lentes y objetivos adicionales.

Dio media vuelta y se dirigió rápidamente a la mesa bajo la cual había dejado la mochila negra. El mantel estaba desparramado por encima y llegaba hasta el suelo, alguien se habría enganchado durante el alboroto. El periodista alzó la tela blanca, y las pocas copas que quedaban sobre la mesa volcaron, vertiendo sus contenidos y empapando el mantel.

Allí estaba, y un suspiro de alivio recorrió el cuerpo del cronista de la revista *Clocks*, que se apresuró a abrir la mochila y comprobar que todo estaba en orden. Notó enseguida que allí permanecía la cámara de vídeo, el objetivo gran angular, las diferentes lentes que actuaban como filtro y la cámara de fotos adicional que siempre llevaba además de la Kodak que le colgaba del cuello. Pero aquello no era lo que buscaba, y siguió escarbando sin éxito en el interior del zurrón. Abrió todos los compartimentos, y al fin la halló, y la alzó ante sus ojos. Tenía la minúscula tarjeta de memoria.

Cuando se reincorporó, se dio cuenta de que la casa estaba infestada de agentes de la ley. Se apresuró a asomarse de nuevo a la ventana, y pudo ver que allí todavía estaba el comisario Saura, organizando todo el jaleo, e intentando dispersar a los periodistas que se agolpaban en la puerta principal del domicilio. Sus gestos eran firmes y violentos, y su vozarrón podía escucharse desde lo alto.

— ¡No quiero una sola fotografía! —gritaba como un condenado.

Sus inferiores se parapetaban frente a los fotógrafos, cerrándoles el paso e impidiendo que penetraran entre los muros de la mansión.

— ¡Si mañana se publica una sola imagen comprometida, créanme que habrá represalias!

Los agentes parecían respetar y temer profundamente al comisario, y acataban sus órdenes sin rechistar, sudorosos y tensos como unos púberes inexpertos, y Cobos los observaba, compadeciéndolos, y pudo comprenderlos mejor cuando la mirada del comisario se cruzó con la suya. Lo había reconocido, la cosa se ponía complicada.

Saura hizo señas a sus subordinados, indicándoles la posición del periodista. Velozmente los

hombres de uniforme emitieron algún tipo de mensaje por los *walkies* y, aunque Cobos no escuchó lo que decían, pudo imaginárselo; tenía que salir de allí cuanto antes.

Se apartó de la ventana sin realizar ningún movimiento brusco, y con total normalidad se pasó el asa de su mochila por el hombro. Aquellas herramientas de trabajo tenían un peso considerable y no le era fácil moverse con ellas sigilosamente.

Caminó procurando no levantar sospechas, rumbo a la puerta que daba al enorme *hall* en donde estaban las escaleras, y la única forma que él conocía de bajar a la planta cero. Los invitados de la fiesta se encontraban repartidos desordenadamente entre las mesas, y algunos sorbían buenos tragos de las botellas que aún quedaban medio llenas, queriendo que alguna bebida espirituosa les ayudase a calmarse.

La actitud general era decaída y pensativa. La mayoría de los presentes estaban en silencio, meditabundos, y los que no, comentaban entre ellos lo sucedido como si acabasen de ver a un fantasma, y no era para menos. Aquello favoreció al periodista, que pasó lentamente entre los presentes sin que nadie se fijase en él o sospechase nada extraño.

El enorme portón que daba al *hall* estaba cerrado. Cobos se detuvo a unos pasos y echó una última ojeada al resto de la habitación para asegurarse de que nadie lo observaba. Después de hacer esto, se dispuso a abrir lentamente una parte de aquella puerta doble gigantesca, y asomó la vista lentamente por la pequeña rendija entreabierta. Nada, todo estaba en silencio, allí parecía no haber nadie, seguramente todo el mundo estaría analizando la habitación del precinto policial.

Empujó un poco más la hoja, dispuesto a salir, cuando un sonido lo detuvo en seco, era un *walkie talkie*, aquel eco que acompañaba la voz era inconfundible. Cambió el ángulo de visión, moviendo la cabeza hacia la derecha y ampliando sutilmente la hendidura por donde observaba el exterior, y la puerta emitió un leve crujido, la madera maciza le jugaba una mala pasada en el peor momento.

Entornó de nuevo la cancela, y permaneció unos segundos en silencio. Después, volvió a separarla lentamente, y pudo ver a un policía sosteniendo un transmisor cerca de la boca, acabando de decir algo que no llegó a comprender. El mensaje que devolvió el aparato, sin embargo, fue inequívoco: “Sacadlo de ahí y requisadle todo el equipo, es una prueba de la investigación”.

Se acabaron los miramientos. Cobos echó a correr hacia la única puerta que desconocía, al otro extremo de la habitación, lejos de aquel portón y de la entrada a la sala de las cortinas. Los rezagados asistentes ahora lo observaban sorprendidos, aunque no hicieron nada para detenerlo, ya habían tenido demasiados sobresaltos por una noche.

Entró por aquel umbral del lado oeste de la habitación y se encontró dentro de una gigantesca cocina, cuyos fogones todavía estaban calientes. Allí había personal del servicio por todas partes, cocineros y camareros abarrotaban el lugar. Se orientó mentalmente y avanzó raudo en dirección norte, y las sartenes y demás instrumentos de cocina que colgaban del techo titilaban a su paso.

Dos agentes de Policía penetraron en el salón de actos, buscando con la mirada al periodista. No hizo falta que dijese nada, pronto los abatidos comensales les señalaron la dirección a la cocina, y los hombres de uniforme comenzaron su carrera.

Cobos pasaba apresurado entre el personal, aquella cocina era realmente gigantesca. ¿Acaso no se acabaría nunca? Siguió a pasos agigantados, con el corazón palpitante, invadido por la adrenalina. Y, cuando estaba a punto de alcanzar el final de la estancia, escuchó unos gritos que lo obligaban a detenerse desde el fondo del local. No disminuyó el paso.

Trasapó el portal, y se encontró en un inmenso comedor de aire regio y ostentoso. Tan solo había

una mesa, pero era exageradamente alargada, fabricada con la mejor madera, y repleta de lujosos candelabros de plata que descansaban sobre un mantel bordado impoluto. Aparte de él no había nadie, la mala noticia es que no había más puertas. Estaba atrapado.

Desesperado, pensó en saltar por alguna de las ventanas, y corrió enloquecido y apestando a sudor hacia la fachada norte. El enorme ventanal estaba cerrado mediante tres robustos pestillos, y alzó la vista, pero no alcanzaba a ver la altura a la que se encontraba. Descorrió el primer cerrojo, y la madera emitió un crujido, como liberada de aquella presión. Cuando agarró el segundo, escuchó un estruendo tras de sí. Ya estaban allí.

Los agentes irrumpieron embistiendo la puerta por la que Cobos había entrado. El periodista los vio, y estos caminaban más lentamente ahora, viendo que no tenía escapatoria. Le gritaron algo desde la otra parte, pero él no entendió sus palabras. Se giró y descorrió el segundo pestillo, y enseguida escuchó los pasos apresurarse y los gritos imperando que se detuviese.

El tercer cierre no cedía, el ventanal estaba ahora algo desencajado sin el aguante de los otros dos pernos, y el hierro oxidado del tercero parecía resistirse y, aunque no miraba hacia atrás, podía sentir la presencia amenazante de aquellos hombres cerniéndose sobre él.

Un golpe seco anunció la apertura del tercer rudimentario dispositivo, y la ventana se abrió por sí sola, con suavidad. Cobos asomó la cabeza al vacío, y vio que la altura era considerable..., pero no había tiempo para pensárselo dos veces.

Hizo un gesto rápido, para colocar la rodilla derecha sobre el marco de la ventana. Casi podía sentir el aliento de sus captores en la nuca, y mediante el tacto percibió unos fuertes miembros que pretendían asirle. Miró al horizonte, en un último y final esfuerzo, la suerte estaba echada.

Comenzaba a hacer algo de frío. Eran casi las tres de la madrugada y la noche estaba muy cerrada. El cielo, parcialmente nuboso, dejaba entrever las estrellas como pequeños puntos mágicos colgando de una impresionante bóveda azulada. El comisario Saura, ajeno a la belleza de aquella oscuridad, continuaba dando órdenes y organizando la operativa en el espléndido jardín de la casa.

Se acercó a una de las ambulancias para comprobar el estado general de los invitados, y allí vio a un hombre obeso al que habían tenido que asistir por un ataque de ansiedad. El comisario preguntó a los sanitarios, que respondieron que había un estado general de nerviosismo, aunque de momento nada grave, solo chequeos preventivos.

—Quiero saberlo todo. Espero que colaboren para facilitar nuestra labor de investigación. Nos sería de gran utilidad a la hora de descartar sospechosos poseer esos informes médicos.

Los enfermeros asintieron con la cabeza, nadie se atrevía a llevarle la contraria al comisario, tal era su fama y su semblante. En todo momento permanecía serio, sus facciones eran duras e inexpresivas, impenetrables, y no le importaban los medios, solo el fin, quería resultados.

Escuchó jaleo a sus espaldas, aquellos periodistas estaban dificultándole seriamente el trabajo. Serían unos veinte y se ceñían al cordón policial junto a la entrada, fotografiando a todo aquel que entrara o saliese de la mansión. Caminó hacia ellos, ajustándose la corbata con la mano derecha, mientras preparaba mentalmente uno de sus discursos discriminatorios. No había cosa que lo sacara más de sus casillas que un periodista entrometido.

Cuando estuvo cerca del populacho, estos enaltecieron sus protestas y sus gritos, e iba a replicarles, pero se dio cuenta de que no lo abucheaban a él.

Había movimiento en la entrada, dos agentes bajaban los escalones hacia el jardín con paso firme, abandonando el inmueble. Delante de ellos, un hombre no demasiado alto, de fuertes

extremidades y completamente rapado, intentaba librarse de aquellas manos ajenas, y se aferraba a una mochila negra como a un clavo ardiendo.

El comisario se detuvo, y su cara dibujó una leve sonrisa, lo habían cogido, no habría foto en los periódicos de la mañana. Miró a los ojos del periodista, sonriente y amenazante, había ganado este pulso.

Cobos observó atónito a los demás periodistas, sabía que no era demasiado querido entre sus iguales, pero de ninguna manera hubiese esperado aquella jauría amenazante. Hombres y mujeres desahogaban su rabia con el único periodista que había logrado permanecer en la casa y, aunque era consciente de que no era santo de su devoción, aquello le cogió por sorpresa.

Detrás de aquella jauría, el columnista pudo ver al comisario Saura, con un semblante de total satisfacción, disfrutando como un niño.

¿Quería espectáculo? Lo iba a tener. Cogió la cámara de fotos que todavía colgaba de su cuello, y se detuvo en las escaleras. Los policías no sabían bien cómo reaccionar, desconcertados. Cobos enfocó a los periodistas enfurecidos y, en un gesto de desdén y superioridad, apretó el botón de la cámara.

El *flash* iluminó a los allí reunidos, y el cronista apartó la cámara de sus ojos, emitiendo una carcajada. Los berridos crecieron de forma incontrolable, y los *paparazzi* ofendidos aullaban como una manada de lobos que espera a su presa, haciendo que la sonrisa del comisario desapareciese súbitamente.

— ¡Quitadle la maldita cámara! —bramaba—. ¡Arrebatádselo todo... ya!

Los dos agentes que custodiaban a Cobos se apremiaron en obedecer las órdenes de su superior, y el periodista se burlaba de ellos, levantando las manos y poniéndoselas en la nuca mientras mostraba una mueca de satisfactoria emoción.

Rápidamente, vio cómo su cámara de fotos era confiscada, al igual que su mochila negra. No opuso resistencia, actuaba cual mimo burlón y comediante, dirigiendo sus movimientos al público reunido bajo él, cuyos alaridos crecían en intensidad y consistencia.

Uno de los agentes quiso comprobar sus bolsillos, y Cobos abandonó rápidamente su actitud chulesca. Mientras uno le extendía los brazos en forma de cruz, el otro lo cacheaba desde atrás. Las manos del agente comenzaron a palparlo desde los tobillos y ascendieron hasta las caderas y, cuando tocó la superficie a la altura de los muslos, hizo un gesto a su compañero, asintiendo.

—Vacíese los bolsillos.

Cobos estaba serio ahora.

— ¿Es que no me ha oído? Vacíese los bolsillos.

El periodista no se movió, manteniendo la mirada del agente, que introdujo la mano en el bolso derecho de su pantalón.

Cobos suspiró, el policía encontró lo que buscaba, y lo mantuvo en alto, observándolo; era una tarjeta de memoria. El compañero inspeccionaba la cámara de fotos y confirmó que la tarjeta era compatible, mientras, a unos metros, el comisario contemplaba la escena satisfecho, aunque esta vez no se atrevió a reír.

El periodista abatido fue conducido hacia sus compañeros enfurecidos, que aumentaban el nivel de las quejas conforme se acercaba.

— ¡Por el amor de Dios! ¡Basta ya! —Saura estaba encolerizado, y escupía perdigones de saliva con cada frase—. ¡Sacadlo de aquí! ¡No quiero verlo más! ¡Sacadlo por la puerta trasera, y llevaos

de aquí a todos estos incompetentes!

Cobos fue reconducido al interior de la casa, y atravesó toda la planta perseguido por sus dos custodios. Cuando llegaron al otro extremo, le ofrecieron una mirada desdeñosa y lo expulsaron al jardín, cerrando la puerta en sus narices.

El periodista estudió los alrededores, y reconoció aquel lugar, lo había visto antes. Alzó la mirada y encontró la ostentosa fachada norte de la casa. Nervioso, escrutó cada uno de los ventanales, hasta ver aquella ventana todavía abierta. Caminó veloz entre los matorrales, atravesando setos y cruzando zonas de espesa vegetación, no aptas para el acceso peatonal.

Por fin se detuvo bajo aquella ventana, y desde abajo pudo apreciar la enorme altura que le separaba de ella. ¿Cómo habían podido creer que pretendía saltar desde allí? Se agachó, y palpó el firme con las manos. Sus dedos se hundieron en la tierra húmeda, y reconoció el liso tacto de lo que buscaba; la tarjeta de memoria estaba intacta.

CAPÍTULO 5

Diario del Dr. Maurer. 23 nov. 1997.

El alba llegaría pronto, podía escuchar dentro de mi cabeza el tictac de una bomba de relojería a punto de estallar. Las tornas habían cambiado, ahora la oscuridad me alentaba y me protegía, la quietud de la noche me arropaba cálidamente, guardándome del frío amanecer, de la luz del sol inagotable que me descubriría por la mañana desnudo en un mundo que cada vez me era más desconocido.

No me reconocía a mí mismo... ¿Cómo iba a entender el mundo? ¿Cómo adivinar sus movimientos sutiles y estudiados al milímetro? ¿Cómo adelantarse y prever los acontecimientos que ahora me quitaban el sueño?

Todavía sentía ese elixir recorriendo mis venas cual droga de diseño. La venganza resultó ser el psicotrópico perfecto, la cura contra todo mal, mi particular panacea. Sin embargo, otro singular sentimiento me corrompía lentamente, apoderándose de mi cuerpo y mi intelecto, el miedo.

Las últimas horas eran desordenados fragmentos fugaces en mi cerebro. Imágenes estáticas que sintetizaban a la perfección todo cuanto ocurría en mi ser. Las paredes de la consulta me resultaban angustiosas y agobiantes, y observé con desprecio mi reluciente título colgando en la pared. Ahora lo comprendía todo... Durante todos aquellos años la medicina me había anulado como persona, había dejado de ser Ricardo Maurer para ser simplemente el doctor Maurer.

Estaba en un momento de lucidez, todas las piezas del puzle encajaban en una amalgama de ideas coherentes y extasiantes. Ser Ricardo Maurer resultaba difícil, por eso había escogido aquella profesión, por eso me ponía la bata blanca cada mañana y diagnosticaba a mis pacientes. Necesitaba explicar el mundo, necesitaba tener algo que me diese las respuestas y, por encima de todo, necesitaba dejar de preguntarme sobre mí mismo, esconderme tras una barrera de fórmulas y expresiones matemáticas que me permitieran calmar mi ignorancia.

Pero los sentimientos son inexpresables, son imposibles de predecir, de plasmar mediante ninguna ecuación, son los números primos de cada sucesión aparentemente definitiva, son las micronésimas de segundo desconocidas del Big Bang, son algo magnífico y mágico que yo había olvidado por completo.

Aquella noche los había descubierto, había descubierto su inmenso poder y los había hecho míos de nuevo, había recuperado mi nombre y nacido a una nueva y emocionante realidad. Era Ricardo Maurer, y estaba solo ante el mundo, desprotegido, y sintiendo temor de la luz del día, del momento en que nuestra magnífica estrella alumbrase de nuevo esta tierra frágil y tiritante.

Cada segundo era una eternidad en aquella lúgubre estancia, y maldecía al tiempo por su incesante giro, su inagotable engranaje. Quería que todo acabase, que aquello nunca hubiese sucedido, pero otra parte de mí se sentía liberada.

Aquellas cenizas iridiscentes golpeaban mi conciencia repetidamente, dejándome sin aliento. Aquel puro sobre la moqueta, aquel humo coagulado, y junto a él la cabeza del señor Morain, quieta, inmóvil, silenciosa. Los gritos de la señora Morain penetrando en mis oídos; dos tazas de café hechas añicos en mil pedazos; unos diálogos en la televisión; Eva acurrucada en la buhardilla; y yo de

rodillas, con la cara llena de motas de café, dejando resbalar el termo entre mis dedos.

Mis pies doloridos mientras pisaban la tierra mojada, corriendo casi sin darme cuenta, y una duda creciente e hiriente: ¿estaba muerto? ¿Había matado al señor Morain?

Las ramas arañando mi rostro y mis brazos; el olor a sudor; mis ropas sucias y pesadas; las luces dispersas de la ciudad dormida; el claxon de un coche bajo la ventana; mi consulta; un teléfono... Todo era una mezcla confusa que me aturdí.

Ahora estaba allí, momentáneamente a salvo, temeroso de despertar con el sonido del teléfono o las noticias funestas de un periódico. Vendrían a por mí, seguro. La luz del día los atraería ávidos de protagonismo. Había matado a un hombre, yo mismo lo había visto tendido frente a mí, inánime. ¿Y qué había hecho entonces? Correr, salir corriendo de aquella casa que solo me había traído desgracias. Había cruzado la carretera que descendía colina abajo de forma hipnótica, había rasguñado mis manos con las ramas y la corteza de los árboles, buscando la protección de las luces de neón de la ciudad, había penetrado en mi consulta, y me había dejado caer en una esquina, sobresaltándome con cada ruido, con cada distorsión de la luminosidad cuando pasaba un vehículo junto a la ventana.

El tocadiscos desgarraba la música de la *Meditación*, de Massenet, y todo daba vueltas en un baile enloquecido y desesperado. ¿Qué debía hacer? Las notas penetraban en cada uno de mis poros invitándome a actuar de alguna manera que todavía ignoraba. El violín describía mi sufrimiento, mi pena, y a la vez mi renacimiento, la rotura de mis cadenas y mi liberación total.

Intenté pensar con claridad. Quizá debería entregarme, ir a la Policía y contar cuanto había pasado, denunciar todo lo relacionado con Eva Morain, todos los abusos cometidos por su padre, el mismo al que yo había golpeado hasta dejar sin aliento sobre la alfombra. Pero entonces veía la sangre roja mezclándose con el café derramado, y el terror de lo inevitable me recorría la espina dorsal.

No me arrepentía de nada. No, arrepentimiento no era la palabra, tal vez podría decirse que simplemente sopesaba si lo que había hecho era correcto. Lo era, no me cabía duda de ello; moralmente, asesinar a un ser despreciable como aquél no presentaba ningún problema para mí, y el hecho en sí mismo me sorprendió, no me sentía peor persona por aquello, quizá incluso me sentía mejor.

Dejando a un lado la ética, aquello estaba fuera de la ley, y eso era lo que me preocupaba, lo que me había empujado a esconderme en mi oficina sin poder dormir, sin poder dejar de darle vueltas a cuál debería ser mi próximo paso.

No podía apartar la vista del teléfono, esperando que sonase anunciando el comienzo del fin, y pasé horas tendido, mirando al vacío y queriendo que la tierra me tragase. Pero la noche me ocultaba y cuidaba de mí, serían los ajetreados movimientos de la mañana los que me traerían las peores noticias, estaba convencido de ello.

En algún momento debí quedarme dormido, y cuando desperté quise que todo fuese un mal sueño. No lo era.

La mañana estaba ya bien avanzada, la madera de mi escritorio estaba caliente, alumbrada por los rayos del sol llameante que penetraban por las ventanas. El teléfono no había sonado, y si lo había hecho, yo no me había dado cuenta.

Me levanté poco a poco, estaba dolorido y mis ropas eran unos harapos sucios y malolientes. Asomé la vista al exterior, las gentes caminaban normalmente ocupándose de sus quehaceres. No

había nadie esperando en la puerta del despacho. ¿Qué había pasado? Nada de aquello tenía sentido.

Una nueva posibilidad me atravesó como un rayo. ¿Y si no había matado al señor Morain? ¿Y si todavía estaba con vida? ¿Qué consecuencias podría desencadenar este hecho? Había algo que no cuadraba, algo que escapaba a toda lógica.

¿Qué supondría esto para Eva? Su nombre me atravesó el corazón en una doliente punzada. Eva...

Tenía que reaccionar, descubrir qué demonios era lo que estaba ocurriendo, y dar la cara, costase lo que costase. Bajé indeciso los peldaños que separaban mi consulta de la concurrida calle, y recordé la escalera de caracol de casa de los Morain y que había bajado por ella contando los escalones mentalmente.

El aire fresco me golpeó la cara, la brisa matutina era extrañamente agradable. A ambos lados todo parecía normal. Los pequeños puestos y tiendecitas familiares características del lugar abrían sus puertas tranquila y sosegadamente. Hombres y mujeres se daban los buenos días aquí y allá, y pasaban cerca de mí sin apenas mirarme, y los coches circulaban con normalidad, diluyéndose por las vías de la ajetreada metrópolis.

Caminé absorto en mis pensamientos, pasé cerca de un quiosco y busqué en los bolsillos de la chaqueta algunas monedas sueltas. Cogí un ejemplar del periódico local, y deposité el montón de monedas sobre el escaparate. El quiosquero me observó extrañado, quiso decirme que había pagado casi tres veces más de lo que valía el diario, pero yo ya había desaparecido.

Hojeeé frenéticamente el rotativo, esperando encontrar lo que buscaba, pero nada, no había ningún crimen, ni ninguna noticia que hablara de agresión, ni nada relacionado conmigo o la familia Morain.

Me encontré corriendo de nuevo, y ahora los viandantes sí prestaban atención a mis pasos, pues debía parecer un loco apresurándome calle abajo con aquellas ropas raídas y sosteniendo las hojas sueltas del periódico arrugado.

Llegué a casa, subí rápidamente las escaleras y entré al apartamento sin apenas coger aliento, y una vez dentro me dejé caer con la espalda apoyada sobre la puerta de entrada. Me estaba volviendo loco, nada de aquello tenía ninguna explicación.

Una ducha, necesitaba una ducha fría, aquello me calmaría y me ayudaría a despejar mis ideas, o al menos eso esperaba. El piso de la bañera conducía un caudal de agua marrón al desagüe, y no salí de allí hasta mucho después de que aquel río fuese totalmente cristalino.

No sabría decir cuánto tiempo estuve en la casa, solo sé que cada segundo entre aquellas cuatro paredes resultaba insoportable.

Finalmente, me vestí con unos vaqueros y una camisa por fuera, escogí mis zapatos más cómodos y, con el pelo todavía húmedo, volví de nuevo al exterior. Había tomado una determinación, y ya no había marcha atrás.

Anduve por los bulevares, avenidas y calles ajeno a cualquier factor externo, encerrado en mí mismo, mirando al frente, sin titubear, sabía que si lo hacía estaba perdido. Estaba cansado de darle vueltas una y otra vez a lo mismo, y ni podía ni quería continuar así. Estaba rendido, agotado y decidido a acabar con aquello de una vez por todas.

CAPÍTULO 6

Era un caso extraño. Habían tenido que invadir la escena para sacar de allí a Hugo, que todavía estaba con vida, mientras que el cuerpo inerte de su madre descansaba todavía sobre la moqueta empapada de sangre, como un objeto más de la investigación. No hubiera podido hacerse de otra forma, no podían dejar allí al escritor mientras todavía estaba con vida, pero tampoco podían llevarse el cuerpo de Vanessa hasta que el juez ordenase el levantamiento del cadáver, después de realizar las pertinentes observaciones de la escena.

De forma lenta y paulatina, el silencio fue invadiendo los muros de la casa, mientras, los traumatizados testigos iban abandonando el lugar. El médico forense llegó al fin, acompañado de un fotógrafo y, tras fijar esta la escena mediante varias fotografías, el forense comprobó de nuevo que, de hecho, la mujer había muerto, y volvió sobre sus pasos a una distancia prudente, desde donde podía observar con carácter general la estancia.

Se establecieron los trayectos a seguir por el equipo de investigación dentro de la habitación, de forma que nadie caminara sobre ninguna prueba ni contaminase el lugar de los hechos, añadiendo o borrando la información que siempre queda impresa en un lugar después de un crimen.

El médico accionó una grabadora, y comenzó a describir todo cuanto veía mientras un especialista en planimetría realizaba un croquis de la escena de los hechos, y el fotógrafo tomaba panorámicas de la estancia.

“Tres en punto de la mañana. La habitación ha sido debidamente acordonada por los agentes del cuerpo de Policía que custodiaban las puertas a mi llegada. No hay signos aparentes de violencia en el mobiliario de la habitación, que es más bien escaso. Unos amplios ventanales recorren la pared que da al este, y unas majestuosas cortinas verdes descansan recogidas a los lados de estos. Una de las ventanas está abierta, y las cortinas se contonean lentamente con la brisa. Varios agentes están acordonando también la zona del jardín bajo la ventana, en busca de posibles pruebas”.

Se procedió a la señalización de evidencias. Cada muestra que pudiese resultar valiosa para los investigadores era marcada con un número, y junto al cadáver también se colocó una señal con la letra “A”. Varios investigadores policiales se encargaban de la búsqueda, dividiendo y peinando la sala por zonas mientras el forense seguía hablando a la grabadora.

“Todo parece indicar que se trata de un homicidio. Un cuerpo de mujer, de unos cincuenta años, aproximadamente, y raza caucásica, resta tendido en el centro de la habitación, sobre la moqueta manchada de sangre, en posición decúbito supino. Por las descripciones y los testimonios de los numerosos testigos, hemos podido saber que se trata de Vanessa de Laurentis, la madre del afamado escritor. La piel todavía mantiene cierto tono rosado que evidencia que ha muerto hace como mucho un par de horas. A simple vista, no se observan tatuajes ni cicatrices. Del cuello de la mujer cuelga una cadena de oro con la cruz cristiana, y en su muñeca derecha lleva un fino y elegante reloj. Las palmas de las manos están empapadas de sangre. La ropa presenta múltiples desgarrones u orificios, aparentemente provocados por la incisión de un arma blanca. Las zonas cerca de los rotos están manchadas de sangre, y podemos contar cuatro incisiones en la zona abdominal y una en el pecho izquierdo donde la sangre es más abundante, probablemente a causa

de que la puñalada haya atravesado el corazón”.

El fotógrafo, a la orden del forense, se acercó al cuerpo, e hizo varias fotografías de cada herida, colocando junto a ellas un testigo métrico que reflejaba las dimensiones de las mismas, así como de las manos manchadas.

“Los desgarrones de la ropa no son limpios, son más bien irregulares y algo dentados, lo que nos da una idea de cómo puede ser el arma del crimen, que de momento no aparece por ningún lado”.

El médico se puso de cuclillas junto a la cabeza de la mujer y la observó minuciosamente, e indicó al fotógrafo que realizara también fotos de esto.

“La cabeza de la mujer está ligeramente ladeada, en dirección a la ventana abierta. Sus ojos están todavía de par en par, y en sus cabellos y su frente se puede observar de nuevo lo que parece sangre. Me inclino a afirmar que estas muestras no son tuyas, pues por la consistencia y la forma de las mismas parece que han caído desde lo alto sobre ella, además de que no encuentro contusión o herida alguna en la cabeza de donde pudiese provenir el líquido”.

El forense se detuvo ahora, fijándose en algo que llamó su atención en la parte del abdomen, junto a las roturas y las manchas que antes había examinado. Había otra marca de fluido vital, otra impronta de sangre en la ropa. Lo que extrañó al médico es que esta vez no había orificio en el tejido y la mancha era alargada, de unos doce centímetros de largo por uno de ancho. Rápidamente el fotógrafo acudió a su llamada e inmortalizó desde varios ángulos la extraña señal roja, colocando de nuevo un testigo métrico para que quedasen explícitas sus dimensiones.

“En la zona del abdomen, junto a los orificios anteriormente estudiados, hay otra marca de sangre diferente a todas las demás. Es alargada y cruza el vestido de la mujer horizontalmente. Medirá unos doce centímetros de largo, por uno y medio de ancho en su zona más gruesa, alcanzando apenas el medio centímetro en su otro extremo, más fino. Su consistencia es irregular, y todo parece indicar que se trata de la perfecta silueta del arma del crimen, que ha podido ser limpiada sobre el propio vestido de la víctima”.

Se apartó, dejando de nuevo que el profesional hiciese retratos de la mancha con su cámara fotográfica. Ahora centró la atención en la alfombra, y la observaba de pie, estudiando las partes que dibujaba la silueta del cadáver.

“Las manchas de la moqueta se corresponden con las de la ropa. La sangre ha empapado la alfombra cerca de dos heridas del abdomen y la herida del pecho, por lo que podemos deducir que estas incisiones fueron producidas cuando el cuerpo ya estaba tendido en el suelo. En cuanto a las otras dos heridas de la zona abdominal, aunque en la ropa hay abundante sangre, no hay rastro de esta en las zonas cercanas del tapiz. Esto me lleva a pensar que dichas heridas fueron producidas en primer lugar, antes de que la mujer cayese al suelo”.

Se levantó, y miró atrás, intentando adivinar la trayectoria que seguiría el cuerpo antes de caer. El equipo de investigación había marcado tres muestras de sangre. Aquello daba peso a su teoría de las dos puñaladas previas a la caída.

“A un metro de distancia del cuerpo, aproximadamente, hay pequeños grupos de manchas. El grupo etiquetado como número uno consiste en siete pequeñas gotas de sangre, concentradas en un radio de unos quince centímetros, y más o menos alineadas en dirección al cuerpo. Esto no cuadra con la sangre que manaría de las heridas, que resultaría sin duda más abundante. Sin embargo...”.

Quedó en silencio, como pensando qué decir. Detuvo la grabadora y se acercó de nuevo a la desdichada. La mujer sin vida parecía mirarlo a los ojos, pidiéndole auxilio, pero ya era demasiado tarde para eso. Resultaba desolador ver la belleza de la madurez en sus ojos, marchitándose poco a poco, mientras el color de su piel era cada vez más pálido y su tacto se tornaba más gélido.

Se fijó de nuevo en la mancha alargada sobre el vestido, y luego observó el grupo de gotas de sangre. Se reincorporó y accionó de nuevo el botón de REC.

“El grupo de gotas número uno no concuerda con la sangre que brotaría de una puñalada en el abdomen. Sin embargo, las gotas parecen seguir una línea en dirección al cadáver. Todo apunta a que la ropa debió absorber la sangre de la primera herida, y que las gotas del suelo no emanaron directamente de ella, sino que gotearon desde el arma del crimen, una vez extraída de la incisión. De ahí que las pequeñas muestras parecen seguir una línea, que se correspondería con el goteo que se produciría en el filo del arma blanca”.

Caminó un par de pasos hasta la muestra número dos, que estaba más cerca del cadáver que las pequeñas motas de la número uno.

“A unos veinte centímetros de la evidencia número uno, y en dirección a donde descansa el cadáver, se encuentra la evidencia número dos, que consiste en dos gotas de sangre separadas unos tres centímetros la una de la otra. Esto coincide de nuevo con la teoría del goteo del arma, que en este instante pudo estar con la punta hacia abajo.

En cuanto a la prueba número tres... Aquí la consistencia de la muestra es diferente. La sangre es más abundante, y la mancha es de un tamaño considerable. Podría concordar con la segunda herida en el abdomen, que debió ser más profunda que la primera y la causante de que la mujer cayese al suelo”.

Se acercó de nuevo al cuerpo, y observó las dos heridas del abdomen que sospechaba que habían sido realizadas antes de la caída. En una de ellas la mancha de la ropa era más grande y se deslizaba hacia abajo por el vestido. De nuevo todo parecía cuadrar con su hipótesis.

El comisario Saura entró en la estancia con aire severo, y se quedó bajo el dintel de la puerta, analizando el trabajo del equipo de investigación. Cuando el médico forense cesó su relato descriptivo momentáneamente, se acercó hacia él por la espalda, con cuidado de no tocar nada.

—Y bien. ¿Qué le parece?

El médico dio media vuelta y se encontró con el comisario frente a frente. Después, se alejó a grandes pasos de donde se encontraba, indicando al comisario que lo siguiese, y se detuvo en un punto algo distante del cuerpo.

—Dos personas en la habitación. Una, nuestra desgraciada víctima; a la otra llamémosla equis — afirmó señalando el lugar en el que estaban—. No sabemos si llegaron a hablar, o si siquiera se saludaron, pero, en un momento dado, equis asesta una puñalada a nuestra víctima.

El comisario Saura prestaba minuciosa atención a cada detalle de la explicación del especialista, que avanzó hacia la muestra de sangre número uno.

—El vestido absorbe la sangre de la primera puñalada, poco profunda. Sin embargo, cuando el agresor extrae del cuerpo el arma, se produce un goteo a través del filo que forma las gotas alineadas de la evidencia número uno.

Saura se acercó a la muestra, y vio que efectivamente la prueba número uno señalaba un grupo de motas de sangre alineadas en dirección al cadáver.

—Pero la víctima todavía no ha muerto y, estando de pie, palpa la herida con sus manos mientras

probablemente mira a los ojos al agresor, retrocediendo unos pasos instintivamente. El atacante camina hacia ella, con la punta del objeto punzante apuntando al suelo, y así llegamos a la muestra número dos, que consiste en dos gotas de sangre poco separadas entre sí.

— ¿Y luego qué ocurre? —preguntó el comisario comprobando que las palmas de las manos de la mujer eran rojas, y ensimismado con la explicación.

—La víctima sigue retrocediendo, y el agresor le asesta una segunda puñalada, esta vez más profunda, que mancha abundantemente la alfombra, tal y como observamos en la evidencia número tres. —Se acercó al cadáver para continuar con su hipótesis—. Cae al suelo y, en esta posición, se encuentra totalmente indefensa. El agresor salta sobre ella y la apuñala dos veces más en el abdomen y una en el pecho izquierdo, atravesándole el corazón y causándole la muerte.

—Entonces, uno de los invitados entra en la sala y encuentra a Hugo tendido sobre el cuerpo de su madre y empapado de sangre —lo interrumpió el comisario.

El médico forense se acercó a Saura lentamente.

—Eso es lo que habría pensado yo. De no ser...

— ¿De no ser...?

—De no ser porque no tenemos arma del crimen. Si alguien hubiese entrado en la habitación en ese instante, Hugo todavía conservaría el arma homicida.

Saura parecía pensativo.

— ¿A dónde quiere llegar?

—Solo quiero decir que es pronto para afirmar nada. Debió pasar algún tiempo desde que la madre del escritor fue asesinada hasta que encontraron a su hijo sobre su cadáver en estado de *shock*.

—Entonces el escritor se deshizo del arma antes de que los viesen.

— ¿Qué sentido tendría que después de deshacerse del arma volviese y se quedase sobre el cuerpo?

— ¡Por el amor de Dios! ¡Está clarísimo! —El comisario puso el grito en el cielo—. ¡Él la mató, pudo deshacerse del arma tirándola por la ventana!

—Pero sus hombres todavía no han encontrado nada..., ¿me equivoco?

Saura se llevó las manos a la cabeza, montando en cólera.

— ¡Siempre tienen que entrometer las narices!

—Me limito a hacer mi trabajo, comisario. Le aconsejaría que no se extralimitara y se encargase de hacer el suyo.

El equipo de investigación detuvo sus labores, inquietado por la discusión entre ambos hombres, que por momentos parecía que iban a llegar a las manos.

—Entiendo que necesite culpables, pero no permitiré que señale a nadie antes de estar seguros al cien por cien. Al menos yo no seré partícipe de eso.

Saura miró enfurecido a los ojos del forense, y luego dirigió la mirada a sus hombres, que agacharon la cabeza, sin querer tomar partido en el acalorado debate.

—Está bien. Está bien... —pronunció con dificultad—. ¿Cuál es el final de su hipótesis pues?

—El agresor, después de darse cuenta de que le ha quitado la vida a su víctima, limpia el arma sobre su vestido, y esto nos deja tres posibilidades. La primera, que deja el arma en la habitación; la segunda, que la arroja por la ventana; y la tercera, hacia la que apuntan mis conclusiones, que se lleva el arma consigo mismo.

—Esto es ridículo... —murmuró el comisario.

— ¿Cómo dice?

— ¿Quiere decirme que alguien entra aquí, le asesta cinco puñaladas a la víctima, y se va sin más, llevándose el arma consigo? ¿Y nadie ve nada? ¿Nadie escucha nada?

— Como le he dicho antes, señor comisario, es demasiado pronto para dar como cierta ninguna hipótesis, sea suya o mía.

— No me lo puedo creer...

— Mire, yo me limito a estudiar lo que las evidencias me dicen, y las evidencias me están contando que alguien entró en la habitación, le quitó la vida a Vanessa de Laurentis y escondió el arma del crimen lejos del lugar, para lo cual tuvo que salir de aquí. Otra cosa es que el arma aparezca en la habitación, o en la zona del jardín bajo la ventana, eso lo cambiaría todo.

El equipo de investigación comenzó a embalar las evidencias, así como numerosas muestras de sangre de la moqueta, del vestido de la víctima, de sus manos, de su frente y sus cabellos.

— ¿Quiere su arma del crimen? La tendrá, tranquilo que la tendrá...

El comisario salió de la habitación tras pronunciar estas palabras algo molesto. El médico forense, por su parte, estaba agotado. Se apartó la mascarilla de la boca, e hizo un gesto para secar con su puño el sudor de su frente. Estaba acostumbrado a trabajar con la muerte, a llegar siempre tras ella, comprobando la firmeza con la que había actuado, la crudeza de sus gélidas e imperturbables decisiones.

Sintió un escalofrío mientras el rostro de la muerta parecía clamar a los cielos ayuda, pedir justicia. Sus ojos abiertos guardaban una expresión sobrecogedora. Mostraban el terror, el miedo, la traición, la decepción. Expresaban todo cuanto había sentido la mujer antes de expirar su último aliento.

Y él se sentía como un judas, un impasible compañero de la muerte que se limitaba a certificar el buen hacer de esta, a comprobar la crueldad y la impunidad con la que había actuado de nuevo.

CAPÍTULO 7

Las paredes blancas y el olor a lejía nunca le habían gustado, solo le sugerían sufrimiento, pena y, lo más doloroso de todo, el adiós. Solo evocaban en ella recuerdos amargos, la pérdida de seres queridos, el duelo y la posterior soledad. Sin embargo allí estaba, en su primer mes de prácticas en el Hospital Universitario San Bonifacio Mártir, envuelta en aquel aroma característico a desinfectante y deambulando por los pasillos de paredes blancas desgastadas y marcadas por el roce de las camillas y las sillas de ruedas en su ajetreado paso.

No era un lugar agradable, nunca le habían gustado los hospitales, y le resultaba difícil comprender su propia elección. Quizá pretendía precisamente cambiar todo aquello que esos lugares representaban para ella, transformar esos emplazamientos impersonales y fríos en los que se muere en los días modernos, alejados del calor del hogar, distantes de los seres queridos, de las fotografías de tiempos mejores, del olor a comida caliente de un fogón casero.

Detestaba aquella forma de morir, aquel repugnante ritual que consistía en apartar a los viejos e inválidos a esos lugares tristes y solitarios. No soportaba la falsedad con la que se trataba a la muerte, enviándola lejos, a estos pasillos esterilizados en los que no molestaba a nadie.

Tal vez estuviera marcada por su propia experiencia, seguramente fueran sus vivencias personales las que la arrastraran a querer mutar aquel lugar que tanto despreciaba. Le hubiese gustado pintar las paredes de colores, llenarlas de dibujos alegres y alentadores que ayudaran a todos aquellos asustados seres que esperaban la muerte, como algo inevitable que llegaría en el momento más inesperado, a veces suave y sutilmente, a veces de forma dolorosa y lenta. Le hubiese gustado ver a los ancianos pasear tranquilos por unos enormes jardines, disfrutando de su merecido descanso después de una vida larga y desgastada.

La realidad era bien diferente; los enfermos se abandonaban descuidadamente en los pasillos, esperando horas e incluso días sin siquiera disfrutar del alivio de la intimidad, sintiéndose observados por todos los viandantes sombríos que transcurrían por el lugar. ¿Qué clase de recompensa era aquella? Era monstruoso, era horroroso comprobar que la vejez se había convertido en una etapa de la vida maltratada, que solo servía para añorar momentos mejores mientras se acababan por consumir los cuerpos débiles y arrugados de esos ancianos tan sabios y tan poco escuchados.

Ella se había propuesto luchar contra todo eso, contra toda esa falsa concepción de lo que la muerte representaba. Sabía que no sería fácil, que no podría cambiar el mundo, pero estaba dispuesta a hacer todo cuanto estuviese en su mano, y ayudar a tan solo una persona ya sería una grata recompensa para su firme moral.

Hacía unas horas que había comenzado su turno nocturno en el Hospital Universitario San Bonifacio cuando alguien la llamó por su nombre.

— ¡Elvira!

La muchacha se giró en dirección al sonido y vio a su médico adjunto.

—Elvira, acaba de entrar un paciente grave de cierta relevancia, ocúpate de todo mientras yo estoy ausente.

—Pero...

—No hay tiempo para explicaciones —aseveró el doctor mientras cogía por los hombros a la joven—. Lo vas a hacer muy bien.

El médico desapareció por el pasillo tan rápidamente como había llegado, y dejó a la interna residente pensando en la responsabilidad que le había sido concedida. Había llegado el momento de actuar, y no sabía por dónde empezar. Puso camino a recepción, a ver si podía enterarse de quién era ese paciente tan importante que requería de toda la atención de su adjunto.

La recepcionista era tan baja que apenas se la veía tras el mostrador. Elvira caminó hacia ella, abriéndose paso entre la congregación de enfermos y, cuando estuvo cerca, se detuvo en seco. Su adjunto volvía por donde se había ido y le dedicó una severa mirada, no debería estar allí curioseando, había trabajo que hacer. La muchacha se acercó al médico queriendo excusarse, pero éste no le dio tiempo siquiera para eso.

—Ven conmigo.

Ella no dijo nada, y siguió de cerca al doctor, que andaba a paso ligero. Recorrieron rápidamente todo el pasillo, abandonando el área de traumatología, y entraron en uno de los grandes montacargas preparados para albergar varias camillas. El silencio era algo incómodo en el cubículo, y solo se escuchaba el motor del gran ascensor y el roce del aparato con las paredes mientras ascendían a la unidad de cuidados intensivos.

—¿A dónde vamos? —preguntó al fin.

—Vas a ver quién es ese paciente tan importante, y después volverás al trabajo. No quiero que andes distraída intentando averiguarlo por tu cuenta.

La joven se sonrojó, el médico había captado totalmente sus intenciones cuando la vio en recepción, e iba a responder algo, pero las puertas del montacargas se abrieron con un sonido metálico.

—Por aquí.

Una quietud turbadora se respiraba en la planta. El largo pasillo, lejos de estar abarrotado como en el área de traumatología, estaba totalmente vacío, y solo una operaria de limpieza arrastraba un pequeño carro blanco, rompiendo momentáneamente el hechizo de aquel lugar. Las puertas a ambos lados estaban cerradas, y las visitas en aquel lugar pasaban por un riguroso control de horarios, por lo que no se veía a nadie, aparte de a dos vigilantes de seguridad custodiando una puerta.

Elvira supo que se dirigían hacia allí en el mismo momento en que vio a los hombres de uniforme. El doctor caminaba a su lado, sin mediar palabra, y cuando llegaron a la cancela, los hombres lo saludaron con un gesto y dejaron el paso libre.

—Pasa —le indicó el adjunto.

La joven entró delante en la habitación, y lo primero que escuchó fue aquel característico pitido. Efectivamente allí había un monitor que mostraba los signos vitales del paciente, y el sonido acompañaba cada latido del corazón.

Avanzó lentamente hacia la cama mientras el médico la observaba desde la entrada. Había varias pantallas adicionales, como un monitor de presión intracraneal (PIC). A la muchacha le extrañó, estos monitores generaban cierta controversia entre el gremio, con sus detractores y defensores a partes iguales.

Existía una vieja polémica en cuanto a su uso rutinario, incluso cuando se trataba de traumatismos craneoencefálicos (TCEG), pues la técnica utilizada era agresiva. Hay quien defendía que no estaba demostrado que la monitorización de la PIC ayude a mejorar el pronóstico de pacientes con un

TCEG.

Los traductores del PIC que trabajaban de forma externa (sobre el cráneo y cuero cabelludo) no habían probado ser del todo fiables, por lo que para su colocación había que perforar el cráneo. Esto convertía la monitorización de la PIC en una técnica cruenta y no libre de posibles complicaciones, como hemorragias, infecciones, mal posiciones u obstrucciones y, sin duda alguna, el paciente debía haber sufrido fuertes traumatismos en la cabeza para que alguien decidiese aplicar este tipo de monitorización.

Elvira también vio un equipo de bombas de infusión, cuya función era proporcionar cantidades determinadas de diversas sustancias por vía intravenosa, controlando y programando en cada momento las dosis necesarias. Por último, el paciente estaba conectado a un aparato de respiración asistida.

Desde luego debía ser alguien importante, nadie se hubiese tomado tantas molestias con un paciente normal. Vigilancia, monitorización del PIC, bombas de infusión... ¿Quién era el hombre de la litera?

Se aproximó lentamente. Aquella cara... ¿Dónde había visto antes ese rostro?

El doctor seguía observándola desde la puerta, satisfecho de ver con cuánta atención examinaba todo la joven, que estaba ya junto al cuerpo inmóvil de la camilla. Levantó una mano y la acercó pausadamente al rostro del enfermo, sin dejar de mirarlo. Entonces lo supo, y se llevó instintivamente las manos a la boca, como para reprimir una pequeña exhalación. Supo quién era él, y la revelación la abofeteó como una fuerte bocanada de aire.

Miró a los ojos a su adjunto, y este asintió con la cabeza. La persona que permanecía en estado comatoso, tendida frente a ambos, no era otra que Hugo Esmerodes, el escritor.

— ¿Realmente es él? —se atrevió a preguntar temblorosa.

—Desde luego es una tragedia...

— ¿Pero qué ha ocurrido? ¿Qué le ha pasado?

El doctor caminó hacia ella, aproximándose a la camilla, y se posicionó cerca de la cabeza del individuo.

—Todavía no se sabe muy bien, hay muy poca información. Solo sabemos que no ha llegado solo al hospital.

— ¿Qué quiere decir?

—En la morgue tenemos el cuerpo de su madre.

— ¡¿Qué?!

—Él llegó primero, hace unas horas, a ella la acaban de traer hace poco.

—Está... ¿muerta? —suspiró.

—Mira, Elvira, ahora no sé nada más de lo que sabes tú. Te pido, sobre todo, discreción.

La muchacha asintió con la cabeza, totalmente compungida, no podía creer todo lo que estaba sucediendo. Había leído los dos primeros libros de Hugo, y *La anatomía de las rosas rojas* era simplemente una obra maestra, irradiaba una sensibilidad y un sentido del gusto extraordinarios. Quedó ensimismada, intentando recordar algunos párrafos.

— ¿Estás bien? —inquirió el médico.

—Sí..., solo que no acabo de creérmelo —respondió todavía con las manos en la boca.

Él la observó con preocupación, quizá no debiera haberla llevado allí.

—Vamos, Elvira, hay que volver al trabajo.

—Espere, por favor. Cuénteme en qué estado se encuentra; quiero decir, es evidente que no está muy bien, pero...

—Ha entrado en estado comatoso. Sus signos vitales son constantes, pero las probabilidades de que despierte van disminuyendo con cada minuto que pasa, aunque tú eso ya lo sabes...

—Sí..., lo sé —musitó cabizbaja—. ¿Cómo ha llegado a esto?

—Ya te he dicho que no tenemos mucha información, solo conocemos que ha sufrido múltiples traumatismos en la cabeza, pero nada acerca de cómo ha ocurrido.

— ¿No era esta noche la presentación de su último libro?

—La verdad, no tengo ni idea.

— ¿Qué ropa llevaba? —la joven vio la bolsa verde a los pies de la cama.

—Elvira...

Abrió el saco de plástico y vio un traje arrugado y manchado de algo rojizo que desentonaba totalmente con la bata verdosa que llevaba ahora el enfermo.

—Ya está bien. Tenemos cosas que hacer, no deberías estar aquí.

Introdujo de nuevo la ropa en la bolsa, dándose cuenta de que su superior tenía razón. Sin embargo, sentía un fuerte e irrefrenable apego hacia el escritor que hacía que actuase de aquella manera espontánea, sin pensar las cosas. Recordaba sus versos, y un imparable sentimiento se apoderaba de su cuerpo. Eran tan perfectos, tan certeros... que provocaban en ella una desconocida sensación, como si lo conociese desde hacía muchísimos años. Y verlo allí tendido, indefenso, le entristecía hondamente y le afectaba como si fuese sangre de su sangre.

Salieron de la habitación. Delante iba ella con la mirada clavada en el suelo, detrás él seguía su estela, preocupado por la reacción de la joven al desvelarle la identidad del paciente. Caminaron sin decir nada, a paso lento y arrítmico, hasta llegar de nuevo a los montacargas, y una vez allí ella no pudo reprimir más sus dudas internas.

— ¿Y la madre? ¿Qué le ha pasado?

El médico le dedicó una mirada represiva, y ella comprendió que se habían acabado las preguntas.

Una extraña sensación. No hay forma de describir ese lugar vacío que a la vez contiene todas las cosas. La luz, la oscuridad y los colores conocidos eran nimiedades comparadas con aquella aurora boreal espléndida. Matices insospechados se fundían unos con otros generando formas y materias inconcebibles. Después la nada, una quietud serena que invitaba a permanecer allí para siempre, sin dolor, sin preocupaciones, sin ira, sin rencor.

El tiempo parecía haber detenido su incesante devaneo, para ofrecer el espacio en toda su magnitud. Los engranajes y las manivelas dejaron de girar, en un momento eterno que duraría hasta que desease.

¿Dónde estaba? Desde luego aquello no era el mundo que conocía. Una tranquilidad abrumadora se apoderó de su ser, que ya no era corpóreo, sino un ente libre que emanaba una radiante aura multicolor.

Allí estaba a salvo, y lo sabía con certeza por alguna razón que desconocía. ¿Qué era aquel lugar? ¿Era acaso un lugar como tal? Las preguntas se precipitaban tranquilamente, sin prisa por ser contestadas, ahora tenía todo el tiempo del mundo.

No era una luz aquello que vio, eran todas las luces en una. Tonalidades radiantes se mezclaban formando un haz de cegadora luminosidad blanca. Aquello era el paraíso, no le cabía duda de ello.

Allí no existía el sufrimiento ni la pena, y el hambre y la sed eran males desconocidos.

Unas extrañas líneas blancas jugaban a perseguirse en su cabeza, y no lograba encontrarle sentido a aquel baile de carnaval. Líneas y más líneas, sucediéndose unas a otras en aquella danza teatral. ¿Qué significaba esta abstracta conjunción de formas desiguales? ¿Acaso se había vuelto loco? ¿Había perdido la cordura?

La imagen se desvaneció de repente, para dar paso a una total oscuridad que al principio le aterró, pero pronto hizo que se sintiese bien, protegido. Tuvo la sensación de flotar en aquel espacio negro infinito. Sintió como la negrura lo atrapaba, atrayéndolo hacia algún desconocido pero intrigante final.

Percibió la totalidad de las cosas, los engranajes que hacían que cada minúsculo ser tuviera su función esencial en esta representación magistral. La esencia sui géneris de cada cosa que hacía que todo fuese tan bello y tan sencillamente arrebatador que lo desbordaba.

Por clásico y poco impactante que pueda parecer, vio la luz. Dios mío... ¿Estaba muerto?

La oscuridad dejó de ser tan alentadora ante la increíble imagen de aquella luz blanca cegadora, extraña y a la vez prometedora. Se sintió algo decepcionado cuando se percató de que no había ningún túnel. Si esto era una especie de último viaje, quería disfrutarlo al máximo. Buscó a su alrededor alguna vorágine de espirales que lo condujeran hacia la luz, mas no vio nada, aparte de la luz en sí misma.

No sintió miedo, es más, estaba empezando a pasárselo bien. Perdió la noción del tiempo, y dejó de percibir cualquier factor externo. Fuese lo que fuese aquel fascinante lugar, parecía ir atrayéndolo hacia sus entrañas, sin que pudiera hacer nada para remediarlo, y la luz era cada vez más intensa, aunque su luminosidad aumentaba muy lentamente.

¿Quedarse allí? ¿Volver? A eso se reducía toda su existencia mientras aquella especie de limbo se apoderaba de él poco a poco, anulando sus instintos y sus miedos, y aquella fuente de vida se volvía cada vez más intensa, despreciando cualquier palabra que hiciese intento de describirla, pues no había vocablo que fuera capaz de tal cosa. Era tal, que parecía que el amanecer y el ocaso se hubiesen fundido en un solo momento, trastornando todo cuanto había conocido, rompiendo las reglas de la física, del tiempo y del espacio y desmoronando todo en cuanto alguna vez había creído.

El turno se sucedió lento para la médico, que intentaba continuar con su trabajo en el área de traumatología y olvidar al escritor. Estaba agotada y le dolía todo el cuerpo, probablemente el asunto la había perturbado más de lo que ella misma sabía.

Recordó por qué odiaba tanto los hospitales, de nuevo sentía ese apego hacia alguien querido, ese miedo de ver partir a un ser amado hacia lo desconocido, pero no era esto lo que más le confundía, sino el hecho de descubrir que en ella habían crecido sentimientos hacia el novelista. Se había enamorado del tópico, de la utopía, de lo efímero y lo inalcanzable, de la belleza que nunca se llega a tocar..., pero cuando la belleza se había tornado en algo palpable y lo utópico parecía rozar lo cotidiano... Se sintió descolocada, nunca hubiera esperado algo así.

No había previsto la situación. ¿Cómo hubiese podido imaginar ver su cuerpo desvalido, débil y desprotegido, conectado a todas aquellas máquinas de soporte vital? ¿Cómo esperar verse en tal posición ventajosa?

Los pasillos a estas horas de la noche entraban en un estado de mutismo asombroso; los quejumbrosos ahogaban sus gritos en sueños agónicos, bajo las luces artificiales que no se apagaban por nada en aquel lugar; las salas de espera se vaciaban paulatinamente, quedando solo aquellos que

realmente estaban desesperados, y todo el que todavía deambulaba por allí parecía entrar en un estado de afasia, perdía la capacidad del habla por alguna extraña razón... No había nada que decir, todo estaba dicho.

Ansiaba con todas sus fuerzas que la luz del día entrase por las ventanas, la integridad de cuanto allí ocurría resultaba menos doloroso apagado por el impersonal trajín matutino, por el ir y venir de atareadas personas que parecían no tener nada que ver con nada de lo que allí pasaba.

Las ocho de la mañana, el reloj de recepción anunció la inminente llegada de la hora en punto, y la muchacha se sintió algo liberada, su turno había acabado al fin. Otros médicos llegaban para cubrir los puestos que quedaban vacantes, y se quitó la bata blanca, rendida.

El calor matutino la embriagaba y le provocaba un dulce sueño. Se acercó al mostrador para despedirse de la recepcionista, pero allí no había nadie. Caminó hacia la puerta de salida, todo estaba curiosamente tranquilo ahora y, cuando estuvo fuera, el fresco aire le acarició la cara devolviéndola a la realidad.

Apoyado en una barandilla estaba él, Sergio Salmerón, su adjunto, fumando un cigarrillo. Ella pasó cerca ofreciéndole una cordial despedida, pero él no respondió nada. Cuando estuvo unos metros alejada, escuchó su voz tras de sí, y el corazón le dio un vuelco.

— ¿De verdad te preocupa tanto ese chico?

No supo qué responder, pero se giró y vio al doctor incorporándose, y tirando la colilla al suelo.

—Has hecho un buen trabajo esta noche, te has encargado sola casi por completo de toda la planta de traumatología.

—Solo son huesos rotos —se lamentó ella desanimada.

Él dio unos pasos lentos hacia ella, que permanecía inmóvil. Se le notaba cansado, y su ofrecimiento resultó una liberación para la muchacha.

— ¿Quieres verlo de nuevo?

No hizo falta que contestase, ambos sabían que aquello era lo que Elvira había estado esperando toda la noche, y que esas palabras eran lo que más quería escuchar en ese momento. La emocionaba la situación, era intrigante ir recabando pistas sobre lo que había podido ocurrir con la madre y el hijo, y no lo dudó un instante.

Entraron de nuevo al edificio y pasaron entre el gentío, esta vez en dirección a las escaleras. A nadie pareció importarle que estuviesen allí. No había miradas indiscretas, ni cuchicheos, al fin y al cabo todos tenían problemas más serios de los que preocuparse. Subieron lentamente los escalones. A estas horas los montacargas estaban normalmente ocupados, y prefirieron pasar desapercibidos entre los visitantes y los enfermos. Cuando llegaron al fin a la planta de cuidados intensivos, el doctor se detuvo, dejando vía libre a la médico.

— ¿No vas a venir conmigo?

—No. Así estarás más tranquila.

La muestra de confianza por parte de Sergio desconcertó a Elvira, que no esperaba algo así.

—Gracias —respondió sin saber muy bien qué decir.

El médico se acercó a ella, y puso las manos sobre sus hombros. El contacto con las fuertes extremidades del hombre hizo que la chica se ruborizase, e hiciese un intento por mantener la penetrante mirada de su compañero.

—Has demostrado tener muchas cualidades esta noche. Tienes madera, y te lo has ganado.

—La verdad es que no sé muy bien qué decir, aparte de darte las gracias.

—Podrías aclararme algo.

—Claro.

— ¿Por qué tanto interés en el chico? No sé..., ya sé que es famoso..., pero no es propio de ti actuar de esta forma.

La joven se dio cuenta de algo. ¿Cómo podía haber estado tan ciega? Las palabras de Sergio ya no eran las de un doctor, sino las de un hombre, un hombre celoso.

Él, que intuyó de alguna manera sus juicios internos, apartó las manos, sintiéndose algo incómodo, y ella se apresuró a responder, para acabar con aquel molesto instante.

—No lo sé... Supongo que es como si lo conociese, como si fuese parte de mí. Una persona muestra mucho acerca de sí a través de las palabras, y sus libros son... logran que me sienta identificada con sus pensamientos, con su fragilidad, con sus ganas férreas de no resignarse, de cambiar el mundo.

Sergio la miraba perplejo.

—Sé que es difícil de comprender, pero...

—Lo entiendo perfectamente —cortó el médico suavemente, con una expresión de leve tristeza—. Ve..., ve a verlo.

La joven sonrió, y aquello fue suficiente despedida para él, que comenzó a marcharse escaleras abajo.

El pasillo quedó vacío, y la muchacha se sintió como una niña que explora una casa abandonada. Había escuchado infinidad de rumores durante la noche, y estaba algo inquieta. Incluso llegó a oír que Hugo era señalado como el culpable de la muerte de su madre, que al parecer había sido apuñalada en múltiples ocasiones. Poco a poco avanzó hacia la puerta en la que estaban los guardas y, cuando estuvo cerca, uno de ellos la reconoció y le permitió inmediatamente el paso.

De nuevo aquel funesto sonido, aquel pitido que mostraba los signos vitales del paciente, y el sentimiento funesto de lo frágil y lo inevitable, de la falsedad de lo etéreo y el engaño de lo eterno.

Buscó con la mirada la bolsa, pero ya no estaba, seguramente la Policía se habría llevado la ropa del escritor como prueba de la investigación, y aquellas manchas que había visto durante la anterior visita no podían ser otra cosa que sangre.

Por todo el hospital se murmuraban cosas, y una de aquellas historias situaba al escritor enloquecido sobre el cuerpo de su madre, pero se negaba a creerlo. Él no podía haber hecho algo así.

Por otra parte, que la bolsa con su ropa ya no estuviese le hizo sentirse angustiada, y la duda razonable crecía en su interior. ¿Y si...?

Hugo parecía descansar plácidamente, ajeno a todas estas complicaciones, a todo el sufrimiento y el dolor que lo rodeaba, y ella se acercó lentamente, deseándolo como nunca había deseado a nadie. Su cuerpo inmóvil producía en ella una extraña excitación, no había experimentado nada parecido a aquello.

Miró en dirección a la puerta de la habitación, todo permanecía en calma, los guardas la habían cerrado para que nadie la molestase. Después tornó la mirada hacia la cama, y todos aquellos cables que rodeaban a Hugo la acongojaron.

Acarició su rostro suavemente con las puntas de los dedos, y la sensación de que estaba haciendo algo ilícito hizo que se sonrojase. Tocó sus párpados, sus pómulos, y la mano le temblaba, sus sentimientos la desbordaban y hacían de Hugo alguien irresistible, inalcanzable, y a la vez totalmente rendido a su voluntad, incapaz de decir o hacer nada en su contra.

Retiró la mascarilla que lo ayudaba a respirar, y rozó la comisura de sus labios con las yemas de los dedos. Las máquinas no mostraban ninguna anomalía, y Elvira se dejó llevar. Acercó el oído a la boca del joven, y escuchó el leve siseo que producía su calmada respiración. El halo caliente de aire recorrió su nuca, y sintió un agradable cosquilleo.

Aproximó sus labios a los suyos, y se detuvo muy cerca, sintiendo como jadeaba más rápidamente, nerviosa. La monitorización de los signos vitales del joven anotó una variación, pero ella, totalmente perdida, no se dio cuenta de ello.

Le entristeció ver su estado. Le habían afeitado la cabeza para suturarle las heridas y poder realizarle los diferentes exámenes craneoencefálicos, pero aun así su rostro conservaba cierto atractivo, cierto aire de misterio y erudición que hacía que preservase su belleza.

Se acercó más aún, y besó sus suaves pómulos, dejando una ligera mancha de carmín en su piel. Después, detuvo sus sensuales labios junto a su oído. Los párpados del joven se movieron ligeramente, en una pequeña convulsión, y el ritmo cardíaco aumentó su frecuencia, al momento que ella susurraba algo para los adentros del poeta.

—Yo no creo que tú lo hicieras. No creo que tú la matases.

CAPÍTULO 8

Desde luego a eso no se lo podía llamar comida. El tamaño del bocadillo resultaba ridículo y el refresco no duraba apenas dos sorbos. Los menús de los aviones empeoraban a un ritmo sin precedentes. Llamó a la asistente de vuelo con un gesto, y la bella azafata atravesó el pasillo arrastrando un carrito lleno de “alimentos”.

—Póngame un vodka con naranja, por favor.

La mujer le sirvió rápidamente la copa.

—¿Desea algo más?

—No, gracias.

—Son ocho con cincuenta.

El hombre miró perplejo el tamaño del vaso, comparándolo mentalmente con el precio.

—Aquí tiene. No..., mejor póngame otro —dijo mientras sacaba más dinero de la cartera.

La azafata se marchó arrastrando el carrito, que era del ancho exacto para poder pasar entre los asientos de un lado y el otro del avión, y el hombre observó el lento contoneo de sus caderas hasta que desaparecieron cerca de la cabina. Sorbió un buen trago del primer cóctel, que consumió casi por completo.

Había tenido que precipitar su vuelta a España. Se encontraba en viaje de negocios en Reino Unido cuando recibió la llamada que lo traería inmediatamente de vuelta.

Había ido a Nottingham a visitar a un importante cliente de su bufete de abogados que necesitaba asistencia legal para la expansión de su negocio en Inglaterra, y hacía solo dos días que había llegado cuando motivos de fuerza mayor lo obligaron a coger este avión de vuelta, en el que, para colmo, la comida era detestable. No estaba lo que se puede decir tranquilo, y había pedido un trago con intención de calmarse. Sacó su ordenador portátil de la maleta, y bajó la bandeja del asiento delantero para apoyarlo. Extrajo también de la cartera varios documentos y papeleo legal.

La llamada que había recibido le había conmocionado profundamente, no podía creer que su cliente estuviese envuelto en algo semejante. Hugo Esmerodes había tenido algunos problemas con la justicia, pero nada que tuviese que ver con aquello. El editor Francisco Cepeda había comentado al abogado que la madre del joven había muerto y que él había entrado en coma tras golpearse la cabeza repetidamente. No se sabía nada certero acerca de qué había ocurrido realmente, pero el jurista prefirió coger un vuelo de vuelta inmediatamente, acuciado por un mal presentimiento.

La falta de información sacaba de quicio al letrado, que se acabó de un trago el primer vodka de tamaño ridículo que le habían servido. Observó los papeles que tenía sobre las rodillas y encendió el ordenador portátil. Todos los documentos eran sentencias firmes de Hugo Esmerodes, la mayoría relacionadas con algún escándalo público o accidentes de tráfico, cosas sin demasiada importancia. Recordó el día que lo había conocido, hacía ya unos años. El joven todavía no había alcanzado el éxito con sus novelas, es más, muy poca gente sabía siquiera que escribía. Había prendido fuego a un coche durante una borrachera y había sido llamado para rendir cuentas frente a la justicia. Sin embargo, cuando lo vio la primera vez, Ignacio Sorbona se dio cuenta al instante de que no era una persona corriente.

Él había sido asignado al joven como abogado de oficio, ya que éste no se podía permitir

costearse uno. Estaba acostumbrado a este tipo de casos, y esperaba encontrarse con otro de aquellos inmaduros delincuentes con los que trabajaba cada día. Cuando llegó, Hugo estaba solo, sentado en una banqueta de la antesala al juzgado. Vestía un traje negro finamente rayado y una camisa rosada, sin corbata. Sus cabellos negros le caían a ambos lados de la cara de forma elegante, y su mirada guardaba una serenidad y tranquilidad absolutas. Tenía algo, poseía algo atrayente en su expresión sosegada, en sus gestos, en su forma de moverse, y en el momento en que el defensor se presentó, él sonrió irónicamente.

—Así que usted va a representarme...

—Eso es.

—Dígame una cosa. ¿Se supone que una persona que me conoce veinte minutos antes del juicio es la idónea para defenderme? La pregunta del joven acusado cogió por sorpresa al letrado. —No estoy diciendo que sea usted un mal abogado. ¿Pero qué probabilidades tengo de ganar con alguien que ha leído un resumen de mi caso minutos antes del juicio?

—En realidad no es del todo como usted cree, señor Esmerodes.

—¿Quiere decirme que si le hubiese pagado hubiese actuado de la misma manera? No quiero poner en entredicho su profesionalidad, pero desde luego me cuesta creerle.

—Señor Esmerodes... ¿Puedo tutearle?

—No.

El mediador retrocedió instintivamente, no esperaba una contestación tan severa. Los dieciocho años del joven resultaban solo una máscara del intelecto que se escondía detrás de la piel, una mente rápida y certera, muy lejana de lo que uno espera encontrarse en alguien de su edad. Astucia era la palabra. Había muchos jóvenes inteligentes, pero Hugo parecía poseer el beneficio de la experiencia, el castigo y la sabiduría que dan años de rodaje.

—Bien, señor Esmerodes —masculló remarcando la palabra señor con cierto sarcasmo—. Le aseguro que si ejerzo la abogacía es por vocación, no vengo aquí a hacer comedia. El joven lo miraba divertido, había logrado alterarlo. —Y le voy a decir más. No hay diferencia entre los clientes que pagan y los que no lo hacen, en tal caso me paga el Estado.

—Veámoslo pues... —susurró mostrando a propósito una gran falta de fe—. Pero contésteme algo antes. ¿Recibe los mismos honorarios cuando trabaja para el Estado que para un particular?

La conversación se había convertido en una batalla lingüística. Ambos personajes disfrutaban con cada frase, cada sílaba, e intentaban llevar al contrincante a su terreno.

—¿Le divierte esto Hugo? Da la sensación de que no le importa en absoluto la sentencia, que está aquí por pura diversión.

—Yo no diría tanto. ¿Pero para qué vamos a lamentarnos por algo que no tiene vuelta de hoja?

El letrado lo observó, dándose cuenta de que no iba a ceder.

—He hablado con el fiscal, y le ha ofrecido un trato. El acusado lo miró sorprendido.

—Al final va a resultar que sí realiza bien su trabajo.

—Reducción a un tercio de la pena si decide no ir a juicio. Hugo lo miró pensativo y permaneció unos segundos en silencio.

—¿Qué me recomienda? Al fin y al cabo usted es el especialista... Cada palabra de Esmerodes contenía un doble sentido inscrito, y el tono irónico del joven molestaba al letrado, sin embargo creaba un aura atractiva, tenía una personalidad fuerte y se notaba que era una persona muy segura de sí misma.

—Le diré lo que pienso, señor Esmerodes. Para mí siempre resulta más emocionante ir a juicio, para ello he empleado gran parte de mi vida. Por otra parte, el trato que le ofrece el fiscal es bueno y, dados los atestados policiales y los evidentes síntomas de embriaguez que usted presentaba, no creo que consigamos nada mejor.

—Me satisface comprobar que sí conoce mi caso, letrado. Quizás haya formado una imagen equivocada de usted.

No pudo evitar sentir cierta satisfacción, y que esta se le notase. Un comentario como aquel, viniendo de alguien como Hugo, resultaba bastante alentador.

— ¿De qué pena estaríamos hablando, más o menos, en el supuesto de que aceptase?

—Todo quedaría en una sanción económica, y quizás algunos meses de trabajos sociales.

— ¿Le parece poco?

No contestó, la altanería de su cliente estaba comenzando a hastiarlo, y no estaba dispuesto a prolongar aquello demasiado tiempo.

—Está bien, dígame al fiscal que acepto el trato.

Ignacio fue con su cartera de piel escaleras arriba, dirección a la oficina del fiscal, y volvió pocos minutos después, cuando todo estaba arreglado. Entraron juntos al juicio, que no era un juicio como tal, sino un mero trámite en el que el juez se limitó a dictar la sentencia acordada y comprobar que las partes estaban conformes. No tardaron más de diez minutos en estar de nuevo a solas, en la sala de espera en la que se habían conocido, y le dedicó unas últimas palabras al joven, que había quedado bastante conforme con la sucesión de los acontecimientos.

—A veces hay que confiar un poco más, señor Esmerodes.

—Yo no lo veo de esa forma. Regalar la confianza ciegamente solo puede causar problemas. Hay que saber esperar, dejar que el otro muestre sus debilidades. El mundo está lleno de zancadillas, pero es más fácil mantenerse en pie si uno no aparta la vista del suelo.

El abogado lo observó curioso mientras pronunciaba estas palabras y, haciendo un guiño a su propio discurso, le respondió grácilmente.

—Lo tendré en cuenta, aunque yo tampoco lo veo de esa forma, señor Esmerodes.

Hugo se dirigió a la puerta de salida del edificio y, cuando casi estuvo fuera, se giró sutilmente.

—Letrado, una cosa más.

— ¿Sí?

—Puede tutearme.

Y allí había quedado, sorprendido por el magnetismo del joven, y esbozando una pequeña sonrisa de aprobación mientras pensaba mentalmente que, después de todo, había resultado ser uno de los clientes más curiosos que había encontrado a lo largo de su carrera.

Ahora, en el avión, se preguntaba cómo habría llegado a la situación en la que se encontraba. Le debía mucho al escritor, y su bienestar se había convertido en algo más personal que profesional. Su éxito había estado fuertemente ligado al triunfo de Hugo como novelista, pues, cuando publicó su primer libro, lo contrató a él como su representante legal, y podía haber depositado su confianza en cualquier otro, pero no lo había hecho, lo había escogido a él. Aquello representó una inminente mejora de la calidad de vida del letrado, cuyo caché se elevó como la espuma, permitiéndole crear su propio bufete: Sorbona y asociados. Por eso lo había dejado todo para volver a España, porque se lo debía, y en su cabeza todavía retumbaban sus palabras: “El mundo está lleno de zancadillas, pero es más fácil mantenerse en pie si uno no aparta la vista del suelo”.

La megafonía del avión anunció que sobrevolaban tierras españolas y que no tardarían en aterrizar. Ignacio dio un gran sorbo del segundo vodka con naranja, que no logró saciar su sed de respuestas, e intentó calmarse, sabiendo que no ayudaba en nada aterrizar en aquel estado nervioso. De pronto pensó en la madre del autor, y la palabra muerta se paseó por su cabeza como un fantasma que quisiera atormentarlo. Muerta... Qué fácil resultaba decirlo, y cuán difícil era comprender el brutal significado de la palabra.

¿Estaría Hugo en coma a causa de la muerte de su madre? Quizá no hubiese podido soportarlo y hubiese sufrido un colapso, o tal vez una cosa no tuviese que ver con la otra, aunque era más bien improbable. Si había conocido una madre y un hijo que se amasen con locura, esos eran Hugo y Vanessa. Solo había que leer las dedicatorias de los libros para observar la devoción que sentía el autor por su progenitora.

Escarbó en la maleta, y encontró un maltratado ejemplar de *La anatomía de las rosas rojas*, el primer libro de Hugo. Lo abrió por la primera página y leyó los versos que Hugo había escrito para ella.

*A ti que azotas el viento que mece las hojas en otoño,
a ti que causas las mareas que acarician la arena de tacto sedoso,
porque sin ti mi inspiración muere,
porque sin ti cada palabra duele y hiere.*

*Mi mentora, mi inspiración que conmueve,
tú que eres todas las cosas,
todo lo que uno quisiera.
Tú que pintaste de rojo las rosas,
acompañarme ahora, evita que el frío me hiele.*

*A ti te dedico estas palabras,
que sin ti ni son, ni serán ni fueren.*

Los altavoces del avión anunciaron la obligación de abrocharse los cinturones de seguridad, aterrizarían en breves instantes. El legista salió de su ensimismamiento y cerró las tapas de la novela, cuya portada era una rosa roja marchita, ennegrecida, arrancada de la tierra y depositada sin cuidado sobre el barro. La imagen lo entristeció, sin saber muy bien por qué.

Recogió los papeles que había sacado de la carpeta y apagó el ordenador portátil, que no había utilizado para nada. Cuando tuvo todo dentro de la maleta, sorbió otro trago de la copa, agotando así el segundo vaso. Comenzaba a notar los efectos del alcohol en su cuerpo, y el cambio de presión por el descenso del avión acrecentó la sensación de debilidad.

Miró el reloj, eran las cinco de la madrugada y no había dormido nada. Necesitaba un café y una ducha urgentemente, eso al menos lo mantendría despierto. El oído izquierdo, que había tenido taponado durante todo el vuelo, se le destaponó repentinamente, provocándole un agudo dolor. Siempre le ocurría esto antes de aterrizar, y efectivamente el avión estaba próximo a tocar tierra.

El piloto abrió el tren de aterrizaje, y realizó una limpia maniobra. Pronto el aparato se detuvo en la pista, y la megafonía anunció que habían aterrizado correctamente, y dio las gracias por confiar en la compañía aérea.

Un pequeño autobús recogía a los pasajeros y los llevaba hasta las instalaciones de la terminal, algo alejadas a pie de la pista en donde habían aterrizado. Bajó del avión y cogió el autocar, que se detuvo junto a las inmediaciones del aeropuerto. Entró junto a los otros pasajeros al edificio y subió unas escaleras que llevaban al lugar en donde se recogían los equipajes. Él solo llevaba bolsa de mano, así que no tuvo que esperar y, en lugar de ello, se dirigió hacia una pequeña cafetería perteneciente a una conocida cadena.

Un televisor anunciaba noticias de relevancia internacional en varios idiomas. Pidió un café con leche, y se sintió satisfecho al comprobar que el tamaño del recipiente esta vez era considerable. Se sentó en una mesita junto al televisor, y miró de nuevo su reloj de pulsera, las seis menos veinte de la mañana.

La camarera le trajo las vueltas y le dio las gracias en un agradable español que le recordaba que estaba de nuevo en casa. Estaba agotado, aunque el vuelo había sido de solo unas tres horas, se sentía fatigado por completo, probablemente debido a las circunstancias.

Las noticias pasaban desapercibidas de fondo, con un volumen bajo que se confundía con los voceríos de la gente que iba y venía, realizando compras por el *duty free*, la zona libre de impuestos. Pero algo llamó la atención de Ignacio, que giró la cabeza en torno al televisor, pidiéndole a la camarera que subiese el volumen. La voz de la mujer de las noticias sonaba clara ahora, y el letrado dejó el café sobre la mesa y se acercó al aparato:

“... en torno a la misteriosa muerte de la madre del escritor son inconclusas. No se sabe con certeza qué es lo que pudo ocurrir, aunque algunas fuentes apuntan a que podría tratarse de un homicidio. Algunos de los asistentes a la presentación del libro han tenido que ser atendidos por los medios sanitarios, ya que presentaban un estado de conmoción emocional importante”.

La imagen de la presentadora cambió, y un hombre obeso apareció sentado en la parte trasera de una ambulancia.

“Un caos. La... la gente corría por toda la casa gritando, y yo no sabía muy bien qué estaba pasando. Después... todos se agruparon en la puerta de un salón, y los gritos aumentaron, y la gente volvía corriendo sobre sus pasos. Pude ver lo que me parecieron dos cuerpos en el centro de la sala, y no se movían..., pero no sabría decir si estaban muertos”.

De nuevo la cámara devolvió la conexión al plató de los noticiarios, y la presentadora continuó hablando.

“Por el momento no conocemos más datos del caso, seguiremos informándolos de esta tragedia conforme lleguen nuevos detalles a la redacción. En otro orden de acontecimientos...”.

Estaba perplejo, no era capaz de asimilar lo que había escuchado. ¿Homicidio? ¿Por qué Cepeda no le había mencionado nada de aquello? Salió de allí a toda prisa, dejando el café olvidado sobre la mesa, y la camarera quiso avisarlo, pero él ya corría escaleras abajo, hacia la salida del aeropuerto.

— ¿Conoce algún buen hotel cerca de aquí? —preguntó a un taxista en cuanto estuvo a la intemperie.

El chófer asintió, y cuando Sorbona entró al vehículo, arrancó el motor y apagó el luminoso que decía “Libre”.

— ¿Puede poner la radio, por favor?

—Claro. ¿Alguna emisora en especial?

—Cualquiera que esté dando las noticias.

Comenzaba a amanecer, y la lluvia empezó a caer sutilmente, mojado las lunas del vehículo, que recorría la carretera con la voz del locutor radiofónico generando una especial atmósfera. El abogado se limitaba a mirar por la ventana, el nerviosismo había desaparecido, dando paso a una sudorosa frialdad. Necesitaba aclarar las ideas, e intentaba no pensar en Hugo hasta no estar en condiciones para ello. Dejó la mente en blanco, haciendo vagos intentos por relajarse.

Quizá fuese el alcohol, aunque no lo creía, el caso es que cerró los ojos y por un momento sintió algo de serenidad. Las gotas de agua cristalina emitían un chasquido hipnotizante al chocar contra el vehículo y se deslizaban rápidamente alzando el vuelo de nuevo hasta estrellarse con el asfalto. La voz del locutor era algo desagradable, sin embargo tenía algo atrayente y estimulante, era una de esas voces peculiares que rara vez uno se encuentra.

El chófer miró por el retrovisor central al jurisconsulto, que parecía haberse quedado dormido. Nada más lejos de la realidad, el letrado no conseguía tranquilizarse del todo y abrió los ojos de nuevo. Poco a poco, el paisaje fue cambiando, y pronto el panorama que vislumbró a través de las ventanillas cerradas era bien diferente, estaban entrando en la ciudad, el tráfico era más denso y los edificios ensombrecían la calzada y amortiguaban la caída de la lluvia sobre el vehículo.

— ¿Queda mucho para llegar?

—No. Ya estamos cerca —respondió el conductor algo extrañado por la actitud de su pasajero.

La ciudad estaba despertando, la poca gente que había por la calle se escondía de las precipitaciones bajo los portales, esperando a que amainara. El taxi tomó la primera salida en una rotonda y después giró a la izquierda, entrando en una amplia avenida.

Los árboles daban algo de vitalidad a aquel paseo en el que los coches circulaban pausadamente a ambos lados. El conductor miró de reojo al hombre y le indicó que habían llegado.

—Es aquí.

Miró a través del cristal. El hotel era un alto edificio totalmente acristalado. El taxi se detuvo frente a la entrada, y dos uniformados botones se acercaron al vehículo, queriendo ayudar con el equipaje.

Pagó la carrera y salió del taxi despidiéndose cordialmente. El motor del vehículo se desvaneció poco a poco a sus espaldas, hasta que solo se escuchaba la lluvia, y los botones se retiraron al ver que todo el equipaje que llevaba era la maleta negra que no despegaba de su cuerpo en ningún momento.

Pidió una de las *suites* en la parte alta del edificio, y tomó el ascensor rápidamente, solo quería descansar. El hilo musical del aparato, como siempre, era ridículo, y pensó para sí mismo que era una suerte no haberse topado con nadie dentro del elevador.

La habitación era lujosa, tenía minibar, *jacuzzi* y una cama de enormes proporciones. Las vistas eran espectaculares y se podía ver casi toda la ciudad desde allí arriba. El taxista le había recomendado bien, después de todo.

Se sirvió un vodka con naranja, esta vez de un tamaño más que decente, y puso en marcha el *jacuzzi*. Frente a la cama matrimonial había un gran televisor, y en la cómoda encontró un mando a distancia. Encendió el aparato y comprobó que había más de cien canales contratados. Sorbió un trago de la copa, que le refrescó la garganta como si se tratase del elixir más preciado del desierto, y se acercó a la pequeña piscina con el mando en una mano y el vaso en la otra.

Las burbujas estimularon su espalda desnuda, que estaba cargada por el repentino viaje. Bebió de nuevo, y el contraste del agua caliente del *jacuzzi* con el refrescante sabor del vodka fue reconfortante. Comenzó a cambiar los canales de la televisión, buscando alguno que le diese lo que él necesitaba, y había de todo, desde el canal pakistaní hasta el canal de la liga de béisbol, cosa que él encontró totalmente innecesaria.

Finalmente, descubrió que el canal doce daba las noticias en español, y subió el volumen, para después sumergir la cabeza bajo el agua caliente de la bañera de masaje. Bajo el agua podía escuchar los latidos de su propio corazón y, cuando emergió a la superficie, reconoció al fin el titular que buscaba en la pantalla: “Presunto homicidio en la familia del escritor Hugo Esmerodes”.

Se sacó el agua de los oídos con un movimiento de cabeza, y clavó los ojos en el televisor, atónito.

“Nuevos datos reveladores en torno al misterioso fallecimiento de la madre del escritor”.

Se incorporó y salió del *jacuzzi* para acercarse al aparato. El agua se deslizaba por su cuerpo desnudo mojando la lujosa moqueta que cubría el suelo de la habitación.

“Según varios informantes del Hospital San Bonifacio Mártir, en el que ha sido ingresado Hugo Esmerodes en estado comatoso, el escritor ha confesado el crimen al recuperar la conciencia. Repetimos, parece ser que el escritor ha confesado ser el autor del asesinato de su madre. Les pedimos de nuevo que tomen la noticia con cautela, nuestros equipos se encuentran en estos momentos contrastando esta información”.

No podía creer lo que estaba escuchando, era simplemente surrealista. Hugo... ¿asesinar a su madre? No, de ninguna manera, esto no podía estar pasando, esto no podía ser cierto.

“En cuanto a la fallecida Vanessa de Laurentis, la madre del escritor, en este momento especialistas del hospital podrían estar realizando la autopsia, que sin duda arrojará nuevos detalles esclarecedores que ayudarán a saber qué ocurrió realmente hace dos noches en la mansión de la familia”.

El vaso resbaló de entre los dedos de Ignacio, que sintió como se hacía añicos y como los cristales de frío vidrio golpeaban su pie derecho. La moqueta se manchó de un enrarecido tono, mezcla de la sangre y la copa naranja, y el letrado se maldijo a sí mismo mientras caminaba cojeando hacia el cuarto de baño en busca de algún botiquín. A sus espaldas, las noticias continuaban sin cesar un ápice el ritmo.

“El cuerpo de Policía no ha querido pronunciarse acerca del caso y ha pedido cautela y, sobre todo, ha hecho un llamamiento a la calma. De la misma forma, se ha dirigido a los periodistas agradeciendo su labor informativa y haciendo hincapié en que se respete el trabajo policial y que los datos serán hechos públicos en su debido momento”.

No había botiquín, así que se limitó a sacarse los cristales incrustados uno a uno. Cada vidrio le producía un desagradable dolor al desprenderse de su piel, pero él estaba demasiado conmocionado por lo que escuchaba como para preocuparse por eso. Cogió un rollo de papel higiénico e introdujo el pie con las heridas abiertas en el *jacuzzi*, cuyas aguas se tiñeron rápidamente de rojo, un rojo vivo que se deslizaba ganando terreno al agua transparente entre las burbujas.

“Como muchos de ustedes sabrán, hace dos días era la presentación pública del último libro del escritor. Fue durante la ceremonia cuando sucedieron los extraños acontecimientos, y nos consta que varios de los asistentes tuvieron que ser atendidos por sufrir ataques de nervios. Hemos recuperado lo que pudieron grabar nuestros compañeros minutos antes de la desgracia, el

momento en el que Hugo Esmerodes recita unos versos de su libro desde el atril”.

Caminó de nuevo hacia el televisor cojeando, con el pie envuelto en una improvisada venda de papel higiénico. Pasó junto a los cristales rotos y la mancha en la moqueta, con cuidado de no pisar cerca, y se sentó en la cama, con la mirada fija en la caja tonta. La imagen mostraba a un imponente Hugo Esmerodes dedicando a los asistentes a la ceremonia unas líneas inéditas de su tercer libro.

“Volver a caminar sobre la lluvia, anudando cabos sueltos, nudos inconexos de irresistible belleza. Emerger ante la vida, sabiendo que todo cuanto nos rodea es efímero, sabiendo que no hay sali...”.

Apagó el televisor, no podía soportar más aquella pantomima. De ninguna forma iba a creer lo que aquel aparato escupía de forma sensacionalista e indiscriminada. Debía hacer algo, y hacerlo ya.

Miró el reloj, eran poco más de las ocho de la mañana y, aunque no había dormido, no era tiempo para hacerlo. No tenía otra ropa que la que llevaba puesta durante el viaje, pero se sentía más comfortable después del breve baño. Se puso el traje de nuevo y se echó un par de muestras de colonia, cortesía del hotel. Se miró al espejo, no lucía su mejor gala, pero parecía medianamente respetable, así que no se lo pensó más y se puso manos a la obra.

CAPÍTULO 9

Las ganas de vivir lo abandonaron como las hojas abandonan a los árboles en otoño, tiñéndose de marrón en su lenta y agónica caída. No quedaba nada, todo se había esfumado cual vapor de agua, escurriéndose entre sus dedos. No se podía decir que fuesen sentimientos certeros los que lo invadían, sino una macabra conjunción de sensaciones horribles que hacían su existencia simplemente insoportable.

No temblaba, sin embargo sentía una extraña e incómoda ligereza en todo el cuerpo, una debilidad molesta y perturbadora que no lo dejaba descansar, e intentaba apartar de su mente las imágenes que lo aterraban, pero todo quedaba en un vago y desesperado intento.

Perdería la cordura, lo sabía a ciencia cierta. No soportaría aquel dolor indescriptible, ni el dantesco presentimiento de que no había vuelta atrás. Los cimientos de su intelecto se desmoronaban cual edificio dinamitado, y su alma clamaba a gritos ser condenada y castigada eternamente para sentir compensado el daño que había originado.

Cada segundo era una tortura, un insufrible instante eterno de pena. No había nada comparable con aquello, ninguna acción tan punible y miserable como la que lo perseguía. De nada servía maldecir lo que ya estaba maldito. Las flores se marchitarían a su paso, y la tierra sería siempre seca a sus espaldas. Mientras permaneciese con vida, no habría redención posible, ni castigo suficiente para secar la sangre derramada.

Sus manos estaban manchadas y, por mucho que se esforzase en limpiarlas, la purga no daría resultado. No serviría de nada intentar ocultar lo que había hecho. Podría engañar a los demás, pero nunca lograría engañarse a sí mismo, ni era tal su intención. Solo la muerte le daría algo de paz, solo el negro jinete podía acabar con su sufrimiento.

Fragmentos inconclusos taladraban su cabeza mientras hacía esfuerzos por no recordar, por hacer desaparecer esas inhóspitas sensaciones que le acechaban. Pero veía la sangre, veía el cuerpo sin vida de su madre, y la cordura lo abandonaba, induciéndolo a entrar en un bucle sin salida. ¿Qué había hecho...? ¿Qué había hecho? ¿Qué había hecho? ¿Qué había...?

Las paredes de la celda se cernían sobre él, y se maldecía por sentir que aquello no era suficiente, que aquello no era pago alguno por sus pecados. Ése no era su lugar, su sitio estaba en el infierno.

Se sentó sobre la hedionda litera. El colchón había adquirido con el tiempo un tono marrón que provocaba náuseas y se hundía notablemente en un somier desgastado por el paso de los años. Se preguntó cuánta gente habría pasado por allí, cuántas almas atormentadas habrían rezado por su salvación en aquellos mismos escasos metros.

La cama chirrió desagradablemente con el peso de su cuerpo, mientras él solo deseaba hundirse en las profundidades de la tierra, desaparecer de la dolorosa existencia que le había tocado padecer.

Cerca del cabezal, un tornillo asomaba entre el colchón y el somier, y una vaga y desesperada idea se cruzó por la mente del escritor. Se acercó, y comprobó que estaba enroscado en el somier. Agarró la cabeza sobresaliente del tirafondo con los dedos, el tacto era áspero y frío, e intentó desatornillarlo. El metal cedió con un sonido a óxido, y pronto Hugo tuvo el pequeño artilugio en sus manos.

Observó la punta del perno, el óxido había corroído el metal y el extremo del tornillo era ahora un pequeño filo. Se intensificaron en su cabeza los pensamientos de muerte y purgación, y todo daba vueltas en torno a una única salida mientras clavaba la vista en el pequeño y afilado hierro que sostenía entre sus dedos.

Intentó disuadir esos juicios, pero era inútil, las campanas ya sonaban en su cabeza, y se vio a sí mismo asiendo el metal y rasgando la materia, que cedió bajo la presión fácilmente, sin oponer resistencia. Ignacio Sorbona se las había arreglado de alguna forma para conseguir un volante de urgencia. Entrar en calidad de abogado para realizar una visita en prisión requería ser poseedor de un volante que acreditase que la visita estaba programada en la fecha y hora correspondientes. Normalmente llevaba al menos un día hacerse con una de estas acreditaciones, pero el letrado se las había ingeniado para adquirir un pase de carácter urgente.

Los pasillos de las instalaciones carcelarias recordaron al abogado la gravedad del caso. Las paredes eran grises hasta la altura de la cintura, y blancas desde ahí hasta el techo, y el suelo era de un material verde que recordó al letrado los pavimentos antideslizantes que se utilizan en los *parkings*. El reflejo de su cuerpo se proyectaba como una vaga sombra sobre el piso, que brillaba con un resplandor fantasmagórico bajo la luz de los tubos, y el tintineo del juego de llaves del carcelero anunciaba su paso mientras se adentraban en las profundidades del complejo.

Pasaron junto a las salas dispuestas para las visitas concertadas, pero el funcionario de prisiones no se detuvo. Ignacio, desconcertado, aminoró el paso.

—Perdone, pero hemos pasado los locutorios.

—Lo sé. No vamos a los locutorios —respondió el empleado. — ¿Cómo? ¿A dónde vamos entonces?

—Su cliente no está en la zona común. Está recibiendo un trato... especial.

— ¿Qué quiere decir?

—Está en máxima seguridad.

— ¿Qué? ¿No ha hecho nada para estar en máxima seguridad!

—exclamó el abogado.

—No lo comprende. No es por él...

El letrado iba a replicar algo, pero dejó que el hombre acabara la frase.

—Es por el resto de presos. ¿Ha visto a todos esos periodistas en la puerta? Ellos también los han visto, y se hacen preguntas. ¿Cree que no lo reconocerían? Es por su propia seguridad, ya sabe que en la cárcel la gente se toma la justicia por su cuenta.

—Esto no va a quedar así.

—Oiga, ponga una reclamación formal si lo desea, al fin y al cabo yo no decido estas cosas.

—No hay derecho a que se le discrimine de esta manera. —Ya le he dicho que haga lo que crea conveniente. Yo me limitaré a llevarle hasta su cliente.

Siguieron caminando, alejándose del único lugar que Ignacio conocía del edificio. Los pasillos estaban interrumpidos por rejas cada ciertos metros, y el empleado tenía que abrir las puertas y cerrarlas a sus espaldas en cada uno de los puntos. Entraron en una zona en la que el acabado de las paredes era algo descuidado, se notaba que alguien no se había tomado demasiadas molestias en terminar aquella zona del edificio.

—No teníamos a nadie en máxima seguridad desde hace mucho tiempo. Cuando se quedaron sin presupuesto para terminar las reformas decidieron eliminar costes en la zona que menos se utiliza.

—Ya veo...

Llegaron a una puerta blindada, y el operario tuvo que utilizar tres llaves para abrirla.

—Es aquí.

El portón se abrió suavemente, e Ignacio se sorprendió por su grosor, nunca había visto nada igual. Estaban en un pasillo sin salida; a la derecha, pared; a la izquierda, varias rejas que delimitaban las únicas cuatro celdas que había, todas en silencio.

—Ahí tiene una silla. Siéntese frente a su cliente, lo suficientemente alejado de la celda para no poder tocarlo. No le pase nada a través de los barrotes, y tenga cuidado, ha llegado algo alterado.

El letrado escuchaba con atención las palabras del hombre, que le señaló el último calabozo.

—Yo le vigilaré desde aquí. Si necesita cualquier cosa, ya sabe dónde estoy.

Se acercó poco a poco. Pasó el primer camarote, y la visión de la angosta estancia le entristeció. Solo había una cama y un retrete, y las paredes de cemento gris eran toda la vista que podía contemplarse. No había ventanas, ni ningún orificio por donde se colase apenas un resquicio de luz.

La segunda celda era una copia exacta de la primera y, como esta, también estaba vacía. Un leve sonido penetró en los oídos del abogado, que se detuvo momentáneamente. Escuchaba una especie de arañazos continuos, y el ruido se intensificó cuando continuó avanzando hacia la última habitación. ¿Qué demonios era aquello?

Estando a pocos metros, el corazón comenzó a palparle fuertemente. Hacía mucho tiempo que no veía al escritor, y tener que verlo en aquella situación lo alteraba sobremanera. Asomó la vista entre los barrotes, y lo que vio le horrorizó por completo. No pudo evitar exhalar un desesperado grito.

— ¡Por el amor de Dios! ¡Ayuda! ¡Que alguien venga a ayudarme!

El carcelero, que escuchó los alaridos, se apresuró a correr hacia el lugar.

— ¿Qué es lo que pasa? —jadeaba mientras se acercaba a toda prisa.

El abogado se limitó a señalar el interior de la celda, entre los barrotes, mientras se apartaba, protegiéndose la espalda contra la pared y llevándose las manos a la boca.

El hombre uniformado llegó por fin, y se quedó perplejo. Las paredes y el suelo de la celda estaban llenas de garabatos ininteligibles, números y letras desordenados que no parecían tener ningún sentido. El escritor se encontraba de espaldas, en la pared del fondo, rayando frenéticamente la pared con algo que no podían apreciar, y estaba formando una especie de pirámide de números mientras la mano derecha le sangraba debido al roce con el cemento.

Al abogado le resultaba un verdadero mal trago ver en aquel estado a su viejo amigo. Le habían rapado al cero, y pudo ver las cicatrices en el cuero cabelludo. Aunque no veía su rostro, su marcada y frágil nuca le hizo sentir un escalofrío, y las heridas de su cabeza le provocaron un miedo desconcertante. ¿Se habría vuelto realmente loco? El genial e irrepetible novelista... ¿loco?

Pronto llegaron más hombres, y pidieron por el *walkie talkie* que abriesen la celda número cuatro del pabellón de alta seguridad. La espera resultaba angustiada, mientras, Hugo parecía no inmutarse con cuanto sucedía a su alrededor y continuaba escribiendo números sobre el cemento. Un sonido magnético anunció el desbloqueo de los barrotes, y la puerta corrediza se deslizó a un lado al paso de los hombres.

Cuando asieron a Hugo por las espaldas, el escritor comenzó a gritar enfurecido, queriendo acabar lo que estaba haciendo, intentando soltarse y continuar dibujando en la pared aquellas cosas.

Eran cuatro hombres contra uno, y el nervio del escritor era tal, que tuvieron dificultad para reducirlo y quitarle lo que tenía entre las manos. Era un tornillo...

Otro de los vigilantes pedía un médico por el transmisor mientras poco a poco cedían la presión que ejercían sobre el desvalido cuerpo del preso. Ignacio lo observó tendido en el suelo, con los hombres de seguridad sobre él, y Hugo alzó la cabeza, y las miradas se cruzaron. El abogado sintió una punzada en el corazón y se le hizo un nudo en la garganta, le era difícil respirar. El escritor lo miraba a los ojos sin apartar la vista y sin mostrar ninguna expresión, como si no lo hubiese visto nunca antes, como si no lo conociese de nada.

Desde el transmisor los hombres recibieron la orden de llevárselo a la enfermería, y lo levantaron, esta vez sin que el convicto ofreciese ninguna resistencia. Parecía haber abandonado toda lucha, haberse resignado a dejar que hiciesen de él lo que quisieran, y su mirada era tan inexpresiva, tan carente de emociones...

—Dios, ¿qué te ha pasado...? —pronunció el abogado haciendo un esfuerzo por serenarse.

Los hombres arrastraron a Hugo por el pasillo, llevándose de allí. Uno de ellos, el que había acompañado desde un principio a Ignacio, se quedó junto a él, mirando la enrarecida procesión. Las puntas de los zapatos del preso rozaban el piso mientras cargaban con él como si fuese un borracho, y un desagradable ruido *mesmerizante* invadió el pasillo, hasta que la comitiva desapareció tras la puerta blindada.

Ignacio aprovechó para entrar en la celda. El suelo estaba repleto de arenilla gris, proveniente del cemento deshecho. Las paredes estaban completamente llenas de palabras y números, caracteres señalados dentro de círculos, y flechas de un lugar a otro, conectando símbolos y abreviaturas carentes de ningún significado coherente. El tabique del fondo, sobre el que Hugo estaba trabajando cuando se lo llevaron, tenía dibujada una gran pirámide de números que iba desde el techo hasta casi el suelo.

1
11
121
1331
14641
15101051
1615201561
172135352171
18285670562881
193684126126843691
1104512021025221012045101
1115516533036236233016555111
1126622049

¿Qué era aquello? ¿Qué significaba? ¿Qué eran esos números, y por qué precisamente esos y no otros? ¿Por qué Hugo estaba tan desesperado por continuar escribiendo? Las preguntas se sucedían rápidas e hirientes en la cabeza del abogado.

—Lo siento, pero tendrá que posponer su visita. Su cliente está siendo tratado en la enfermería.

Ignacio estaba absorto en las inscripciones, nunca había visto nada similar, y el temor de que

realmente Hugo hubiese enloquecido lo invadía poco a poco, paralizándolo.

—Perdone. ¿Se encuentra bien...?

—Sí, sí..., disculpe.

—No se preocupe, muchos presos rayan las paredes, lo hacen solo para llamar la atención..., aunque hay que reconocer que su amigo se ha esmerado.

—No.

—¿Cómo dice?

La celda volvió a quedar cerrada tras la orden del hombre de uniforme, y ambos se alejaron lentamente del lugar, volviendo sobre sus pasos. Ignacio vio las gotas de la sangre en el suelo, procedentes de la mano del escritor, y el rastro marcaba su tortuoso y tétrico paseo.

—No, Hugo no haría algo así sin motivos. Estoy seguro.

PARTE II - PURGA

CAPÍTULO 10

— ¿Cuál es la fuerza de un mensaje? ¿Cuán grande es el poder de la palabra, de un símbolo? ¿Cuánto puede llegar a cambiar la historia o la sucesión de unos hechos determinados el poder de una convicción?

El profesor hablaba mientras la clase escuchaba en silencio. Su pelo, ligeramente canoso, denotaba su ya mediana edad, pero su cuerpo todavía se conservaba en buen estado, y paseaba enérgicamente de un lado al otro del aula mientras lanzaba estas preguntas al aire.

—Adelante, Jorge.

—El poder de un mensaje es exactamente el que le queremos dar. El profesor frunció el ceño.

—La cuestión es... ¿somos dueños de la importancia que le damos, o nos vemos abocados a ello debido a nuestra naturaleza humana, a nuestras marcadas y definidas debilidades?

El joven estudiante bajó la mano, sin saber qué responder.

— ¡Napoleón! ¿Qué sabéis decirme de Napoleón?

—Formó uno de los mayores imperios jamás conocido.

—Bien... ¿Y alguien sabría decirme cómo fue derrotado? ¿Cómo perdió todo cuanto había logrado?

—El dieciocho de junio de mil ochocientos quince, en la batalla de Waterloo.

— ¡Rotundamente falso!

Los alumnos miraban a los ojos del hombre, que lograba que casi viviesen los acontecimientos que explicaba, y ahora se movía entre los pupitres hacia el fondo del habitáculo, y todos lo seguían con la mirada.

—Eso es lo que dicen los libros, y es cierto que en Waterloo Napoleón perdió su última batalla, pero había sido vencido mucho antes...

— ¿Qué quiere decir, profesor?

—En mil ochocientos diez, con la incorporación de Bremen, Lübeck, y otros términos del norte de Alemania, así como el reino de Holanda, el imperio napoleónico alcanza su máxima potencia. Napoleón se convierte en el hombre que lo posee todo, y es temido como un poderoso e inteligente militar en todos los rincones del mundo. ¿Qué podría parar algo así? ¿Qué es lo que pudo ocurrir para que en tan solo cinco años perdiese todo cuanto había cosechado?

— ¿La coalición?

— ¡Rotundamente falso! —exclamó el profesor golpeando enérgicamente uno de los pupitres.

Los jóvenes emitieron una carcajada nerviosa que tardó varios segundos en apagarse. Pronto volvieron a quedar mudos, ansiosos de que continuase su exposición.

—La séptima coalición... Reino Unido, Rusia, Prusia, Suecia, Austria, los Países Bajos y algunos estados alemanes. Ciertamente fueron los que se unieron para derrotar a Napoleón en mil ochocientos quince..., ¡pero el emperador no fue derrotado en esa fecha, sino en mil ochocientos doce!

El desconcierto se reflejaba en los ojos de los pupilos.

—El veintitrés de junio de mil ochocientos doce, el emperador decide comenzar con la invasión de Rusia. No tenía suficiente con controlar prácticamente todo el territorio europeo, y su ambición lo cegó. ¡La ambición! Un sentimiento descontrolado que se repite una y otra vez a lo largo de la historia

del ser humano. ¿Es tal nuestra naturaleza que siempre queremos más, que nunca nos conformamos con nada?

Los árboles se mecían suavemente cerca de las ventanas abiertas, y una agradable brisa invadía la clase, creando una atmósfera placentera para los muchachos, que escuchaban ensimismados.

—Pero los rusos no iban a resignarse, no iban a abandonar sus tierras y dejar que el ejército francés, de más de cuatrocientos mil soldados, saquease todo lo que les pertenecía, todo por cuanto habían luchado durante toda su vida. Por eso se adelantaron...

—¿Qué hicieron?

—El ejército de Napoleón solo encontró bosques arrasados, ciudades fantasma, senderos vacíos y carentes de vida. ¡Los rusos prefirieron maldecir su propia tierra antes de verla convertida! ¡Prefirieron quemar y condenar sus propios huertos antes de ver alimentarse de ellos a las fuerzas invasoras! Se replegaron constantemente, evitando entrar en batalla con la “Grande Armée” —hizo un gesto entrecomillando con los dedos—. Y cuando Napoleón llegó a Moscú asumiendo que Alejandro primero negociaría la paz, se encontró con una realidad bien diferente...

El profesor sabía cómo mantener la intriga, y una leve sonrisa se dibujó en su rostro mientras observaba satisfecho la atención que le prestaban sus jóvenes aprendices.

—Las ordenes de Fyodor Rostopchin, gobernador del ejército de Moscú, fueron las de incendiar la ciudad y, tras un mes, temeroso de perder influencia en Francia, Napoleón decidió abandonar y retirarse. ¡Esa es la derrota! ¿Lo captáis?

—Moscú es el mensaje...

— ¡Exacto! ¡Rusia mandó el mensaje al mundo de que Napoleón no era invencible! ¡Los aliados comenzaron a creer que podrían derrotarlo, y él se dio cuenta de que era un mortal que había jugado demasiado tiempo a la guerra! Durante la retirada de Rusia, su gran armada sufrió numerosas bajas, al no encontrar sustento en el camino. ¡La fatiga y la falta de moral minaron la fuerza de uno de los mayores ejércitos jamás reunidos! ¡Ese es el mensaje! ¿Podéis verlo?

—Entonces todo fue cuestión de tiempo...

— ¡Rotundamente cierto! —Los alumnos rieron de nuevo ante el entusiasmo de su mentor—. Ese es el poder de un símbolo, el poder que reside en cada uno de los seres humanos. La esperanza, la capacidad de superación, de no abandonar nunca... Volver a levantarse después de la más dolorosa de las caídas.

Avanzó rápidamente hacia la pizarra, casi a pequeños saltos, mientras toda la clase sonreía divertida.

—Puede que oficialmente fuese derrotado en la batalla de Waterloo, pero ese día... ¡Ese día fue el comienzo del fin! Lo que hubiese ocurrido de invadir satisfactoriamente Rusia... no quiero imaginarlo. ¡Ese es el poder de las palabras, porque cuando una palabra llega al corazón de un hombre, no hay fusil que pueda hacerle sangrar! Las palabras hacen que nos movamos como uno, que seamos una sola identidad. Las palabras pueden sacar lo mejor y lo peor de un hombre, llevarlo a la locura o devolverle la cordura, porque de ellas aprendemos, porque observamos nuestros errores y somos capaces de corregirlos. ¡Porque podemos inventar nuevos caminos, nuevas convicciones! ¡Porque podemos volar sin alas! —Se le veía notablemente emocionado—. ¿Ven ahora por qué elegí ser profesor de Filosofía?

La clase rió otra vez más, y una suave palmada inició lo que sería un gran aplauso. El profesor miraba a su alrededor invadido por un orgullo que le salía del pecho, y los alumnos continuaron

regalándole aquel homenaje hasta que segundos después sonó la campana.

Pronto la ordenada aula fue un caos, los pupilos recogían sus libros y salían a los pasillos comentando las excentricidades del maestro, y uno de ellos se le acercó mientras él todavía borraba la pizarra.

—Disculpe profesor.

— ¿Sí?

— ¿Es verdad que antes de dar clase se dedicaba a la medicina?

— ¿Por qué me haces esa pregunta, Pablo?

—No sé..., supongo que es simple curiosidad.

—Sí, es cierto. Yo estudié Medicina hace ya muchos años.

— ¿Por qué lo dejó?

El semblante del maestro se tornó serio, dejó de borrar el encerado y se giró lentamente para encontrarse cara a cara con los ojos del muchacho.

—Supongo que no era lo mío, aunque al fin y al cabo la psicología no es tan diferente de la filosofía —sonrió de nuevo—. La primera estudia por qué las personas se vuelven locas, la segunda intenta evitar que lleguen a ese extremo.

—Gracias, profesor Maurer, me ha encantado la clase.

—Gracias a ti, Pablo; tus palabras me reconfortan. Y, por favor, llámame Ricardo.

Se apresuró a cruzar la calle, haciendo señas al autobús de línea, que ya se marchaba de la parada. Se adelantó entre los estudiantes, llamando a voces al conductor, que hizo caso omiso y puso el aparato en marcha. Corrió tras el vehículo varios metros, hasta que vio al automóvil girar la esquina, y abandonó su vano intento de que se detuviese. No pudo evitar maldecir al chófer.

—Gilipollas...

Las vías colindantes con el instituto estaban rebosantes de vida. Los jóvenes iban de un lado a otro con sus mochilas a la espalda, y el sonido de las motos rompía la serenidad del lugar. Los profesores caminaban tranquilos por la acera con sus maletas de mano, y sacaban sus brillantes coches del aparcamiento.

Él no tenía coche, así que decidió ir a casa andando, al fin y al cabo, hacía un día espléndido y hacía tiempo que no caminaba despreocupadamente por las calles de la ciudad; la misma ciudad que lo había visto nacer, crecer, madurar y, a su pesar, ahora comenzaba a verlo envejecer.

Tenía cuarenta y dos años, lo cual no era una edad avanzada en los tiempos que corrían, pero tampoco era ya ningún jovencuelo. Llevaba el pelo negro peinado hacia atrás, y las canas comenzaban a aparecer en las raíces, dándole un aspecto de estudioso. En su mano derecha sostenía su vieja cartera de piel, llena de libros de filosofía.

¿Cuántos años hacía que poseía aquella cartera? La pregunta se pasó por su cabeza sin saber muy bien por qué. Era algo que le habían dicho hoy, algo que había intentado ignorar pero que se abría paso velozmente entre sus neuronas. Recordó que no siempre había llevado libros de Descartes y Rousseau en aquella maleta. Hubo un tiempo en que llevaba un material bien diferente.

Las palabras del muchacho lo perseguían y le remordían su conciencia: “¿Por qué lo dejó?”. Aunque la pregunta que él se hacía era otra: “¿Por qué ahora? ¿Por qué después de tantos años huyendo, aquellos acontecimientos lo perseguían de nuevo?”.

Se desvió del camino de vuelta a casa casi sin darse cuenta, inmerso en pensamientos profundos que le confundían y atolondraban. Abandonó la zona estudiantil, y penetró por las calles del casco

antiguo de la ciudad. Las gentes, los olores, los sonidos de aquel lugar le traían recuerdos agrídulces de tiempos pasados, y tuvo la sensación de que todas esas sensaciones pertenecían a otra vida. Pero él sabía que no era así, él sabía que todo había sucedido de verdad, tan solo hacía unos cuantos años.

¿Por qué lo dejó? La cuestión sonaba para sus adentros cada vez con más intensidad, y no podía hacer nada para acallar sus foros internos.

De pronto se vio a sí mismo en un lugar que le resultaba muy familiar. Los hogareños comercios se repartían a ambos lados de la acera, y pudo reconocer todo cuanto le rodeaba, cada uno de los maltratados tramos de pavimento de la vieja calle. En el chaflán, una placa azul bautizaba el sitio: calle San Nicolás.

El aroma a especias de la tienda de la esquina penetró sus fosas nasales, y una amalgama de emociones recorrió su cuerpo. Todavía estaba la frutería Blas, la pequeña panadería que aún hoy horneaba su propio pan y el quiosco donde solía comprar el periódico cada mañana. No obstante, aunque aquellos modestos locales le traían maravillosos recuerdos, no había ido hasta allí para eso.

En medio de la calle, el viejo portal seguía en pie, como si hubiese sido ayer la última vez que estuvo allí. Alzó la vista, y la coqueta ventana hizo que le diese un pequeño vuelco el corazón. La fachada del primero A seguía tal cual la había dejado, y un pequeño y sucio rótulo colgaba bajo el ventanal: “Consulta del doctor Maurer”.

Permaneció algún tiempo junto al viejo edificio, contemplándolo, y la duda era cada vez más intensa, hasta el punto de que se sorprendió preguntándose en voz alta.

— ¿Por qué lo dejé?

Como una repentina respuesta, la visión de él mismo saliendo despavorido del lugar le asoló. Pudo verse catorce años más joven, escondido en su viejo despacho. Pudo verse corriendo escaleras abajo con la luz de la mañana, y comprando el periódico en el acogedor puesto que había en la otra acera. Se vio a sí mismo trotando enloquecido con el diario entre las manos mientras el gentío lo observaba queriendo averiguar qué demonios le ocurría, y vio la cara del tendero, que lo llamaba diciéndole que le había dado varias monedas de más.

¿Qué significaban estos recuerdos? ¿Cómo había podido desterrar sus memorias durante tanto tiempo? El nombre de una mujer golpeó su conciencia como una jarra de agua fría, y quiso detener aquel devaneo, aquella nostalgia que le acongojaba lentamente, sumiéndolo en un suave letargo.

Se puso en marcha de nuevo, alejando la vista del lugar y fijándola en el suelo. Caminaba a grandes zancadas, como quien huye de alguien sin querer llamar la atención, y así siguió calle abajo, queriendo abandonar el sitio que tanta alegría y tanto dolor le proporcionaba a partes iguales.

En el quiosco, una señora hojeaba los periódicos, y fijó su atención en la portada de la revista *Clocks*: “Todos los datos del caso Hugo Esmerodes al descubierto”.

—Señora, ¿va a comprar algo? —replicó el quiosquero algo molesto.

— ¿Cómo dice?

—Lleva casi media hora mirando. No quisiera ser grosero, pero...

—Está bien, está bien. Me llevo la revista.

— ¿Está segura de querer llevarse esa?

— ¿Por qué lo dice?

—Ahí escribe ese Cobos, ese periodista sensacionalista que se vende por dos duros.

—Justo lo que buscaba.

—Pero señora...

Las baldosas pasaban velozmente bajo los pies del profesor, que solo deseaba desvanecerse. Sin duda volver allí no había sido una buena idea. Ni siquiera unas voces cercanas pudieron abstraerlo de su concentración.

—Ahora no me dirá que le gusta lo que escribe ese hombre...

—Me entretiene, con eso me basta. ¿Pero bueno y eso a usted qué le importa? ¿Me cobra o no?

—Fíjese hasta qué punto llega que incluso fotografió la escena del crimen. ¡Es detestable!

—Desde luego, si intenta que no me lleve la revista, lo está haciendo muy bien. ¡Me llevo dos! ¡Una para mi hija y otra para mí!

Reconoció las voces, habían sido casi quince años, pero aquellas voces le eran totalmente familiares. Una era la de la señora Milli, que vivía en la parte alta de la calle y, aunque se llamaba Emilia, todos la llamaban así. La otra era la del quiosquero, el mismo al que le compraba el diario cada mañana en aquel entonces.

— ¡Espere, espere! —dijo el hombre poniendo cara de circunstancias.

—Ya le he dicho que me llevo la revista. ¿Qué es lo que quiere ahora?

— ¡Olvídese de la revista! No es eso, señora... Mire al otro lado de la calle.

La mujer se giró en dirección a donde señalaba el tendero, y vio a un hombre que andaba rápidamente por la otra acera, con una cartera de piel en la mano y la vista clavada en el suelo.

— ¿No es ese...?

Llegó al apartamento y se sintió reconfortado y aliviado entre las cuatro paredes que le proporcionaban una falsa seguridad. Sobre la mesita del comedor había un ejemplar de la última revista *Clocks* que había comprado por la mañana.

Se sentó en el sofá, y el contacto con el asiento mullido hizo que sus músculos se relajasen poco a poco. Alargó el brazo y puso en marcha el tocadiscos que había en la mesa. La música clásica emergió con suavidad, llenando la estancia, y el profesor cerró los ojos, dejándose caer, sin pensar en nada.

Las notas de piano le ofrecían una seductora sensación de paz. *Claro de luna*, la sonata que tantas y tantas veces había escuchado, continuaba calmando su alma, apagando sus inquietudes y devolviéndole la ansiada calma que necesitaba.

La sonoridad de la pieza envolvía por completo el salón, y Maurer tuvo un momento de verdadero sosiego. La añoranza que desgarraban las notas, la pena de cada una de ellas se fusionaba con sus propias divagaciones, generando una atmósfera un tanto enrarecida. Sus pensamientos flotaban y afloraban al exterior con la música, y caía poco a poco en un ligero sueño.

De pronto, otro sonido bien diferente interrumpió su ritual. El contestador emitió un sonoro pitido y una mecanizada voz anunció: “Tiene seis mensajes nuevos”.

—No..., otra vez no, por favor... —abrió los ojos. «Mensaje número uno, recibido hoy a las cuatro y treinta y seis minutos de la tarde: “Hola... ¿doctor? Soy yo de nuevo. Por favor, lo que tengo que decirle es muy importante. Le he buscado por todas partes. Le agradecería mucho que se pusiese en contacto conmigo”».

— ¿Es que no va a dejarme en paz? —apagó el tocadiscos, cortando por la mitad la obra maestra.

«Mensaje número dos, recibido hoy a las cinco y doce minutos de la tarde: “Siento ser tan insistente, pero realmente lo que tengo que proponerle requiere de su inmediata atención. Creo que usted es el más adecuado. Si escucha esto, por favor llámeme al 620456...”».

Se levantó enfurecido y se dirigió hacia el aparato que escupía aquellos tediosos mensajes.

«Mensaje número tres, reci...».

El teléfono detuvo la reproducción inmediatamente después de que el profesor apretase el botón correspondiente, y la estancia quedó de nuevo en silencio. Maurer se sentó por segunda vez en el sofá, y pensó en conectar otra vez el tocadiscos, aunque rechazó la idea rápidamente al darse cuenta de que aquello ya no le serviría.

Sobre la mesa, el ejemplar de la revista *Clocks*. Observó la portada desde lo lejos, recostado en el cómodo sillón: “Todos los datos del caso Hugo Esmerodes al descubierto”.

No solía comprar esta clase de revistas, pero había oído que esta tenía imágenes exclusivas del asesinato de Vanessa de Laurentis. El hecho había conmocionado al país entero, todo el mundo opinaba a sus anchas, y las ventas de la mediocre revista se habían disparado a causa de las dichas fotos.

Se reincorporó y cogió el ejemplar. La portada era totalmente negra con el titular superpuesto en rojo. La redacción habría pensado que así se venderían más series, y el caso es que de alguna manera la cosa había funcionado.

La abrió por la primera página, e inmediatamente vio resaltada la noticia del homicidio: “Especial reportaje en la página catorce”.

Pasó las hojas rápidamente hasta ver lo que estaba buscando, y la fotografía no podría haber sido más cruda: Un salón con grandes ventanales, todos cerrados excepto uno, y unas cortinas verdes elegantemente colgadas a ambos lados, ondeantes junto a la ventana abierta, inmutables en el resto. Y en medio del lugar, en medio de aquel regio salón, lo tétrico y lo dantesco; un cuerpo de mujer tendido sobre el suelo, con su vestido manchado de abundante sangre y, sobre él, otro cuerpo ligeramente incorporado, también repleto del líquido rojo, y llevándose las manos a la cabeza.

—Dios... ¿Cómo han publicado esto?

Al pie aparecía el nombre del autor: “Texto y fotos de Raúl Cobos”.

Maurer se levantó, y fue hacia la cocina. Abrió la nevera, y sacó una cerveza bien fría. Buscó un abridor en el cajón de los cubiertos... ¿Dónde estaba? Siempre perdía el condenado abridor de botellines. Apoyó la boca de la botella contra la cantonera del mármol de la encimera y, con un golpe de su mano derecha sobre la cabeza, la chapa cedió y cayó al suelo.

Sus pasos lo condujeron de nuevo al comedor, y al confortable asiento en donde había dejado la revista abierta por donde se había quedado. Sorbió un buen trago de la fría y espumosa cerveza y la dejó sobre la mesita, junto al tocadiscos.

“El poder de la pluma”. Ese era el título de la sección, y al profesor la evidente ironía le pareció excesiva. Hojeó las sucesivas páginas, y comprobó que el reportaje ocupaba al menos tres páginas más, insertado entre las fotos.

El poder de la pluma

Cuando fui invitado a la recepción, nunca imaginé encontrarme con una noticia como esta. Habría esperado toparme con cualquier otra cosa, pero no con algo así.

Intentaré narrar los hechos de la forma más fidedigna posible, y para ello les pido su

comprensión y entendimiento. No omitiré detalles, ni utilizaré eufemismos que suavicen lo inmutablemente áspero, porque por encima de todo soy periodista, y creo que mi trabajo es contar las cosas tal cual suceden, sin amagar ni empañar la verdad, por dolorosa que sea. Dicho esto, si alguien no está dispuesto a continuar, siempre está a tiempo de pasar de página y no leer el artículo. A los que prosigan, solo les pido que lo hagan hasta el final:

Noche del viernes. Como muchos de ustedes sabrán, era la presentación pública del tercer libro del afamado escritor Hugo Esmerodes. Allí estaba reunida la crema y la nata de la sociedad actual, aunque eso no hace falta que se lo cuente, pues todos conocen la fama de las fiestas que da el polémico personaje.

Pudo haber escogido cualquier otro lugar, pero, por alguna razón, él o los encargados de su marketing decidieron que la presentación se realizase en su propia casa.

La velada comenzó distendida. Muchos compañeros de profesión nos agolpábamos frente a un atril en el que debía aparecer Hugo de un momento a otro y, cerca de él, se reunían sus más allegados: el editor Francisco Cepeda, su inseparable compañera Hollis, y su desgraciadamente fallecida madre, Vanessa de Laurentis.

Yo la vi con mis propios ojos, la vi con la expresión seria, esperando impaciente a su hijo, ¿quién hubiese podido imaginar lo que sucedería minutos después?

Hugo hizo acto de presencia y subió al estrado. Los flashes comenzaron a inundar la sala mientras el poeta recitaba unos versos que seguro están cansados de escuchar, y que yo no repetiré.

Lo primero que hizo al terminar fue enlazarse en un fuerte abrazo con su madre, que le correspondió con el mismo entusiasmo, y poco a poco las instantáneas cesaron, y la fiesta se volvió más desenfadada.

Todos los periodistas fueron despachados de una forma u otra. La verdad es que nunca había visto tanta habilidad, ya que fue la señorita Hollis (presunta pretendiente del escritor) la encargada de desalojar la sala. No sé si por casualidad o a propósito, pero el caso es que me encontré a mí mismo solo, y me percaté de que era el único paparazzi que quedaba en el lugar.

Intenté encontrar una noticia decente hablando con los invitados, e indagué aquí y allá en busca de algo que valiese la pena, pero no hallé nada interesante. El escritor se marchó a una de las habitaciones junto con su compañera Hollis, e incluso quise seguirlos, aunque no me enorgullezca reconocerlo.

Cuando volví al salón, la gente había entrado en un estado de embriaguez avanzado, y solo me dio tiempo a intercambiar unas palabras con el editor del joven, el señor Cepeda.

Hollis apareció de repente enfurecida, y con un vestido diferente al que llevaba por primera vez. Preguntaba por Hugo, y el señor Cepeda apenas tuvo tiempo de responder.

Un grito desgarrador invadió el lugar, y a este lo siguieron una incesante cantidad de nuevos alaridos. Pronto la sala enloqueció por completo, y los invitados estaban aturcidos, yendo de un lugar a otro y corriendo despavoridos.

Todo el mundo se apelonaba frente a una de las salidas del salón, la que daba a la famosa sala de las cortinas, las mismas que tanta polémica causaron hace pocos meses, a raíz de un artículo de esta misma revista.

El caso es que nadie puede negar lo que vi, ni lo que vieron las decenas de personas que se agolpaban junto a aquella puerta. Y la imagen es muy sencilla de interpretar: Vanessa tendida en

el suelo, repleta de sangre y totalmente inmóvil. Sobre ella, su hijo, el escritor Hugo Esmerodes, fuera de sí, llevándose las manos a la cabeza, en un movimiento pendular adelante y atrás.

¿Cómo se explica esto? Y me dirijo a las miles de personas que han salido a las calles clamando la inocencia del escritor. ¿Cómo se supone que se explica esta situación?

¡Las evidencias son aplastantes! ¡Vivimos gobernados por unas leyes que me obligan a escribir “presunto” asesino, pero aquí la presunción resulta más bien cómica!

El pueblo está cansado de ver como la ley condena a los pobres, requiere los pagos de sus multas, y les embarga la nómina si hay la mínima irregularidad. ¡La gente está harta de pagar y contemplar que los ricos y famosos se marchan con las manos limpias ante cualquier falta!

Hago un llamamiento a la cordura. El poder no puede ni debe utilizarse de moneda de cambio para comprar la impunidad. ¡Y un asesino siempre será un asesino, sea rico y poderoso, o pobre y miserable!

No se engañen, señores. No dejen que los dos versos sensibleros salidos de la mano de este infame personaje los envenenen, no permitan que esto suceda. Juzguen, y después decidan, pero juzguen sin prejuicios, sin ver al escritor, sino al joven de la fotografía, al joven que tras ver lo que había hecho (presuntamente), se golpeó la cabeza contra el suelo hasta perder el conocimiento.

Me estremezco al comprobar cómo las masas salen en defensa de Hugo Esmerodes. Me invade verdadero pavor al contemplar que están realmente convencidos de su inocencia, cegados por alguna extraña motivación que nunca llegaré a comprender.

El fanatismo es uno de los sentimientos más inexplicables y poderosos que he conocido a lo largo de mi carrera, y no lleva a nada bueno, tan solo al engaño y al encubrimiento y a la negación de lo innegable. No se puede defender lo indefendible. ¡No se puede enarbolar una bandera rota!

Siento verdadera congoja mientras rezo para que esto no acabe como tantas otras veces hemos visto, para que se haga justicia.

Los defensores de la infamia y la mentira nos lanzan cuestiones para despistarnos. “¿Dónde está el arma...?”, nos dicen, “¿acaso se ha encontrado un arma del crimen?”. Y yo les respondo con otra pregunta: ¿de verdad hace falta un arma del crimen? ¿No tienen suficiente con las certeras imágenes? Desde luego yo no había fotografiado algo tan crudo y a la vez tan esclarecedor en toda mi vida.

Llamemos a las cosas por su nombre. Que no nos tiemble el pulso a la hora de señalar a los culpables. Que se desmoronen las estructuras piramidales que no benefician a nadie, y que la justicia prevalezca por encima de todo, sin importar el oro ni el apoyo del foro.

No construyamos castillos en el aire. No permitamos que esta sociedad se pudra bajo el yugo de la codicia. Luchemos por cuanto vale la pena, y hagamos que la carne se pague con carne, y que todo el mundo pueda creer de nuevo, que todos puedan tener esperanza, y no pensar jamás que ya es demasiado tarde.

Devolvamos a las gentes la soberanía que siempre les perteneció, la capacidad de decidir, y de hacerlo correctamente. Salgamos a la calle al igual que lo hacen los fanáticos, y digamos que estamos aquí y que pensamos de forma diferente.

Raúl Cobos para la revista Clocks

Maurer estaba perplejo. Nunca había leído un artículo con una subjetividad tan evidente y dura. Observó las diferentes fotografías que acompañaban al reportaje, que más que eso era la opinión alterada y exacerbada del periodista que lo firmaba.

Sorbió otro trago de cerveza y, cuando la bebida tocó su garganta, el timbre del teléfono volvió a interrumpir su momento de serenidad.

Hizo caso omiso a los rings del aparato, que se introducían en su cabeza como la broca de un taladro en marcha. Al fin, saltó el contestador, y el profesor quedó en silencio, temiendo escuchar de nuevo la voz de aquel hombre.

“Señor Maurer. Soy consciente de que hace tiempo que no ejerce la profesión, pero es estrictamente necesario que me ponga en contacto con usted. Ignoro los motivos que tendrá para no coger mis llamadas, pero solo le pido que escuche lo que tengo que decirle. Después es libre de escoger lo que quiera, y le prometo que no le molestaré más”.

El maestro estaba inmóvil, escuchando bajo total quietud el mensaje, y su expresión era solemne. ¿Por qué ahora? ¿Por qué de repente todo lo que había estado enterrado durante años salía a la luz para perseguirlo, para arrebatarle la poca paz que le quedaba?

“Espero de veras que se ponga en contacto conmigo. Le dejo de nuevo mi número de teléfono. Es el 62045...”.

Se levantó y caminó hacia el teléfono mientras el hombre desconocido continuaba grabando el mensaje al otro lado del hilo. Descolgó el aparato, y mantuvo el comunicador a pocos centímetros de la base. La voz dejó de escucharse por el altavoz, y un leve cuchicheo podía oírse a través del auricular.

Después, el silencio. Al otro lado, el hombre escuchó el pitido característico que indicaba que estaba comunicando. Sin embargo se mantuvo en línea, oyendo aquel sonido, que lejos de molestarle, le llenaba de renovadas esperanzas. Se dio perfectamente cuenta de lo que había ocurrido; el doctor había colgado, y eso solo significaba una cosa. Lo había encontrado...

CAPÍTULO 11

Ignacio Sorbona daba vueltas nervioso en torno al teléfono. Su visita a la prisión no había salido precisamente como esperaba. Es más, había sido un auténtico desastre.

Era un hombre optimista, pero lo que había ocurrido lo había descolocado por completo. No sabía qué pasos dar, por primera vez en toda su carrera se encontraba con un caso que le quedaba grande. No era capaz de ver la luz al final del túnel, y se encontraba solo, sin el apoyo de nadie.

¿Y qué demonios eran aquellos garabatos de la celda? ¿Qué se suponía que significaban esas palabras y números desordenados? No podía dejar de pensar en aquella enorme pirámide de dígitos que cubría el fondo de la mazmorra, y el desconocimiento le aterraba, el no saber qué finalidad tenían esos símbolos le producía un miedo nocivo que iba calando sus huesos.

Habían limpiado la *suite* del hotel. Las almohadas mullidas sobre la cama invitaban al abogado a tumbarse y soñar con una situación más agradable, y estaba agotado, tanto física como mentalmente, pero el sentido del deber lo obligaba a permanecer bien despierto.

Tenía un par de trajes nuevos que había comprado en una tienda cercana al hotel, y el teléfono seguía sin dar señales de vida, así que decidió salir a la calle.

Había hablado con Francisco Cepeda, el editor de su cliente, y este le había recomendado buscar ayuda. El caso era demasiado para un solo abogado por bueno que fuese, y él era consciente de ello.

La dirección que había anotado lo conducía al centro de la ciudad, y el taxi se detuvo en una gran plaza. El conductor le indicó que la calle que buscaba era una de las radiales, pero que no podía llevarlo hasta el número porque la habían convertido recientemente en una vía peatonal.

Una gran iglesia regía la cara norte de la plaza, con un campanario majestuoso que se alzaba entre los edificios del casco antiguo de la ciudad. Esta parte de la urbe era muy distinta del lugar donde se alojaba el abogado, mucho más moderno. Parecía como si el tiempo se hubiese detenido, como si aquel lugar no hubiese cambiado desde hacía décadas.

Las tiendas seguían teniendo ese aspecto típico de las películas de los sesenta, con rótulos sencillos y poco aparatosos, y la gente se detenía en la acera para hablar despreocupadamente.

Ciertamente el lugar tenía su encanto, y Sorbona caminaba lentamente, admirado por la belleza de cuanto lo rodeaba. Buscaba una pequeña oficina, Cepeda había insistido en que aquel hombre era el más indicado para ayudarles con el caso.

Pasó cerca de una encantadora cafetería que hacía chaflán, y cuyos grandes y pintorescos ventanales asomaban directamente a la plaza en donde se había detenido el taxi. “Cafetería Campanas”, decía un rústico letrero, y un aroma delicioso a café recién hecho escapaba por la puerta, induciendo a los viandantes a detenerse a su paso.

Entró al local, y se sentó en una pequeña mesita desde la que veía el exterior. Un camarero vestido de negro le atendió rápidamente.

— ¿Qué desea?

El abogado consultó su reloj de pulsera, y vio que eran más de las siete y media.

—Un vodka con naranja por favor.

El trabajador volvió sobre sus pasos hasta la barra del bar, donde le prepararon la copa rápidamente. Cuando llegó a la mesa con la bebida, Ignacio sacó de su bolsillo el trozo de papel.

—Por favor, me han dicho que esta calle es una de las que da a la plaza. ¿Cuál de ellas es? —Le extendió la nota.

—Justo al otro extremo —respondió el joven señalando a través de la ventana—. Aunque el número que busca está subiendo un buen tramo.

—Muchas gracias.

El médico le había recomendado disminuir el consumo de alcohol, pero en tal estado nervioso le era imposible controlarse. El vodka lo ayudaba, o al menos esa es la sensación que él tenía. Sin embargo sabía que últimamente estaba bebiendo demasiado.

Dejó la copa a medias, haciendo un esfuerzo por apartar la mirada del brebaje. Pagó la cuenta y cruzó la plaza sin perder más el tiempo.

Pronto estuvo en la susodicha calle, de pequeñas aceras y calzada de adoquines. Parecía como si en cualquier momento fuese a aparecer un viejo carruaje tirado por caballos, el sitio se había conservado encerrado en un propio microcosmos que no había mutado desde hacía años. Estar allí resultaba como viajar atrás en el tiempo.

Subió la cuesta, como le había indicado el joven de la cafetería. La vía era larga, y anduvo unos minutos hasta aproximarse al número que buscaba. Las tiendecitas tenían las persianas abiertas en ambas aceras, y había un horno tradicional cuyo olor a pan recién hecho invadía la calle. El abogado se detuvo y entró al pequeño almacén.

—Deme una barra —dijo mientras sacaba la cartera—. No..., mejor póngame dos.

—Claro, aquí tiene —respondió la oronda dependienta.

Ignacio pagó con monedas sueltas y, cuando guardaba las vueltas, vio en la cartera el trozo de papel con el nombre de la calle y el número que buscaba.

—Perdone, ¿conoce al dueño de este despacho? —preguntó a la trabajadora, que se quedó unos segundos observando la nota.

—Claro que le conozco, la dirección es justo ahí enfrente. Pero hace años que no viene por aquí, no sé ni siquiera si esa oficina sigue siendo suya.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—La verdad es que no. Oí que trabajaba de profesor no lejos de aquí, en un instituto público, pero no sabría decirle en cuál. Pregúntele al quiosquero, él está más enterado de todo.

A pocos metros de la panadería, había una frutería. “Frutería Blas”, decía el cartel. Pasó junto a la puerta y, cuando desvió la vista momentáneamente de los jugosos vegetales, vio lo que estaba buscando. En la otra acera, la ventana del primero A imploraba a gritos una limpieza y, bajo ella, el rótulo era inconfundible: “Consulta del doctor Maurer”.

Todo tenía un aspecto algo descuidado, aunque alguien que no supiese que el local estaba vacío podría haber pensado perfectamente que el despacho seguía abierto.

A pocos pasos estaba el minúsculo quiosco que le había señalado la mujer. Entró al establecimiento, en el que apenas cabían cinco personas juntas. Un hombre mayor, bajito y con una pronunciada calvicie esperaba tras un pequeño mostrador.

—Perdone. La panadera me ha dicho que usted podría ayudarme...

—¿Esa vieja arpía? No hace más que mandarme aquí a los indeseables que le molestan en su tienda.

Ignacio emitió una leve carcajada.

—Yo solo...

— ¿Va a comprar algo, o a venido solo a preguntarme?

—Eh..., sí. Deme la revista *Clocks* —afirmó algo atareado por la rudeza del hombrecillo.

— ¿Por qué todo el mundo comprará esa basura?

— ¿Qué?

—Nada, da igual. Se la va a llevar de todos modos...

El viejo cogió la revista de entre otras muchas que había en una estantería, a la vez que alcanzaba una bolsa de plástico en algún lugar bajo el mostrador.

—Estoy buscando a alguien...

—Me parece muy interesante —masculló mientras embolsaba la revista.

— ¿Conoce al doctor Maurer?

El anciano se detuvo al instante, con la revista en una mano y la bolsa de plástico transparente en la otra. Después, dejó ambas cosas sobre el mostrador y su expresión pasó de la indiferencia a la curiosidad.

— ¿Qué interés tiene en encontrarlo?

—Necesito que examine a un paciente.

— ¡Bah! ¡No se moleste! Hace años que lo dejó, ahora enseña en un instituto cerca de aquí. Son cuatro con noventa.

Ignacio sacó la cartera, y puso sobre la vitrina todas las monedas sueltas que tenía.

— ¿Sabe dónde vive, o algún lugar donde pueda contactar con él?

—Aunque lo supiese... ¿de qué le serviría? Ya le he dicho que no ejerce la medicina. Dejó a los locos de la mano de Dios, los abandonó a su suerte... De un día para otro canceló todas sus citas y no volvió a dejarse ver por el barrio.

—Por favor, es muy importante que lo encuentre...

El tendero contó las monedas, y vio que había varias de más. Cuando las separaba, un repentino recuerdo le vino a la memoria.

—La última vez que le vi fue poco después de todo aquel escándalo. La prensa comenzó a acosarle, y él empezó a faltar a sus citas y a abandonar su pequeña consulta. Un día, poco antes de eso, entró a comprar el periódico alteradísimo, con las ropas hechas un guñapo y un olor a tierra húmeda y sudor bastante desagradable. Salió corriendo calle abajo, pagándome varias monedas de sobra. Parece que, al final, estar rodeado de tanta locura acabó por volverlo loco a él también.

El abogado miraba al quiosquero, perdiendo poco a poco la esperanza de que le dijese dónde encontrar al doctor, y el anciano parecía divertirse con la conversación.

—Dígame una cosa. ¿Por qué lo busca ahora, después de tantos años? Hace ya catorce que no ejerce.

Ignacio alzó la revista *Clocks* que había junto a la bolsa y la abrió por la mitad buscando una fotografía. Pasó las páginas a la inversa, hasta llegar al artículo que buscaba.

— ¿Le conoce? —preguntó al viejo señalando con el dedo una imagen.

—Claro, es ese escritor que presuntamente...

—Soy su abogado.

Las pupilas del hombre se dilataron hasta ennegrecer su mirada.

—Entiendo —enmudeció, y el letrado esperó unos segundos a que añadiera algo más, para después comprender que no había nada que hacer.

—Gracias de todos modos —añadió mientras daba media vuelta cabizbajo.

Cuando abrió la puerta, una rudimentaria campana anunció su paso y, antes de que llegase a salir, la voz del tendero hizo que se detuviese.

—Espere..., quizás aún conserve su número de teléfono. Solía llamarle para avisarlo de que habían llegado sus suscripciones.

La cara de Ignacio se iluminó y, mientras tanto, el anciano sacó un desgastado listín de tapas de piel. Las hojas del cuaderno estaban repletas de anotaciones a mano, y la letra era ornamentada y artística, cada entrada estaba apuntada con la máxima delicadeza.

—Ricardo Maurer. Este es..., aunque no puedo asegurarle que después de tantos años conserve el mismo número.

—Muchas gracias. Le estoy realmente agradecido.

—No me dé las gracias... ¡Cómprame algo más y ayude a levantar el negocio! —bramó el pequeño cascarrabias.

El letrado sonrió.

—Está bien, deme también el periódico de hoy.

—Desde luego es usted muy generoso...

— ¡Pero bueno! ¿No se rinde nunca?

Llegó a la habitación del hotel más exhausto de lo que había salido, pero al menos había logrado algo. No era mucho, ni siquiera sabía a ciencia cierta que el número de teléfono perteneciera todavía al doctor, pero el hecho de haber avanzado algo le levantaba la moral y le daba de nuevo esperanzas.

Estaba anocheciendo, la luna regentaba el cielo azul marino, cuya tonalidad se volvía más oscura conforme se cerraba la noche, y las estrellas comenzaban a puntar en lo alto, aportando su pequeña luminosidad a aquella bóveda espléndida.

Él sentía la necesidad de continuar, de seguir desentrañando la maraña de aquel entuerto, y marcó los nueve dígitos en el teléfono que había en la mesilla de noche, cruzando los dedos para que al menos sonase. El primer tono hizo que el corazón casi se le saliese por la boca, mientras, pensaba en cómo abordar a quien contestase.

Dos, tres, cuatro tonos... sin respuesta. Después del séptimo saltó el contestador automático: “Deje su mensaje después de la señal”, y, tras el pitido, Ignacio tragó saliva, se dispuso a hablar y las palabras emergieron casi por sí solas.

— ¿Doctor Maurer? Soy Ignacio Sorbona, abogado. Me gustaría ponerme en contacto con usted para tratar un tema que puede interesarle. Si es tan amable, le agradecería que me devolviese la llamada. En todo caso, volveré a llamarle.

Había oscurecido casi por completo, y el cuerpo dolorido del letrado se rindió al cansancio. Tendido en la cama, alargó el brazo para colgar el teléfono y se quitó los zapatos con un rápido movimiento de pies. Los sueños se apoderaron de él antes de que pudiese desvestirse, y allí quedó rendido, colapsado por todo cuanto le había ocurrido durante las últimas horas.

Esa noche tuvo extraños sueños plácidos que no recordaría por la mañana, y se despertó con la sensación de haber soñado algo extraordinario, pero, por mucho que lo intentase, no recordaba el qué.

Miró el reloj. ¿Cómo había podido dormir tanto? Eran casi las tres de la tarde, y supuso que habría estado tanto tiempo pernoctando debido al *jet lag* y a lo poco que había descansado el día anterior. Además tenía hambre, muchísima hambre.

Bajó al restaurante del hotel, y pidió un reconfortante menú acompañado de un buen vino. Era

demasiado pronto para el vodka, este momento era más bien rioja, y el sabor del buen vino hizo que se bebiese más de media botella.

De nuevo el alcohol lograba adormecer sus sentidos, dejarlo en un estado en el que podía ver las cosas con más claridad, sin sufrir ese nerviosismo descontrolado que estaba apoderándose de él desde que se había puesto con el caso, y poco a poco comenzó a sentirse mejor con el estómago lleno y con su ansiedad temporalmente saciada. Era momento de ponerse manos a la obra de nuevo, y con esta intención volvió a la *suite*, en donde tenía todo el papeleo que había podido recabar sobre el caso.

Lo primero que hizo fue descolgar el teléfono, para probar suerte de nuevo con el número que le había facilitado el viejo cascarrabias del quiosco. Mientras sonaba el primer tono, echó un vistazo al reloj que había en la mesilla de cama, que marcaba las cuatro y treinta y cinco minutos de la tarde.

Una señal, dos, tres, de nuevo saltó el contestador, e Ignacio tuvo que conformarse con dejar un mensaje grabado: “Hola..., ¿doctor? Soy yo de nuevo. Por favor, lo que tengo que decirle es muy importante. Le he buscado por todas partes. Le agradecería mucho que se pusiese en contacto conmigo”.

Colgó el comunicador, sin desanimarse por la nueva negativa. Sacó el portátil y lo depositó sobre una mesa de madera que había junto al ventanal. Tenía también varios papeles relacionados con el caso, y se puso a revisarlos de nuevo, intentando encontrar alguna laguna legal que pudiese aprovechar.

Hugo había sido encarcelado por medidas preventivas. Había suficientes indicios como para mantenerlo preso, pero no había pruebas consistentes para la acusación, lo cual era medianamente alentador para él, que sabía que si no se encontraban evidencias convincentes, deberían dejarlo en libertad.

Lo más preocupante era su confesión, y ahí era donde debía centrar todos sus esfuerzos. Lo que le quitaba el sueño era no haber conseguido apenas información sobre cómo y en qué circunstancias se había auto inculpado su cliente. No acababa de creerse que aquello hubiese podido suceder de forma espontánea, solo podía pensar en algún tipo de confesión forzada.

Y después estaba la escena de la cárcel, todos aquellos garabatos y palabras indescifrables. Ahí es donde entraba el doctor Maurer, alguien que pudiese examinar si Hugo estaba aquejado de alguna especie de trastorno mental. Y, desde luego, parecía no estar en sus cabales, al menos durante la breve visita a la penitenciaría.

Había muchos psiquiatras, pero el hecho de escoger a Ricardo Maurer no era aleatorio. Francisco Cepeda, el editor de Hugo, se había puesto en contacto con él y le había sugerido contratar a alguien conocido.

Maurer había abandonado la medicina hacía ya catorce años, pero el hecho de ser un personaje mediático podía ser beneficioso para ellos. Las palabras de Cepeda aún estaban frescas en su cabeza: “Esta batalla se libra tanto dentro de los juzgados como fuera. No debemos olvidar que Hugo es un personaje famoso. Démosles a los medios lo que necesitan, démosles espectáculo”.

Ignacio todavía era algo reacio a seguir al cien por cien las indicaciones del editor. No sabía si todo el asunto de encontrar a Maurer era más bien una campaña de *marketing* para seguir beneficiándose de la fortuna del escritor mientras estaba en la cárcel. Fuese como fuese, la idea no era del todo mala, y tampoco es que tuviese demasiadas alternativas.

Durante la tarde continuó dejando nuevos mensajes en el contestador del psiquiatra, que nunca

cogía el teléfono, y de nuevo la falta de alcohol en su sangre comenzaba a hacer estragos, y una mezcla de nerviosismo y resaca se adueñaba de su cuerpo.

“Vamos Ignacio...”, se decía a sí mismo mientras hacía un gran esfuerzo por no desviar la mirada hacia el minibar. Descolgó el teléfono de nuevo, desanimado.

—Venga..., cógelo...

Nadie atendía el aparato. De nuevo aquella voz del contestador que lo sacaba más aún de sus casillas, si cabe: “Deje su mensaje después de la señal”.

—Señor Maurer. Soy consciente de que hace tiempo que no ejerce la profesión, pero es estrictamente necesario que me ponga en contacto con usted. Ignoro los motivos que tendrá para no coger mis llamadas, pero solo le pido que escuche lo que tengo que decirle. Después es libre de escoger lo que quiera, y le prometo que no le molestaré más.

El silencio al otro lado del hilo estaba acabando con su paciencia, pero hizo un último intento por mantener la calma. Lo último que necesitaba es que si finalmente alguien escuchaba sus recados, se encontrase con una voz anónima e histérica.

—Espero de veras que se ponga en contacto conmigo. Le dejo de nuevo mi número de teléfono. Es el 62045...

Un repentino silencio hizo que callase inmediatamente. El ruido era inconfundible, alguien había descolgado el teléfono, y ahora permanecía en total quietud, expectante. Ambos interlocutores estaban mudos, y el extraño mutismo transmitía más de lo que pudieran decir unas pocas palabras.

Tras una breve y emocionante espera, de nuevo aquel *clack* característico, y otra vez unos tonos emergían del auricular, aunque más cortos y frecuentes. Habían colgado el teléfono, y eso solo podía significar una cosa: lo había encontrado.

CAPÍTULO 12

La lluvia caía sin piedad aquel día. Miró por la ventana y observó las nubes grises a través del cristal. Las gotas golpeaban el vidrio escurriéndose en su caída monótona, volviéndose pequeñas e insignificantes con su suave contoneo.

No quedaba nadie más en el claustro de profesores, y pronto oscurecería. Él era el único, como cada tarde, que estaba allí enfrascado en la preparación de sus clases. Al fin y al cabo, no tenía nada mejor que hacer, y aquello le mantenía ocupado, alejado de sus más profundas inquietudes.

No eran pocas las veces que sus compañeros lo habían invitado o animado a salir, pero las ofertas se habían ido desvaneciendo con sus negativas, y ahora las echaba de menos, aunque solo fuese para rechazarlas como siempre hacía.

¿Qué le quedaba? Era feliz cuando enseñaba, pero notaba que una parte de sí mismo se había evaporado, se había esfumado sin dejar rastro.

Llamaron a la puerta, la silueta de la profesora Sanz apareció tras el cristal opaco, y el pomo giró para dejar paso a la atractiva mujer.

—Me he dejado unos libros —dijo apresurándose hacia una de las estanterías.

Él no contestó, se limitó a observarla y esperar que acabase lo que tenía que hacer.

—Hasta mañana —se despidió esbozando una sonrisa.

—Hasta mañana.

Tras cerrar la puerta, los tacones de la mujer marcaron con un estruendo su camino y, cuando estuvieron lo suficientemente lejos, él se giró de nuevo hacia la ventana.

Una cierta melancolía se estaba haciendo hueco en su pecho, y quiso recordar lo que tanto añoraba, lo que tanto echaba de menos... Era por todo aquel asunto de las llamadas. ¿Por qué se dirigían a él como doctor? ¿Cómo habían conseguido el número de su domicilio?

Las calles estaban desiertas. El aguacero había dispersado a los jóvenes estudiantes, que normalmente se quedaban largo rato por los alrededores del edificio. El suelo mojado brillaba bajo las nubes negras, creando una atmósfera intrigante, y la suciedad de las aceras se escurría con el caudal por las alcantarillas.

Salió al exterior, no le apetecía continuar trabajando. En realidad aquel día no estaba de humor para hacer absolutamente nada. No llevaba paraguas, y las gotas lo acariciaban en un susurro *mesmerizante*. Al otro lado de la acera, en la parada del autobús, un hombre esperaba de pie, vestido de negro. Sus ropas eran caras y hechas a medida, y al profesor le extrañó sobremanera su presencia.

Iba a cruzar y esperar el transporte de línea, pero la figura de aquel hombre lograba perturbarle. Su traje negro ligeramente rayado, su camisa blanca bien planchada, y su corbata también oscura hacían que fuese un elemento extraño en aquel escenario.

Se detuvo frente a él en la otra acera, pensativo, mientras los coches circulaban entre las miradas de ambos. El autobús estaba girando la esquina, y pronto llegaría a la parada, pero ninguno de los dos hizo movimiento alguno, simplemente continuaron observándose, hasta que el autocar se detuvo abriendo sus puertas.

Lo aparatoso del vehículo impedía al profesor ver al sujeto, y fueron unos segundos eternos, hasta

que finalmente el motor rugió bajo el agua y la máquina comenzó a moverse de nuevo. Allí estaba él, impasible, y su visión resultaba casi fantasmagórica. Un individuo de negro bajo la lluvia, mirando al frente, con algún oscuro propósito que el profesor no quería descubrir.

Desvió la mirada y decidió no cruzar, ese varón trajeado tenía algo que no le gustaba. ¿Por qué demonios no se había subido al autobús? ¿Qué hacía allí de pie, tan inmóvil? Comenzó a caminar lentamente, olvidándose por completo de la lluvia, y podía sentir su mirada clavada en la nuca, como una presión desagradable que le irritaba.

¿Debía girarse... o aquello resultaría más extraño todavía? Continuó andando, sintiendo como el pulso se le aceleraba y, cuando estuvo a una distancia prudente, ladeó la cabeza hacia atrás.

Nadie. Había desaparecido, no había ninguna persona en la otra acera. Se detuvo y giró sobre sí mismo, y entonces lo vio de nuevo, en el mismo lado de la calle que él, aproximándose lentamente, sin dejar de mirarlo.

Sus pasos se volvieron grandes zancadas que, sin llegar a correr, pretendían alejarlo del siniestro personaje. Sin embargo escuchó unos trancos mezclados con el sonido de la lluvia, y notó que estos aumentaban el ritmo según él se apresuraba.

Pensó en huir, como había visto en tantas películas. Cuando el personaje se siente perseguido, echa a correr sin más. Pero la realidad era diferente, uno no podía perder los papeles de aquella manera, así que se armó de valor, y aminoró la marcha.

— ¡Perdone! —gritó bajo el torrente—. ¿Desea algo?

El hombre, que todavía no había cesado su caminar, se acercó unos metros antes de responder, también gritando debido al alboroto que formaba la lluvia.

— ¡Necesito hablar con alguien del centro!

Escucharlo hablar hizo que se tranquilizase en cierta manera, y esperó a que se acercase, para no continuar con aquellas vociferaciones innecesarias.

— ¡Entre al edificio...! ¡En dirección le atenderán rápidamente!

La sombra no se movió, y Maurer tenía la vista clavada en ella, intrigado por su insistencia.

— ¡En realidad no me interesa hablar con nadie de dirección!

— ¡Lo siento, pero en tal caso yo no puedo ayudarle!

— ¡Está equivocado! ¡Creo que es el único que puede hacerlo!

Una fuerte palpitación inundó de sangre caliente todos los rincones de su cuerpo. Aquella voz... ¿la había oído antes? Las gotas de agua resbalaban por todo su rostro, y el desconocido también estaba empapado por completo. La imagen resultaba extraña.

— ¿A quién busca...?

Sus cabellos mojados goteaban sobre la fina tela de su atuendo, y el tiempo parecía haberse detenido por un instante entre los dos hombres. Ahora ambos se analizaban en silencio, sin preocuparse en absoluto de cualquier factor ajeno a su propia conversación.

—Le estoy buscando a usted, doctor Maurer —afirmó suavemente, y el susurro se perdió en la humedad del aire.

Por un momento, aquellas palabras le conmocionaron. ¿Había dicho doctor... o eran solo imaginaciones suyas?

— ¡Lo siento, se ha equivocado! ¡Yo solo soy profesor de filosofía! —pronunció lo más serenamente posible mientras trataba de despedirse.

Pero el hombre no se inmutó, permaneció bajo la tromba de agua.

— ¡Por favor, solo quiero que escuche lo que vengo a proponerle! ¡Serán solo unos minutos! — vociferó para que su voz sonase por encima de la borrasca.

— ¿Qué es lo que quiere? ¿Es usted quien no para de llamarme a todas horas?

— ¡Es un poco complicado de entender, preferiría que lo hablásemos tranquilamente!

Ambos corrieron a refugiarse bajo un portal, en vista de que el diálogo iba a extenderse algo más de lo esperado y, cuando estuvieron a salvo de las inclemencias del tiempo, el hombre le extendió la mano.

— Soy Ignacio Sorbona. Supongo que habrá recibido mis llamadas.

— Sí, las he recibido, y a decir verdad no veo en qué puedo ayudarle.

— Estoy interesado en que le haga un examen médico a mi cliente.

— Ah..., no. Lo siento, pero dejé la medicina hace muchos años, ya no me dedico a eso.

— Lo sé..., sin embargo creo que usted es el más apropiado. Maurer frunció el ceño, aquello no tenía ningún sentido. — ¿El más apropiado...?

— Habrá oído algo sobre el fallecimiento de Vanessa de Laurentis, la madre del escritor Hugo Esmerodes...

Asintió con la cabeza.

— Soy el abogado de Hugo, y mi cliente necesita urgentemente que alguien compruebe su estado mental.

— Debí habérmelo imaginado... — Dibujó un gesto de desaprobación—. Puede ir olvidándose, si pretende declarar enajenación mental para reducir la pena, yo no soy su hombre, búsquese a otro.

— Señor Maurer, sé que todo aquel asunto de los Morain...

— ¡Ni se le ocurra pronunciar su nombre! — exclamó repentinamente—. ¿Quién se ha creído que es?

El profesor estaba notablemente enfadado, e irradiaba una profunda cólera que el abogado no lograba comprender del todo.

— Solo he venido a pedirle ayuda... Usted no ha visto cómo esta... ¡Ha llenado las paredes de su celda de garabatos! ¡No habla, y ni siquiera parece reconocerme!

— ¿Qué solo ha venido a pedirme ayuda? ¿Cuántos psiquiatras hay en este país? — Se alejó, internándose en la lluvia—. Pero no..., tiene que venir a buscarme a mí. ¡Al profesor Maurer, que lleva catorce años retirado!

— ¡El venir a hablar con usted no es casual! ¡Tengo mis razones y, si me deja, se las explicaré sin reparos!

Los ojos de Ricardo refulgían, inyectados en sangre, y no se apreciaba bien si lloraba o estaba a punto de tener un ataque de histeria.

— ¡Mírese! ¿No está cansado de vivir con eso? ¿No le gustaría poder empezar de cero? — trató de persuadirlo el abogado.

— ¿Empezar de cero? ¡No tiene ni idea!

— ¡Debe aprender a convivir con su pasado! ¡Esconderse no le servirá de nada!

Maurer trataba de coger aire y serenarse, pero continuaba hondamente afectado, dando vueltas bajo el torrente y llevándose las manos a la cabeza.

— Váyase, por favor...

— Pero...

— ¡Que se largue!

— ¿Sabe lo que está haciendo? ¡Está huyendo! ¡Está siendo un cobarde!

El profesor escuchaba las palabras sin mirarlo a los ojos mientras notaba como se le nublaban la vista debido a las lágrimas. Una de ellas se le escapó, deslizándose por la mejilla derecha y confundiendo con la lluvia que le golpeaba la cara.

—Se lo pido por favor..., márchese.

Ignacio miraba de arriba abajo al hombre derrotado, pocas veces había visto a alguien así. Su expresión era la de alguien hundido por el dolor, apesadumbrado por unos sentimientos de culpa imposibles de purgar.

—Si cambia de opinión...

Maurer hizo un gesto con la mano para que callase, y el abogado abandonó el cobijo, saliendo también a la intemperie. Lo miró a los ojos por última vez.

—Siento de veras haberle molestado señor Maurer. —Y sin decir nada más, le extendió una pequeña tarjeta de visita.

Él la cogió sin saber muy bien por qué, tal vez simplemente para que el abogado se fuese de una vez por todas, y este, entendiéndolo que no podía hacer nada más por convencerlo, dio media vuelta y desapareció lentamente, caminando bajo la lluvia.

El profesor quedó unos minutos en silencio, dejando que sus ropas se empapasen y observando la marcha del abogado. Cuando este apenas era un punto en el horizonte, estalló, y las lágrimas salieron a borbotones en un llanto sonoro y desgarrado. En su cabeza solo había lugar para un nombre, y era el más placentero, y a la vez el más doloroso que había aprendido nunca.

—Eva...

La llave se retorció dentro de la cerradura, y el viejo mecanismo funcionó a la perfección. En el interior, oscuridad, solo la luz que se colaba entre las ranuras de las persianas cerradas, creando halos fantasmagóricos con el polvo asfixiante que llenaba por completo la habitación.

Se acercó a una de las ventanas y levantó una de las pesadas correderas, dejando que la claridad se introdujese en la sala. En un primer momento el cambio de luz lo cegó, aunque poco a poco comenzó a vislumbrarlo todo.

Cada estantería, cada mueble, cada libro y cada uno de sus preciados vinilos. Todo estaba exactamente donde lo había dejado la última vez, solo que completamente lleno de suciedad.

Por alguna extraña razón, había conservado el local, como si supiese que algún día volvería y desempolvaría todas sus pertenencias. Había pagado la letra religiosamente cada mes, y ahora era de su propiedad.

Se sentó en su cómoda silla giratoria, y desde aquel lugar miles de imágenes pasaron por su cabeza. Los pacientes, las tardes ordenando los informes y escuchando música clásica, la tinta negra recorriendo las páginas de su diario...

Abrió el primer cajón, y allí estaba, ajeno a cuanto había pasado en el exterior, impoluto como el primer día, y a salvo de toda la suciedad que envolvía el resto de sus objetos personales.

Palpó sus tapas negras con las yemas de los dedos, y un extraño placer recorrió su cuerpo. Cerró los ojos, y casi pudo retroceder en el tiempo, y verse a sí mismo allí sentado, escribiendo despreocupadamente. Abrió por la mitad el librito, y el olor de sus páginas simplemente lo embriagó. En ese instante comprendió mejor que nunca aquello que dicen de que nunca se olvida un perfume ni lo que significa.

El aroma de las hojas viejas denotaba mucho más para él de lo que siquiera había imaginado.

Cada una de aquellas letras, cada una de aquellas palabras era parte de él, un trozo de su desgarrada existencia que había decidido olvidar hacía tiempo y que ahora parecía querer volver a casa.

Oteó por encima algunas de las páginas, y cada frase lo transportaba al momento exacto de la vivencia: "... Mientras avanzábamos, el taxista hablaba de trivialidades. ¿Por qué demonios los taxistas no pueden simplemente conducir callados? Estaba a punto de preguntárselo cuando los árboles a los lados de la carretera desaparecieron, y llegamos a un pequeño claro. Allí estaba..."

"... Esa fue la primera vez que vi su rostro, la primera vez que vi a Eva Morain. Tenía los cabellos largos, de un color castaño oscuro, y le caían lacios sobre los hombros. Sus ojos eran de un marrón intenso que los dotaba de fuerza y picardía..."

Su mano sostenía temblorosa cada cuartilla, y lo que leía le resultaba cada vez más lacerante, como un látigo que golpease directamente su corazón.

"... Sus pies descalzos resultaban ya de por sí espeluznantes. Podían verse perfectamente todos los huesos de los dedos, y la carne, más que cubrirlos, se escurría entre ellos..."

Comenzó a pasar las llanas rápidamente, nervioso, mientras notaba como los ojos se le humedecían de nuevo.

"... Y allí quedé, igual que había comenzado, abrazándola entre mis brazos y sintiendo su cuerpo hético contra mi pecho mientras la lluvia que emanaba de sus ojos empapaba mi camisa..."

"... Me abalancé sobre él mientras sentía en mi interior un extraño frenesí. Apenas le dio tiempo a levantarse del sillón. El termo golpeó su cabeza, y el café salió disparado en todas direcciones, quemando su rostro y mis manos..."

Se levantó, llevándose una mano a la boca para reprimir un gemido, y sosteniendo con la otra el diario como un cura sostendría una Biblia.

—Dios, Eva... ¿Por qué...?

Su respiración estaba acelerada, y le era difícil mantener la compostura. Llegó a una parte del diario llena de hojas en blanco, y las pasó lentamente, temeroso.

Por fin, tras un buen trecho de libreto desaprovechado, apareció una nueva entrada. Era la primera vez que leía aquello desde entonces, y revivir esos episodios le producía unas extrañas náuseas. El simple hecho de observar la fecha escrita de su puño y letra le atribulaba hondamente. Sin embargo, se sentó otra vez, e hizo de tripas corazón.

Diario del Dr. Maurer. 25 nov. 1997.

La pequeña montaña se alzaba ante mí y, como si se tratase del monte más difícil de escalar, una congoja me recorría todo el cuerpo, paralizándome. Mis propios miedos me habían conducido hasta el lugar, pidiéndome que los acallase, que apagase su dolor insoportable.

En lo alto, se erigía como un viejo castillo la residencia de los Morain, y desde allí podía ver una luz titilante en el tejado. La imagen de aquel pequeño ojo de buey me sacudió la cabeza y no era capaz de razonar nada coherentemente.

No sabía apenas por qué estaba en ese inhóspito paraje, pero miles de preguntas se paseaban por mi mente, entretanto, ascendía caminando junto a la carretera. Recordé mi accidentado descenso campo a través, y el temor de saber que iba a enfrentarme a lo que me había hecho huir me llenaba de

amargura.

Poco a poco fui acercándome a los muros del caserón, que cada vez parecían más altos e imponentes, recortándose sobre el cielo rojizo de aquella tarde, teñido de sangre especialmente para la ocasión. La vieja reja se dibujaba ante mí, al igual que lo hiciera días antes cuando visité la casa por primera vez. Sin embargo, tenía la sensación de que hacía años de aquello, dado aquel ambiente enrarecido que me hacía verlo todo desde otro prisma.

Pulsé el timbre y asomé la cabeza entre los barrotes, esperando cualquier movimiento, pero nada ni nadie pareció reaccionar a mi llamada. Solo allá en lo alto seguía encendida la pequeña luz, llamándome, atrayéndome a sus adentros.

Me aferré a los hierros fuertemente con ambas manos, e inicié el tortuoso y difícil ascenso. Cuando ya estaba suspendido en el aire, algo llamó mi atención. Una luz encendida, en la planta baja, que hacía unos segundos juraría que estaba apagada.

Abandoné mi frustrado intento de saltar, y permanecí en silencio, agazapado, y observando la puerta principal. Comenzaba a oscurecer, y la negrura del cielo se disputaba el terreno con el rojo atardecer. Entonces escuché algo, y vi como la puerta se abría. La señora Morain salió al exterior, sujetando un cirio, y mientras caminaba hacia donde yo me encontraba, la noche cayó por completo y la luz de la vela era lo único que se veía en el sendero.

— ¿Quién hay ahí? —titubeó la mujer algo asustada.

Yo permanecí en silencio, guardado bajo el manto de la noche, que me protegía y ocultaba, arropándome.

La vela seguía aproximándose, envuelta en tal oscuridad que parecía flotar como por arte de magia. De cuando en cuando un destello iluminaba el aterrado rostro de la madre de Eva, que no podía verme, escondido en las sombras. Y volvió a alzar la voz, esta vez más temblorosa.

— ¿Hay alguien... hay alguien ahí?

Como llevado por un repentino impulso, me erguí tras la puerta metálica y respondí sin titubear.

— Soy yo. Soy el doctor Maurer.

— ¿Está loco? ¡Váyase de aquí!

— ¡Señora, escúcheme!

La mujer caminaba en dirección contraria, alejándose de mí.

— ¿Usted lo sabía, sabía lo que su marido le hacía a su hija? ¡No huya! ¡Lo sabía, y no hizo nada por detenerlo!

La vela dejó de moverse un instante, levitando en el mismo punto.

— ¡Venga, cuénteme la verdad! ¿Realmente le preocupa su hija? ¿Qué será ahora de ella? ¿Qué van a hacer ahora que alguien más conoce su detestable secreto?

Los pasos se escucharon más cerca, y esperé hasta tener el cirio frente a mí, alumbrando las caras de los dos por igual. Ella me miraba sin decir nada, aunque parecía dispuesta a escuchar lo que yo le tuviese reservado.

— ¿Cómo está él...? —pregunté por mera cordialidad. — Bien..., hecho una furia y algo magullado, pero bien... Confirmar que no lo había matado me llenó de alivio e impotencia a partes iguales, pero aparté rápidamente esos sentimientos para preguntar lo que realmente me importaba.

— ¿Y ella?

— Bueno..., está algo asustada, tiene miedo de lo que él pueda hacerle.

— Señora, tenemos que sacar a su hija de aquí. Esto está matándola más que su propia

enfermedad.

—Eso es imposible... Si él se enterase...

—¿Cómo puede vivir así? ¿Cómo puede mirar cara a cara al terror y permanecer impassible?

La mujer me contemplaba intensamente, obrando milagros por mantener la serenidad, pero sus ojos brillaban cristalinos a la luz de la vela.

—Tengo que verla —aseguré, con miedo a que me negase la petición.

Para mi sorpresa, la reja se abrió, haciendo el mismo sonido de óxido al que me tenía acostumbrado. Y yo me pregunté cuáles serían los motivos de la mujer para dejarme libre el paso sin apenas oponer resistencia.

Todo me parecía distinto aquella noche, envuelto en un aura de fatalidad que me producía escalofríos. Los pasillos estaban a oscuras, y el hecho de que la señora no encendiese ninguna luz me hizo pensar lo peor... Él estaba en casa. Recorrimos en silencio la planta inferior de la construcción, y comenzamos una lenta ascensión por la angosta escalera de caracol, que crujía lamentándose bajo nuestros pies. Bajo la lumbre de la vela, atravesamos el pasillo y llegamos a la habitación de Eva, que para mi sorpresa no estaba cerrada con llave.

No nos detuvimos en el cuarto lleno de polvo, yo amarré la cuerda de la trampa y tiré de ella nervioso, sin importarme el ruido que pudiese hacer. Subí los peldaños azuzado, y allí estaba, como si nada de aquello hubiese ocurrido, tendida sobre la cama, igual que el primer día.

—Eva...

— ¡Doctor! —Se abalanzó sobre mí con todas sus fuerzas, y su cuerpo delgaducho me rodeó de una forma algo extraña—. ¡Pensé que no iba a volver a verle!

Sujeté suavemente el rostro de la muchacha, acariciándolo de forma sutil y cuidada mientras su madre observaba la escena cerca de la trampa, sorprendida por el fuerte apego que ambos demostrábamos para con el otro.

—Voy a sacarte de aquí, Eva. Te lo prometo.

Sus ojos se iluminaron, esperanzados, y aquella mirada me partió el corazón, porque en realidad no tenía ni idea de qué es lo que iba a pasar. No podía apartarla de sus padres sin más, no podía llevármela de aquel lugar y esperar que no hiciesen nada al respecto.

La expresión de María Morain era de absoluto terror, y la mano que sostenía la vela temblaba. Yo adiviné de inmediato la causa de su pavor, y no era otra que el conocimiento de que él podía aparecer en cualquier momento.

Eva, por su parte, no me soltaba, perforando mi corazón con aquella actitud de total abandono. Se había rendido a mi voluntad, esperando que yo la salvase, que yo le devolviese la vida que siempre debió tener, y mis propios sentimientos hacia ella me confundían, me sumían en un mar de dudas que me ahogaba por momentos.

Estaba perdido, y lo que había empezado como una relación médico—paciente se había tornado en un vínculo inesperado lleno de dolor, justamente lo que nunca debe ocurrir. Desde un primer momento me había sentido algo protector con ella, pero ahora las emociones me superaban, envolviéndome y atolondrando mi raciocinio.

—Lléveme con usted, por favor doctor... no me deje.

Su madre lloraba mientras se daba cuenta de que había perdido a su hija, y que aquello ya no tenía remedio. Y yo me dirigí a ella, entretanto rodeaba a la muchacha con los brazos.

—Vendré mañana por la noche, y me la llevaré a algún lugar donde pueda recuperarse. Un amigo

tiene una casa a las afueras, alejada de todo esto, podría quedarse allí hasta que mostrase una mejora.

La mujer no decía nada, pero me miraba con suma atención.

—Necesito su consentimiento, señora Morain. No puedo llevarme a su hija sin más. Aunque es mayor de edad y no hay problemas legales en ello, me gustaría contar con su beneplácito.

Pude captar el miedo en ella, el miedo a las posibles represalias por parte de su marido, sin embargo su sentimiento de culpa era mayor y era incapaz de mostrarse cobarde una vez más, como lo había hecho callando durante tanto tiempo.

—Estoy de su parte, doctor..., pero ahora márchese, o acabará despertándose.

Miré a la muchacha una vez más, agarrándola fuertemente de las manos, que se escurrían entre las mías.

—Mañana a medianoche. Te lo prometo.

El profesor dejó a un lado el diario. Eran demasiadas emociones, demasiados momentos traumáticos que le eran tremendamente difíciles de digerir. Pero en cierta parte sabía que el abogado tenía razón, que llevaba muchos años agachando la cabeza. Buscó en la chaqueta mojada la tarjeta: “*Sorbona y asociados*”, decía en una letra cursiva, sencilla y elegante al mismo tiempo. Por la parte de atrás, estaba apuntado el número personal del hombre trajeado, Ignacio.

No... ¿Por qué habría de llamarle? De ninguna manera, estaba harto de ver como la mayoría de los doctores vendían sus diagnósticos al mejor postor. Daba igual que el cliente fuese Hugo Esmerodes, no iba a colaborar con un falso encubrimiento. Ya había malgastado sus opciones, ya había cometido errores demasiado graves en el pasado, y no podía permitirse errar de nuevo.

Otra vez páginas en blanco, y él sabía lo que aquello significaba. Se acercaba a la parte más truculenta, al final del caso de Eva Morain, y estaba tan afectado ahora como cuando escribió aquellas últimas palabras. La letra resultaba cada vez más ilegible, y la fecha era un mamarracho desfigurado en lo alto de la cuartilla.

Diario del Dr. Maurer. 27 nov. 1997.

No había nada más en mi cabeza que no fuese sacar a Eva de aquel infierno, arrancarla de las manos del diablo para salvarla, y sanarme a mí mismo, limpiando mi conciencia.

Un júbilo retraído se apoderaba de mí, pues sabía que pronto podría estar con la muchacha lejos de aquel horror, pero a la vez temía que pasase cualquier cosa que truncase mi poco elaborado plan.

Lo había arreglado todo, un taxi me llevaría a por la muchacha a medianoche, y con eso cumpliría mi promesa. Confiaba en que María Morain no faltase a su palabra y me facilitase todo el proceso, para poder llevarme a su hija sin mayor dificultad, e imaginé a la joven lejos de aquel lugar espantoso, a salvo de aquel personaje detestable que la había convertido en un reflejo borroso de lo que un día llegó a ser. Y el odio hacia él crecía dentro de mis entrañas mientras no podía apartar de mí la imagen de sus manos arrugadas tocándola, amarrándola fuertemente y reprimiendo su llanto desquiciado. Había hecho míos los vocablos que ella me había transmitido:

“miedo y asco”. Se me hincaban en lo más profundo del alma como una espina envenenada que

me quitaba la vida lentamente, provocándome más padecer que nada en este mundo frío y sin sentido.

Los minutos se mofaban de mí, burlándose de mi desesperada espera, mientras, yo no podía hacer otra cosa que aguardar pacientemente a que llegara el momento. Comenzaba a verlo todo en una escala de grises, carente de color y del mínimo ápice de vitalidad. No me interesaba nada, no me importaba nada, solo ella, Eva Morain, un ser atormentado por unas aflicciones que nunca debiera haber conocido, una mujer extraordinaria que generaba en mí unas pasiones que jamás había experimentado.

Preparé la maleta, como un chiquillo emocionado con un campamento de verano. Ella veinte, yo veintiocho años. Pensar en ese tipo de cosas me sorprendía a mí mismo, dándome cuenta de que sentía más por Eva de lo que había asimilado. Y ya no me importaba, no prestaba atención a los tabúes de esta sociedad absurda, ni a las pautas dictadas por unas normas, en ocasiones aberrantes, que lo único que logran es separar lo que por naturaleza debe permanecer unido, romper los vínculos que nos hacen pertenecer a este mundo, convirtiéndonos en seres plastificados, ajenos a todo cuanto nos rodea, como si no tuviésemos nada que ver con nada. Erigiéndonos como los falsos reyes de este planeta al que llevábamos siglos maltratando.

Serían las siete de la tarde, y todo estaba a punto. Me encontraba en mi consulta, y ya había llamado a cada uno de mis pacientes para posponer las citas de la próxima semana. Nada podía proporcionarme paz en aquel momento, tan solo cuando estrechase a Eva entre mis brazos respiraría tranquilo. Ni siquiera la música clásica lograba hacerme olvidar mis penurias, es más, casi contribuía a afligir mis sentidos con cada nota.

Sonaba el *Adagio de Albinoni*, como un himno esperanzador que me animaba a no desistir, a llegar hasta el final y vitorear triunfante, desafiando todo cuanto osara oponerse a mi propósito. Me asomé a la ventana, y vi a la gente caminar arriba y abajo, comprando y parando en el escaparate de cada una de las pequeñas tiendecitas que se apilaban a lo largo de la calle. Curiosamente, en la puerta del quiosco había un pequeño grupo de mujeres algo acaloradas. Aquello no era habitual, solo ocurría cuando alguna noticia impactante salpicaba alguno de los periódicos locales, o cuando regalaban algo con cualquiera de las suscripciones.

Descendí los escalones que me separaban de la vía ajetreada, dejando en funcionamiento la vitrola y las ventanas abiertas. Desde la acera bajo la consulta, y en gran parte del paseo, podía escucharse mi música, que escapaba al exterior inundando el aire de una liviana melancolía. Y las notas me acompañaron hasta la puerta del puesto de prensa, en donde todavía se arremolinaban algunas señoras orondas comentando algo que yo todavía ignoraba. — ¿Lo has leído?

—No..., no me he enterado de nada.

— ¡Qué escándalo!

Me integré entre el populacho, y las mujeres me miraban, ofreciéndome saludos cordiales. Todos los que teníamos algún negocio en la calle nos conocíamos perfectamente, aunque para ellos yo era “el doctor”, un personaje algo misterioso y solitario que no solía relacionarse con nadie.

—Buenas tardes —saludó la señora Milli—. ¿Se ha enterado? Me tendió un periódico, y yo lo recogí sistemáticamente, preguntándome qué era lo que causaba tanto revuelo entre el grupo de amas de casa.

Estuve a punto de caer al suelo. Sentí como las piernas me fallaban, en un momento de debilidad que no pude controlar.

“La familia Morain tocada por la enfermedad”, decía la portada, y el subtítulo era igual o más

desolador: “La única hija del matrimonio ingresa en un hospital psiquiátrico”.

El destino se burlaba de mí, mediante aquella broma de mal gusto que hizo que mis sueños se evaporasen, perdiéndose entre las nubes. No podía creer que aquello estuviese sucediendo de verdad, y miré a mi alrededor aturdido y desorientado, esperando que alguna de aquellas viejas me confesara que todo había sido un horrendo chiste. Pero nadie dijo nada.

El adagio todavía podía escucharse desde donde yo estaba, y la partitura acompañaba a la perfección el momento derrotista. Sentí un leve mareo, como un golpe de calor que hizo peligrar mi integridad física, y la señora Milli me miraba estupefacta.

— ¿Le ocurre algo?

El periódico resbaló de mis dedos, y me alejé como pude del gentío, apartándolos con mis manos. Una claustrofobia que nunca había experimentado me atormentaba y, cuando al fin vi un espacio vacío, caí de rodillas al suelo, al mismo tiempo que vomitaba sobre el pavimento.

Las mujeres se arremolinaron a mi alrededor, tratando de ayudarme, y aquello hizo que sintiese más náuseas, y me vi obligado a alejarme de allí de forma brusca y rápida, corriendo calle arriba, hasta mi oficina.

No era capaz de pensar con claridad, la noticia me había trastornado, me había cegado. Era como una mala borrachera alucinógena, solo que todo era real, tan crudo y verdadero que resultaba difícil de asimilar.

Y de nuevo me vi a mí mismo ascendiendo la montaña bajo el rojo atardecer, que resultaba el falso reflejo de mi propio estado de ánimo, de mi propia transformación. Mis andares cabizbajos denotaban mis profundas carencias emocionales, y anduve de forma sistemática mientras mi odio crecía exponencialmente con cada metro conquistado.

Como un ritual reiterativo, la noche cayó, y pronto me vi envuelto en una oscuridad abrumadora que no hacía sino acrecentar mi sed de justicia. Reconocí el muro de la casa y la verja por la que había entrado cada noche que había visitado el lugar. Busqué la luz con la mirada, cerca del tejado, y descubrir que el pequeño ojo de buey no relucía en la negrura me traumatizó.

Me aferré a los barrotes con ambas manos y zarandé la puerta metálica con todas mis fuerzas, creando un sonoro y grave tintineo que rompió el silencio de la velada.

— ¡Evaaaaaaaaaaaaa! —Mi voz sonó como una caricatura de mí mismo, desgarrando el aire fresco que se colaba entre los hierros—. ¡Evaaaaaaaaaaaaa!

El metal estaba helado, y tenía las manos doloridas, pero continué moviendo desesperadamente la puerta detrás y adelante, esperando cualquier señal de vida, cualquier atisbo de esperanza.

— ¡Eva...!

La arena bajo mis pies se vio alterada por mis lágrimas, que se escapaban de mis ojos por tantos motivos que resultaba imposible enumerarlos. La ira, el dolor, la desesperación... eran minucias comparadas con lo que realmente me afligía; la traición. Sabía que había traicionado a la muchacha, y trataba de imaginar su rostro en aquel momento, preguntándose por qué no había ido a por ella, por qué no la había sacado de allí como le había asegurado la noche anterior. Y mis propias palabras resultaban una daga afilada mientras resonaban en mi cabeza.

“Mañana a medianoche. Te lo prometo”.

Había dejado de llover, el agua cesó su tintineo, y él necesitaba un respiro. Asomó la cabeza al exterior por la ventana, y de alguna parte le llegó un agradable olor a hierba mojada. Las nubes habían descargado toda su furia y ahora el sol se mostraba tímido, aportando unos minutos de

agradable calor.

Maurer cogió su diario, y se puso la cazadora, todavía mojada y que había generado un pequeño charco en el suelo. No bajó la persiana, ni cerró la ventana, aquel lugar había permanecido cerrado durante demasiado tiempo y necesitaba algo de aire fresco.

La gente lo señalaba mientras andaba calle abajo. Sus dos repentinas apariciones en los últimos días habían provocado que los que le conocían comenzasen a hablar, y todos se preguntaban por qué habría vuelto después de tantos años.

Pasó junto al quiosco y, lejos de esconderse, entró a comprar algo para distraerse. El viejo cascarrabias no pudo evitar sonreír cuando lo vio adentrarse en el minúsculo establecimiento.

—Así que se lo está pensando...

—¿Qué?

—El caso de Hugo Esmerodes... No me negará que es una buena oportunidad para retomarlo donde lo dejó...

—¿Cómo sabe usted que me han pedido que...?

—Ese tipo trajeado estuvo aquí, yo fui quien le dio su número de teléfono.

—Ya veo...

—Espero no haberle importunado.

El profesor lo miró y pensó que no valía la pena enzarzarse en una discusión.

—No..., tranquilo, está bien.

—Yo le comprendo.

Maurer no prestaba demasiada atención al anciano, inmerso en sus pensamientos.

—Yo sé cuánto sufría con cada paciente. Lo veía todas las mañanas comprar el periódico tratando de sobrellevar el tema, haciendo esfuerzos para que no se le notase. Pero yo lo captaba en su mirada...

No dijo nada, sorprendido por la sinceridad y la certeza de las palabras del tendero, que siempre le había parecido algo superficial.

—Se merece una segunda oportunidad. ¿No cree?

—No lo sé..., creo que no soy quién para decidirlo.

—Vamos, hombre, no puede estar toda la vida maldiciéndose por lo que pasó. ¿No le gustaría limpiar su imagen, aparecer ante la misma mala prensa que le criticó entonces, y decirles que ha vuelto para quedarse?

—¿Y de qué me serviría? Lo único que quiero es que me dejen en paz.

—Se equivoca. Usted lo que necesita es estar en paz consigo mismo.

No pudo evitar sentirse aludido, identificado con el consejo.

—Dígame una cosa —inquirió de nuevo el viejo—, ¿cuánto tiempo hace que lo dejó?

—Catorce años, más o menos.

—¿No cree que ya ha pagado suficiente? Mire, no sé exactamente qué relación mantenía con aquella muchacha, pero estoy seguro de que usted no tuvo la culpa de lo que le pasó. Hágase un favor y no se atormente más.

—¿Por qué me dice todo esto? ¿Por qué ahora?

—Porque es una buena persona, y todos le teníamos mucho aprecio entonces. No creo que haya cambiado nada, es más, si hago un esfuerzo, puedo ver al mismo joven entusiasta de la bata blanca, llevándose el periódico como hacía cada mañana...

Ambos se observaron unos instantes.

—Porque va a comprar algo..., ¿verdad?

Maurer esbozó lo que parecía una sonrisa, en realidad era lo más cerca que había estado de reír desde hacía tiempo.

—Deme lo de siempre, ¿o ya no se acuerda?

— ¡Por favor! ¡Va a conseguir ofenderme...!

Llegó a su apartamento con una sensación extraña. Algo que desconocía se gestaba en su interior, haciéndose más grande a cada segundo que pasaba. Abrió una cerveza y se sentó en el salón con los dos periódicos que le había vendido el tendero, que se había acordado perfectamente de lo que siempre leía.

Comprobar que la luz roja del contestador no parpadeaba le tranquilizó en cierta manera. Significaba que no tenía mensajes nuevos y, por lo tanto, que el abogado había cumplido su palabra de no molestarlo más.

Colocó un vinilo en el tocadiscos, y la música del *Réquiem* de Mozart pronto llegó a cada recoveco de la casa. Cerró los ojos preguntándose a sí mismo cómo era posible que aquello todavía le ayudase, después de toda una vida dedicada a escuchar aquellos discos.

En cierta parte se sentía liberado, había sido capaz de enfrentarse a lo más truculento de su pasado, y ello le llenaba de satisfacción. Todavía le quedaban las últimas páginas y, consciente de ello, había traído consigo el diario, que descansaba en la mesa junto a las gacetas.

Lo miró recostado en el sofá, y decidió hojear primero los rotativos. Algo fresco que le hiciera desconectar por unos instantes. Cogió el primero, el que tenía más a mano, y entre los titulares reconoció algo que le llamó la atención: “Hugo Esmerodes es tratado en la enfermería penitenciaria”.

Recordó que el abogado había mencionado algo de unos garabatos en la celda, y una sana curiosidad hizo que pasase las hojas hasta llegar a la noticia. El texto no era demasiado extenso. No había imágenes y estaba firmado por un nombre que al profesor no le sonaba de nada.

«Según fuentes fidedignas, el escritor Hugo Esmerodes, que se encuentra en régimen de prisión preventiva a la espera de nuevos datos sobre el asesinato de su madre, tuvo que ser atendido el día de ayer por los servicios sanitarios de la prisión.

Al parecer, el novelista fue hallado garabateando cosas sin sentido en las paredes de su celda, y con la mano derecha llena de heridas a causa del roce con el cemento. Todavía se desconoce de dónde sacó el tornillo con el que rasgó los muros, que, según afirman, están repletos de poemas y símbolos sin aparente significado.

Operarios de la prisión aseguran que lo encontraron muy alterado y que fue necesaria la actuación de varios hombres para reducirlo y llevarlo a la enfermería, donde se le suministraron tranquilizantes.

Algunos empleados hablan, asimismo, de una gran pirámide de números dibujada en el fondo de su calabozo. Un trabajador, cuyo nombre no será revelado por voluntad propia de guardar el anonimato, afirmó textualmente: “Nunca he visto nada igual en los casi veinte años que llevo trabajando en esta penitenciaría. Los presos muchas veces rayan las paredes para llamar la atención, pero estos escritos tienen algo siniestro que no llevo a comprender, y esa pirámide... es muy desconcertante. Si pudiesen verla, sabrían de qué les hablo”.

Mientras tanto, miles de personas siguen agolpándose en las inmediaciones de los juzgados pidiendo la liberación del mediático personaje. Sin duda alguna la polémica está servida. La Policía sigue sin pronunciarse ni aportar nuevos datos, y las ventas de los libros del escritor se disparan en

las librerías de todo el mundo.

Solo una cosa es segura, y es que no hay nada cierto ni probado en este entuerto que promete seguir llenando portadas durante largo tiempo».

CAPÍTULO 13

¿Por qué lo había hecho? ¿Qué le había llevado a tomar esa determinación? Apenas tuvo tiempo de preguntarse nada más, el timbre sonó y se dirigió hacia la puerta algo nervioso, dándose cuenta de que había llegado el momento.

El hombre trajeado entró, y Maurer pudo notar que estaba tanto o más nervioso de lo que él estaba. Cuando se acercó, percibió un molesto hedor a alcohol que se acrecentó cuando el abogado abrió la boca.

—Buenas tardes, doctor. Me alegro de que al menos me conceda esta oportunidad. Se lo agradezco de veras.

—Pase, pase, póngase cómodo. ¿Quiere tomar algo?

—La verdad es que no me vendría mal una copa —respondió sudoroso Ignacio, ya sentado en el sofá.

Caminó hasta la cocina, y sirvió un *whisky* escocés al abogado. Para él, abrió una cerveza, como de costumbre.

—¿Le gusta el *whisky*?

Ignacio asintió con la cabeza, y sorbió un buen trago en cuanto Maurer le acercó el vaso.

—Bueno, usted dirá. Cuanto antes comencemos, mejor.

—Claro, claro. Aunque primero me gustaría que nos dejásemos de formalismos. Hablémonos de tú a tú.

—Estoy totalmente de acuerdo. No perdamos el tiempo.

—Bien, te resumiré lo básico del caso, y luego entraremos en detalles respecto a la salud de Hugo. Lo más importante que debes saber es que de momento no tienen nada contra él. No hay prueba alguna que le incrimine. Solo tenemos un problema que espero que podamos resolver.

—La confesión...

—Así es. Aunque tampoco es una confesión como tal. — ¿Qué quieres decir?

—Solo es algo mediático. Hugo se auto inculpó nada más despertar del coma, el juez difícilmente va a aceptar algo así como evidencia.

—Entonces... ¿Cuál es el problema?

—Hace un par de días se puso en contacto conmigo el editor de Hugo, Francisco Cepeda. Estuvimos comentando que el hecho de que nuestro cliente sea un personaje público es un arma de doble filo. Si sabemos aprovechar la situación, podemos salir airosos de esta, pero, si no lo hacemos, la cosa se puede poner muy fea.

—Explícame eso...

—¿Has leído los periódicos? ¿Has visto las noticias? La gente ha enloquecido con este asunto, y tanto las autoridades como la Policía se sienten muy acorraladas. No les importa el resultado, solo desean que esto salpique lo menos posible. ¿Entiendes lo que quiero decir?

El doctor frunció el ceño.

—La gente de a pie, el pueblo es el factor determinante en este caso. Los políticos no quieren perder votantes, y harán lo que sea por satisfacer al público. ¿Ves por dónde voy?

—Sí..., más o menos. Estas sugiriendo que si la gente quiere libre a Hugo, el sistema se limitará a

proceder de ese modo, y viceversa.

—Eso es. Este caso se juega más en los medios que en los propios juzgados, sobre todo teniendo en cuenta que Hugo solo está en régimen de prisión preventiva. Si ejercemos la suficiente presión, no tendrán más remedio que dejarlo en libertad.

— ¿Y qué papel se supone que tengo yo en todo este embrollo?

—La gente te conoce. Para bien o para mal, el simple hecho de que vuelvas después de catorce años es ya de por sí noticia. Todo forma parte de una especie de plan propagandístico.

— ¿Y ya está, esa es toda mi función?

—No, no... El hecho de buscar a un doctor, lo creas o no, no es algo premeditado. Hugo está realmente mal, necesita de los cuidados de un buen especialista. De haber concurrido de forma diferente mi visita a la cárcel, hubiese buscado un segundo abogado de apoyo, no un psiquiatra.

—La verdad es que me cuesta creerte. He visto demasiados casos como este, demasiada gente de poder que recurre a la enfermedad mental como atenuante, y se libra así de todo cargo. No quiero participar en algo así.

—Entiendo tus reticencias, por eso te pido que primero veas a Hugo, y después decidas si continuas o no con el caso.

— ¿Y cómo sé que no está fingiendo?

—Bueno..., tú eres el doctor, creo que te darías cuenta de eso antes que nadie.

—De todas formas hay algo que no me cuadra. Dices que el hecho de querer contratar mis servicios tiene mucho que ver con esta batalla mediática de la que hablas. ¿Cómo se supone que tengo que digerir esto? Soy un personaje conocido, cierto, pero no soy precisamente alguien querido por la opinión pública, salí muy mal parado de toda aquella historia de los Morain.

— ¡Precisamente por eso! ¿De lo contrario dónde estaría la noticia? No tendría ningún sentido.

—Mmmm, ya veo...

—Y esta es tu oportunidad perfecta para cambiar la percepción que la gente tiene de ti. Después de esto..., ¿quién sabe? Quizás incluso podrías volver a ejercer normalmente.

— ¿Ejercer de nuevo? No, no lo creo...

— ¿Por qué no? Puedes convertirte en uno de los doctores más reconocidos del país. Y si no lo haces, al fin y al cabo no pierdes nada, teniendo en cuenta que en este momento ya no te dedicas a la medicina. Es muy diferente al caso... al caso Morain—titubeó al pronunciar el apellido.

—Ah, por cierto. Te pido disculpas por haberme puesto así en nuestro encuentro bajo la lluvia. Es solo que todavía tengo muy presente todo lo que ocurrió.

—No tienes que pedirme disculpas. En todo caso yo debería hacerlo. Debí haber medido las palabras.

—No, no... Está bien. Tengo que superar esto, ya van demasiados años.

Ignacio, sorprendido por la suavidad de Maurer, se dio cuenta de que era un buen momento para sonsacarle un par de cosas.

— ¿Puedo preguntarte algo?

—Adelante.

— ¿Qué pasó realmente? ¿Estaba enferma la chica, todo aquello que salió a la luz sucedió de verdad?

El profesor sorbió un buen trago de cerveza, dejando el botellín medio vacío.

—Lamentablemente, mucho de lo que se dijo no era cierto. La chica padecía anorexia, pero nunca

sufrió alucinaciones, como yo bien defendí. Iba a llevármela conmigo..., ¿te imaginas?

El abogado lo miraba intrigado.

—Después de perder los nervios y dejar sin conocimiento a su padre, volví a la casa con la intención de sacarla de allí. Estaba todo preparado, solo tenía que aparecer a medianoche y arrastrarla fuera de aquel infierno..., y entonces me encontré con la noticia en el periódico.

— ¿Quieres decir que todo aquello estaba planeado?

—La ingresaron en el psiquiátrico para evitar que se fuese conmigo. Tenían miedo a que, alejada de ellos, pudiese destapar todos los horrores que padeció en esa casa. Y después contrataron a aquel doctor que se limitó a decir lo que ellos querían.

—Que había enloquecido... e inventaba historias. Pero... ¿por qué?

—Así se cubrían las espaldas, se evitaban problemas. De esa forma nadie creería lo que ella tuviese que contar al mundo. Se aseguraron de que todos pensaran que estaba loca.

—Y tú sabías que no era verdad...

—Hice todo lo que pude, y aun así siento que no hice suficiente. Fui periódico a periódico, acudí a todos los medios contando la verdad, y lo único que conseguí fue cavar mi propia tumba, no sabía con quién me estaba metiendo.

— ¿Tantos hilos movía el matrimonio?

—No te lo puedes imaginar. Pronto me di cuenta de que nadie quería escuchar mis historias, y que los pocos que lo hacían sacaban de contexto mis palabras para hacer que mi relato perdiese coherencia y credibilidad. Me vi envuelto en una red de mentiras perfectamente urdida. Pero no es eso lo que más me duele...

Ignacio bebió de la copa, sin apartar los ojos de Ricardo, que ahora curiosamente parecía muy tranquilo.

—Lo que me quita el sueño es la muchacha. Debías haberla visto, debías haber escuchado su voz susurrante, sus palabras correctas y siempre amables. Todo el mundo debería haber oído de sus propios labios su tormento, su sufrimiento. Te aseguro que nadie quedaría indiferente.

—Lástima que eso ya no sea posible.

—Sí... —contestó el doctor meditabundo mientras el sonido característico de la grabadora de casetes resonaba en su cabeza.

— ¿En qué piensas?

—Nada, solo estaba recordando. Realmente creo que llegué a quererla con todo mi corazón..., y perdóname si te cuento todo esto, pero llevo quince años sin hablar con nadie del tema, necesitaba desahogarme.

—Tranquilo, siempre quise saber la verdad, no te lo había preguntado por miedo a importunarte.

—Siento..., no puedo evitar sentir que fue culpa mía, que no reaccioné a tiempo. Recuerdo el olor de la hierba húmeda aquella noche, después de descubrir su ingreso psiquiátrico en el periódico, mientras zarandeaba la verja de la casa enloquecido. Pasé horas esperando a que apareciese alguien, cualquiera a quien echarle en cara todo lo que me corroía por dentro. Pero nadie volvió a la casa, nunca volví a ver una luz encendida en lo alto del tejado.

— ¿Averiguó a dónde fueron?

—Traté de buscarlos, pero no saqué nada en claro. Y, en cuanto a Eva, restringieron mis visitas en el psiquiátrico donde estaba ingresada. Intenté verla mil y una veces, pero siempre era despachado. —No era capaz de abandonarla..., ¿verdad?

—No podía olvidar las palabras que hoy aún me atormentan, seis míseros vocablos que me persiguen desde entonces.

— ¿Cuáles...?

—Lo último que le dije... la última vez que la vi. —Ahora una leve congoja afligía al doctor, que tuvo que tragar saliva—. Mañana a medianoche. Te lo prometo... Eso fue lo último que ella escuchó de mis labios.

—Tuvo que ser muy duro.

—Lo fue, y aún lo sigue siendo. Es lo último que viene a mi cabeza cuando me voy a la cama y lo primero cada vez que me levanto. La traicioné, y no me lo podré perdonar en la vida.

Encima de la mesa estaba el diario, y el abogado lo observó curioso, preguntándose qué contendrían las páginas de aquel librito que claramente no era un libro como tal.

—Ahí está todo, todo lo que ocurrió. Todavía hoy soy incapaz de leer las últimas páginas, el último escabroso episodio de la historia. Llevo un par de días tratando de hacerlo, pero el final es demasiado doloroso. Supongo que te pareceré un cobarde... —Dudó cómo acabar la frase—. Y quizá lo sea.

— ¡No! ¡Para nada! Hay que tener mucho valor para hacer lo que usted hizo. Se enfrentó a ellos sabiendo que podía perderlo todo, y eso no le importó. En realidad creo que pocas personas hubiesen actuado como usted.

— ¿Por qué dejas de tutearme?

—Ah..., no me he dado cuenta.

El profesor sonrió, y era la primera sonrisa sincera y natural que esbozaba desde hacía mucho tiempo.

—Gracias, Ignacio, gracias por escucharme, nadie lo había hecho con tanta atención como tú muestras.

—No hay de qué.

—Sí, sí lo hay, no nos estamos centrando en lo que realmente importa ahora. Quiero que me expliques detalladamente lo que le ocurre a Hugo. Debo tomar una decisión cuanto antes, y tampoco quiero entretenerme más, en caso de que finalmente no acepte el caso. —Bueno, yo no sabría explicarte del todo bien lo que le ocurre... Cuando fui a visitarle, lo primero que me impactó fue su estado físico. Le han rapado la cabeza, supongo que para examinarle después de los traumatismos con los que ingresó en el hospital.

—Deben de haber monitorizado la presión intracraneal.

—Apenas lo vi unos segundos. Primero estaba de espaldas, llenando de mamarrachos la celda con aquel tornillo. Ha salido en los periódicos.

—Sí, sí..., lo he leído.

—Avisé a los guardas, y cuando lo redujeron me miró a los ojos, pero parecía no reconocerme... Yo lo llamé por su nombre y ni se inmutó. No dijo nada de nada. Cuando salía de la penitenciaría pregunté y me dijeron que no había dicho palabra desde que lo habían encerrado.

—Así que lo único que tenemos son las paredes llenas de garabatos. ¿Hay algo que sea fácilmente entendible, o carece totalmente de sentido?

—No lo sé..., desde luego yo no le encuentro ningún significado. Espere, me han dejado hacer unas fotografías.

— ¿En serio? Eso es genial, ¿las tiene aquí?

—Sí, por supuesto...

Ignacio abrió la maleta negra de piel que llevaba consigo, parecida a la que utilizaba Maurer desde hacía años, pero bastante más nueva que la del doctor. Sacó una carpeta azul, de la que extrajo varias imágenes a gran tamaño.

—Tienen un buen nivel de detalle... Déjame ver.

La primera foto mostraba una pared de cemento gris en la que había escritos unos versos. La letra era puntiaguda y de líneas rectas, probablemente debido a la dificultad de escribir sobre el material.

*Volver a caminar sobre la lluvia,
anudando cabos sueltos,
nudos inconexos de irresistible belleza.*

*Emerger ante la vida,
sabiendo que todo cuanto nos rodea es efímero,
sabiendo que no hay sa*

El poema estaba incompleto, pero el doctor lo conocía. —Es lo mismo que recitó en el acto de presentación... —Así es, solo que está a medias. También es un fragmento de su último libro. Es la única parte reconocible, todo lo demás, o bien es inédito, o bien no tiene ni pies ni cabeza.

Maurer volvió a mirar la fotografía y se dio cuenta de que los versos estaban tachados y rayados por encima de forma caótica. Las líneas horadadas en la pared atravesaban el texto de parte a parte.

— ¿Por qué crees que lo tacharía? —preguntó Ignacio. —No lo sé, a veces no hay que darle demasiada importancia a ese tipo de cosas, uno hace esa clase de tonterías sin motivo en ocasiones.

—Puede que tengas razón.

—Quién sabe, incluso puede haber dibujado las líneas antes de escribir encima las estrofas.

—Puede ser, cuando yo llegué esto ya estaba inscrito, y él se dedicaba con toda el alma a la pirámide.

— ¿Tienes fotos de todo?

—Sí, aunque no fue fácil conseguirlas...

—Ya me imagino.

— ¿Todos los escritos son de este estilo?

—Bueno, hay de todo, creo que es mejor que lo averigües tú mismo.

—Veamos...

*Mis foros más amargos de la mano se mecen,
y jugando a soñar, sus sueños adormecen,
abandonando la flagelante vida que desmerecen.*

*Cuando no queda nada, nada queda,
los tonos ocres son incapaces de traspasar la vereda,*

y el sol penitente se amaga tras el toque de queda.

*¡Despotismo ilustrado!
¡Falsa y risueña condena!
Que me arrastre al infierno la pena,
que mis manos no vuelvan a sentir el tacto de la seda.*

*¡Ah! ¡Cuán miserables propósitos!
¡Cuán exacerbados y entusiastas neófitos!
Cuando nada vale la pena, la pena nada vale,
que vengan y me lleven, que el mismo lucifer me acompañe.*

*Que el fuego eterno me queme,
que el dolor conmigo se ensañe.
Que purguen este corazón maldito,
y drenen su oscurecida sangre.*

*Que nadie jamás pronuncie mi nombre,
que ya nadie más se atreva a nombrarme,
pues esas letras ya no merecen ser dichas,
ni escuchadas por oídos de nadie.*

—Joder..., ¿pero qué es esto? —Maurer no pudo reprimir la expresión.

—Ya te he dicho que te iba a impresionar...

— ¿Y dices que esto es inédito, no aparece en ninguno de sus libros?

—No, eso te lo puedo asegurar, los he leído todos varias veces.

—Está expresándose a través de estos escritos..., ¿no te parece?

—Pero... ¿por qué? Resultaría mucho más fácil si comenzase a hablar.

—No..., no se trata de eso. Estos poemas no van dirigidos a nadie. Son para sí mismo..., como un ejercicio de terapia.

— ¿Qué?

—Yo mismo escribo para relajarme. Hugo está plasmando todas sus inquietudes más profundas. No puede contárselo a nadie, no puede hablar con ninguna persona de todo esto. Escribiendo se desahoga, y lo hace de forma que solo él comprende realmente lo que significan las palabras.

— ¿Entonces crees que puedes saber qué le ocurre a través de estos poemas?

—Bueno..., eso es decir mucho, pero sin duda creo que nos pueden ayudar a comprender qué siente en estos momentos.

— ¿Quieres ver otra?

—Sí, sí, continúa.

Ignacio le tendió una nueva fotografía. Maurer alargó el brazo, y situó la instantánea frente a sus ojos. Esta vez no había ningún poema, ni ninguna letra, todo eran una especie de símbolos extraños, ligados entre sí mediante flechas e indicaciones nerviosas. Círculos, parábolas, figuras geométricas irregulares...

—A esto sí que no le encuentro ningún sentido —comentó el profesor en voz baja—. Parecen más los mamarrachos de un niño aburrido que cualquier otra cosa.

—Lo mismo pensé yo cuando los vi.

Observó detenidamente los garabatos durante un par de minutos en silencio. Después, alzó la vista y se dirigió al abogado.

—Pasemos a otra, creo que por mucho que mire ésta no voy a entender nada.

—Claro —Ignacio buscó en la carpeta—. Quedan dos más, una es otro poema y la otra es la pirámide.

—Dame el poema, dejemos la pirámide para el final.

*Tocar lo etéreo, sentir la luz en toda su colosal magnitud,
abrazar a la muerte, y renacer envuelto en total pulcritud.*

—Breve..., pero rotundo, sí, señor —sonrió.

—¿Qué te parece?

—Hombre..., para mí está claro que le obsesiona algo de lo que se arrepiente, o bien está afligido por algo que le quita las ganas de vivir. No había leído nunca nada tan derrotista, es deprimente...

—Pues tendrías que haberle visto en la celda, desesperado por continuar rayando los muros mientras los carceleros trataban de reducirlo. Fue espantoso.

—La verdad es que no es algo que se vea todos los días. Desde luego, cuando menos resulta intrigante, y eso es algo innegable.

—Y aún no has descubierto la tumba faraónica —trató de bromear Ignacio, nervioso—. Si lo que te he enseñado logra intrigarte, prepárate para esto.

—Me tienes en ascuas... Muéstramelo de una vez.

El abogado depositó la carpeta cerrada sobre la mesa, y la empujó suavemente hacia el otro extremo, en donde el doctor estaba sentado. Después, apuró de un trago lo que le quedaba de *whisky*.

—Adelante. Toda tuya...

Maurer, algo amedrentado por la mirada del abogado y por toda el aura de misterio que envolvía la última fotografía, hizo igual que él y bebió lo que le quedaba de cerveza de un trago. Cogió la carpeta, y la sostuvo unos instantes en sus manos antes de abrirla.

—Vamos a ver... —dijo nervioso mientras levantaba la tapa de cartón azul.

La imagen resultaba cuando menos algo siniestra. Las proporciones de los escritos superaban en gran medida a las de las fotos anteriores, y la pirámide, como bien la había descrito Ignacio, cubría casi en su totalidad la pared, desde el techo hasta el suelo.

—Tuve que apartar la cama para sacar un buen plano —apuntó.

El profesor pudo constatar que las palabras del abogado eran ciertas, pues en la instantánea se veía parte de la mohosa litera, desechada a un lado para que el objetivo captase el muro en su totalidad.

—¿Se ha fijado en los números? ¿Cree que puedan significar algo?

Estudió los dígitos que conformaban la forma triangular. Nunca había visto nada igual, al menos que recordase. Alejó el papel con los brazos, intentando observar la forma geométrica de forma más generalista, sin reparar en detalles, y notó que había algo molesto, algo perturbador en la forma, como

una falta de simetría incómoda que hacía que el visionado de la figura resultase agobiante.

1
11
121
1331
14641
15101051
1615201561
172135352171
18285670562881
193684126126843691
1104512021025221012045101
1115516533036236233016555111
1126622049

—Tenías razón. Definitivamente esto supera cualquier expectativa.

— ¿Qué piensas?

—No lo sé... Hay algo raro, parece que los números no tienen nada que ver entre sí, pero veo una especie de desproporción extraña que no sé lo que significa.

— ¿Una desproporción?

—Sí... Mira, crea una línea imaginaria que vaya desde la cúspide hasta el centro de la base, y dime qué es lo que ves.

— ¡Las partes son simétricas!

—No, fíjate bien, solo los cinco primeros números son capicúa, después parece que la armonía se va perdiendo progresivamente, conforme continuamos hacia abajo.

—Tienes razón...

Ignacio se levantó, y se sentó junto al profesor, para poder observar mejor la fotografía.

— ¿Quieres otra copa? —le ofreció este.

—Sí, por favor.

— ¿Whisky?

— ¿Tienes algo de vodka?

—Claro, ¿por qué no lo has dicho antes?

Se levantó, y caminó hacia la cocina a preparar otro trago para Ignacio, que se quedó con la mirada fija en la imagen.

— ¡Ven a ver esto...!

— ¡Voy! —Volvía con un vodka y otra cerveza Maurer.

—Fíjate en los números... Uno, once, ciento veintiuno, mil trescientos treinta y uno...

—Son potencias de once...

— ¡Exacto!

—No..., espera.

— ¿Qué?

—También se pierde la continuidad a partir del quinto elemento. Tenemos uno, uno por once igual a once, once por once igual a ciento veintiuno, por once, mil trescientos treinta y uno.

—Por once, catorce mil seiscientos cuarenta y uno.

—Y ese es el último que cumple la regla. Ya que al multiplicarlo tenemos como resultado ciento sesenta y un mil cincuenta y uno, y no el número correspondiente a la sexta fila.

—Esto no tiene ningún sentido... ¿Y si es aleatorio, y si ha escrito lo primero que le ha venido a la cabeza?

Maurer pensó la respuesta durante unos segundos.

—No sé qué creer... parece que ha escrito los poemas para sí mismo, y sin embargo esta pirámide simula estar concebida expresamente para llamar la atención. Hay algo que no cuadra.

—Quizá le estamos dando demasiada importancia. ¿No crees?

—Espera..., fijate en esto, todas las filas empiezan y acaban por uno.

El abogado se aproximó, pidiendo a Maurer que le dejase examinar la foto.

—Todas menos la última.

—Sí, pero parece que esa no llegó a acabarla.

—Tienes razón, lo cogieron por la espalda y se puso a gritar como un condenado, queriendo que lo dejaran terminar.

—Probemos una cosa —afirmó el doctor mientras se levantaba y volvía rápidamente con varias hojas en blanco y un bolígrafo.

Se puso a escribir algo, e Ignacio trataba de ver lo que estaba haciendo, asomando la cabeza por encima de sus brazos.

—¿Qué pasa si apartamos los unos...? —lanzó la pregunta mientras todavía escribía—. Mira.

—¿Te das cuenta? Si damos por hecho que la primera fila es la cero, e ignoramos los unos, el primer número de cada fila se corresponde con su posición en la pirámide.

—Cero, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce... ¡Tienes razón! ¿Y si continuásemos separando? Puede que no sean números completos, sino consecutivos.

—Espera. Yo he visto antes esto en algún sitio... —susurró meditativo.

Los números se paseaban por su cabeza mientras él trataba de hallar la respuesta a aquel rompecabezas. Una respuesta que conocía, pero no lograba recordar. Sabía que había visto esa pirámide antes, pero... ¿dónde?

—Estoy seguro de haber visto antes este triángulo.

“Triángulo...” La palabra resultó curiosamente sugestiva.

—¡Claro! ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—¿Lo tienes? —preguntó el abogado palpitante.

—Un momento... —Lo acalló al tiempo que comenzaba a escribir de nuevo en una hoja vacía—.

Ya casi está...

1
1 1
1 2 1

1 3 3 1
1 4 6 4 1
1 5 10 10 5 1
1 6 15 20 15 6 1
1 7 21 35 35 21 7 1
1 8 28 56 70 56 28 8 1
1 9 36 84 126 126 84 36 9 1
1 10 45 120 210 252 210 120 45 10 1
1 11 55 165 330 362 362 330 165 55 11 1
1 12 66 220 49

— ¿Qué es esto? —preguntó nervioso Ignacio.

Maurer soltó una sonora carcajada, mientras el letrado lo miraba asombrado.

— ¿Quieres que te acabe la última línea? —aseveró con una actitud algo chulesca, haciéndose el interesante, y devolviéndole así la espera que había sufrido antes de poder ver la foto.

Ignacio, asombrado de que hubiese descifrado el *puzle* tan rápido, no respondió nada. Había estado prácticamente día y medio tratando de deshacer la maraña de dígitos, y él lo había logrado en apenas veinte minutos.

—Mira, aquí tienes tu fila inacabada.

1 12 66 220 495 692 724 692 495 220 66 12 1

— ¿Cómo lo has hecho?

— ¿De verdad todavía no te has dado cuenta? —se dirigió a él burlón—. Puedo incluso añadirte una línea nueva, y todas las que quieras.

— ¡Vamos! Dime de una vez qué demonios es esto.

— ¿No lo reconoces? Venga, fíjate en la simetría. La desproporción de la que te hablaba no existe. Resultaba raro a la vista porque, aunque había una semejanza, los números estaban pegados y por eso era inapreciable. Vuelve a imaginar la línea desde la punta hasta el centro de la base.

—Ahora sí que es simétrico...

—Eso es, tomando la primera fila como la cero, las líneas impares son puramente simétricas, mientras que las pares tienen un número central, y extremos idénticos del centro hacia fuera. ¿No lo recuerdas? Lo debes de conocer por fuerza.

—La verdad es que me resulta algo familiar, pero no logro adivinar por qué.

— ¿Sabes cómo he acabado la última fila?

Ignacio negó con la cabeza.

—La primera fila siempre es un uno, la segunda dos unos, y el primer y último número de cada línea son también unos. A partir de ahí cada elemento es el resultado de la suma de los dos que tiene encima. ¿Lo ves?

—El triángulo de Tartaglia...

— ¡Correcto! —celebró Maurer dando una palmada.

Ignacio, que se sobresaltó con el sonoro júbilo del doctor, continuaba serio.

—Aunque no sé si esto resulta un avance...

—Sé lo que quieres decir, el triángulo tiene tantas propiedades que podría estar aquí por cualquier motivo, o por ninguno.

—No, si... si no hubiese visto a Hugo tan perturbado, pensaría que se está riendo de nosotros.

—Bueno. Vayamos por partes, de momento por lo menos sabemos lo que es, ahora queda descubrir los motivos que tuvo el escritor para dibujarlo en la pared.

— ¿Cómo te has dado cuenta tan pronto de lo que era? Yo hubiese tardado semanas en descubrirlo...

—Ahora soy profesor, ¿recuerdas? El triángulo de Tartaglia se enseña en matemáticas de educación secundaria, no te imaginas cuántas veces lo he borrado de la pizarra antes de comenzar a impartir una clase. En cuanto hemos separado los unos, me he percatado de que cada línea no era un solo número, sino varios.

—Ya veo... ¿Alguna idea de por dónde coger esto?

—Bueno..., en realidad no, creo que lo mejor sería repasar sus propiedades principales, y ver si se nos ocurre algo.

—Está bien, aunque tendrás que refrescarme la memoria, no ando demasiado puesto en estos temas.

—Bien, creo que recuerdo lo más importante. En primer lugar, como hemos dicho antes, la cúspide es un uno, la fila uno dos unos, y a partir de ahí, el primer y último elemento de cada línea es un uno, y los demás elementos son la suma de los dos números que tienen encima.

—Hasta ahí todo claro.

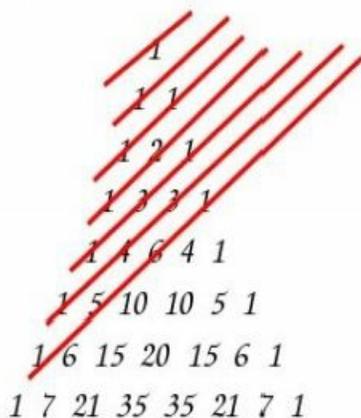
—Si sumamos los elementos que componen cada fila, tenemos las potencias de dos: uno, dos, cuatro, ocho, dieciséis, veinticuatro...

—Es verdad...

—Y una de las propiedades más curiosas es la que relaciona el Triángulo de Tartaglia con la serie de Fibonacci.

— ¿Fibonacci?

—Sí, observa. Si tomamos los elementos de esta forma y los sumamos... —Cogió un bolígrafo rojo y comenzó a trazar líneas sobre los números.



— ¿Y ahora qué? —lo interrogó Ignacio, cada vez más abrumado por los amplios conocimientos del doctor.

—Suma los elementos siguiendo las líneas.

—Uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece... Tienes razón, es la serie de Fibonacci.

—Puede que aquí tengamos algo importante. La serie de Fibonacci ha intrigado a estudiosos de todo el mundo durante siglos.

Maurer miró a Ignacio, que parecía algo desconcertado. Su mirada denotaba cierta desaprobación, y él no lograba adivinar sus juicios internos.

—¿Qué ocurre?

—Es solo que es demasiado típico. Hugo no es así, es más, incluso podría decir casi con total certeza que odia la serie de Fibonacci.

—¿Por qué?

—Ya sabes... Ha salido en tantos libros... Es algo demasiado explotado, y él no es esa clase de escritor. Estoy seguro de que esto es lo último que incluiría en alguno de sus escritos. —Observó el triángulo, pensativo—. Si realmente ha tenido algún motivo para plasmar el triángulo de Tartaglia, yo descartaría Fibonacci inmediatamente.

—Bueno, tendré que hacerte caso, al fin y al cabo tú eres el que lo conoce. Es solo que al ver sus escritos... y todas esas palabras acerca del infierno, de la vida y de la muerte pensé que...

—Sí, sé a lo que te refieres. La serie de Fibonacci es un patrón que se repite curiosamente en muchas formas de vida y en la naturaleza. Por ejemplo tenemos los árboles. Nacen como un solo tronco, de él sale otro, y de este dos ramas, de las cuales emergen tres más, y de cada una de ellas surgen cinco. Uno, uno, dos, tres, cinco, y así sucesivamente.

—Eso es, Hugo habla de emerger a la vida en uno de sus poemas, el que se incluye en su libro, por eso pensé que... ¿Sabes lo de las abejas?

—No.

—Si observamos las celdas hexagonales de una colmena y soltamos a una abeja en cualquiera de ellas, permitiéndole alimentar a la larva, y suponiendo que continuará siempre por la celda contigua de la derecha..., vemos que solo hay una ruta posible para llegar a la siguiente celdilla, dos hacia la segunda, tres hasta la tercera, cinco hasta la cuarta, etcétera.

—Uno, uno, dos, tres, cinco... ¿Es increíble, verdad? Es uno de esos fenómenos que me hace pensar que hay algo más ahí arriba de lo que la ciencia nos cuenta. De todas formas, y sintiendo desilusionarte, te aseguro que esto no es propio de Hugo, por curioso que resulte creo que deberíamos descartar esa opción.

—Bueno, la dejaré de lado, viendo tu insistencia, aunque debo reconocer que esto me apasiona. Además, la serie de Fibonacci se construye de forma similar al triángulo de Tartaglia, se empieza por dos unos, y a partir de ahí cada término es la suma de los dos anteriores.

Ignacio mostró una amplia sonrisa, y Maurer se arrepintió rápidamente de sus palabras, viendo que había dejado ver más de lo que hubiese deseado. No quería que Ignacio diese por hecho que iba a aceptar el caso, aunque poco a poco el desconcertante escritor iba haciéndose un hueco en su cabeza, como hiciesen sus pacientes años atrás.

—Tocar lo etéreo, sentir la luz en toda su colosal magnitud, abrazar a la muerte y renacer envuelto en total pulcritud... ¿Qué crees que quiere decir?

—No lo sé... Hay algo místico en sus palabras, aunque también resulta un poco tétrico.

—Desde luego una cosa sí es cierta, y es que, loco o no, el condenado conserva su talento...

—Sí..., logra tocarte con cada una de sus palabras... Resulta casi imposible leer algo de esto sin que te evoque ningún sentimiento.

—Eso sí..., estoy empezando a marearme con tanto número. No sé a dónde demonios pretende llegar con su dichoso triángulo.

—Paciencia, todavía no hemos repasado una de las propiedades más importantes, y es casi su función principal.

—¿Cuál? —De nuevo el abogado se veía obligado a preguntar al doctor.

—El triángulo está directamente relacionado con el desarrollo de las potencias de un binomio.

—¿Qué? Oye... sé que ahora eres profesor, pero yo haré más de diez años que no abro un libro de matemáticas.

—Te explico. Tenemos un binomio, $a + b$. Si lo elevamos a cero, uno, dos, o tres, obtenemos esto. —Cogió el bolígrafo una vez más.

—Observa bien los coeficientes y dime qué es lo que ves. —Ya veo... Los coeficientes son coincidentes con las filas del triángulo.

—Eso es. $a + b$ elevado a cero es igual a uno. Tomando como cero la primera línea del triángulo, vemos que, efectivamente, hay un uno.

—¿Y esto sirve para cualquier potencia?

—Sí, por ejemplo, $a + b$ elevado a tres, mira la fórmula arriba.

—Los coeficientes del resultado son uno, tres, tres y uno, igual que en la fila tres de la pirámide, como siempre suponiendo que la primera es la cero.

—Curioso, ¿no?

—Sí... Todo esto está muy bien, pero seguimos sin tener nada. ¿De qué nos sirve repasar todas las fórmulas matemáticas extraíbles del triángulo? No sacaremos nada en claro de eso.

—Posiblemente tengas razón, pero de momento no podemos hacer otra cosa.

—Bueno..., podrías visitarle.

El doctor trató de excusarse, debía de sopesar muy bien los pros y los contras antes de embarcarse en algo tan grande como lo que se le ofrecía en aquel mismo instante.

—Ya..., he de pensarlo un poco más detenidamente. No puedo negar que me atrae Hugo como personaje, que me gustaría conocer las profundidades de su personalidad y ponerlas sobre la mesa, pero es una decisión muy delicada.

—Lo comprendo...

—Dame esta noche.

—De acuerdo. Me marcho entonces, te dejo para que pienses en ello.

Ignacio se levantó, no sin antes beber hasta la última gota de su copa. Maurer también se incorporó y con un gesto indicó al abogado que lo acompañaba hasta la puerta.

—Si se me ocurre cualquier cosa sobre los números, te llamaré inmediatamente, puede que vuelva a echarles un vistazo más tarde.

Cuando estuvo fuera, el letrado dio media vuelta y tendió la mano al doctor.

—Sea cual sea su determinación, me alegro de haberle conocido señor Maurer.

—Igualmente, nunca imaginé que pudiese mantener una conversación mínimamente interesante con el pesado del contestador —bromeó.

Ignacio emitió una leve pero sincera carcajada, y estrecharon las manos. La puerta se cerró con un sonido seco, y Ricardo quedó solo. Desde allí podía ver la maraña de papeles y anotaciones sobre la mesa; y junto a ellos, su diario.

Se armó de valor, los últimos sucesos le habían llenado de fuerzas, de ganas. Hacía tiempo que no experimentaba esa clase de sensación, y le gustaba sentirse así, seguro de sí mismo y con un enorme reto frente a él, ya no para con Hugo, sino para consigo mismo.

Se acercó sin titubear, y abrió el ejemplar desgastado. Era la hora.

Diario del Dr. Maurer. 16 feb. 1998.

El valor me abandonó hace ya mucho tiempo. Apenas soy capaz de sostener la pluma que llena de sandeces y despropósitos estas páginas, que ahora ya carecen de sentido. He perdido todo cuanto poseí o alguna vez creí haber tenido. He perdido la fe, y creo que difícilmente vuelva a recuperarla algún día.

¿Qué motivos me empujan a escribir ahora de nuevo después de varios meses? No sabría enumerarlos, ni describirlos con exactitud. Solo sé que esto ya no me ayuda, ya no encuentro cobijo en las letras, ya no me siento aliviado cuando dejo el bolígrafo sobre la mesa.

No tengo convicciones, ni objetivos, ni motivos, todo se ha ido. Si todavía siento la necesidad de escribir es por ella, porque merece que alguien conozca su historia, aunque solo sean las páginas amarillentas de mi diario. Merece que no muera la verdad de todo cuanto le ocurrió.

Dos meses..., tan solo dos meses han hecho falta para que la fatalidad se desate. Es el tiempo que ha pasado desde aquella noche, desde el comienzo del fin. Todavía siento los barrotes fríos entre mis manos, todavía puedo ver la buhardilla a oscuras y el pequeño ojo de buey que había dejado de titilar en la oscuridad.

Eva se marchó de mi vida casi tan repentinamente como había llegado. De la noche a la mañana desapareció, sin dejar rastro, sin dejar nada que consolase mi alma por siempre atormentada.

Los medios se cebaban con el asunto, alimentando una historia tan inverosímil que la gente tuvo que aceptar como cierta. Y día a día me vi obligado a soportar las declaraciones de unos padres espléndidos ante la prensa, unos padres perfectos. Y ese bastardo... poniendo cara de circunstancias ante las cámaras y apenando al público con un relato novelesco que parecía creerse por completo.

Cada recorte de periódico era una dura puñalada: *“Estamos haciendo todo lo posible por que se recupere, es nuestra hija y la queremos con locura. No imaginamos que padeciese esta enfermedad hasta que ya era muy tarde. El doctor Guernes afirma que los episodios alucinógenos pueden estar ligados de alguna forma a la anorexia”*.

Una a una las mentiras se fueron tornando, por reiterativas, en realidad. Y lo que al principio parecía algo descabellado se transformó en la mayor falacia encubierta que yo jamás haya conocido.

No era odio lo que recorría mis venas, era una ira insana de la que yo mismo sentía miedo. No era capaz de controlarme, y el hecho de no poder hacer nada empeoraba mi estado. Incontables veces fueron las que acudí al hospital psiquiátrico, queriendo que me dejaran verla, e incontables fueron también las veces que me denegaron la entrada. Ni siquiera mi condición de doctor me permitía

acceder al centro, y me di cuenta de que el matrimonio movía muchos hilos en la sombra.

Escribí a todos los rotativos que conocía, y ninguno aceptó mis denuncias. Nadie se atrevía a plantar cara a los Morain, una especie de raza en extinción, unos antiguos señores feudales cuyo poder se extendía entre todos los ámbitos de la sociedad moderna. No imagino a cuánta gente untaron para tapar todo aquello, pero el caso es que a la prensa no le interesaba escuchar lo que yo tuviese que decir. No obstante, las necedades de aquel doctor se publicaban cada semana, alimentando más la falsedad, si cabe.

“La joven sufre un trastorno alimentario bien arraigado y difícil de tratar, aunque no imposible. Sin embargo, no es eso lo que más me preocupa, sino las alucinaciones de las que está aquejada. Confunde la realidad e inventa historias totalmente urdidas y coherentes a partir de sucesos aislados que recuerda vagamente. No me había encontrado antes con un cuadro similar, pero tengo depositadas las esperanzas en la ciencia, que espero que pueda devolver a la muchacha la vida que le pertenece.”

Palabras envenenadas, todas y cada una de las que emergían del puño y letra de ese bata blanca vendido por treinta monedas de plata.

Los días pasaban lentos mientras una dolorosa agonía se apoderaba de mi intelecto. No me quedaban ases en la manga y entré en una espiral de abandono y desesperación de la que no podía escapar.

Pero entonces, una mañana, llegó aquella carta. Y la misiva resultó un punto de luz entre tanta penumbra. Era la respuesta a una de tantas peticiones que había mandado a la prensa, y sorprendentemente, por alguna razón que en aquel momento no llegué a comprender, la habían aceptado.

El viernes de aquella misma semana, las manos de una maquilladora profesional se paseaban por mi rostro, adecentándome para la pequeña pantalla. Era el momento que tanto había esperado, al fin podría gritar al mundo lo que realmente estaba ocurriendo.

La frente me sudaba bajo aquellos molestos focos. El plató era sencillo y sobrio y, detrás de donde estaba sentado, unas cincuenta personas ejercían de público por menos de un bocadillo. Un operador estaba preparado con varios carteles. “Aplausos”. “Más aplausos”. “Menos aplausos”. “Silencio”.

Los objetivos de las cámaras me apuntaban a discreción, ansiosos de mi jugosa carnaza, impacientes por escuchar lo que iba a contarles, y un regidor indicaba mediante gestos exagerados que en pocos segundos estaríamos en el aire.

—Tres, dos, uno... ¡Dentro!

“Aplausos”, mostró el operador, y el público estalló en una jauría de júbilo algo forzada. Javier Fuerteventura, el prestigioso entrevistador, saltó a escena; vestía un traje algo estrafalario, de dos colores mitad a mitad.

— ¡Buenas noches! ¡Bienvenidos de nuevo a *Hablando Fuerte!*

“Más aplausos”.

—Hoy, en el programa doscientos cuarenta y dos, tenemos el placer de contar con la presencia del doctor Ricardo Maurer. Y ustedes tal vez se pregunten quién es este doctor. ¿Cierto?

“Menos aplausos”. Fuerteventura se puso serio, su negro, poblado y característico bigote hacía que sus facciones resultasen algo duras ante las cámaras que lo enfocaban sin perder detalle.

—Habrán escuchado hablar sobre ello. Todos habrán leído o visto en televisión algo acerca del

matrimonio Morain y de la afección que padece su joven y única hija.

“Silencio”.

—El doctor Maurer está aquí para aportar un nuevo enfoque a todo este asunto. Él afirma haber tratado a la muchacha antes que el doctor Guernes, y revelará las claves del caso, en exclusiva para *Hablando Fuerte*, como siempre en el canal tres. ¡Démosle un cálido aplauso!

“Aplausos”. Fuerteventura avanzó hacia un escritorio en el centro del plató, cerca de donde yo me encontraba sentado, en un incómodo sillón. “Silencio”.

—Cuéntenos algo sobre usted, doctor. Por lo que veo, es muy joven. ¿Acabó pronto los estudios?

—Tengo veintiocho años y, sí, me doctoré muy joven, con veintiséis, debido a que en mis inicios más tempranos me adelantaron varios cursos.

— ¿Podemos decir que es una especie de superdotado?

—No, por Dios, simplemente me apasiona lo que hago y no me supone dificultad hacerlo por eso mismo, porque me dedico en cuerpo y alma.

—Dice que trató antes que Guernes a Eva Morain. ¿Cuándo estableció el primer contacto con la familia?

—En realidad fueron ellos los que me buscaron a mí, fue la señora María Morain, la madre de la joven, quien telefoneó a mi consulta.

— ¿Cuánto tiempo hace que recibió esta llamada?

—Algo más de dos meses. Concertamos una cita, pero ella no se presentó hasta más tarde, obligándome a abandonar a uno de mis pacientes para hablar con ella.

— ¿Obligándole?

—Bueno, me di cuenta de que si no hablábamos en aquel momento, no volvería a verla, y estaba algo intrigado, debido a la seriedad y preocupación que ella misma me había transmitido.

— ¿Y qué fue lo que le contó? ¿Qué fue lo que le dijo la primera vez que se reunieron para hablar del tema?

—Me contó que su hija padecía anorexia. Estaba notablemente afectada, nerviosa, y en un par de ocasiones hizo comentarios sobre su marido. Me di cuenta de que le tenía mucho respeto, incluso algo de miedo.

Fuerteventura se peinó el bigote con los dedos, y se inclinó sobre el escritorio. Las luces artificiales del plató creaban unas sombras exageradas en su rostro, cuya expresión era de una teatralidad poco natural que me desagradó.

— ¿Cómo se dio cuenta de algo así? ¿Cuáles fueron exactamente los comentarios?

—No sabría decirle exactamente. Era como si estuviese preocupada por no haberle consultado a él antes de acudir a mí.

— ¿Y cree que esa actitud es extraña? ¿Lo que yo hubiese visto extraño, señor Maurer, es que no sintiese ese arrepentimiento! ¿No cree que en una familia debe prevalecer ante todo la comunicación?

“Aplausos”. El público rompió en un sonoro estruendo que inundó la sala, y yo, incómodo, traté de guardar la compostura y hacer caso omiso al afán de protagonismo del presentador. — ¿Cuándo comenzó a tratar a la joven?

—Enseguida. Lo preparé todo y organizamos una primera cita en la propia casa de la familia.

—Cuéntenos, cuéntenos cuáles fueron sus primeras impresiones.

—Me pareció raro que quisiesen que fuese de noche para que no me viese nadie, y el sentimiento creció cuando me di cuenta de que apenas eran tres vecinos.

— ¿Le hicieron ir de noche? ¿Y no cree que tomaron esta decisión para proteger a su hija?

— Quise convencerme de ello, pero, cuando vi que la tenían encerrada con llave, tuve que descartar esa opción.

— ¿No encerraría usted con llave a alguien desquiciado, doctor?

“Aplausos”. La expresión de Fuerteventura era de pura felicidad, envuelto en aquel alboroto de palmas y vítores.

— ¿Preferiría verlos libres, en los parques en que juegan nuestros niños, en las calles por las que paseamos a nuestros perros?

“Más aplausos”. Todo daba vueltas a mi alrededor, y entré en una especie de estado alterado, soltando todo cuanto había retenido durante mucho tiempo.

— ¡Eva no está desquiciada! ¡Todo es mentira! ¡Todo cuanto les han contado es mentira!

El plató quedó en silencio, sin necesidad de que el operador mostrase el cartel pertinente. El público me observaba anonadado mientras yo aferraba fuertemente los reposabrazos del sofá, queriendo de alguna forma controlarme.

— Tranquilícese..., doctor Maurer. ¡Le va a dar algo!

Una nueva pancarta se alzó por los aires: “Risas”. Y los títeres rieron, sin importarles de qué o de quién se mofaban. Los alaridos se juntaban y eran tan extremados que la burla resultaba repugnante.

— ¡No quiero tranquilizarme! ¡Mientras estamos aquí conversando, a ella la están matando lentamente!

El semblante del bigotudo entrevistador ya no resultaba tan exultante, y me lanzó una mirada amenazante, como advirtiéndome de que lo dejase.

— ¿Mientras estamos conversando? ¿A esto llama usted conversación? Primero debería aprender algo de educación, y después hablaríamos de conversar.

“Aplausos”. Detrás de una cortina negra, fuera del enfoque de cámara, apareció el regidor, e hizo gestos al operario de los carteles. “Más aplausos”.

— Mire, señor Fuerteventura, no me interesa el espectáculo, solo he venido a contar la verdad.

“Silencio”.

— ¿Y cuál es la verdad para usted? Siento curiosidad por escucharla —me inquirió burlón, regodeándose.

— Eva sufre un trastorno alimentario..., ¡pero nunca sufrió alucinaciones, se inventaron todo esto para ocultar la realidad!

— ¿Y cuál es supuestamen...?

— ¡Cállese! ¡Su padre la violaba, ha abusado de ella durante mucho tiempo!

— ¡Doctor Maurer, no toleraré esto!

— ¡Por eso dijeron que estaba loca!

Fuerteventura se levantó, y las cámaras giraron en torno a él. Yo continuaba gritando, pero me di cuenta de que habían desconectado mi micrófono.

— ¿Cómo espera que le crean? ¿Cómo espera que creamos a un doctor que abandona a uno de sus pacientes por captar a uno nuevo?

“Aplausos”. “Más aplausos”.

— ¡Un doctor que antepone el negocio al bienestar de sus enfermos!

El escenario era un auténtico desorden, y el bullicio estaba desatado, gritaban por los cuatro costados.

— ¡El doctor Guernes lleva más de veinte años ejerciendo la profesión! ¿Cuántos lleva usted? ¿Dos?

“Risas”. Traté de responder, pero mi voz apenas avanzaba tres metros antes de perderse entre los ensordecedores aullidos del gentío. Fuerteventura alzó los brazos en un gesto muy televisivo y, mirando a la cámara como si la vida le fuese en ello, dio paso a la publicidad. — ¡Una pequeña pausa y volvemos enseguida!

— ¡Fuera de antena! —bramó el regidor.

El presentador permanecía en pie mientras dos maquilladores retocaban su rostro y secaban con una toallita el sudor de su frente. Su mirada me atravesaba amenazante, previniéndome de lo que podría pasar si cruzaba la línea, si continuaba hablando.

Yo trataba de pensar cómo sobreponerme, cómo hacer frente a aquella zancadilla, a aquella mala pasada. Recordé el momento en que recibí la carta, y me di cuenta de por qué me habían invitado al programa. Todo formaba parte de la gran mentira, todo había sido preparado para acallarme, igual que lo habían hecho con ella.

Fuerteventura se acercó a mí con una falsa sonrisa y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, me susurró de forma que solo yo pudiera escuchar lo que decía mientras mantenía su repulsiva mueca.

—Una palabra desafortunada más y tendrá que atenerse a las consecuencias.

— ¿Qué?

— ¡Treinta segundos para entrar en directo! —anunció una voz a mis espaldas.

— ¡Vendido! ¿Cuánto le han pagado? —Ahora el público sí me prestaba atención, sus miradas estaban clavadas en el pequeño sofá donde me encontraba.

—No se atreva...

— ¿Puede dormir tranquilo sabiendo que es encubridor de reiterados abusos? ¿Es capaz de conciliar el sueño?

— ¡Cállese!

— ¡Veinte segundos!

— ¡No pienso callarme, he callado durante demasiado tiempo! ¡Ahora todos van a escucharme!

Me levanté del asiento, y me acerqué al sudoroso periodista, que estaba al borde de un ataque. Él retrocedió, y pude percibir que estaba ligeramente asustado, aunque trataba de ocultarlo.

— ¡Diez segundos! ¿Qué demonios estáis haciendo? —El regidor también comenzaba a ponerse histérico, viendo que el programa se le iba de las manos.

—No voy a permitir que continúen mintiendo —aseguré mirándolo a los ojos.

— ¡Cinco, cuatro, tres...!

Fuerteventura se aproximó de nuevo, y sus ojos irradiaban un odio infinito.

—Ella debió gemir como una puta.

Las palabras emergieron de sus labios a cámara lenta, y el tiempo pareció ralentizarse en esos dos segundos que duraron una auténtica eternidad.

— ¡Dos!

Las miradas se cruzaron, y pude percibir que él se ponía rígido, al tiempo que mi ritmo cardíaco se aceleraba, hirviendo en cada vaso sanguíneo de mi cuerpo.

— ¡Uno..., dentro!

La imagen volvió a cada pequeño televisor del país. La numerosa audiencia del afamado entrevistador estaba frente a la pantalla, y lo primero que vieron fue algo desconcertante.

Al golpear los huesos de su mandíbula, liberé toda la tensión que mantenía encerrada desde hacía tiempo. Golpeé su mejilla con todas mis fuerzas, y las cámaras fueron testigos de ello, perpetrando su aparatosa caída, y mi contoneo después de asestar el puñetazo. Me vi a mí mismo en un monitor del plató, estábamos en el aire, y recuerdo que no me reconocí en la pantalla, que me pareció una imagen distorsionada de mí mismo, como la de un espejo circense.

Estuve a punto de reír, ya no tenía nada que perder, pero entonces lo vi a él tendido en el suelo, y su amplia sonrisa me devolvió a la realidad. Las cámaras lo enfocaron, y rápidamente cambió el gesto por uno de dolor y confusión. Varios hombres corpulentos entraron en escena, y me sacaron de allí arrastrándome hacia atrás por los brazos mientras otros tantos auxiliaban al presentador.

El espectáculo les había salido bordado, el país entero vio como sacaban de allí a un doctor demente que había golpeado al presentador sin motivo alguno ante millones de espectadores. Y, cada vez que dejaban de enfocarle, el maldito me lanzaba una mirada triunfante.

Ya fuera de plató, mientras todavía era arrastrado, pude ver como se levantaba y se secaba la sangre del labio con un dramatismo pasmoso.

— ¡No siempre se acierta con los invitados..., son las cosas del directo!

“Aplausos”. Pero la gente no aplaudía, ellos sí lo habían visto todo, y se habían dado cuenta de que algo no estaba bien.

— ¡Desde luego solo sé una cosa, no me gustaría estar en la piel de alguno de sus pacientes! ¡Los compadezco!

“Más aplausos”. El operador soltó el cartel y comenzó a hacer palmas, viendo que nadie arrancaba, y poco a poco los espectadores desconcertados le siguieron, en una celebración al principio escasa, pero creciente a cada segundo que pasaba.

Entre esas palmas se esfumó lo poco que me quedaba. Estaba acabado, sentimental y profesionalmente. No me hizo falta llamar a mis pacientes, la mayoría abandonaron la consulta por iniciativa propia, y poco después cerré con llave el despacho, dejando todo como estaba y con la intención de no volver jamás.

Pasaban los días, y yo ya no tenía motivos para seguir viviendo. No había nada que me amarrase a este mundo enfermizo que solo me había causado dolor. La prensa me perseguía a donde quiera que fuese, haciéndome todo tipo de preguntas vejatorias acerca del *show* televisivo y dejando mi nombre por los suelos. Se publicaron barbaridades, verdaderas atrocidades sobre mi persona, pero a mí ya no me importaba, los temores habían desaparecido de mi vida con cada ilusión desvanecida, con cada sueño que veía evaporarse para nunca volver.

No hubo redobles, ni preámbulos para el estrepitoso final. Todo acabó de forma tan poco poética, de forma tan miserable, que solo podía ser cierto. No hubo reconciliaciones, ni cuentos de hadas, no hubo final feliz en una historia que carecía de sentimientos alegres. Solo dolor, solo pena, solo tormento. Y como si el destino guardase una última broma macabra en la recámara, fue de nuevo el periódico el que me trajo la noticia. El diario resbaló de entre mis dedos, pero esta vez ni una lágrima recorrió mi rostro; la angustia estaba enterrada en un lugar muy profundo de mi corazón, tanto que no era capaz siquiera de exteriorizarla.

Dijeron que la mató la anorexia, pero yo sé que no fue así. El dolor la consumió, mi traición la apagó lentamente, quitándole poco a poco el aliento, desproveyéndola de su risa, de su esperanza, de sus ganas de aferrarse a esta ópera de final trágico, de recitar versos sin rima que sonaban discordantes y ásperos en mis oídos, de tocar notas perdidas cuya música me perseguiría por

siempre.

La muerte de Eva hizo que aprendiese algo, y es que hay cicatrices que nunca llegan a cerrarse y sangran con cada liviano contacto, con cada recuerdo, con cada palabra cuyo significado sigue latente.

Y aquí estoy, escribiendo estas últimas memorias, sin querer darme cuenta de que nunca volveré a verla, de que nunca volveré a escuchar su voz *mesmerizante*, ni a estrechar su cuerpo delgaducho con mi cuerpo, ni a sentir como mi corazón palpita mientras sostengo su rostro entre mis manos.

A veces pienso que me gustaría liberarme por completo, reunirme con ella, pero me doy cuenta de que no me queda valentía suficiente para hacerlo. Estoy atrapado, y el castigo por mis pecados es esta condena eterna, cada instante de esta insufrible existencia que carece ya de sentido.

Mis ojos no dejan caer a las lágrimas, cada una de ellas está encerrada dentro de mí, en algún lugar en lo hondo de mi alma, y resulta singular darme cuenta de que eso es lo único que me queda de ella, lágrimas que nunca serán derramadas, lágrimas enterradas, un llanto mudo que no gritará por nada.

CAPÍTULO 14

Vanessa de Laurentis

Vanessa escuchaba atentamente las palabras de su hijo y las sentía como si fuesen suyas. Ver la sala repleta de periodistas le provocaba una extraña sensación. Eso era el éxito, cada uno de los *flashes* que alumbraban la estancia aportaba su pequeña pincelada de *glamour*, y los presentes asentían ladeando la cabeza mientras Hugo recitaba el poema.

No obstante, su mente no estaba en aquel lugar, sus pensamientos la llevaban a recordar su más tierna infancia, sus humildes primeros pasos. Recordaba el olor a pan recién hecho por las mañanas. Recordaba los fríos amaneceres de invierno, cuando se despertaba al escuchar a su padre, que como cada mañana iba a trabajar a la fábrica, y los domingos jugando en la calle, inventando aventuras en cada rincón de aquellas pintorescas y desgastadas aceras que la vieron crecer. Le vinieron a la memoria las tardes de lluvia en el internado, y las voces de las niñas mientras canturreaban saltando a la comba, fotogramas perdidos de una niñez que le era muy lejana.

Los aplausos hicieron que despertase de su ensueño y, con los ojos brillantes cual diamante en bruto, rompió en un cálido aplauso, y Hollis, que aguardaba tras el escritor con un deslumbrante vestido rojo, tiró de un cordón dorado y la portada del libro quedó al descubierto, acaparando de nuevo toda la atención de los fotógrafos.

Hugo estudió la sala desde la posición aventajada de la que disfrutaba, para poco después bajar del estrado y rodearla con sus brazos. El calor de su cuerpo resultó reconfortante para Vanessa, que esperó a que los cuerpos se separasen para susurrar algo al oído del joven. —Deberíamos hacerlo público.

Él la miró, y ambas expresiones decían más de lo que cualquiera de los presentes podía imaginar. Después, simplemente le dedicó una sonrisa, y de nuevo los *paparazzi* se apelotonaban junto a ellos para retratar el cálido y emotivo momento.

Una voz se escuchó al fondo de la habitación, reclamando a gritos un brindis, y pronto las botellas de champán fueron descorchadas, y los periodistas colgaron de su cuello las cámaras, cesando momentáneamente su labor. Vanessa se apartó de su hijo, dejando paso a las innumerables personas que se acercaban a él para felicitarle. Allí estaba también Cepeda, el editor, quien se encargaba de advertir a Hugo sobre algún que otro columnista no recomendable.

Se hizo con una copa mientras observaba, desde un lugar algo alejado, como Hollis sacaba a todos los periodistas del lugar, con esa gracia que solo ella poseía. Pronto, Cepeda advirtió que se encontraba sola y se acercó a ella, invitándola a brindar. El champán burbujeó con el contacto de las copas, y ambos sorbieron un buen trago del refrescante brebaje.

—Una gran noche, ¿verdad?

Ella lo examinó de arriba abajo antes de responder. —Quiero que lo hagamos público, ya no lo soporto más. —Hemos hablado esto muchas veces, señora...

— ¿Por qué no dejas de llamarme señora de una vez? Me pones enferma.

Él vació la copa en su garganta, tratando de que las burbujas lo serenasen.

—Vanessa..., sabes que no sería bueno para el negocio.

— ¡El negocio..., solo piensas en eso!

— ¡Shhht! ¿Estás loca? Lo último que necesitamos es montar un numerito, precisamente hoy.

— ¡Estoy harta!

Cepeda asió del antebrazo a la mujer y la arrastró entre los invitados hacia un lugar menos concurrido del salón.

— Sé que esto se está retrasando más de lo que esperábamos. Pero no podemos permitirnos destaparlo ahora. Todavía no.

— ¿Que se está retrasando dices? ¡Llevo años esperando! ¿Cuánto más vas a hacerme aguardar? Porque no creo que sea capaz de hacerlo, ya no...

— Sé cómo te sientes.

— ¡Tú no sabes nada! ¡No puedo seguir sentada con la esperanza de que un día te decidas a hacer algo! Y créeme que si no lo he hecho yo misma, es porque sé que sola no sería capaz, no como es debido.

— Tranquilízate...

— No me digas que me tranquilice. — Sus palabras eran tan firmes que el hombre de negocios retrocedió algo asustado—. No te atrevas a pedirme que me tranquilice...

— No sé qué más puedo hacer.

— Nada, la verdad es que no esperaba otra respuesta, viniendo de ti.

Cepeda miraba a su alrededor, nervioso, preocupado por el hecho de que alguien pudiese escucharlos, entonces vio acercarse a Hugo, y volvió a dirigirse de usted a Vanessa, que captó la mirada del editor al instante.

— Debe tener paciencia, señora de Laurentis. Sabe perfectamente que no es el momento adecuado.

— Estoy cansada de escuchar eso.

El editor estaba al borde de un ataque, y ella continuaba con sus respuestas directas, disfrutando con cada gota de sudor que recorría la frente del hombre.

— En todo caso, no es el mejor lugar para discutirlo. ¿No le parece?

— Siempre las mismas palabras... ¿Cuándo va a dejar de inventar excusas?

— Señora, con todos mis respetos, sabe que esto requiere un estudio previo...

— ¿Qué ocurre madre? — Se escuchó la voz de Hugo a sus espaldas—. Dejadme adivinar. ¿Otra vez discutiendo, verdad? No se la tome tan en serio, Cepeda, sabe que lo único que quiere es lo mejor para mí.

— Lo sé, lo sé... Es una mujer difícil — bromeó con dificultad el editor.

— Vamos, madre, no seas tan dura con él. ¡Pero no permitas que suba su tanto por ciento!

Los tres rieron. Aunque todavía eran palpables ciertas asperezas entre ambos.

— Os dejo. Hollis y yo vamos a tomar algo más relajadamente.

Hollis

Salió al vestíbulo tras toda la bandada de periodistas. De forma sutilmente descarada, los había invitado a abandonar el salón, convenciéndolos de que les mostraría el resto de la casa y les contaría

alguna que otra curiosidad.

Los corresponsales hacían fotografías aquí y allá, intentando captar la mayor parte de detalles del interior soberbiamente decorado. Hollis les hizo un gesto, indicándoles que la siguieran, y los condujo hasta la sala de las cortinas.

Pronto un leve cuchicheo llegó a oídos de la mujer, que observaba las caras curiosas de cada uno de ellos, adivinando sus inquietudes. La mayoría se preguntaban cómo se había podido formar tal revuelo por unos trapos verdes colgando del techo, aunque pocos se daban cuenta de la calidad de las telas, inmersos en aquellos celosos pensamientos.

Ella sabía cómo funcionaba el mundillo, y se divertía viendo las miradas irascibles de los reporteros, que intentaban aparentar que aquello no iba con ellos, aunque lo que sentían era unos celos insanos hacia el autor del susodicho artículo sobre las cortinas, que con algo tan simple había logrado hacerse un nombre entre sus compañeros de profesión.

Laura Gardel, así se llamaba ella, la mujer que había logrado llenar innumerables portadas a partir de una entrevista insípida con la madre del escritor. La mujer que había conseguido darle una vuelta de tuerca a un comentario algo banal y sin importancia sobre interiorismo y que ahora no estaba allí cubriendo la noticia, sino que había sido ascendida a redactora jefe de la revista *Clocks*, a la que intentaba resucitar a toda costa.

Hollis empezaba a cansarse de la farsa, empezaba a hartarse de sonreír a cada uno de aquellos hombres que llevaban la cámara colgando al cuello, así que los acompañó educadamente hasta la salida, entreteniéndolos con una conversación absurda cuyo único propósito era la distracción.

Cuando estuvieron fuera, la puerta se cerró a sus espaldas, y los periodistas se dieron cuenta de que habían abandonado la casa por su propio pie, sin oponer apenas resistencia, engañados por alguna clase de artimaña que solo Hollis era capaz de perpetrar.

La hermosa joven pasó junto a un espejo en su regreso hacia el salón, y se detuvo un instante para mirarse. Estaba reluciente, el vestido rojo marcaba sus sensuales curvas, ciñendo su delgada cintura, y luciendo un generoso escote que era el reclamo principal para todos los hombres con los que se cruzaba, para todos menos para él.

—Vamos, Hollis... —se dijo a sí misma suavemente—. Hoy es tu noche.

Se retiró sus cabellos dorados y ligeramente ondulados de la frente, y se miró una vez más, de perfil. Después, caminó decidida, subió hasta el *hall* de la primera planta y entró de nuevo en el salón.

La fiesta se había alborotado en los escasos minutos que había estado ausente. Un camarero pasó junto a ella, y ella cogió de la bandeja dos copas de áureo champán.

Lo vio a lo lejos, hablando con Raúl Cobos. Por algún motivo Cepeda le había pedido que no lo sacase a él de la casa y, aunque no le agradaba el editor, debía reconocer que este sabía lo que hacía. Si decía que aquello era bueno para Hugo, casi con toda seguridad lo era.

Esperó unos segundos a que el privilegiado informador se alejase del escritor, y entonces aprovechó para acercarse a él por la espalda.

— ¿De qué te ríes? —Le ofreció una de las copas. — ¿Es que tienes que emerger siempre a mis espaldas?

Ella jugueteó con uno de sus rizos antes de responder con otra pregunta.

— ¿Tenemos a nuestro querido autor irritado?

—Tenemos a nuestro querido autor cansado del populacho —respondió él irónico.

— ¡Oh! Qué típico de nuestro querido autor. Brindemos por ello.

Sus movimientos eran sensuales, pero muy naturales, sabía que Hugo detestaba todo lo que resultaba cargado o demasiado forzado en una mujer.

— ¡Por el populacho! —gritó repentinamente, y éste no pudo evitar reírse a carcajadas mientras levantaba el brazo para brindar.

Vaciaron las copas, y él le indicó que le siguiese, aproximándose hacia su madre y Francisco Cepeda, que parecían mantener una acalorada conversación.

—Señora, con todos mis respetos, sabe que esto requiere un estudio previo —decía Cepeda al momento que llegaban.

— ¿Qué ocurre, madre? —Ambos detuvieron su coloquio—. Dejadme adivinar. ¿Otra vez discutiendo, verdad?

CAPÍTULO 15

El pavimento verde relucía bajo sus pies, reflejando vagas sombras negruzcas que no eran otra cosa que las proyecciones de sus cuerpos. Bizarrras sensaciones lo asolaban mientras caminaba por los estrechos pasillos llenos de barrotes, y el sonajero de las llaves del carcelero aportaba un indefinible matiz a la turbia atmósfera.

Nunca había estado en una cárcel, y la primera impresión no fue agradable, al contrario. Percibía el duelo de cada uno de los infelices que había allí encerrados. Podía notarlo en el moho de las paredes, en el aire cargado y poco ventilado de cada uno de los angostos senderos de cemento que lo conducían hacia el verdadero terror, hacia el desconocimiento, hacia el primer contacto con una vida que dejó de lado largos años atrás.

Llegaron a una enorme y sorprendentemente gruesa puerta blindada, y el operario la abrió utilizando varias llaves. El portón se deslizó siguiendo el eje que marcaban sus robustas bisagras bien engrasadas, y el funcionario de prisiones le indicó que habían llegado.

—Es la última celda. Siéntese frente a él, puede utilizar esa silla. —Señaló un pequeño taburete oxidado—. Ya sabe las normas. Debe estar lo suficientemente lejos como para no tocar los barrotes, no se acerque a él, y, sobre todo, no le pase nada entre la reja.

Maurer asintió con la cabeza y se adentró en las profundidades de aquel claustrofóbico pasillo, sin ventanas, sin más puertas que las que daban a las propias mazmorras, y sin más luz que la que emergía de aquel último calabozo, al fondo a la izquierda. Y la lumbre lo invitaba a aproximarse, evocando en él sentimientos desconcertantes y obligándolo a establecer un pequeño símil; un paciente, una personalidad singular, un escenario desconocido y una pequeña señal luminosa que lo llamaba, que le pedía que acudiese como una alarma de socorro.

El ángulo de visión resultaba más amplio a cada paso que daba; poco a poco pudo comenzar a vislumbrar una de las paredes del camarote, y reconoció al instante una de las inscripciones que Sorbona le había mostrado: “Tocar lo etéreo, sentir la luz en toda su colosal magnitud, abrazar a la muerte y renacer envuelto en total pulcritud”.

Podía escuchar la extraña rima en su cabeza como un susurrante riachuelo que fluye entre las rocas, como un canto hipnotizante que lo atraía y embelesaba, y siguió aproximándose, cegado por aquellas sensaciones.

La silueta del escritor se recortaba bajo el fuego artificial de la lámpara que colgaba sobre su cabeza. Estaba sentado en una silla, mirando el suelo, y con una pose de total abandono. Brazos caídos, piernas entreabiertas, y quieto cual estatua de cera, parecía estar esperando al doctor, quien se detuvo al otro lado de las barras metálicas que delimitaban el habitáculo.

Su cabeza desnuda y ligeramente ladeada impedía a Maurer ver la expresión de su rostro, que se amagaba al contraluz de aquel foco candente. Y el hecho de no poder adivinar su semblante hizo que sintiese una ligera inquietud. Su imaginación le jugaba una mala pasada, y donde solo había penumbra, a él le parecía ver una sonrisa estirada, una mueca desagradable que lo desafiaba.

Se sentó en el minúsculo taburete y se dio cuenta de que echaba en falta algo, su maletín de piel y su grabadora de casetes, que no le habían permitido entrar a las instalaciones por meros motivos de seguridad. Solo le habían dejado llevar consigo su cuaderno de notas y un par de bolígrafos, bajo la

expresa orden de no dejar que el preso tocara ninguno de los objetos. Y el carcelero se encargaba de vigilar que esto así fuese desde la puerta blindada que marcaba el linde entre la zona común y la de máxima seguridad.

Solo había silencio entre los dos hombres. Maurer interrogaba con la mirada a Hugo, estudiando cada uno de los detalles de su cuerpo, mientras que este apenas le correspondía, con la vista clavada en el suelo, quieto, sereno, sin dejar ver el movimiento de un solo músculo de su estilizada figura, que pasaba desapercibida bajo los harapos con que se hallaba vestido.

—Tocar lo etéreo, sentir la luz en toda su colosal magnitud, abrazar a la muerte y renacer envuelto en total pulcritud... —La voz del doctor resonó entre los muros del agobiante lugar—. Es bueno..., he de reconocerlo. ¿Qué quiere decir?

Nada, Hugo parecía más bien un cadáver, un cuerpo sin alma abandonado sobre una silla, inánime. Pero Maurer no se fijaba en su cuerpo, sino en la profundidad de las sombras que cubrían su rostro. Sintió un escalofrío. Si su vista no le engañaba, el escritor estaba sonriendo, y sus labios generaban una forma desfigurada que resultaba la perfecta definición de lo macabro.

El gesto se tornó en una expresión sonora, y al doctor no le quedó duda alguna, lo que había visto era inequívoco. Una lenta carcajada emergió de boca del novelista, que parecía disfrutar con cada soplo de aire entrecortado que dejaba salir de su garganta.

— ¿Que qué significa? ¿Se da cuenta de cuán estúpida es su pregunta? —Su tono apagado recorrió toda la estancia, acariciando cada recoveco—. ¿Qué puede significar una palabra, aparte de lo que significa?

Maurer aguantaba la burla lo mejor que podía, intentando no dejar entrever sus inquietudes.

—Solo son versos, doctor, no se empeñe en ver fantasmas donde no los hay. Las palabras solo son palabras, y eso ya es suficiente. ¿No le parece?

Ahora sí podía ver claramente sus dientes, brillantes, bañados por el resplandor del artefacto eléctrico que alumbraba la sala. Y resultaban algo grotescos vistos desde aquel prisma. Los dientes de un asesino, perfilándose sonrientes en la oscuridad.

— ¿Le divierte todo esto, señor Esmerodes? —preguntó pausadamente, ignorando sus atrevimientos.

—Para nada, doctor. Es algo muy serio... —respondió irónico—. Es más, cuando me dijeron que vendría a visitarme, di gracias a Dios por enviarle. ¿Será usted mi buen pastor? ¿Será quien guíe a esta pobre oveja descarriada?

El carcelero podía escuchar partes perdidas de la conversación desde donde estaba, y estaba ensimismado, sorprendido, en primer lugar, de que Hugo hubiese comenzado a hablar y, en segundo término, de que lo hiciese de aquella forma tan trovadoresca.

— ¿Qué hace aquí? —Lanzó la pregunta—. No tiene nada que hacer con una persona a la que no le queda nada que perder.

Maurer se sintió identificado con lo último que dijo el preso, al fin y al cabo él también lo había perdido todo hacía mucho tiempo, y aguardó a que continuase, sin querer interrumpir la repentina inspiración.

— ¿Cuál es su propósito, doctor? ¿Cuál es la finalidad que hace que una encomiable personalidad como usted se digne a arrastrarse al mismo infierno para verme? Aparte del dinero claro...

—Solo quiero analizarle, señor Esmerodes, descubrir qué motivaciones son las que lo llevan a

actuar de la forma que actúa.

Hugo seguía en la misma posición que al principio, sentado en aquella silla mugrienta, pero con la mirada algo más altiva. Ahora su rostro ya no estaba envuelto totalmente en la negrura, sino que había partes al descubierto y otras ocultas en la penumbra, creando una imagen que al doctor le recordaba al test de Rorschach, esas manchas negras deformes sobre fondo blanco que se mostraban a los pacientes con el fin de averiguar qué sensaciones evocaban en ellos.

—Ya veo. Le han contratado para que firme un papel que me declare insano. Pensé que a Sorbona se le ocurriría algo mejor. Cuando le vea, puede decirle que estoy algo decepcionado.

—Ahora que habla de Sorbona, el otro día estuvo aquí —lo interrumpió el doctor—. ¿Lo recuerda?

— ¿Le gustó mi representación? Sí..., claro que le gustó. Casi puedo verlo... Por eso le ha mandado a usted, verdad, porque cree que estoy loco.

— ¿Su representación? ¿Quiere decir que todo lo que hay en las paredes no es nada más que eso?

El escritor ladeó la cabeza, admirando detenidamente su obra, primero a la derecha, después a la izquierda. Luego volvió a mirar al médico, y la gran pirámide se dibujaba a sus espaldas, dotando aquel preciso fotograma de una esteticidad tremenda.

— ¡Ah! Doctor... ¿Cuántas veces he de repetirle las cosas? Ya le he dicho que las palabras solo son palabras, eso debería bastarle.

—Veo que no le tiene demasiado aprecio a las letras, algo raro teniendo en cuenta que lleva años dedicándose a ellas. —Lo atacó el psiquiatra.

La última afirmación hizo que borrarse la sonrisa de su cara y que se reincorporase en el asiento, alzando más el pecho y las extremidades.

—Se equivoca. Las palabras me lo han dado todo, pero también me lo han arrebatado. Las palabras son el arma más poderosa que jamás he conocido, doctor, pero no por eso dejan de ser lo que son, vocablos que quieren decir exactamente lo que quieren decir, en el momento y el lugar en que son dichos.

Maurer estuvo a punto de preguntarle qué manifestaban esos escritos en el momento y lugar adecuado, pero, prevenido de una nueva reprimenda, decidió cambiar de tercio.

— ¿Por qué actúa de esta forma? ¿A quién cree que impresiona con sus oraciones bien hiladas? La realidad es que no se encuentra precisamente en posición de comportarse de ese modo.

— ¡Oh! ¡Perdóneme, doctor! ¡Qué actitud tan punible resulta ser uno mismo sin importar el lugar! —Se mofó de nuevo—. Si tuviese papel y boli anotaría sus consejos, creo que va a resultar un buen pastor después de todo.

Le faltó poco para reír, después de todo, el condenado tenía gracia.

— ¿Sabe lo que veo, señor Esmerodes? Veo a un hombre acorralado. Un hombre que siente la necesidad de recurrir a la ironía para protegerse.

Otra sonora y molesta carcajada cortó el aire.

— ¡Doctor, doctor...! No me defraude también usted, ahora que estaba empezando a pasármelo bien —habló con total convencimiento—. La ironía está subestimada. ¿Por qué esa forma maravillosa de ver la vida siempre se asocia con la debilidad? Cada daga, cada puñalada encubierta oculta entre palabras es una auténtica delicia, una muestra de inteligencia solo a la altura de unos cuantos. ¡La ironía es la forma más directa de diferenciar lo mediocre de lo espléndido!

Ahora se mostraba plétórico, triunfante mientras recitaba su discurso, y continuó sin levantarse y

sin hacer ninguna clase de movimiento. No le era necesario.

— ¿Se imagina poder conversar con Dios? ¿Se imagina mirarlo a los ojos y decirle...? —Se levantó y miró al frente, serio, casi como si hablase realmente con el señor—. Dios, me honra creer firmemente que todo fue creado en seis días, y que al séptimo descansó.

Maurer estaba boquiabierto, aunque trataba de ocultarlo. Hugo lograba divertirlo, y de alguna forma se sentía mal por ello.

—Qué delicia..., qué mascarada tan magistral. —Se dirigió al doctor alzando los brazos, en una representación de la apertura de los mares en el éxodo—. ¡Y el mar se abrió en dos!

El doctor trataba de permanecer serio mientras perpetraba aquella especie de teatro improvisado.

— ¡Vamos! ¡Puede reírse! ¿No se da cuenta? Dios es el primer irónico de quien tenemos constancia histórica. —Volvió a emitir una carcajada—. ¡Y los panes se multiplicaron! —gimió falseando la voz—. ¿Lo ve? ¡La Biblia está llena!

Tuvo que hacer un esfuerzo por mantener la compostura, e hizo algunas anotaciones en su cuaderno: “Ejemplifica mucho las cosas hablando de Dios en tono de burla. ¿Católico dolido? ¿Reciente pérdida de fe?”.

— ¿Qué escribe, doctor? ¿Ahora va a hacerme la competencia?

—Dejo constancia de los conflictos personales que observo. ¿Le molesta?

— ¿Conflictos personales? ¿En mí? ¿Ve como usted también puede ser irónico si se lo propone?

Maurer tenía la creciente sensación de que algo no encajaba. Algún detalle se le estaba escapando. Observó la habitación mientras Hugo, que se dio cuenta de que no le prestaba atención, se sentó de nuevo, molesto por aquella indiferencia. Reparó por enésima vez en la pirámide, y él pareció captar la dirección de su mirada, divirtiéndose con la confusa fisonomía de sus rasgos.

—No me lo pregunte, doctor, sabe que le voy a responder que solo son números.

—Uno, doce, sesenta y seis, doscientos veinte, cuatrocientos noventa y cinco, seiscientos noventa y dos, setecientos veinticuatro... —formuló pausadamente Maurer, construyendo mentalmente la línea que faltaba al final del triángulo—. ¿Quiere que continúe?

La faz del escritor mudó a un ademán enteramente distinto, y su gesto era de sorpresa. Sentado como estaba, volteó la cabeza, y comprobó que las cifras proporcionadas por el doctor eran correctas y continuaban el triángulo donde él lo había dejado.

—Me halaga. —Sonrió, y esta vez no había un doble filo en sus palabras, esta vez Maurer pudo advertir que su declaración era sincera.

De alguna forma el pequeño detalle lo reconfortó. Hugo poseía una personalidad atrayente, tanto que hacía que se olvidase de lo que se le acusaba. Tanto que el profesor sentía de nuevo esa responsabilidad del deber, y eran menguantes todas sus inquietudes personales.

— ¿Qué le parece? —preguntó, y, aunque trataba de continuar siendo altanero, Maurer pudo notar que le interesaba su respuesta.

—Me parece que está jugando con nosotros.

—Me entristece que lo diga de esa manera, con ese tono despectivo. Pensé que se estaba divirtiendo. —Sus ojos resultaban pardos bajo el tenue alumbrado, misteriosos.

—Pues se equivoca. No soy alguien fácilmente impresionable. Si pensaba que iba a aplaudir su falta de ingenio, estaba en un error.

— ¿Falta de ingenio, ahora pretende ofenderme? —Usted es el que me ofende, señor Esmerodes. Menospreciando mi inteligencia, y suponiendo que no averiguaría que su magnífica pirámide no es

otra cosa que el triángulo de Tartaglia.

— ¿Había ensayado este momento en casa? —Se incorporó—. Sí, claro que lo había hecho. ¿Era así como lo esperaba, era esta mi cara? Puedo cambiar mi expresión si lo desea, no quisiera destrozar su momento de gloria.

Maurer se sentía de nuevo atacado, no había por dónde coger al novelista, pero no lo detuvo, era importante dejarlo actuar libremente y observar su comportamiento.

—Espere, espere, seguro que lo imaginaba así. —Se acercó a la pared horadada a pasos lentos—. ¡Oh! ¿Cómo lo ha sabido, doctor? ¿Pensé que nadie lo descubriría nunca!

Las robustas y angustiosas paredes volvieron a acoger la risa aparatosa del escritor, que fluía entre el aire rebotando en los muros y aprovechando al máximo la sonoridad de la construcción.

— ¿Y quiere decir que hizo el triángulo solo para esto? Me causa lástima, señor Esmerodes, esperaba más de usted.

La entrevista se le iba de las manos, esa no era forma de tratar a un paciente, pero decidió que Hugo no era un enfermo cualquiera. En realidad no creía siquiera que padeciese ninguna afección, así que se olvidó momentáneamente de lo que había aprendido hacía años en la facultad y determinó seguirle el juego, con el fin de descubrir qué buscaba con toda aquella puesta en escena.

—Eso no le funcionará conmigo. ¿Qué trata de conseguir? ¿O cree que no sé quién es usted, doctor Maurer? No esperará que crea que Dios le ha puesto ante mí por casualidad después de quince años retirado. Si está aquí, es porque le resulto intrigante.

—Otra vez Dios... ¿Es usted creyente señor Esmerodes?

—Por supuesto. Creo que Dios es el mayor personaje de ficción que el hombre ha inventado, es uno de mis favoritos.

— ¿Por qué será que tengo la impresión de que miente?

—Libre albedrío, puede pensar lo que quiera. —Lo examinó divertido—. ¿Y usted? ¿Cree en el Todopoderoso de la bata blanca, doctor? Al fin y al cabo, es una especie de curandero con barba, no dista tanto de lo que usted hace.

—Curandero con barba..., es la primera vez que escucho algo parecido. Usted no es ateo, señor Esmerodes, más bien me parece que es un católico dolido que ha dejado de creer. La pregunta ahora es: ¿por qué?

Detrás de los hierros, Hugo permanecía en silencio, Maurer había logrado tocar alguna fibra sensible en él, y se dio cuenta de que este trataba de recomponerse, de que no se le notase que estaba algo afectado. Los barrotes arrojaban su sombra sobre el doctor, que parecía estar tras una cárcel imaginaria. En realidad, ambos vivían entre rejas, por no poder dar marcha atrás, por no poder corregir graves errores que habían cometido en el pasado. Y se sintió no identificado, pero sí unido de alguna forma al preso, que ahora lo desafiaba de nuevo desde el otro lado del umbral.

—Dígame usted, doctor. Dígame por qué perdí la fe.

—La herida es reciente. Ese dolor, esa rabia, ese odio y desprecio contra el mundo que le rodea. Tal vez todo pertenezca a la consecuencia de la misma causa.

—Muy poético.

Hugo procuraba mantener a flote su sarcasmo, pero este se hundía por su propio peso. Tenía un vidrio en los ojos que resultaba fulgurante, pequeños vasos capilares se marcaban en ambos globos oculares y, cual viento céfiro, su presencia resultaba embriagadora y raramente afectiva.

—Es la muerte de su madre..., ¿verdad?

Su cuerpo era un mapa, cada músculo de su entera complexión se tensó como una cuerda de guitarra, y Maurer advirtió que había dado en el clavo, pues el sufrimiento del poeta era latente en cada rincón de aquel opresivo emplazamiento. Con mucho esfuerzo, el preso, cuya cabeza rapada hacía más notoria aún su debilidad, articuló unas palabras.

—No quiero hablar de eso.

Maurer cerró su cuaderno, y se levantó del incómodo taburete. El carcelero lo observaba desde el otro extremo del pasillo, inquieto, y vio como el doctor daba un paso hacia los barrotes. Desde esa posición, miró a Hugo, y ya no veía a la misma persona altiva que se encontró al entrar, sino a un hombre débil, falto de estoicismo, al que no le quedaban ganas de luchar por nada. Un hombre aquejado por un mal muy hondo que le era imposible delinear.

Sin mediar palabra, giró noventa grados y se alejó lentamente, complaciendo su petición de no hablar del tema. Y cuando su sombra se diluyó, y Hugo dejó de escuchar sus pasos, alzó la mirada, turbado y a la vez admirado por la actitud del médico.

El portón blindado se cerró, y un eco vibrante hizo que los tabiques ahogasen un pequeño lamento. De nuevo, la soledad, y la única compañía del remordimiento y la desazón. Y aunque no le gustase reconocerlo, echaba en falta la compañía del doctor, que era su único confidente en aquel averno de piedra.

CAPÍTULO 16

El muro de piedra marcaba los lindes de la rústica finca. El periodista observó los materiales, y por la poca armonía que había entre la casa y los edificios contiguos, dedujo que esta llevaba mucho más tiempo allí que todas aquellas rígidas construcciones.

Una puerta de hierro algo oxidada ejercía de entrada al jardín, que se ocultaba tras la empalizada de robusta roca. No había timbre eléctrico, sino una de esas aldabas que solo conservaban las casas muy antiguas, y él la examinó fascinado por sus formas. Era la cara de un león perfectamente horadada sobre el relieve de metal, y entre sus dientes sostenía un pesado aro macizo que generó un sonido grave y potente al golpear el propio portón.

Pronto el obstáculo cedió, y la apertura dejó dilucidar lo que se amagaba al otro lado del umbral. Resultaba prodigioso descubrir un jardín de aquellas características oculto en el centro de la ciudad. Desde fuera de la estacada hubiese sido imposible ni tan solo soñar con lo que se ocultaba allí dentro, tanto que Cobos apenas prestaba atención a la anciana que le había permitido el paso.

Un camino de piedra llevaba a una fuente en medio de aquel pequeño paraíso, y el leve sonido del agua correteaba y reverberaba creando un ambiente de absoluta calma. El césped era de un verde vivaz que daba color al suelo, totalmente tapizado, e innumerables plantas de todos los tamaños y colores ocupaban su sitio especial en la soberbia composición. Rosales de rosas rojas recorrían las paredes, y las flores estaban abiertas, exultantes bajo el sol que se filtraba entre las nubes. Perfumes extravagantes se mezclaban de forma idílica, inventando esencias insospechadas, y los aromas transitaban libremente por el particular edén, emborrachando con su olor al columnista, que estaba embebido por tantas y tan diferentes impresiones.

— ¿Le gusta, verdad? Trato de mantenerlo, aunque he de reconocer que todavía resultaba más vistoso cuando ellos lo cuidaban.

—Perdone, soy un maleducado —masculló él saliendo de su asombro—. No sabe cuánto le agradezco que me reciba en su casa, señora Lesandra.

— ¡Oh! ¡No seas estúpido! Llámame por mi nombre, llámame Dora, por favor. Aunque no lo crea, las personas mayores no somos tan maniáticas como muchos piensan, y nos gusta que nos den un trato cálido. Personalmente, estoy harta de tantos formalismos.

—Como quiera, Dora. Usted manda.

Acompañó a la mujer de avanzada edad, atravesando el jardín y pasando junto a la preciosa fuente. Llegaron a un pórtico y, en cada uno de los cuatro pilares que lo sostenían, crecían plantas trepadoras de hermosas flores. Tres de ellas, de color blanco; y una última totalmente seca, cosa que extrañó a Cobos, dado que desentonaba con el resto del acogedor parque. La anciana lo miró de reojo y adivinó sus pensamientos esbozando una sutil sonrisa.

Entraron a la casa, y un agradable olor a barniz hizo que olvidase el perfume de la sorprendente vegetación. Dora le indicó que se sentase en una pequeña y llamativa mesa de madera que había en el salón, junto a un ventanal abierto que daba al hermoso vergel que acababan de atravesar, y él obedeció, mirando cada fotografía y cada cuadro de la estancia a su paso.

Todas las pinturas eran exquisitas y, aunque no sabía demasiado de arte, a Cobos todas y cada una de las obras le parecían espectaculares. Le llamó la atención una en especial, un retrato al óleo en el

que figuraba una mujer sosteniendo a un bebé envuelto en sábanas blancas, y sus ojos parecían observarlo dondequiera que se detuviese.

Dora tomó asiento frente a él, que reparó en las marcadas arrugas de su piel y de sus manos, y pensó cuánto habrían vivido esos dos luceros verdes con los que ella lo examinaba.

— ¿Y bien? ¿Qué quieres que te cuente, joven? Me gustaría decir que tengo todo el tiempo del mundo, pero resulta evidente que estaría mintiendo —bromeó.

—Todo. Quiero que me lo cuente todo, Dora, con pelos y señales.

—Bueno..., es una historia muy larga —replicó ella.

—La escucharé con mucho gusto.

La mujer descansó unos instantes, como si estuviese pensando por dónde empezar, como si buscase el momento exacto en que la historia había comenzado a escribirse. Después, relajó las manos sobre la mesa, entrelazando los dedos.

«Todo comenzó hace ya casi cuarenta años. Resulta estremecedor darse cuenta de cómo pasa el tiempo. Por aquel entonces yo era una jovencita de veintitantos, buscando trabajo desesperadamente. No era habitual en la época que las mujeres trabajasen, la mayoría de ellas se dedicaban a cuidar de sus casas y de los suyos mientras los maridos se ganaban cada día el pan. Pero yo era diferente, y en realidad no sé si lo era porque siempre lo fui, o porque las circunstancias me obligaban a ello.

»Cuando mi marido murió, yo apenas había cumplido los veinticinco, y no me quedó otra salida que buscar trabajo. Sin una familia a la que acudir, sin nadie a quien pedir ayuda, vagué durante semanas, mientras, la desesperación y el miedo hacían mella en mí. No querían a nadie sin experiencia en las fábricas, y esta era una zona muy industrial por aquel entonces. El textil daba de comer a muchas familias; era un negocio próspero que generó algunas de las fortunas que hoy todavía se mantienen en pie.

»Era rechazada educadamente una y otra vez, pero, sin nada mejor que hacer, continué yendo de fábrica en fábrica y, al fin, me armé de valor y decidí dirigirme a industrias Borlán, la manufactura más grande y prometedora de los alrededores. Me despacharon con igual o mayores reverencias que en las demás. Sin embargo, cuando abandonaba cabizbaja la nave, un hombre muy bien vestido se acercó a mí. Recuerdo que quedé ensimismada con solo observar su sombrero y el cordón de oro de su reloj de mano, que asomaba elegantemente del bolsillo de su chaleco. Tendría unos cincuenta años, pero resultaba mucho más intrigante que muchos de aquellos jóvenes con los que había hablado en la fábrica. Se acercó a mí y me extendió una pequeña nota de papel.

—Vaya a esta dirección y diga que va de mi parte, allí le darán trabajo.

»Ingenua de mí, no se me ocurrió otra cosa que preguntarle quién era, y el rió sonoramente.

—Soy el señor Borlán, el dueño de la fábrica.

»Me marché de allí ruborizada y algo emocionada, con aquella notita de papel guardada como un tesoro. Y a la mañana siguiente, temprano, allí estaba, en la dirección que había anotada: el número treinta y dos de la avenida del Olmo.»

— ¿Esa no es...? —preguntó Cobos intrigado.

—No se adelante, señor Cobos, pero sí, es esta misma casa. Se conserva casi igual que en aquel entonces. De no ser por las paredes oscurecidas por el paso del tiempo, podría decir que está exactamente igual que hace cuarenta años. Cuando entré la primera vez, tuve la misma sensación que usted.

«Recuerdo que una mujer me abrió el portón del león, como yo lo bauticé inmediatamente, y tal

cual me había dicho el señor Borlán, dije que venía recomendada por él y que buscaba trabajo.

»El jardín estaba exultante, cosa muy meritoria siendo aquel un frío día de invierno. Es increíble observar la naturaleza... Todas las plantas han muerto y vuelto a brotar cada año desde entonces, desde hace ya cuatro décadas, y cuando salen las primeras flores, puedo sentir la mayor felicidad que alguien pueda experimentar y recuerdo aquel día y cómo me presenté a aquella señora.

—Buenos días, señora. Me llamo Dorotea Lesandra, vengo recomendada por el señor Borlán.

—Usted es la chica de la fábrica, ¿verdad? Yo soy Magdalena, la señora de la casa, y sí, estoy buscando a alguien que se ocupe de las tareas del hogar. ¿Qué sabe hacer, Lesandra?

—Bueno, sé planchar, sé coser...

—Está bien, es suficiente. ¿Tiene algún inconveniente en vivir aquí con nosotros?

»La pregunta me cogió por sorpresa, aunque no tardé en responder que no me importaba. En realidad llevaba un par de meses sin pagar el alquiler y no tenía siquiera donde caer muerta.

—Vivirá en el piso de arriba, está deshabitado. Servirá el desayuno a las ocho, la comida a las dos, y la cena a las diez. Porque sabrá cocinar...

—Sí, sí..., claro.

—Si a mi marido le ha parecido correcto, no hay nada más que comentar. Puede comenzar hoy mismo si quiere.

»En ese instante me di cuenta de que aquella era la casa del mismísimo señor Borlán, y que aquella mujer no era otra que su esposa. Y lo que entonces pensé que sería un trabajo transitorio, se convertiría en el eje alrededor del cual giraría mi vida, aunque claro, eso yo todavía no lo sabía.

»Magdalena era algo seca, pero nunca me hablaba de mal modo o me gritaba, y yo aprendí a mantenerla contenta. Él era mucho más alegre y vivaz y, cuando ella no nos veía, me daba alguna que otra generosa propina, siempre con su reluciente sombrero negro. Eran tiempos de abundancia, y el matrimonio no tenía de qué preocuparse. Lejos de ser avaros como la mayoría de la gente de su especie, eran muy generosos conmigo y con todo aquel que trataban, y en el pueblo eran conocidos por su amabilidad y su trato cordial. La fábrica iba viento en popa, y cada semana decenas de envíos de lujosas telas abandonaban la nave en grandes camiones que las distribuían por todo el país.

»Yo lo tenía todo, un buen sueldo y un trabajo que muchas otras quisieran. Los viernes por la noche ellos siempre salían, y yo podía permitirme ir al cine a ver esas películas clásicas que siempre me han vuelto loca. Era feliz, totalmente feliz, y no hubiese cambiado aquella vida por nada de este mundo.

»El invierno pasó rápidamente. El señor Borlán dedicaba sus ratos libres a cuidar su jardín, que era su pasatiempo preferido y su verdadera pasión. Sabía tratar cada una de las plantas, sabía cuándo cubrirlas del frío, cuándo regarlas, cuándo renovar la tierra y cuándo era buena época para trasplantar o hacer brotar nuevos ejemplares a través de pequeños esquejes que cortaba con suma delicadeza con sus tijeras de podar. Yo lo observaba en secreto, y me divertía ver como se ensuciaba las manos de tierra, y él sabía que yo lo espiaba desde la ventana de mi habitación y siempre me dirigía una cálida sonrisa mientras se lavaba las manos con la manguera.

»Eran gente sencilla, gente que había nacido sin nada y había logrado crear una fortuna sin ayuda de nadie. Gente que sabía lo que era la necesidad, y ayudaba a los necesitados. Recuerdo que un día, mientras él arreglaba su jardín, yo le di las gracias por portarse tan bien conmigo, y él me respondió.

—No me lo agradezcas. Nunca se sabe quién será mañana el jardinero.

»Al principio no lo entendí, y el adivinó mi expresión confusa.

—Hoy estás en la cima, pero mañana nadie puede asegurarte dónde estarás. Por eso me gustan las plantas, son una perfecta analogía de la vida humana, con sus momentos espléndidos y radiantes y sus tiempos marchitos y carentes de sentido. Con esos increíbles altibajos que son los que hacen que sintamos cada segundo como único e irrepetible.

»Él mismo comprobaría años más tarde la certeza de aquellas palabras, y parecía saberlo de algún modo, se preparó para ese trance.

»Llegó la primavera y el jardín cobró vida. Sin embargo el señor Borlán no estaba satisfecho, estaba enfadado porque no habían brotado unas plantas trepadoras a las que había dedicado muchísimo tiempo y esfuerzo. Ella, por su parte, seguía como siempre, algo distante. No conversábamos demasiado, simplemente nos respetábamos mutuamente. Años después supe que creía que Borlán y yo manteníamos una aventura.»

— ¿Y la mantuvieron? —la interrogó espontáneamente el periodista.

—Una mañana, cuando se acercaba el verano, ella me ordenó bajar a la planta baja y me dijo que algunas cosas iban a cambiar en los siguientes días. Yo temía lo peor, dadas las circunstancias...

— ¿Qué quería?

«Estaba muy seria, se acercó a mí, y cuando yo ya estaba a punto de excusarme y decir que se equivocaba, ella me interrumpió repentinamente.

—Hay que hacer algunos ajustes.

—Como usted mande, señora.

—Mi hija vuelve a casa la semana que viene, así que tendrá que dejar lista su habitación para entonces.

— ¿Su hija?

—Sí. ¿No le he hablado nunca de ella?

»Por la cara que debí poner se dio cuenta de que no lo había hecho.

—Durante el invierno estudia en un internado católico para niñas. Pero vuelve todos los años por los meses de verano.

— ¿Cuántos años tiene?

—Doce.

»Aquello fue todo lo que me dijo, y no quise preguntar más, porque, por el tono de su voz, noté que la conversación le incomodaba. Me limité a preparar la habitación para la niña, que, como la señora había prometido, llegó una semana después para revolucionar la casa.

»Cuando la vi por primera vez, yo estaba en el jardín, admirando las plantas de su padre, y este salió a recibirla con los brazos abiertos. Ella se lanzó a su cuello, y él la levantó por los aires, dando vueltas y besándola en los pómulos. Noté verdadero amor entre ambos, y por un momento olvidé el extraño hecho de que no me hubiesen mencionado nunca su nombre, y, cuando al fin él la dejó en el suelo, ella se quedó quieta, mirándome.

»Era una niña preciosa, aunque bueno..., al fin y al cabo, eso ya no tiene importancia. Sus cabellos castaños le caían completamente lisos a ambos lados de la cabeza, rozando su uniforme escolar azul marino, y por alguna razón me di cuenta de que no era una de esas niñas pestilentes que crecen acostumbradas a vivir con toda clase de caprichos. Había algo en su mirada, una especie de madurez prematura que resultaba tierna y sobrecogedora a partes iguales.

—Esta es Dora, se encarga de las tareas de la casa.

»Yo me acerqué a ella, tendiéndole la mano en señal de amistad.

— ¿Y tú? ¿Cómo te llamas, preciosa?

»Antes de responder, me estudió de arriba abajo, mientras, yo permanecía inclinada con intención de que me estrechase la mano. Poseía una serenidad algo extraña para una niña de su edad, y lentamente, sin prisas, las palabras emergieron de su boca.

—Vanessa, me llamo Vanessa de Laurentis.»

—Espere, espere —la interrumpió el periodista—. ¿Me está diciendo que conoció a Vanessa de Laurentis cuando tenía tan solo doce años?

La anciana sonrió de nuevo, y su gesto resultó algo melancólico y lleno de añoranza.

—Así es, pocas personas podrán decir que la conocieron tanto como yo.

—Y dígame. ¿Por qué Magdalena se comportaba de forma tan extraña?

—Sabía que me preguntaría eso. Jóvenes, siempre tan impacientes, incapaces de seguir el hilo de una historia sin interrumpir a cada momento.

—Perdone. Continúe, por favor.

«La niña parecía llevarse muy bien con su padre, que le enseñaba todo lo que sabía, y pasaba horas y horas jugando con ella, pero su relación con la madre era mucho más fría. Había algo que no cuadraba en todo aquello, y yo no podía evitar hacerme las mismas preguntas que hoy se hace usted. Hasta que un rojo atardecer me acerqué por la espalda al señor Borlán y me armé de valor para formularle la cuestión. Él, como siempre, tenía las manos repletas de tierra, pero aquella vez dejó lo que estaba haciendo y me invitó a sentarme en una mesa de piedra que había en el jardín, y que desgraciadamente es una de las pocas cosas que hoy en día ya no se conserva.

—No es lo que crees.

»Yo lo miraba estupefacta, algo aturdida por las reveladoras palabras que sabía que sobrevendrían a aquella introducción.

—Magdalena no es su verdadera madre —murmuró entre dientes—. Su madre murió durante el parto.

—Lo siento...

»El negó con la cabeza, tratando de restarle importancia a la conversación, pero estaba visiblemente afectado.

—Hace tres años conocí a Magdalena y, bueno..., ya sabe cómo son estas cosas. Vanessa no acaba de aceptar que viva aquí con nosotros.

—Todavía es una niña, acabará entendiéndolo.

»Entonces él me miró, y recuerdo que su sonrisa y su expresión me resultaron entrañables, inolvidables. Hoy todavía puedo ver los hoyuelos en sus pómulos, y el gesto de satisfacción que dejó entrever cuando me contrarió.

—Se equivoca. Su madurez es extraordinaria para la edad que tiene, tanto que incluso sus profesores me lo han comentado en varias ocasiones. Y Magda lo sabe, lo sabe y eso la reconcome, porque es consciente de que Vanessa nunca la aceptará y que yo nunca podré dejar de lado a mi hija por una mujer. Jamás.

»Me di cuenta de cuánto quería a la pequeña en aquel mismo instante, y de que no importaba que antes no me hubiese hablado de ella. Sus sentimientos eran sinceros, y eso se reflejaba en sus ojos.

—Sé que ella se marchará por su propio pie, llegará un día en que no aguante más esta situación.

»Yo no sabía qué decir, y él percibió mi preocupación.

—No se preocupe, no se puede decir de mí que sea esa clase de hombre que necesita a una mujer

a su lado para ser feliz. Hay muchas más cosas en la vida que el amor de pareja tal y como la mayoría lo conciben. Hay muchas más clases de amor, mucho más complejas y satisfactorias para mí.

»Sin que apenas nos diésemos cuenta, había anochecido, y él se levantó, haciéndome una señal con las manos. En aquel momento yo malinterpreté el movimiento, creyendo que me pedía que nos fuésemos juntos, pero me hizo salir de mi ensoñación.

—Yo amo la vida, amo todo cuanto me rodea.

—Y a sus plantas —me atreví a apuntar.

—Sí. Ellas no me reprochan nada. Solo me devuelven lo que siembro, y eso me gusta, me abrumba por su sencillez.

»Una suave brisa nos acariciaba mientras el sol acababa de ponerse. Fue un momento especial, un momento de sinceridad en el que me abrió su corazón, y yo no volvería a mirar al señor Borlán con los mismos ojos desde aquel instante.

»Con el tiempo, vi que todo cuanto me contó aquel día era cierto, y que incluso sus vaticinios se cumplían, tal cual él los había predicho. Vanessa lo quería con locura, y para él ella era la única mujer de su vida, la única que estaría ahí para siempre, ocupando un lugar en su corazón.

»La vida se volvió fácil, aprendí a diferenciar las estaciones del año sin mirar el calendario. Solo tenía que asomarme a la ventana y ver el espectacular edén, observar sus movimientos y de qué manera las ramas se retraían en invierno y se abrían en mil flores cuando llegaba la primavera.

»Apenas un año después de mi llegada, me parecía que aquella vida había sido siempre mi vida. No recordaba los malos momentos. Olvidé la desesperación, el hambre y el dolor, y cuando un par de años después, como él había dicho, ella se marchó, no pude evitar sentir cierto sentimiento de culpa.

»Vanessa volvía cada nueve meses más adulta. Y esos meses de verano eran una especie de sùmmum, una especie de celebración que llegaba cada estío tras los duros meses de siembra.

»Llegó a quererme, y eso era un arma de doble filo para mí, que me daba cuenta de que no me veía como una amenaza. Yo siempre sería el ama de llaves, y no había motivo para rechazarme porque su padre nunca se fijaría en mí. Sin embargo, no tener el amor del señor Borlán significaba tener el suyo, y comprendí cuánta razón había en sus palabras cuando aquel atardecer me dijo que hay amores mucho más plenos que el sobrevalorado amor de pareja.

»Vanessa era enigmática, atrayente. Su inteligencia era su mayor virtud y la dejaba escapar con cada frase, con cada pequeño aporte. Ahora solo estábamos los tres y, cuando volvía de sus largas temporadas de estudio, siempre reservaba un cálido abrazo para mí después de volar en brazos de su padre. Nos sentábamos juntas en el jardín, viéndolo trabajar, y ella encontraba en mí la voz femenina que nunca había tenido, una amiga que sabía aconsejarla y hacerla reír.

»Poco a poco, las tareas de las que tenía que ocuparme se vieron reducidas, y una inmensa alegría me invadió cuando me di cuenta de que nos estábamos convirtiendo en una familia, que, aunque algo atípica, era todo con lo que yo había soñado.

»Después, ella se marchaba, y quedábamos solos él y yo, aguardando otro año más, sembrando para volver a recoger la cosecha cuando llegase el calor. Y, análogamente al jardín, mis sentimientos permanecían congelados en invierno, atrapados en lo hondo de mi corazón, retenidos por el miedo a dar el paso y caer al vacío, perdiendo todo lo que tanto amaba.

»Y un día, raramente cercano y lejano a la vez del primero que penetré en los muros de la casa por primera vez, no era una niña la que volvió, sino toda una mujer. Ahora su cuerpo comenzaba a corresponderse con su excepcional intelecto, y embriagaba con tan solo observarla. Una mujer bella,

poderosa e inteligente, con un porvenir más que prometedor.

»Su padre también vio aquel cambio en ella y, cuando llegó la siguiente Semana Santa, y ella nos visitó por unos días, nos hizo salir al jardín y acomodarnos en aquella mesa de piedra que tanto añoro.

—Hija, ¿ves esa pequeña enredadera que comienza a trepar por el primer pilar del pórtico? Es un regalo para ti.

»Ella no decía nada, pero parecía adivinar lo que él iba a proponerle. Sus ojos estaban brillantes cual cristal precioso. Y pasó el brazo por encima de la mesa, cogiéndolo de la mano, y admirando las enormes flores blancas de su presente.

—*Mandevilla laxa*. Una de mis preferidas. Es una planta semitrepadora que bien cuidada puede alcanzar unos cuatro metros de altura, pertenece a la familia de las dipladenias, que son apropiadas para vestir pequeñas pérgolas o vallados. Crecen fuertes y hermosas en zonas cálidas, de humedad ambiental algo elevada, y preferiblemente en áreas soleadas o muy luminosas. Por eso quiero regalártela, porque te representa. Porque, igual que tú, llega con el calor cada año, y siempre crecerá fértil mientras continúes regresando, porque necesita estar expuesta al sol, y tú lo iluminas todo allá por donde pasas.

»Vanessa se levantó, y yo nunca la había visto tan emocionada. Rodeó la mesa y abrazó fuertemente a su padre, que, no pudiendo contener más las lágrimas, dejó que una gota acariciara su mejilla.

—Eres lo que más quiero, Vanessa, y por eso quiero que todo cuanto tengo sea tuyo.

»Ella también lloraba, y el momento se convirtió en una auténtica vorágine de sentimientos.

—Hay muchas clases de dipladenias. ¿Sabes por qué escogí la *Mandevilla laxa*?

»Vanessa negó con la cabeza, con la respiración entrecortada por la emoción. Y yo, que había tratado de no derrumbarme, no pude evitar unirme al baño de lágrimas, al darme cuenta de que él había querido que yo presenciase aquel momento tan especial.

—La *Mandevilla laxa* es la que mejor soporta el frío de entre su especie. Y eso me simboliza a mí, hija, porque, por muchas veces que te marches, soportaré los duros meses de invierno esperando tu retorno, cada vez más radiante, cada vez con un interior más cultivado y con las raíces más arraigadas, que espero que algún día te atrapen a mi lado para siempre.

»Quizás ese sea el momento que más recuerde de los dos juntos, porque era perfecto. Ambos se habían encontrado en el medio. Ella ya era toda una mujer, y él todavía no era demasiado viejo, y me gusta recordarlos así, y pensar que en algún lugar él todavía la espera, regando sus dipladenias, y que ella llegará de nuevo con los primeros atisbos de sol veraniego y se lanzará a sus brazos.

»Después de esa revelación todo cambió. La empresa, la casa, y todas las posesiones del señor Borlán pasaron a ser de su hija, que comenzó a hacerse cargo de la fábrica y de todos los negocios. Y yo pasaba más horas sola que nunca, porque ellos siempre iban aquí y allá. Él le enseñaba todo cuanto sabía, y ella lo correspondía demostrándole que tenía valía y que no se había equivocado confiándole todas sus posesiones. Fue quizá la época más gris para mí de entre todos estos cuarenta años. Pues, aunque no podía reprocharles nada, me sentía algo sola cada vez que se marchaban. Procuraba prepararles una cálida acogida cada día, y cuando volvían tenían la comida servida. Me gustaba cocinar para ellos, y sorprenderlos con algunos postres que aprendía de un libro de recetas. Y Vanessa en ocasiones me ayudaba y me pedía que le enseñase a cocinar esto o aquello. Pronto, a ella no le quedaba nada más que aprender, sabía llevar la fábrica incluso mejor que su propio padre y,

aunque no era habitual ver a una mujer manejarse tan independientemente en aquella época, todos terminaron por acostumbrarse al cambio y comenzaron a respetarla y admirarla como habían hecho anteriormente con su progenitor. Él, despreocupado, comenzó a dedicarse por completo a su jardín, y de nuevo yo tenía a alguien en la casa que me hiciese compañía. Solo el hecho de verlo trabajar hacía que me inundase una gran felicidad y, como Vanessa estaba mucho más atareada, teníamos más tiempo para estar solos, para envejecer juntos.»

— ¿Era capaz de hacerlo todo completamente sola, sin la ayuda de nadie?

—Así es, era tremenda su inteligencia, y más aún su astucia. Hay personas muy inteligentes que carecen de esa espontaneidad, no sé si me explico.

—Sí, sí..., entiendo lo que quiere decir.

—Aunque, bueno, la verdad es que algunos años después encontró a un compañero casi perfecto, y digo casi porque era un humilde trabajador de la fábrica, y aquello resultaba todo un escándalo en aquellos tiempos.

—Entonces está de acuerdo en que algo hemos avanzado —apuntó guasón Cobos.

—Más valdría la pena que algunas cosas continuasen igual con tal de evitarnos algunas aberraciones de la vida moderna —replicó la mujer.

— ¿Y qué pasó finalmente? —preguntó el periodista cambiando de tercio.

«Yo pensaba que él se lo reprocharía, que Borlán no querría a un obrero como esposo de su hija, pero me equivocaba. Nunca olvidó de dónde venía, y acogió al muchacho con los brazos abiertos, en esta misma casa. Era un chico muy apuesto, y su mono de trabajo marcaba su estilizada y fuerte figura. Su nombre era Víctor, Víctor Esmerodes. Casi sin darme cuenta, habían pasado quince años desde que llegué. Vanessa y Víctor se casaron cuando ella tenía veintiocho, y nunca supimos si quedó encinta, o si contrajeron matrimonio al darse cuenta de que ya lo estaba. Fuese como fuese, la noticia no podía haber llegado en peor momento. La fábrica no atravesaba su mejor racha, y no porque ella no le dedicase todo su empeño, sino a causa de unas leyes de aranceles e importaciones más permisivas que propiciaron la entrada al país de una gran cantidad de telas de Asia, que, aunque no eran ni mucho menos de la misma calidad, resultaban más baratas.

»El cerco parecía cerrarse sobre sí mismo, era como el pez que se muerde la cola, y dos generaciones de prosperidad y bienestar parecían truncarse con la llegada de la tercera, que se gestaba en el interior de Vanessa. Las cartas comenzaron a acumularse en el buzón, y con cada sobre blanco las pérdidas de la empresa crecían, a la vez que los clientes se veían disminuidos por la brutal competencia internacional.

»Eran tiempos difíciles no solo para el textil, sino para muchos sectores de la industria que se vieron severamente afectados por una modernización del proceso de fabricación y de las leyes fronterizas. Y Vanessa, en realidad, no contaba con el apoyo de nadie. Su padre hubiese ayudado de haber podido, pero tendría por aquel entonces casi setenta años, y por desgracia la salud no le acompañaba demasiado. Era entristecedor y doloroso verlo encogerse sobre sí mismo, perdiendo todo el vigor que siempre había tenido y sosteniendo su peso con un bastón, sin el que no era capaz apenas de andar. Solo su cabeza permanecía intacta, su sensibilidad y su amor a la jardinería hacían que continuase funcionando como el primer día y, sabiendo que el niño nacería en verano, fue Vanessa quien lo ayudó a plantar otra dipladenia, tapizando el segundo de los pilares del pórtico.

»Un caluroso día de julio, la madre dio a luz, y el bebé tenía los ojos de su abuelo, que enloqueció sabiendo que tendría un descendiente varón y que sería el último que llevaría el apellido

de Laurentis.»

— ¿Es el bebé del cuadro, verdad? —la detuvo el periodista, todavía intrigado por el óleo que le había llamado la atención al entrar a la estancia.

—Así es. Borlán hizo llamar a uno de los mejores pintores de la ciudad, y ordenó un retrato de la madre con el niño en brazos.

—Así que ella es Vanessa. Desde luego, era una mujer preciosa.

—Sí que lo era, y yo diría aún más. Su belleza exterior se correspondía con su belleza interior, era el ejemplo perfecto para ese dicho que dice que la cara es el espejo del alma.

Ambos miraban la pintura, abstraídos en sus propios pensamientos, hasta que ella comenzó a hablar de nuevo.

—Hugo comenzaría una nueva historia que se desmarcaría de la tradición familiar, pero que tendría mucho en común con su lucha. Él iniciaría de nuevo la ascensión de una familia humilde que se había quedado sin nada, y ninguno de nosotros imaginaba hasta qué punto llegarían sus pretensiones, ni hasta dónde nos llevaría cada uno de sus brillantes pasos.

El destino de la familia comenzó a escribirse aquel día, y en la primera página había cuatro palabras en torno a las cuales girarían todos los acontecimientos: Hugo Esmerodes de Laurentis.

CAPÍTULO 17

La actitud del escritor era la misma. El único atisbo de cambio podía apercibirse en sus cabellos negros, que aunque todavía muy cortos, comenzaban a cubrir su cabeza antes desnuda, disimulando las cicatrices, y dotándolo de un aspecto más serio, si cabe.

Maurer se hallaba sentado en el pequeño taburete, frente a él, y esta vez había traído consigo algo más que papel y boli. Sacó de la cartera el libro, una edición de tapas blandas, que había adquirido por un módico precio en una librería cercana a su antigua consulta, y Hugo continuaba aposentado en la silla al otro lado de los barrotes, con la mirada fija en él, y divirtiéndose con cada uno de sus movimientos.

—Lo he terminado.

— ¿Sí? ¿Y qué le ha parecido? ¿Le ha ayudado a descubrir qué clase de persona soy, qué clase de maníaco perturbado hay en mi interior?

—Todo lo contrario. Me sorprendió gratamente, nunca pensé que te interesase la filosofía clásica.

— ¿Filosofía? Perdone doctor pero me temo que no recuerdo haber escrito nada parecido ¿Sería tan amable de ilustrarme?

—Por supuesto —respondió mientras buscaba un pasaje concreto de la novela.

“...Edmundo se adelantó, dirigiéndose al hombre ahora acorralado y cabizbajo, temeroso al ver que todo su mundo se desmoronaba como un castillo de naipes.

— ¡Vives obnubilado! ¡Ciego por no conocer nada más allá de las sombras que se proyectan ante ti! Conocedor de meras ilusiones arrojadas por el fuego de una hoguera, crees que cuanto ves es cierto, más no eres capaz siquiera de distinguir los objetos que generan esas sombras desfiguradas.

—Puede que estés en lo cierto. Mas en ocasiones resulta más llevadero observar las proyecciones de una fogata, que las llamas candentes de la hoguera, capaz de cegar y encandilar por su propia luminiscencia.

— ¡Oh! ¡Qué tristes palabras! Que tristes razones las de quien prefiere vivir la mentira que observar la luz, no sabiendo que mirando directamente al fuego al final la vista se adaptaría al cambio, ofreciendo una realidad mucho más certera de todo cuanto nos rodea.

— ¡Otra mentira! ¡Otra falacia encubierta resultaría de tal acción! Pues si artificial es el fuego que provoca las sombras, en igual manera se puede dudar de sus llamas, que como las sombras que al principio veía, fueron provocadas por una existencia mayor.

—Certeras ahora tus palabras, resultando la luz artificial solo un paso más cercana de la verdad absoluta, que las vagas formas anteriormente dichas. Mas acostumbrado a esa luminosidad, con el tiempo serías capaz de observar directamente el sol, y no hay conocimiento ni saber más puro, que el que adquiere quien mira directamente a la luz que se alumbra a sí misma.

— ¿Y qué tendría, que tendría siendo poseedor de la mayor sabiduría, si todo aquel que me rodease todavía tuviese la vista fija en las vagas sombras que arrojaba la fogata? Solo desdicha, solo burla e incomprensión, pues siendo incapaces de ver lo que yo veo, mis antiguos iguales encontrarían locura en mis palabras, creyendo que las figuras que ellos observan son mucho más

veraces que las que yo describo.

—*Me descolocan tus palabras, pues me encuentro confuso no habiendo pensado en eso.*

—*¿Quién hallaría mayor felicidad... el que siempre vivió entre las sombras y creyó que no existía nada más allá de la penumbra, o el que conoció la luz y se vio de nuevo envuelto en la oscuridad, ansiando volver a emerger a la superficie?... ”*

—No está bien que yo lo diga, pero ha de reconocer que es genial —apuntó Hugo con una burlona expresión—. Aunque sigo sin ver la filosofía clásica de la que usted me habla.

—No se esfuerce señor Esmerodes, cualquier alumno de secundaria sabría que esto es un guiño al mito de la caverna, de Platón.

—Lamento decirle que está equivocado. No me inspiré en ningún clásico para escribir el libro.

—Vamos... no puede negar la increíble influencia platónica de este fragmento. Además, no es algo de lo que deba avergonzarse, es una buena referencia.

El escritor no respondió, incómodo por algún motivo que el médico no era capaz de vislumbrar. Y él continuó hablando del tema, observando cada nerviosa reacción del poeta.

—En el mito de la caverna, Platón trata de ilustrar mediante una alegoría el camino entre el mundo visible y el mundo inteligible, el mundo palpable y el mundo de las ideas, y la ascensión del alma a la verdad absoluta. Para ello, nos pone en la piel de unos prisioneros en el fondo de una cueva, encadenados de forma que solo pueden mirar hacia el fondo de la misma.

Hugo trataba de aparentar que aquello no le interesaba en absoluto, aunque no interrumpía al doctor, y continuaba escuchándolo como quien no quiere la cosa.

—Detrás de los prisioneros, hay un muro, y algo más cerca de la entrada de la caverna, una fogata. Algunos objetos asoman por encima de la valla, y el fuego los proyecta sobre la única pared que los hombres son capaces de ver, generando unas sombras, que al ser lo único que conocen, por fuerza toman como ciertas.

—Ahora me dirá que yo estoy en ese estado de ignorancia, que los barrotes son el muro y que todo cuanto creo cierto son vagas sombras que obstaculizan mi raciocinio.

Maurer hizo caso omiso a la interrupción.

—Platón establece un símil entre la ascensión de un prisionero liberado hacia el exterior de la cueva, y el conocimiento de la verdad absoluta, y conforme camina hacia la superficie, los ojos del hombre se acostumbran a la nueva luz, siendo capaz al final de mirar directamente al sol, que simboliza el saber supremo.

— ¿Y qué?

—No me negará que las similitudes son pasmosas. Por fuerza tuvo que inspirarse en el mito de la caverna para escribir esa parte del libro, de otra forma no me lo explico.

El escritor rió sonoramente, y al doctor le resultó algo molesta la repentina carcajada.

— ¿Y quién es usted en este cuento de hadas? ¿La verdad suprema? No... Eso sería demasiado pretencioso, yo creo que se conformaría con el papel de la hoguera, a medio camino entre la luz y la penumbra.

Había una extraña rabia inscrita en sus palabras, que emergían de su boca lentamente, como dardos afilados.

— ¿El tema le perturba verdad? Aunque no logro averiguar por qué. ¿Acaso no es capaz de reconocer que su libro no ha salido exclusivamente de su cabeza?

Aquello resultó como una puñalada para el novelista, que se vio zarandeado por un vaivén de repentinas emociones, y no pudo ocultar estos sentimientos, reflejándolos en su mirada altiva y amenazante.

—No siga por ahí doctor.

— ¿O qué? ¿Qué va a hacer?

Iridiscencia, esa era la palabra, un fulgor reprimido acababa de encenderse dentro de él, que dejó de aparentar que nada le importaba nada.

— ¿A dónde quiere llegar? ¿Qué pretende con todo esto? ¿Busca enfadarme, es eso lo que desea?

—Solo observo sus reacciones a diferentes estímulos, a estas alturas debería saber que ese es mi trabajo.

—Estoy cansado de su juego. Quiero hablar con Sorbona.

— ¿Sorbona? ¿Después del espectáculo de su única visita? No creo que vuelva a aparecer por aquí. Hágase a la idea de que no solo soy su doctor, sino su contacto con su abogado y con cualquier elemento exterior a estos cuatro muros, le guste o no.

—Cierto, es lo más prudente después de lo que ocurrió.

— ¿Y no cree que usted tuvo mucha culpa? —lo provocó.

— ¡Ah! Qué fácil es echarle la culpa a otro, al débil y al indefenso que esta entre rejas. Muy bonito... sí señor, toda una lección de clase.

— ¿Acaso no fue usted quien tuvo que ser reducido por los guardas?

—Ignacio... siempre incapaz de apreciar la teatralidad. ¡Fue él quien tuvo la idea! No creo que yo tuviese nada que ver en eso, aparte de una rápida aceptación, si quiere verlo de esa forma.

— ¿La idea...? ¿Qué idea?

Un ligero principio de miedo creció en su interior, como una gota que cae sobre aguas estancadas, alterando su curso.

—Espere... ¡No me diga que no se lo ha contado! —se levantó de la silla divertido—. ¡Ah, Ignacio, Ignacio, eso no está bien! Dele una pequeña reprimenda de mi parte, no es justo enredar a un médico de esa forma.

— ¿Qué?

— ¡Por eso se lo tomaba tan en serio! ¡Por eso estaba tan metido en su papel de curandero! Y yo sin darme cuenta...

Estaba algo confuso, aquello lo había descolocado por completo. Hugo no tenía ninguna razón para engañarle, aparte de la diversión que eso pudiese aportarle, y en realidad no parecía que lo estuviese haciendo.

—Cada una de sus preguntas... y yo que pensé que estábamos jugando desde el principio.

— ¿Jugando?

—No me culpe doctor. Como iba a imaginar que Ignacio no le había dicho que esto era pura propaganda.

Las palabras lo hirieron en lo más profundo, sintiéndose duramente golpeado, y trató de hacer caso omiso a aquellas provocaciones, que no sabía si eran o no verdaderas. Recordó el olor a alcohol que desprendía el abogado cuando se vieron en su casa, y la desconfianza se acrecentó, evocada por un cúmulo de malas sensaciones.

— ¡Oh! ¿Está decepcionado doctor? ¿No se esperaba algo así verdad? ¡Ahora no puede dejar de preguntarse qué más le habrá ocultado! -gesticulaba.

— ¿Propaganda...? —murmuró él a duras penas, conmovido.

— ¿Ve ahora por qué no le respondía cuando me preguntaba por los escritos de las paredes? ¡Yo creía que usted sabía que eran solo parte de la comedia!

Las carcajadas inundaban el módulo, y era una risa doliente y poco afable, que resonaba en cada recoveco del lugar, metiéndose en la cabeza del doctor, que se maldecía por volver a encontrarse con el encubrimiento y la falsedad, tantos años después.

— ¡Menuda sorpresa! ¿Verdad? —se mofó Hugo cual Maquiavelo.

Maurer se levantó del deteriorado taburete, mientras él continuaba alardeando de su enrarecida victoria. Y de nuevo emprendió el paso sin decir nada, recogiendo sus bultos y marchándose lentamente, entretanto el escritor recitaba sus propios versos a toda voz, inscribiendo cuanta perfidia cabía en cada una de las entonaciones.

— ¡Volver a caminar bajo la lluvia, anudando cabos sueltos, nudos inconexos de irresistible belleza! —se detuvo para reír, y gritaba más y más fuerte conforme el doctor se alejaba—. ¡Emerger ante la vida, sabiendo que todo cuanto nos rodea es efímero, sabiendo que no hay salida!

Las oraciones enlazadas provocaron una extraña sensación en él, que sentía como si fuesen una descripción de su propia desgracia, y una gran contradicción hizo que sus convicciones se tambaleasen, como la nieve que quema por sostenerla demasiado tiempo entre los dedos.

— ¿A dónde va doctor? ¡Ahora que por fin nos hemos sincerado el uno con el otro! ¿Va a dejar pasar este emotivo momento?

Pasó junto al carcelero sin mediar palabra, y abandonó la zona, escuchando tras de sí el cierre del portón blindado, que cortó en seco aquellas risas incómodas. Y de puertas adentro quedó Hugo, aferrado a los barrotes, con una expresión siniestra de total satisfacción.

Él, por su parte, no esperó a que la tempestad amainara, en lugar de ello se puso en camino, y sabía muy bien a donde se dirigía.

El bufete de Sorbona tenía oficinas en el edificio Plaza, uno de las más prestigiosas construcciones de la ciudad, que se erigía con cierta superioridad entre los otros edificios modernistas del barrio financiero. El ascensor panorámico se elevaba mostrando una espectacular vista de la urbe a medida que tomaba altura, y el doctor observaba lo pequeños e insignificantes que parecían los hombres desde allí arriba, distribuyéndose entre las calles de la metrópolis como hormigas que se preparan para el invierno.

Entró al despacho sin llamar, y allí encontró a Ignacio, que trataba con un cliente. Ambos se giraron en torno a él, y su expresión debió ser tal, que el abogado despidió rápida y cordialmente al otro hombre, acompañándolo hasta la puerta, y cerrándola con suavidad tras de sí.

— ¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

—Lo dejo.

— ¡¿Qué?! —

—Te dije que no formaría parte de ninguna farsa. Me voy.

— ¡Espera! ¡Me quieres decir qué demonios está pasando!

—No lo sé... ¡Dímelo tú!

—No entiendo nada...

—Pregúntale a tu cliente, parece que estáis muy compenetrados.

— ¡¿A qué viene todo esto?! —

— ¡Que poca vergüenza! ¡Al menos ten valor para reconocerlo!

— ¡¿Para reconocer qué?!

— ¿Cuándo pensabas decirme que todo fue idea tuya?

La cara de sorpresa del letrado contrastaba con su habitual seriedad.

— ¡Ricardo, escúchame, de verdad no sé de qué me estás hablando!

— ¡Pura propaganda! ¡Esas fueron sus palabras! La enfermedad, los escritos de la pared, el triángulo de Tartaglia... ¡Todo mentira!

Sorbona estaba conmocionado, llevándose las manos a la cabeza.

— ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¡¿Cuándo pensabas decirme que todo este tiempo he estado haciendo el idiota?!

— Tranquilízate por favor...

— ¡¿Que me tranquilice?! ¡Me buscas después de catorce años, me convences de volver a intentarlo, de darle una oportunidad a la medicina! ¡¿Y para qué, para humillarme, para burlarte de mí?!

— ¡Yo no he hecho nada! ¡Joder! —explotó—. ¡Te juro que no sé de qué cojones me hablas!

— Eso no es lo que él dice...

— ¿Él? ¡Te está mintiendo! ¿No te das cuenta?

— ¿Por qué tendría que mentirme? Se me ocurren muchas más razones por las que tú lo harías.

— ¿Sí? ¿Cuáles?

— Sacarlo de ahí, coronarte como uno de los mejores abogados del país.

— ¡Eso es ridículo! ¡Está jugando contigo!

— Curioso... él utilizó las mismas palabras cuando se dirigió a ti.

— Ricardo, créeme, yo no haría algo así. ¿Cómo se explica que cuando llegase ya estuviesen las paredes rayadas? ¿Cómo se supone que pude preparar algo así?

Maurer se detuvo momentáneamente, dispuesto a sopesar por unos segundos los argumentos de ambos hombres.

— Pudiste contactar antes con él por teléfono.

— ¡Comprueba el registro de llamadas de la prisión, verás cómo mi número no figura en ningún lugar! ¡Tienes que creerme!

— No lo sé... Hugo no parecía estar mintiendo, tengo la desagradable sensación de que era sincero.

— ¿Y te parece que yo miento? —se acercó a grandes zancadas, cruzando la mirada con él, y quedando quieto a muy poca distancia.

— Si no lo haces... ¿qué sentido tiene todo esto? ¿Por qué se molestaría el escritor en crear una disputa tan absurda entre nosotros, sabiendo que el único que puede resultar perjudicado es él?

— A eso no puedo responderte...

— Todo parece cuadrar según sus afirmaciones, incluso los mamarrachos de la celda tendrían su razón de ser.

— ¿Cuál?

— El engaño.

Ignacio retrocedió, incómodo.

— Una pantomima para hacerme creer que está loco... Sin embargo, si te creo a ti, Ignacio, no tenemos nada, ni una sola pieza del *puzle*.

— ¿Y no es en ocasiones, la verdad, mucho más compleja que la mentira? Piénsalo Ricardo, esa es la diferencia, la verdad no tiene por qué tener sentido, la mentira se construye para que lo tenga.

Maurer no replicó, algo amedrentado por las acertadas palabras del abogado, que continuó con su discurso.

—Hazme un favor, y háztelo a ti mismo, descansa un par de días, y vuelve a visitar a Hugo, te darás cuenta de que está mintiendo.

—Hazte tú un favor, y deja de beber esa mierda de vodka, te está atrofiando el cerebro...

Conforme la última de las letras salió de su boca, se sintió avergonzado. Había cruzado la línea de lo personal, y eso no era nada propio de él. Ignacio lo miraba abatido, dolido por sus duras afirmaciones.

—Perdona...

—No importa —masculló con un nudo en la garganta, haciendo un esfuerzo por recuperar la compostura—. Visítalo una vez más, por fuerza debes darte cuenta de que sus palabras están envenenadas.

— ¿Y si no lo hago, y si salgo de allí convencido de que dice la verdad?

—En tal caso habremos terminado. No tendría sentido continuar con esto.

—Hmmm...

—Piensa en algo más, yo nunca te pedí que le declarases demente, solo te pedí un diagnóstico. En ningún momento quise coaccionarte.

Maurer lo miraba, algo más sosegado ahora, y el abogado le dirigió de nuevo la palabra con total solemnidad.

—Por favor... confía en mí, verás que el tiempo me devolverá la razón.

— ¿No te das cuenta? Si le creo todo encaja. Acordáis fingir que esta perturbado, me contratáis a mí, y os aseguráis de que todos los medios sepan que lo estoy tratando. Después, yo acabo por creerme que está loco y os firmo un diagnóstico, con lo que incluso podríais trasladarlo a un hospital. Un panorama mucho más alentador que el que ahora se te presenta.

Sorbona escuchaba resignado.

—Por otra parte, si miente. ¿Qué tengo? Unos garabatos y unos poemas que no tienen ni pies ni cabeza. Un paciente egocéntrico y sarcástico que cree que el mundo fue concebido para girar a su alrededor, y un abogado que se preocupa excesivamente por su cliente.

El letrado, sabiendo que cualquier cosa que dijese resultaría inútil, quedo mudo durante unos instantes.

—No sé qué más puedo decirte —movió los brazos en un gesto de abatimiento.

Había algo tétrico en el asunto, algo que se le escapaba. Tenía la sensación de que las cosas no se reducían simplemente a una mentira, sino que había algo mucho más gordo envuelto entre volandas. Y no le gustaba esa sensación, se sentía incómodo, sobretodo sabiendo que solo había una forma de salir de dudas.

CAPÍTULO 18

Resultaban ya reiterativos aquellos verdes pasillos, por los que caminaba desesperanzado. El funcionario, como de costumbre, lo guió a través del laberinto de asfalto, que evocaba cierta claustrofobia en él. Y se sorprendió cuando le indicó que traspasase una puerta, que no era aquel portón blindado al que ya estaba acostumbrado. Al otro lado, se encontró con algo que se asemejaba más a lo que había esperado desde un primer momento, una mesa y dos sillas eran todo el mobiliario de la habitación, y al otro extremo había otra entrada, por la que sabía no tardaría en aparecer Hugo. Tomó asiento tal cual le había indicado el carcelero, y esperó al preso, examinando la estancia detalladamente.

El nerviosismo hizo que se olvidase momentáneamente de su poca intención de continuar. Esto era muy diferente a sentarse en el taburete oxidado, salvaguardado por los barrotes de la celda, aquí estarían cara a cara, y aun sabiendo que con toda probabilidad abandonaría el caso tras la entrevista, no podía evitar estar algo tenso.

Pronto escucho el pestillo deslizarse con un sonido sordo, el escritor apareció al otro lado del umbral esposado de pies y manos, y resultaba increíble comprobar que sus cortos cabellos negros estaban todavía más tupidos que el día anterior. El operario lo ayudó a sentarse, y después se dirigió a él, con una expresión algo monótona.

—Ya sabe las normas. No establezca contacto físico con el preso, y sobretodo no le proporcione ningún objeto del exterior. Si alguno de los dos incumple estos términos se acabó. Tienen media hora.

Maurer esperó a que estuviesen solos. El carcelero abandonó el locutorio, y abrió una ranura a la altura de los ojos, desde la que podía controlarlos visualmente, supuestamente sin escuchar lo que decían.

Hugo descansó los brazos sobre la mesa, y las esposas generaron un ruido desagradable al contacto con la madera barata. Su mirada, en la cercanía, resultaba mucho más penetrante, y había un sentimiento indescriptible implícito en sus pupilas, que brillaban como dos estrellas en la noche.

—Siento lo de ayer —pronunció sereno—. Creí que no volvería a verle.

Había un sincero arrepentimiento en su expresión, o al menos eso le parecía al doctor, que permanecía expectante, estupefacto por el cambio de conducta.

—Fue culpa mía que le sacasen de aquí.

—¿Qué? —un escalofrío recorrió la nuca de Maurer, que se quedó helado, ¿qué demonios estaba pasando?

—Reconozco que se alteró por mi culpa, usted no hubiese tocado los barrotes de no ser por mí.

Sin saber muy bien por qué, le entró miedo, un extraño temor a lo desconocido, y era un sentimiento funesto que lo calaba hondamente. ¿Qué estaba haciendo ahora, por qué se inventaba esta historia?

—¿Le sorprende que pida perdón? —sonrió ahora con ese sarcasmo característico—. Uno debe saber reconocer sus errores, aunque no se acostumbre... Me equivoco pocas veces.

—Cualquiera diría lo contrario.

Hugo levantó las manos y miró las esposas, después rió suavemente.

—Al final comenzará a apreciar la ironía...

Estaba confuso, nada de aquello había sucedido realmente. ¿Paranoia, algún tipo de alucinación? La idea le parecía más bien poco probable, pero... ¿cómo saber si Hugo se creía su propia mentira, o era otra de sus artimañas?

—No tiene importancia, no recuerdo ni siquiera que fue lo que me enfureció tanto —le siguió la corriente.

—Creo que es mejor así, no le gustaría escucharlo de nuevo.

—No, no, por favor, dime que fue lo que me sacó de mis casillas, al fin y al cabo ya te has disculpado.

—Hice un par de comentarios desafortunados sobre la familia Morain. Pero, ¿por qué me lo pregunta si ya lo sabe? A veces no entiendo sus métodos doctor.

El tema de conversación fue desvariando a pesar de Maurer, al que le hubiese gustado sonsacarle más cosas. Y Hugo hablaba con total naturalidad, sin ningún gesto que hiciese sospechar que mentía a propósito.

— ¿Qué me dice de Sorbona?

—Bueno, sus métodos no son limpios, pero siempre me ha sacado de apuros. Lo que a mí me extraña, doctor... es que usted haya vuelto aun sabiendo que ha sido engañado.

Seguía en sus trece, seguía afirmando que Ignacio lo había preparado todo, y por Dios que sus ojos decían la verdad. ¿Qué sentido tendría seguir insistiendo, en caso de que fuese mentira?

—En realidad eso es lo de menos, ahora que lo sé seré todavía más crítico con mi diagnóstico.

—Tendré que esforzarme entonces.

La sonrisa del escritor ya no resultaba agresiva para el doctor. Ahora le evocaba cierta lástima, todo el personaje en si provocaba en él un raro sentimiento afectivo, mientras una nueva teoría tomaba peso en su cabeza.

¿Deliraba? No, tampoco era eso. Algo mucho más complejo se gestaba en la mente del novelista, y Maurer estaba seguro de que no mentía, de que el joven decía la verdad. La cuestión era, ¿su verdad estaba deformada, creía cosas que no habían pasado en realidad? Ahora parecía débil, haciendo terribles esfuerzos por ocultar sus flaquezas tras esa máscara de frialdad y pasividad, y los gestos eran evidentes. ¿Qué demonios era aquello de que le habían sacado de allí, de dónde salían esos episodios que era capaz de describir tan verazmente? Incontables nuevas cuestiones se presentaban ante el doctor, que estaba algo amedrentado, a la vez que emocionado por el descubrimiento. ¿Sería de igual forma falso que Sorbona lo hubiese ideado todo? ¿Lo creía Hugo así y por eso tuvo la sensación de que no mentía?

La cosa se enredaba más todavía, y si Maurer se alegraba de algo, era de poder continuar con el caso. Aquello le abría nuevas posibilidades con las que trabajar, tantas que se olvidó por completo de sus reticencias con el abogado.

—Sorbona, necesito el historial médico de Hugo, y el parte de la noche que entró en el hospital. Análisis de sangre, de orina... todo lo que puedas conseguirme.

El abogado escuchaba nervioso al otro lado del teléfono.

— ¿Qué ha pasado?

—Ahora no puedo explicártelo, debo de estar algo más seguro antes de lanzar la primera piedra. ¿Tienes lo que te he pedido?

—Si... creo que tengo varios documentos que podrían servirte. ¿Vienes a por ellos?

—No, no... ¿Puedes mandármelos al número de fax del instituto?

—Claro.

—Una cosa más. El hospital donde le atendieron... ¿está cerca de aquí?

—Sí, es el único de la ciudad, no te costará encontrarlo. Oye... ¿me vas a decir qué es lo que pasa?

—Créeme, todavía no puedo, pero si mis sospechas son ciertas estaremos hablando de un caso totalmente diferente.

Los alrededores del hospital estaban atestados de coches mal aparcados. El taxi se detuvo en la puerta principal del edificio, y el doctor se apeó sin perder el tiempo, dirigiéndose al interior rápidamente.

En información había una mujer tan bajita que apenas se la veía, lo único que asomaba tras el mostrador era su cabeza.

—Perdone.

—¿Sí? —se subió a un taburete.

—Soy el doctor Ricardo Maurer, estoy tratando a Hugo Esmerodes, el escritor, y según tengo entendido fue atendido aquí.

—Así es, estuvo aquí unos días.

—Necesito ponerme en contacto con el doctor que se hizo cargo de él, es de vital importancia que le haga unas preguntas.

—Espere... déjeme ver —comenzó a teclear en el ordenador.

El olor a lejía era algo agobiante, daba una falsa sensación de desinfección, que se veía fuertemente contrarrestada por las caras de los transeúntes enfermos.

—Llegó en estado comatoso, había sufrido múltiples traumatismos en la cabeza. El doctor Sergio Salmerón se ocupó del caso.

—¿Está aquí ahora?

—¿El doctor? Si, esta de turno. Puedo hacerlo llamar si quiere.

—Se lo agradecería mucho.

—Aguarde en la sala de espera, le avisarán enseguida.

Caminó en la dirección que le indicaba la recepcionista, pero no entró en la salita. Estaba demasiado abarrotada, y cada uno de los enfermos tenía su propia historia inscrita en la expresión. Apenas tuvo tiempo de pensar en ello cuando una enfermera dijo su nombre, y le sorprendió sobremanera la corta espera.

Siguió a la muchacha hasta la consulta de Salmerón, y se despidió de ella dándole las gracias antes de entrar.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, gracias por recibirme.

—No hay de qué, aunque le pediré que sea breve, andamos algo liados.

—Le prometo que solo serán unos minutos.

—Siéntese, por favor. Usted dirá.

—Bueno, querría hacerle algunas preguntas sobre Hugo Esmerodes.

— ¿El escritor?

—Sí, estoy haciéndole un psicoanálisis, y tengo ciertas sospechas, que espero usted pueda ayudarme a confirmar o desmentir.

—Le escucho.

—Lo primero. Supongo que cuando entró le harían un reconocimiento.

—Por supuesto, aunque no puedo proporcionarle esos informes. Usted más que nadie sabrá que debo respetar su confidencialidad.

—No se preocupe, el abogado de Hugo tiene esos papeles. Solo querría saber si usted vio algo raro en los resultados.

— ¿A qué se refiere?

—Niveles en sangre de algún tipo de sustancia alucinógena.

—Bueno, había algo de alcohol, pero no demasiado, aunque es normal teniendo en cuenta que venía de una fiesta. ¿No cree?

—Aparte de eso... ¿nada más?

—No que yo recuerde.

— ¿Alguna deficiencia vitamínica reseñable?

—No. ¿A dónde pretende llegar? Si me dice lo que busca quizá pueda ayudarle.

—Sospecho que está sufriendo delirios.

— ¿Delirios?

—Sí, aunque no exactamente, por eso he venido a verle.

— ¿Y qué le hace pensar algo así?

—Bueno, ha inventado algunos episodios desde que está en prisión, y parece creerse lo que dice.

— ¿Y no cree que puede estar haciéndolo a propósito?

—Por eso estoy aquí, para conocer otra opinión. Aunque si le digo la verdad no lo creo. Son cosas sin demasiada relevancia sobre las que no tendría por qué mentir. Sin ir más lejos, hace un rato acaba de decirme que siente que ayer me echasen de la visita por su culpa.

—Hmmm...

—Dice que toqué los barrotes porque me sacó de mis casillas, y el operario me hizo salir por incumplir las normas.

Salmerón lo escuchaba con suma atención.

—Por supuesto nada de eso ocurrió. Yo me marché por mi propio pie mientras él se reía porque decía que me habían engañado.

— ¿En qué sentido?

—Decía que su abogado lo había preparado todo para que yo lo declarase perturbado, y así facilitar el proceso judicial.

— ¿Y le cree?

—No sé qué creer, Sorbona afirma que él no tiene nada que ver con eso, y en realidad me ha dado mucha libertad desde el principio.

—La verdad es que resultaría algo retorcido.

—Demasiado quizás...

—Lo siento doctor, pero no veo en que pueda ayudarle.

—Espere, solo una cosa más.

—Lo que quiera.

Maurer entrelazó los dedos de ambas manos, y las apoyó sobre la mesa, acercándose a su igual con un gesto de absoluta severidad.

— ¿Cómo fue la confesión? Quiero decir, cómo confeso los hechos, en qué circunstancias.

—Lo habrá leído en los periódicos, fue al poco de despertar, comenzó a gritar como un condenado.

—Ya, esa es la versión, oficial, pero ambos sabemos que siempre se dejan escapar algunos detalles, que aunque no tienen relevancia para la prensa, si la pueden tener para mí.

—No hay nada parecido.

— ¿Esta seguro?

—Oiga, ¿por qué se empeña en ver fantasmas donde no los hay?

— ¿Quién había en la habitación cuando despertó?

Salmerón se revolvía en el asiento, incómodo, molesto por la insistencia de Maurer.

—Mire, le voy a contar esto, y quiero que entienda que es algo que nadie debe saber. Una de mis internas se sobrepasó un poco de sus funciones, antes de que despertase le quitó la mascarilla porque quería besarle.

— ¿Que quería besarle? ¿Se da cuenta de la negligencia...!

—Shhhht. Lo sé, lo sé, por eso mismo no puedo permitir que se sepa, no quiero que despidan a esa mujer. ¿Lo comprende? Después de todo no ha pasado nada.

—Por suerte... ¿Hizo algo más, aparte de...?

—Le dije algo al oído, aunque no sé el qué.

— ¿Y cómo lo sabe, cómo sabe usted todo esto?

—Había cámaras en la habitación.

Una repentina euforia invadió al doctor

— ¿Qué? ¿Conserva las cintas?

—Es evidente que no, borré las pruebas en cuanto me fue posible.

—No lo comprendo. ¿Qué interés tiene usted en todo esto?

—Ya se lo he dicho, no quiero que despidan a nadie.

—Entiendo. ¿Podría hablar con ella?

—No creo que sea buena idea.

—Por favor doctor, no sabe la importancia que pueden tener esas palabras que susurró al oído de Hugo, necesito verla.

Salmerón estaba sudoroso, pasaba por un verdadero mal trago.

—Está bien, pero prométame que no hará nada que pueda perjudicarla.

—Se lo prometo.

—Acompáñeme.

Salieron al pasillo. Salmerón caminaba atarantado en dirección opuesta a la salida del edificio, y Maurer lo seguía con el corazón palpitante, mientras sentía que estaba un poco más cerca de la verdad.

—Espere aquí —le pidió el bata blanca mientras se adelantaba.

Una joven médico hablaba dulcemente con una anciana que iba en silla de ruedas. Sus cabellos dorados dotaban a las expresiones de su rostro de una jovialidad y alegría especiales, y fue un agradable descubrimiento para Maurer descubrir que la muchacha era ella, le había transmitido buenas vibraciones desde el principio.

Salmerón se acercó a ella por la espalda, y le puso la mano sobre el hombro suavemente. Ella se giró y lo besó en los labios, y Maurer comprendió de inmediato la preocupación del doctor porque fuese despedida.

Él le señaló, y ella lo examinó con la mirada, después le indicaron que se acercase, y entraron a otra consulta, muy similar a la que acababan de abandonar.

—Ricardo, encantado.

—Igualmente, yo soy Elvira.

—Bien, Elvira, solo quiero hacerte una pregunta, y quizás sea algo molesto para ti responderme. Solo te pido que seas sincera, por favor.

Ella miró a su compañero preocupada, y él asintió con la cabeza, como diciendo que no tenía de que preocuparse.

—¿Qué fue lo que le dijiste a Hugo al oído antes de que despertase?

—¿Cómo?

—El doctor Maurer está tratando a Hugo, dice que le sería de utilidad saber todos los detalles que envolvieron a la confesión —apuntó Salmerón—. Tranquila, me ha prometido que no revelará nada de esto.

—Está bien... aunque no veo en que pueda ayudar.

La muchacha se sonrojó, algo avergonzada por la situación, y por quedar en evidencia ante aquel desconocido.

—Le dije que yo no creía que él la hubiese matado.

Maurer tragó saliva, sus pupilas se dilataron como dos agujeros negros que devoran todo a su alrededor, y sintió de nuevo aquel temor. ¿Era posible que...? Debía ver esos informes médicos, se despidió de la pareja, que quedó algo extrañada por su repentina marcha, y se puso en camino hacia el instituto donde ejercía como profesor, deseando que hubiesen llegado los faxes de Ignacio.

Lo primero que hizo al entrar fue preguntar en recepción.

—Sí, recibiste algo hace un rato, te lo dejé en el claustro junto a tus libros.

—Gracias Marisa.

Como de costumbre no había nadie más que él en la sala, y resultaba alentador, teniendo en cuenta su deseo de permanecer en la intimidad. Debía aclarar las ideas, y nadie más que él mismo podría ayudarle en aquel momento.

Sobre sus libros de filosofía, había varios documentos, tal cual le había indicado la recepcionista, y no pudo contenerse más, agarró los informes con ímpetu, y se sentó en una de las incontables sillas vacías de la mesa de reuniones. Allí estaba el parte del día “D”, los análisis de sangre y de orina del día que sucedieron los terribles hechos, y él sabía muy bien lo que buscaba.

Hojeó las pocas páginas frenéticamente, adelante y atrás, tan rápido que debía volver sobre sus pasos para revisarlas. Se llevó una mano a la boca, mientras con la otra sostenía de forma temblorosa el parte médico. Los niveles de tiamina en sangre no hacían sino confirmar sus peores sospechas, y tuvo que hacer un esfuerzo por sosegar, sabiendo todo lo que se le venía encima.

Estaba horrorizado, el nombre de la rara enfermedad le sobrevino sutilmente, de forma risueña y macabra, y se sorprendió a sí mismo pronunciando esos términos, que evocaban en él un sentimiento agorero.

—El síndrome de Korsakoff..

PARTE III - REQUIEM

CAPÍTULO 19

— **¿Por** qué no anota nada joven? —preguntó Dora en parte contrariada por la actitud poco profesional de Cobos.

— No me es necesario para el artículo que voy a escribir. En realidad no se trata de una biografía, sino de una opinión con fundamento, estudiando los antecedentes del sujeto.

— No acabo de entenderlo. ¿Qué clase de periodista deja escapar tanta información valiosa?

— Está todo en mi cabeza señora, le aseguré que no se perderá nada.

— Sigo sin aprobar sus métodos.

— Mire Dora, llevo años en la profesión. Le agradecería que simplemente continuase contándome.

Ella no demostraba estar demasiado convencida, pero siguió con las revelaciones, dejando pasar la pequeña diferencia que había surgido entre ambos.

«Desgraciadamente las cosas no continuaron muy bien en la casa. Una especie de mal fario parecía cernirse sobre el estrecho círculo, y las malas noticias comenzaron con la repentina muerte de Víctor, el padre de Hugo, poco después de que el bebé naciera.

»Él era tan pequeño que apenas se puede decir que lo conociese. Cuando no llegaba a los doce meses de edad, Víctor enfermó de unas fuertes fiebres, que finalmente le quitaron la vida. La tisis se lo llevó dolorosamente, arrastrándolo lejos de una familia afligida por el desastre, y tras su muerte yo decidí abandonar la casa, no porque quisiese, sino porque comencé a darme cuenta de que les resultaba difícil pagarme. Me hicieron una carta de recomendación, con la que no me costó demasiado encontrar otro trabajo, y aunque al principio los visitaba con frecuencia, me dolía tanto observar cómo se desmoronaba todo su imperio, que poco a poco dejé de hacerlo.

»Solo me llegaban noticias de vez en cuando, y me entristecía comprobar día a día que la suerte no los acompañaba. No es que los trabajos que tenía estuviesen mal, pero no había nada comparado con estar junto a ellos, participar de sus actividades cotidianas, y en fin, sentirse uno más de la familia.

»Pasaron los años en escala de grises, faltos de un color que solo ellos podían proporcionarme, y me di cuenta de que mi vida giraba completamente en torno a estas paredes, a este jardín, a los rosales, al señor Borlán trabajando la tierra, y a Vanessa estrechándome cariñosamente cada vez que volvía de alguno de sus viajes.

»Quince años son demasiados años, demasiado dolor ahogado. Ni siquiera sé cómo fui capaz de sobrevivir tantos inviernos alejada de todo lo que siempre había soñado, pero todo el mundo sabe que el tiempo cicatriza las heridas, y que es de repente, de forma inesperada, cuando todos los acontecimientos nos sobrecogen, aflorando al exterior. Para mí fue una fría mañana de febrero, cuando salí a hacer unos recados para la familia con la que trabajaba por aquel entonces, cerca de la fábrica de Borlán, y decidí pasar a echar un vistazo, esperando encontrarme alguna cara conocida.

»Fue una larga caminata, que anduve pensando en lo mayor que sería ahora Borlán, que debería tener más de ochenta si las cuentas no me fallaban. Vanessa, que en mi cabeza todavía era una niña, sería ahora una mujer de cuarenta y tantos, y Hugo sería un joven prometedor de unos dieciséis años, seguro que con los ojos de su abuelo.

»Recordé el día que llegué a la manufactura, y cómo Borlán me había ofrecido aquel trabajo que cambió mi vida. Tal vez a usted le parezca exagerado decir algo así, pero es cierto que en mi vida no ha habido nada más pleno, que el tiempo que he podido vivir con ellos.

»Era capaz de distinguir la fábrica a lo lejos, y el río que la bordeaba llegaba hasta mis pies, mucho más sucio que cuando lo visité por última vez hacia años. Había muchas más naves industriales en la zona, y las aguas del riachuelo estaban teñidas de desechos, que no eran controlados en aquella época de la misma forma que lo están ahora.

»Llegué al fin a las puertas de la enorme construcción, que ahora me parecía mucho más pequeña que antaño, opaca ante el opulento polígono que se había construido a su alrededor. El cartel estaba sucio, descuidado, y había poco movimiento a los alrededores, el muelle de carga estaba cerrado, y mis presagios se tornaron negros, previniendo lo peor.

»Vi una pequeña puerta gris de acceso peatonal, y llamé a un timbre que resonó moleestamente en el interior de la fábrica. No hubo respuesta alguna, y me alejé de las paredes de ladrillo, buscando con la mirada el humo, el humo que despide cualquier industria en funcionamiento. Muchas de las ventanas habían sido rotas a pedradas, y me derrumbé al darme cuenta de lo que estaba pasando. Un hombre vestido con un mono azul caminaba en la acera opuesta, y me acerqué rápidamente a preguntarle.

—No encontrará a nadie señora, hace poco más de un mes que la fábrica está cerrada —no iba a decir nada más, pero tras ver mi cara añadió—. Es una lástima, hacían buenas telas».

— ¿La empresa quebró? —interrumpió Cobos.

— Sí. Lo habían perdido todo, después de estar en la cima, y recordé aquella extraña analogía que un día me enseñó Borlán, cuando me dijo que nunca se sabe quién será mañana el jardinero.

— ¿Y qué fue de ellos, de qué vivían entonces?

«Eso mismo me dispuse a averiguar. Y no sabe las palpitations que sufría a medida que me acercaba al muro de piedra que delimitaba el jardín, al edén secreto del número treinta y dos de la Avenida del Olmo. Como si de una broma se tratase, allí estaba la misma aldaba, la misma cara de león sosteniendo ese aro macizo, que me hizo esbozar una sonrisa amarga cuando me serví de él para golpear la puerta.

»Escuché pasos, y todavía era capaz de reconocer el sonido de los zapatos en el camino de piedra. Cuando la cerradura se abrió, el corazón se me salía por la boca, y esperaba cualquier cosa menos lo que vi tras el umbral.

»Un apuesto joven me recibió, y lo primero que pensé es que también se habrían visto obligados a vender la casa. Él me observaba en silencio, estudiándome, y probablemente preguntándose quién demonios era. Entonces lo miré a los ojos, y reconocí al instante aquella mirada penetrante.

— ¿Hugo?

—Perdone. ¿La conozco?

»Me recordó a Vanessa. Poseía la misma calma, el mismo temperamento que su madre, y los ojos de su abuelo. Sus cabellos negros le caían elegantemente a ambos lados de la cara, peinados hacia atrás ligeramente ladeados, con un estilo algo clásico.

—En realidad sí, aunque eras muy pequeño.

—Usted debe de ser Dora. ¿Verdad?

»El hecho de que conociese mi nombre significó mucho para mí, denotaba que al igual que yo a ellos, no me habían olvidado.

—Mi madre me ha hablado mucho de usted.

— ¿Tu madre, está en casa? —la emoción me desbordaba.

—Claro, pase.

»Entré al jardín, y me pareció que estaba todavía más bello que la última vez que lo vi. Puede que fuese mi estado de ánimo, pero el césped era de un verde vivo que deslumbraba, y en el pórtico, las dipladenias se aferraban a los pilares, sobreviviendo como podían al invierno. Observé asimismo que ya eran tres, y me pregunté cuál sería el simbolismo de la última, sabiendo que aquellas plantas tenían un significado especial para Borlán.

»Cuando la vi, no pude evitar las lágrimas. Nos enlazamos en un fuerte abrazo, y yo quise que aquel momento durase para siempre. Noté que estaba algo sorprendida por mi cambio físico, pues en quince años había envejecido muy rápidamente, y yo también estaba deslumbrada por su transformación, aunque de forma favorable.

»Me senté donde usted está ahora, señor Cobos, hablamos durante largas horas, y me contó lo mal que les iban las cosas. La fábrica había dejado deudas millonarias que difícilmente pagarían en vida, y vivían a duras penas con unos ahorros que Borlán había mantenido a su nombre, antes de transferir todo a nombre de ella.

»Todas las deudas estaban a cargo de Vanessa, e incluso la pequeña pensión por viudedad le era embargada mes a mes en pago de facturas pendientes e impuestos. Hugo no podía asistir a los mismos prestigiosos colegios a los que ella fue, y ella se esforzaba por completar su educación inculcándole un sano amor a la lectura.

— ¿Y cómo está tu padre? —la interrogué deseosa de verlo otra vez.

—Como siempre, obsesionado por sus plantas. Aunque los años comienzan a pesarle. Ha perdido la vista por completo, y ya no puede ir a ninguna parte sin su bastón.

—Lo siento. No sabes de verdad cuánto lo siento.

—No... No te preocupes, no está tan mal. Acepta envejecer con naturalidad, creo que siempre ha estado preparado para eso, y Hugo se encarga de él como si fuese su padre —meditó sus palabras—. En realidad creo que lo es, ha sido padre para los dos, y el mejor que hubiésemos podido tener.

—Hugo... no lo reconocí cuando me abrió la puerta.

—Sí, ha sido el único regalo en todos estos años, la única luz entre tanta oscuridad. ¿Sabes lo que hace cada noche? Te habrás dado cuenta de que no está la televisión.

—Sí. No me he atrevido a preguntarte.

»Se acercó a mí, y me habló en voz baja.

—Nos la embargaron, junto con otras muchas cosas. Si no nos han quitado la casa es porque está a nombre de mi padre, y todas las deudas figuran sobre mi persona.

»Me contaba todo esto de una forma ligeramente divertida que yo no terminaba de aceptar, a mí me hubiese resultado imposible tomarme las cosas con esa naturalidad.

—Pues bien, hemos intentado ocultarle a mi padre la seria situación. Sabe que estamos pasando una mala época, pero no hasta qué punto. ¿Recuerdas lo que le gustaba ver la tele por las noches?

—Sí.

—Cuando se la llevaron a Hugo casi le da algo, y tuvo una idea descabellada y brillante a partes iguales. Esa noche, mi padre pidió como siempre su rato de tele, y cuando yo iba a contarle lo que había pasado, mi hijo me hizo un gesto para que callase. Lo ayudó a sentarse en el sofá, y comenzó a contarle que había oído que iban a cambiar toda la programación. Yo lo miraba estupefacta,

preguntándome cómo iba a salir del trance, y él me guiñó el ojo descaradamente, indicándome que no me preocupase de nada.

— ¿Qué hizo?

—Mi padre por aquél entonces había perdido la vista casi en su totalidad. Hugo se sentó junto a él en el sofá, alargó el brazo, y conectó esa vieja radio que ves en la mesilla con absoluta naturalidad, como si nada hubiese pasado.

— ¿Y no se dio cuenta?

—Yo creía que me daba un infarto. Transmitían un partido de fútbol, y mi padre permaneció en silencio unos interminables instantes, con el rostro severo.

— ¿No dijo nada?

—Mejor aún. Cuando llevábamos unos cinco minutos escuchando, le preguntó algo a Hugo.

— ¿Qué?

— ¿Cuáles son los nuestros, los rojos o los blancos?

»No pude evitar reírme, y hacía tiempo que no lo hacía tan a gusto. Me alegraba que Hugo fuese tan atento con Borlán, que en realidad era la verdadera razón de mi regreso a esta casa, y saber que a pesar de la adversidad le procuraban una buena vida me llenó de auténtico gozo.

—Desde entonces se ha convertido en una especie de juego. Los tres nos sentamos frente a la radio cada noche, y mi padre se queja de vez en cuando de que los programas se están volviendo demasiado musicales. Entonces Hugo cambia rápidamente y busca alguna tertulia, o las noticias.

—Debes estar orgullosa.

— ¿De Hugo? Es la alegría de mi vida, no sé qué haría sin él. Solo se enfada conmigo de vez en cuando, cuando me pide que le deje reabrir la fábrica y yo me niego.

— ¿Por qué?

—Puede que crezca sin nada, pero si algún día logra hacer dinero no quiero que se vea obligado a hacer frente a las deudas de su madre. Yo nunca podré tener nada a mi nombre, pero me aseguraré al menos de que a mi hijo no le ocurra lo mismo.

—Entiendo.

»Escuché la madera de la escalera crujir, y unas voces que provenían del piso de arriba se iban haciendo más fuertes conforme descendían. Detuvimos momentáneamente la conversación, y yo me levanté de la silla, emocionada. El bastón de madera golpeó al fin tierra firme, y allí estaba él, ayudándose de Hugo para salvar el último peldaño.

— ¡Señor Borlán! —su nombre escapó de mis labios.

»Estaba algo más grueso, y ligeramente encorvado, pero por lo demás era el mismo de siempre. Su rostro apenas tenía nuevas arrugas, y sus ojos estaban dotados de una energía enigmática, ahora que permanecían fijos en un punto, por ser incapaces de distinguir las cosas con claridad.

— ¿Dora? ¿De verdad eres tú?

»No pude responderle, me abalancé sobre él, y tuve que contenerme para no tirarlo al suelo. Rodeó mi espalda con sus brazos, vigorosos por toda una vida dedicada a la tierra, y sus manos estaban profundamente marcadas, como las de quien ya ha vivido todo lo que ha de vivir. Hugo me miraba a los ojos, desde el segundo o el tercer escalón, y parecía absorber todo cuanto veía, aprender de cada gesto, de cada movimiento.

»Después nos dejaron solos, y aunque era invierno, él me invitó a acompañarlo al jardín, y ambos nos sentamos en la mesa de piedra, la misma en la que habíamos vivido tantos y tantos

momentos inolvidables.

—No sabe cuánto me alegro de verle señor Borlán.

—Dora... cuando vas a dejar de tratarme de usted, vas a hacer que me sienta viejo —bromeó.

—Hugo tiene tus ojos.

— ¿Verdad que sí? —sus facciones se extendieron en un gesto de satisfacción insuperable—. Es extraordinario, lo quiero con locura, y tengo mucha fe en él, creo que va a llegar lejos en la vida.

—Haciendo honor a su abuelo —apunté, y noté que él se sentía halagado.

—No... Su abuelo se ha equivocado en demasiadas cosas.

—No diga eso.

—Pero es cierto. No debí dejar toda la responsabilidad a mi hija, debí haber previsto los tiempos que se nos venían encima. La he condenado para siempre...

—No hable así Borlán, eso no es cierto.

—Sí lo es, las deudas de la fábrica son tan grandes que nunca podrá rehacer su vida. Y ya tenía bastante con haber perdido a su marido, no se merece esto.

—Usted mismo me dijo una vez que la vida da muchas vueltas —afirmé con rotundidad, dolida por su sentimiento de culpa.

— ¡Ah! Siempre arrancándome alguna sonrisa. No te preocupes por mí Dora, soy todo lo feliz que un hombre puede llegar a ser, y tengo una familia que se desvive por mí.

—Eso es cierto.

— ¿Sabes lo que hacen cada noche?

»Negué con la cabeza, y él hizo un esfuerzo por comprobar si teníamos a alguien alrededor.

—He perdido la vista casi por completo, pero todavía soy capaz de distinguir algunas cosas —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Hace algún tiempo les embargaron la tele, y el muy bribón de Hugo se divierte haciéndome creer que continuamos viéndola cada noche. En lugar de ello nos sentamos junto a la radio como tres idiotas.

»Hice un esfuerzo por no emitir una carcajada, pero fue inútil. La risa salió por sí sola, perdiéndose entre las flores del jardín, y él también estalló en un júbilo desbocado, sorprendido por mi reacción.

—No me dicen la verdad porque temen hacerme daño, y ¿sabes qué? —volvió a bajar el volumen—. Creo que les dolería más a ellos si yo les dijese que conozco su pequeña mentira piadosa.

»Reímos, reímos como yo nunca lo había hecho en mi vida, tanto que las lágrimas se escurrieron involuntariamente de mis párpados. Y vi la perfecta definición de felicidad en su rostro, que trasladaba el sentimiento al mío.

—Se ha convertido en un enrarecido ritual, sin el que creo que ninguno de nosotros sabría vivir. Ellos aprenden a apreciar esas pequeñas cosas, y yo puedo permitirme aumentar mi ego viendo cuanto me quieren, observando lo que son capaces de hacer por mí.

—Que malo eres...

— ¡Oh! No seas aguafiestas Dora. Deja que este anciano se permita un pequeño capricho.

»Cuando al fin fuimos capaces de recuperar la compostura, fijé la vista en los pilares del pórtico, en esas *mandevillas* que lo obsesionaban, y me atreví a preguntarle.

—He visto que hay una nueva dipladenia.

—Si... se han convertido en el símbolo de esta familia, en algo que nos mantiene unidos. Esa última la puse tras la muerte de Víctor. Fue arrancado de esta vida demasiado pronto, demasiado

joven.

—Sin duda fue una desgracia.

—Solo me pregunto si alguien plantará una para mí antes de que muera. Si alguien querrá que forme parte de uno de los pilares de esta casa, para siempre.

—Estoy segura de ello.

—Ah... cuanto me gustaría verla trepar, luchando por ser igual de alta que sus hermanas.

»Parecía que no hubiesen pasado los días. Tuve la impresión de que aquella era otra tarde más de las que pasamos juntos, cuando Vanessa partía al internado durante los meses de frío. Y en realidad así lo era, lo único que había cambiado era nuestra frágil coraza, pero el interior era el mismo, y el sentimiento que alguna vez tuvimos nunca había muerto».

— ¿Qué más puede decirme de Hugo? Me interesa especialmente esa parte.

— No interrumpa joven, ¿cuantas veces he de decirlo?

— Lo siento —se disculpó Cobos algo irritado.

— En realidad nunca lo conocí como a Borlán o a Vanessa, pero todo lo que se de él es extraordinario. El amor hacia su abuelo y hacia su madre llegaba a niveles insospechados.

— Ya...

— Oiga, no me gusta el tono de su voz. ¿Qué pretende insinuar, que miento?

— Si estoy aquí es para acercarme a la verdad, señora.

Había algo en las palabras del periodista que desagradaba a Dora. Le parecían de una dulzura enmascarada, poco sincera, y a medida que conversaban y observaba sus reacciones el sentimiento se acrecentaba.

— Mire señor Cobos, no sabe la cantidad de personas que me recomendaron que no le diese la entrevista. Si lo he hecho es porque quiero que se sepa cómo era Hugo, cómo era su madre, y la relación que mantenían. No toleraré ese desprecio.

Él permanecía inmóvil, temeroso de echar al traste la primicia, y ella volvió a dirigirle la palabra de forma tajante.

— No vuelva a interrumpirme.

La tensión crecía a pasos agigantados, y tuvieron que pasar unos instantes antes de que Dora se serenase.

«Después de aquel día retomamos el contacto, y siempre que podía iba a visitarlos, y les echaba una mano con las tareas de la casa, o en cualquier cosa que pudiese ayudarlos. Hugo me intrigaba, era algo más reservado de lo que ellos habían sido, pero cuando hablaba lo hacía con una certeza y una rotundidad abrumadoras. No había palabra que no fuese necesaria, ni vocablo que sobrase en sus elaboradas frases, y en gran parte se lo debía a su madre, y al amor a la lectura que ella le había procurado.

»El final de Borlán se acercaba, y su abatimiento era visible en cada una de sus plantas, que aunque todavía eran exultantes, parecían retraerse antes de la puesta de sol, anunciando el aciago final. Yo comencé a acudir a la casa casi a diario, sabiendo que cada día perdido ya nunca volvería sobre sus pasos, y que lo que no hiciese mientras él vivía, se convertiría en lamento tras su muerte.

»Cuando llegó la primavera de aquel año, fue Hugo quien acompañó a su abuelo al jardín, como él hiciese con su hija en su momento, y en el cuarto pilar del pórtico comenzaba a florecer, de un blanco radiante, una nueva dipladenia, amarrándose como le era posible a la basa, la parte más baja de la columna. Por aquel entonces Borlán era incapaz de distinguir siquiera vagas sombras, pero

dándose cuenta de lo que pasaba, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Has sabido concederle a este viejo hasta el último de sus deseos, gracias hijo mío, gracias.

»Hugo se acuclilló frente a su silla de ruedas, y lo cogió de las manos. Después, lo besó suavemente en la frente, y aunque no lloró, era visible una tierna congoja en su semblante.

—Te mereces eso y más abuelo. Por ser padre y maestro de todos nosotros.

»Era digna de admiración la forma que tenían de hablarse los unos a los otros, con un respeto envidiable que no se conoce en los tiempos que corren. Y debe tener en cuenta que ya no estamos hablando de sucesos que ocurrieron hace veinte años, sino de hechos próximos a nosotros.

»Cuando Vanessa y Borlán estaban juntos, se dirigían a Hugo como el pequeño, y nunca dejaron de hacerlo, ni siquiera cuando creció y superó la mayoría de edad. Pronto él comenzó a trabajar para aportar algo de dinero en casa, y esas eran las primeras palabras que escuchaba de su madre cada vez que volvía.

— ¿Cómo estás, mi pequeño?

»Ella lo quería más con cada gesto de afecto que el profesaba por su padre, y en realidad Borlán era un nexo de unión entre el amor de ambos, que simbolizaban cuanto se adoraban mediante buenos actos para con él.

»Los últimos días del señor, llegaron acompañados de una furia meteorológica desigual, como si los cielos estuviesen enojados por lo que estaba a punto de acontecer, por el maravilloso ciclo de una vida que llegaba a su fin. Era un caluroso verano, y él estaba siempre enfadado porque la dipladenia que Hugo había plantado para él no crecía como las demás. En los momentos finales comenzó a perder la lucidez, y fue la primera vez que sentimos verdadera lástima, porque había llevado una vida plena y llena de espléndidos momentos hasta ese día.

»Su obsesión rayaba la línea de la cordura, y ya solo era capaz de preguntar por su jardín, por su césped, o por el rojo de sus rosas, pero lejos de hastiarse, el joven todavía tenía más consideración, y lo sacaba a la terraza cada tarde, explicándole cómo rellenaba de agua cada maceta, o cómo abonaba la tierra. Y continuó haciéndolo hasta que enfermó de tal gravedad que le resultó imposible.

»Entonces llegó aquella tormenta, y la recuerdo como la más poderosa que haya conocido nunca. Los vientos huracanados comenzaron a azotar las ventanas temprano. Yo les había comprado pan, huevos y algo de leche, y tuve que quedarme en la casa por temor al temporal. Las noticias la calificaron como la tormenta del siglo, y en realidad parecía que estuviésemos ante el fin de los días.

»Borlán se revolvía en la cama, irascible, haciendo vagos intentos por levantarse. Quería ver su jardín una última vez, y no paraba de repetirlo a gritos.

— ¡Dejadme verlo, dejadme verlo una vez más!

»Hugo trataba de calmarlo, agarrando una de sus manos entre las suyas, y fue la única vez que le vi llorar, en silencio junto a la cama de su abuelo, de su padre, de su mentor.

»Vanessa lo observaba de pie, y recuerdo su mirada estupefacta, su alma rota por saber que perdía a su mayor compañero, y su corazón palpitante por ver a su hijo sufrir de esa manera, desgarrado por dentro. Ella era incapaz de reaccionar, de aceptar que se acercaba la despedida, y la asombraba la entereza de Hugo, sobretodo sabiendo que sufría tanto como ella.

— ¡Solo una vez más, antes de que me marche! ¡Quiero verlo! ¡Dejadme verlo por favor! —los aullidos quebraban el sonido de la ventisca, que golpeaba ferozmente la construcción.

»Escuchamos cristales rotos, y el muchacho tuvo que bajar al piso inferior a asegurar como pudo las ventanas. Fue una de las peores noches de mi vida, el miedo calaba mis huesos, y era visible en

todos nosotros, excepto en Borlán, que seguía maldiciendo y clamando que le permitiesen volver a disfrutar de su particular edén.

»Como un ciclón imparable, el descarriado tifón arrasó con todo lo que tenía a su paso, y aunque no podíamos verlo, los sonidos que nos llegaban del exterior describían perfectamente su destrucción. Las ramas de los árboles arañaban los cristales como manos suplicantes que pidiesen desesperado auxilio, y la lluvia se estrellaba contra la madera, generando un lóbrego concierto, cuyas notas deseábamos dejar de escuchar cuanto antes.

»Hugo permaneció largo rato en el piso inferior, y cuando volvió, su abuelo había caído rendido en sueños febriles. Todos los demás pasamos la noche en vela junto a él, sabiendo que quizás sería la última. Y la tempestad parecía acompañar al milímetro las acciones del anciano, que ahora descansaba plácidamente, comenzando a disminuir su tenacidad.

»Al fin la ira cesó, y el vendaval amainó paulatinamente antes de la aurora. En algún momento Vanessa y yo nos habíamos quedado dormidas, y nos despertamos con el ruido de la silla de ruedas, que Hugo arrastraba escaleras arriba.

— ¿Qué haces? —preguntó su madre.

»Borlán también había despertado, y con un inmensurable esfuerzo había logrado reincorporarse en la cama. Sus ojos inexpresivos se contradecían a sí mismos, mostrando más sentimientos de los que soy capaz de describir. Esperanza, la esperanza estaba dándole unos últimos momentos de lucidez, y se dirigió a su nieto con la voz temblorosa.

— ¿Voy a verlo? ¿Voy a ver mi jardín?

—Claro abuelo, ahora mismo.

»Su ciega sonrisa resultó conmovedora, y levantó los brazos, esperando a que el joven lo ayudase a sentarse en la silla. Él lo sujetó por debajo de los hombros, y lo aposentó en el utilitario de la forma más cuidadosa posible. Vanessa y yo cruzamos las miradas, estupefactas, pero no dijimos nada más.

»Con cada escalón, la silla temblaba, y lejos de asustarse, Borlán reía con cada traqueteo, sabiendo que estaba más cerca de sus plantas.

— ¡Solo una vez más! ¡La última! Después podré descansar tranquilo.

»Su entusiasmo resultaba entristecedor, amagado entre sus propios funestos presagios. Sabía que no le quedaba mucho tiempo, y parecía disfrutar esos últimos instantes como un niño que ve el mundo por primera vez.

»Por fin llegaron a la planta baja, y cuando se dio cuenta de ello dejó de vociferar, preparándose para saborear el momento. Nosotras bajamos rápidamente los peldaños tras ellos, y lo primero que vimos fueron los vidrios en el suelo, cerca de las ventanas entablilladas.

»Hugo nos hizo un gesto con la mano para que no dijésemos nada, y cuando las ruedas de la silla aplastaron los cristales, se hicieron añicos con un crujiente y sordo tintineo. Abrió la puerta que daba al pequeño parque, y el primero en atravesar el umbral fue Borlán, seguido por la peculiar comitiva.

»Tras pasamos la abertura que nos conducía al exterior, colmados de una gran conmiseración, y el panorama no podía ser más triste ni más desolador. Donde antes había césped, ahora solo había un cenagal, anegado de barro y ramas muertas. Los rosales se mantenían erguidos a duras penas, faltos de todo el color que los había caracterizado, de cada uno de sus hermosos pétalos encarnados. La enorme y pesada mesa de piedra había sido profanada y partida en dos mitades, y ahora se hundía en el profundo fango. Las tejas, los cristales, y los pedazos de madera se entremezclaban en el lodazal,

creando un espectáculo doloroso, un yermo devastado y desgarrador, y la fuente regalaba su agua oscurecida a la composición, agregando el toque de tristeza a la pieza. Las dipladenias, arrancadas de sus apoyos, agonizaban hundidas entre el cieno que lo cubría todo, y quedamos enajenados ante tal destrozo, incapaces de hacer ni decir nada.

— ¿Qué ocurre? —demandó el anciano molesto por la larga espera.

»Nos resignamos a mirarnos los unos a los otros, conocedores de que aquello iba a romperle el corazón.

— ¿Qué pasa? ¿Es que nadie va a decirme nada? —su tez desfigurada mostraba su desasosiego.

»Vanessa quiso acercarse a él, pero Hugo la detuvo suavemente con su mano derecha, y el rostro de Borlán exhibía un desconcierto y una angustia con hondos fundamentos. Él se acercó por la espalda, y rodeó la silla de ruedas, después acercó sus labios al oído izquierdo de su abuelo, y antes de que este tuviese tiempo de volver a quejarse, comenzó a hablarle con la mayor tersura y ductilidad posibles.

—Ha crecido abuelo, por fin ha crecido.

»El viejo meneó la cabeza a un lado, nervioso, y sus ojos invidentes se iluminaron como dos farolillos de aceite.

— ¿Qué? —su voz era trémula.

—Tu dipladenia, la que yo planté para ti, por fin ha florecido.

»Vanessa y yo estudiamos su expresión, pero parecía que esta vez no iba a creerse la mentira.

—Las hojas se mecen suavemente con la brisa, como si participasen en un baile de carnaval, y el césped se ha tornado en un prado cetrino de un color tan vivo como las esmeraldas.

»El aire nos acarició con su vaporoso y evanescente tacto, y las palabras del muchacho no solo envolvían a su abuelo. Vanessa y yo cerramos los ojos, y nos dejamos llevar.

—Los rosales han adquirido un tono escarlata que yo jamás había visto en ningún otro lugar, y los pétalos son tan grandes y jugosos que parecen burlarse del resto de gamas del arco iris. ¿Puedes sentir su aroma? ¿Puedes captar su perfume maravilloso y arrebatador?

»Abrí los ojos, y vi que el ademán del tembloroso hombre había cambiado. Su mirada estaba perdida en el horizonte, en una muestra de admiración enternecedora, y levantó la mano, pidiendo con un ligero movimiento que Hugo le acercase la suya.

—Los pájaros se contonean despreocupados de rama en rama, y se atreven a bajar hasta la fuente para beber de nuestra agua, que fluye cristalina con una música profundamente sugestiva. Y las *mandevillas*, se han apoderado por completo de las columnas, coronándose como las reinas del paraíso, del edén que tú has creado con tus propias manos.

»La mandíbula de Borlán temblaba invadida por una sincera y honda emoción, y su mano apretaba fuertemente la de su nieto, con una fuerza y una vehemencia inusitadas. Hugo se reincorporó, y lo acarició con la que le quedaba libre, indicando que lo soltase. Se separó de él lentamente, y descendió los escalones del pórtico, hundiéndose en el barro. Se acercó a una de las dipladenias arrancadas por el temporal, y con sumo cuidado la despojó de una de sus grandes y bellas flores, después la introdujo bajo el chorro de agua de la fuente, y toda la suciedad fue retirada cayendo al suelo.

—El cielo añil se recorta tras la silueta de las fuertes y vigorosas ramas, que una vez solo fueron tiernos brotes sostenidos entre tus manos, y el sol asoma por la línea del horizonte, inaugurando un prometedor y nuevo comienzo. ¿Puedes verlo?

»Volvió sobre sus pasos, y susurró de nuevo al anciano, aunque esta vez no pudimos escuchar lo que decía. Cuando terminó, tendió la flor al viejo, que la recibió como el más grande de los regalos, y una lágrima emergió de sus ciegos luceros, que centelleaban con un fulgor deslumbrante. Una sonrisa de par en par se perfiló en su rostro, y gritó una vez más, esta vez invadido de un regocijo y un placer inenarrables.

— ¡Lo veo! ¡Puedo verlo Hugo! ¡Puedo verlo!

»Fue la mentira más preciosa y justificada que nadie haya sido capaz de inventar, y no me cabe la menor duda de que él la creyó de principio a fin, aunque en parte fuese debido a su estado febril».

— Tenga señora —Cobos tendió un pañuelo a Dora, cuyo rostro estaba empapado por los profundos lloros.

— Gracias joven —se enjugó las lágrimas—. Todavía me es imposible mantener la compostura cuando revivo esos momentos.

— Por favor prosiga. ¿Qué fue de Borlán?

— Murió a los pocos días, habiendo cumplido hasta el último de sus deseos, y durante la escasa semana que permaneció con vida, no volvió a pedir que lo llevásemos a su jardín. Había quedado satisfecho, y no como quien bebe sabiendo que regresará la sed, sino para siempre, tranquilo para marchar en paz, para dejar este mundo en el que había dejado impresa una profunda huella, que yo hoy todavía soy capaz de ver en los ojos de su nieto.

El periodista se sorprendió por el último apunte de la mujer, que había aflorado al exterior sus verdaderos sentimientos sobre el escritor, y ella se dio cuenta, sintiéndose molesta al instante.

— ¿Qué esperaba, que creyese lo que dicen los diarios como el suyo?

— Entonces usted no piensa que Hugo la haya...

— Creo que la respuesta es evidente —aseveró tajante.

Cobos caviló durante un momento la contestación.

— No puedo evitar sentirme algo sorprendido.

— Mire señor Cobos, le conozco.

El columnista se revolvió en su asiento, inquieto por la amenazante expresión de la mujer.

— He leído las barbaridades que ha escrito sobre Hugo, y si le he dado esta entrevista, contrariamente a todas las recomendaciones, es porque quería que supiese la verdad. Sé que no voy a cambiar su forma de ser de la noche a la mañana, pero espero al menos haber logrado que se replantee sus opiniones, y que no se tome todo esto a la ligera.

— A eso he venido señora, a conocer la vida de la familia.

Ella no acababa de creerse sus palabras, y arremetió de nuevo.

— No me defraude señor Cobos, y sobretodo no se defraude a sí mismo. Sopese las opciones y se dará cuenta del error que está cometiendo —había verdadero dolor en cada una de sus entonaciones—. Piense dos veces antes de seguir destrozando la vida de una persona entrañable, y hágase un favor, lea sus libros, le sentarán muy bien.

CAPÍTULO 20

Ignacio sostuvo la revista con ambas manos, y el mero hecho de leer la portada hizo que sintiese un escalofrío: “*Hugo Esmerodes, pasado, presente y futuro*”. Raúl Cobos volvía a llenar un especial sobre el escritor, y no quería imaginar la cantidad de verborrea que habría vertido en esta ocasión sobre su persona. Abrió el *magazine* por la primera página, y buscó en el índice la ubicación de la crónica.

El bufete estaba cerrado al público aquel día, pero había quedado allí con Maurer, que había recalcado la importancia de que se viesen de inmediato. Miró el reloj de pared que colgaba en medio del despacho, eran las seis y media largas, y Ricardo no aparecía por ninguna parte, así que hojeó la publicación, y se dispuso a leer el artículo.

Hugo Esmerodes, pasado, presente y futuro

Cuando la señora Dora Lesandra decidió recibirme en su casa no pude evitar sentirme sorprendido. Sabedor de que no soy una persona que goce precisamente de buena fama entre la gente de a pie, el hecho de que la mujer aceptase mi propuesta poco después de recibirla me descolocó en cierta manera.

Al llegar al lugar acordado, me fascinó descubrir que vive en una coqueta casa de dos pisos en pleno centro de la ciudad, que no tendría nada de extraordinario a no ser por el bellissimo jardín que la precede. Más aún me asombró saber que la casa había pertenecido siempre a la familia del escritor, desde que su abuelo la mandara construir hace cuatro décadas, y el hecho de que ahora fuese ella quien viviese allí, fue la primera incongruencia que se me presentó. Me sacó de dudas rápidamente: “...Hugo comenzó a editar y se mudaron a la otra casa, me dijeron que podía vivir aquí cuanto quisiese, y fue el mejor regalo que nadie haya podido hacerme, sobretodo sabiendo lo que significan estos muros para mí...”

Dora me desveló muchas curiosidades de los Laurentis, y lo digo sabiendo que es el segundo apellido del escritor, ahora tras comprobar que tiene mucha más relevancia que el primero.

Ustedes tal vez se pregunten quién es ella, quién es Dora Lesandra, y yo les aseguro que es una fuente muy cercana a la familia, una mujer que fue su ama de llaves durante décadas, y que conoce a la perfección la vida cotidiana del extraño círculo. Como periodista, trataré de transmitirles fielmente todo lo que ella me contó, y la vehemencia con la que lo hizo, pues sus palabras sin duda tienen mucho que aportar en torno a este escabroso asunto.

Su relato comienza de forma ya algo impactante, cuando descubro que Borlán de Laurentis, el abuelo de Hugo, perdió a su esposa durante el parto de su única hija, Vanessa.

Vanessa se crió en un ambiente algo enrarecido. Pasaba los inviernos en un internado para niñas fuera de la ciudad, y solo regresaba por los meses de verano para pasar las vacaciones junto a su familia. Su padre, cuando ella tendría unos nueve años, estableció una relación sentimental con una señorita llamada Magdalena, y parece ser que ya desde bien pequeña, Vanessa rechazó a la nueva pretendiente de su progenitor.

Cuando la niña tenía doce años, Dora, nuestra confidente, entró a trabajar en la casa, y

comenzó a vivir junto a la familia en el piso superior de donde ellos hacían vida normal. Desde un primer momento resalta la madurez de la pequeña, y el amor que la unía a su padre, que dejó marchar a Magdalena con tal de que ella fuese feliz.

Estaban comprometidos el uno con el otro, ligados con un afecto desigual, y cada año cuando ella regresaba de los meses de estudio, él la alzaba entre sus brazos a modo de recibimiento. La confianza creció de forma férrea con el tiempo, y en su debido momento Borlán transfirió todos los negocios a nombre de su hija, demostrándole así cuánto confiaba en ella, y ella lo correspondió llevando la fábrica de forma ejemplar. Se casó con un obrero, todo un escándalo para la época, su nombre era Víctor Esmerodes, y le dio su primer y único hijo, Hugo.

Por aquel entonces algunos cambios en la legislación fronteriza hicieron que las cosas en la empresa comenzasen a ir de mal en peor. Una gran cantidad de telas asiáticas entraba al país sin ningún control, y la competencia era voraz y desleal. El bebé nació envuelto en un panorama muy diferente al que había conocido su madre, y su padre colmó las desgracias, cuando murió trágicamente de tuberculosis antes de que se cumpliera un año del alumbramiento.

Las cosas no iban demasiado bien para la familia, y Dora, nuestra fuente, se vio obligada a abandonar la casa y buscar trabajo en algún otro lugar, perdiendo el contacto con ellos.

No sería hasta quince años después que Dora volviese a verlos, y la buena fortuna parecía haberlos abandonado hacía mucho tiempo, según ella misma cuenta. La fábrica había cerrado por no poder hacer frente a las deudas, que pesaban sobre Vanessa, la única que aparecía legalmente en los papeles de la manufactura, y Borlán, el abuelo de Hugo, perdía poco a poco la vida, sabiendo que se acercaba su final.

En este punto de la entrevista, empecé a notar ciertos cambios en la señora Lesandra, que comenzó a cuestionar mis métodos y a mostrarse algo nerviosa. Yo pronto comprendería los motivos.

Como ella bien afirma, nunca llegó a conocer a Hugo tanto como a Borlán o a Vanessa, que en ningún momento dudo fuesen excelentes personas. Sin embargo mis sospechas crecen en torno al escritor, cuando menciona que es más callado y reservado que sus antecesoras, que parece un chico más meditativo y calculador, y que apenas participa en las conversaciones familiares.

Queriendo ser objetivo, continuo interesándome por él, y Dora me cuenta que nunca pudo asistir a buenos colegios como su madre, y que fue esta quien le inculcó un temprano amor a la lectura, queriendo educarlo correctamente con los medios de que disponía. Sin embargo una nueva cuestión se pasea por mi cabeza. ¿Sería este motivo de posibles rencores del muchacho hacia su madre? ¿Es posible que envidiase la vida que ella tuvo y que él apenas conoció?

Cuando Dora volvió a encontrarse con la familia, Hugo tendría unos quince o dieciséis años, y ya con esa edad era un muchacho algo marginado, encerrado en las lecturas que su madre le imponía. ¿Otro motivo para odiarla quizás? No, ninguno de estos me sirve, no son del todo convincentes...

Entonces nuestro escritor alcanza la mayoría de edad, y pide a su madre que le deje reabrir la fábrica, que le deje intentar levantar de nuevo el imperio. Evidentemente Vanessa respondió que no, y es algo admirable, pues lo hizo queriendo protegerlo de todas las deudas a las que ella se enfrentaba, queriendo que su nombre permaneciese limpio, a salvo de los acreedores. No obstante ¿podría ser este motivo suficiente para que naciese un profundo odio entre el novelista y su progenitora?

El señor Borlán enfermó, y Hugo lo cuidó hasta el último de sus días. Dora afirmó, y cito textualmente: "...en realidad Borlán era un nexo de unión entre el amor de ambos, que simbolizaban cuánto se adoraban mediante buenos actos para con él..."

¿Un nexo de unión entre el amor de ambos? ¿Qué madre e hijo necesitan de un elemento externo que los conecte? Me extrañó todavía más la segunda parte de la frase, cuando dice que simbolizaban su adoración mediante buenos actos con él. ¿Acaso eran incapaces de mostrarse aprecio directo, sin recurrir de nuevo a terceros?

No pude evitar sentir que algo no cuajaba en toda la historia, y me acordé de un detalle que a todos les resultará familiar. ¿Recuerdan aquel famoso artículo de las cortinas? La opinión pública tachó de pretenciosa a Vanessa, y hubo muchos rumores que aseguraban que a Hugo le molestaron sobremanera los comentarios de su madre. Pero ¿por qué...? Yo se lo diré: porque de nuevo ella le robaba el protagonismo, centrando todas las miradas en su persona. ¿Es este motivo suficiente para recurrir al asesinato, razón para llegar a tales extremos? ¿Ustedes que opinan? Desde luego no lo es para ninguna persona cuerda.

Ellos lo saben, ellos saben que nadie en su sano juicio actuaría de forma tan vil y cruel, y por eso ponen todos sus esfuerzos en hacer parecer que el escritor está loco. ¿Han leído lo de los poemas de las paredes, lo de esa espectacular pirámide de números? No es más que pura campaña.

Con todas estas inquietudes en mi cabeza, observé a los ojos a Dora, y reconocí el miedo en sus ojos. Estaba mintiendo por una causa que ella creía justificada: defender el honor de una familia que se lo había dado todo. Y que no se extrañe cuando lea estos párrafos, pues ya le advertí que esto no era ningún reportaje, sino un artículo de opinión bien documentado.

¿Por qué empeñarse en encontrar motivos? Una persona que esté en sus cabales nunca encontrará causa alguna para cometer un acto tan atroz, y llegados a este punto creo que está muy claro lo que deberíamos hacer.

No tratemos de ponernos en la piel del asesino. Nunca jamás comprenderemos el objeto de sus fundamentos, y solo estaremos alimentando el beneficio de la duda. No hagamos populismo, ni permitamos que la propaganda se inmiscuya en nuestros pensamientos, porque no importa si un asesino es escritor o barrendero, sigue siendo un asesino.

No dejemos que se negocie con sangre, pues nuestras manos estarán manchadas de igual modo cuando nos lleguen esas sucias monedas. Basémonos en las evidencias y condenemos, porque la ecuación no da resultado sin pruebas o sin condena, y atrevámonos a decir lo que pensamos, sin miedo a que sea censurable.

Por último me dirigiré a ambos sectores. A los que piensan como yo les digo que luchen, que no desistan, que nunca desesperen. A esos que me critican por decir que no respeto la presunción, les diré que si lo hago, siempre y cuando se hable de presuntamente culpables.

Raúl Cobos para la revista Clocks

El timbre sonó, e Ignacio apuró las últimas líneas del artículo. Como era de esperar, el columnista seguía en sus trece, y era tal su soberbia que había despedido el escrito de igual forma que en la publicación anterior, pidiendo a gritos el apoyo de la opinión pública. ¿Y se atrevía a decir que no se hiciera populismo?

Abrió la puerta, y tras ella apreció Ricardo, sudoroso, y con un aspecto descuidado. Sus cabellos canosos estaban algo revueltos, y sus ojos ojerosos aportaban una pizca de locura a su semblante.

— ¿Qué demonios te ha pasado?

—No hay tiempo para tonterías. Ven, siéntate —pasó junto a él dirigiéndose a la mesa, tomando asiento en una de las sillas.

—Me preocupas Ricardo. ¿Qué es lo que has descubierto? —Ignacio también se sentó.

—Esto es muy gordo. Tenemos algo muy gordo... y quiero que lo asimiles.

—Adelante, te escucho... —masculló intranquilo el abogado.

Maurer se volvió a levantar, y apoyó los puños cerrados sobre la mesa, enfatizando lo que iba a decir.

—Esto parece una broma macabra, pero te aseguro que no lo es. Por eso primero necesito que me digas algo.

—Claro. Lo que quieras.

—Tengo que saber la verdad. Y no quiero que me la ocultes por temor a que deje el caso, a estas alturas ya no voy a hacerlo.

— ¿La verdad sobre qué?

—Solo te lo preguntaré una vez, y por favor, respóndeme con sinceridad. ¿Preparaste tú todo esto, o Hugo se inventó esa historia?

Ignacio hizo palpable cierta desilusión en sus facciones.

—Otra vez... Ya te lo he dicho. Yo nunca hice nada parecido.

—Júralo —los ojos del médico irradiaban un lóbrego sentimiento.

— ¡Lo juro joder! ¿Cuántas veces vas a hacerme repetírtelo?

Maurer se incorporó, y permaneció unos instantes en silencio.

—Está bien, te creo.

—Pues cuéntame de una vez qué es lo que ocurre.

—Creo... bueno, en realidad estoy bastante seguro, de que Hugo padece una enfermedad.

Sobona se revolvió en el asiento.

—Te va a resultar gracioso. ¿Recuerdas cuando hace años, aquel doctor Guernes comenzó a publicar que Eva Morain padecía trastornos mentales?

—Lo recuerdo. Tú te opusiste férreamente a esas afirmaciones.

—Sí, sin embargo antes de hacerlo sopesé todas las posibilidades.

— ¿Qué quieres decir?

—Guernes aseguraba que sus supuestas alucinaciones estaban ligadas en cierta forma a la anorexia que padecía.

—Sí, también me acuerdo de eso.

—Pues bien, yo investigué sobre el tema, queriendo averiguar en qué se basaba el médico para hacer esas declaraciones. Pase noches y noches en vela, revisando cada uno de los libros que encontré, hasta que hallé una enfermedad que se ajustaba bastante a las características que él describía.

—No lo entiendo, ¿por qué hiciste algo así si no le creías?

—Quería estar preparado, saber a qué me enfrentaba. Conocer cuáles serían sus siguientes pasos para adelantarme a ellos.

— ¿Y bien? ¿Qué tiene que ver todo esto con Hugo?

—Déjame terminar —su mandíbula se dibujó sobre la carne, denotando la presión con la que apretaba los dientes—. Te parecerá una locura, pero estoy casi convencido de que Hugo padece esa enfermedad.

— ¿Qué? ¿Qué tiene que ver un caso con el otro? No lo entiendo —su confusión era fácilmente visible.

—Te explico —replicó severo el doctor—. ¿Has oído alguna vez hablar del síndrome de Korsakoff?

—No, no lo había oído en mi vida.

—Es una afección poco común, yo mismo no sabría de ella si no fuese por el caso Morain.

Ignacio se mantenía rígido, contemplando la excitación del doctor, que estaba claramente exaltado.

—Los síntomas que presentan quienes padecen el síndrome son amnesia anterógrada y retrógrada, así como problemas motores y sensoriales.

—Pero Hugo no padece amnesia.

—No me interrumpas por favor —lo cortó el médico tajante—. Confusión extrema, cambios en la personalidad... ¿esto te suena más?

Sorbona no replicó, dejando que acabase la explicación.

—También existe riesgo de muerte debido a problemas cardíacos, de hígado o gastrointestinales.

—Estoy algo confuso, no veo qué relación tiene todo esto con el escritor, ni siquiera con Eva Morain.

—Te sacaré de dudas rápidamente. ¿Sabes qué es lo que provoca estos síntomas? La falta de tiamina en el organismo.

— ¿Tiamina?

—Sí, tal vez te resulte familiar la Vitamina B uno, es lo mismo. La falta de esta sustancia en el organismo causa daño en los cuerpos mamilares del hipotálamo y otras áreas del cerebro, y esto desemboca en los síntomas antes mencionados.

—Pero... que yo sepa Hugo no tiene pérdidas de memoria.

—Espera, porque esto es lo mejor.

El nerviosismo de Maurer se vio empañado por una oculta satisfacción, que ahora afloraba al exterior, se notaba que le apasionaba el tema, y su expresión solo se veía mermada por un tenue indicio de miedo en sus ojos.

—Los enfermos que padecen el síndrome, no se percatan de los lapsos en las primeras fases de la enfermedad.

— ¿Cómo es posible? —el gesto del letrado dejaba ahora dilucidar cierta preocupación.

—Rellenan las lagunas inconscientemente, y pasan inadvertidas incluso para ellos, que no se dan cuenta de que les faltan ciertos recuerdos.

—Todo esto se me hace muy grande... ¿Estás insinuando que Hugo está loco?

—No... Esto no tiene nada que ver con la locura, ni con alucinaciones. ¿No te das cuenta? ¡No mentía cuando decía que todo era una artimaña preparada por ti, él lo cree realmente!

— ¿Qué? —no digería lo que estaba escuchando, y una sensación tosca y oscura se apoderaba de él, mientras sentía un estremecimiento por todo su cuerpo.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro de que no lo inventa a propósito?

—La última vez que lo visité me pidió perdón.

—Me estoy perdiendo...

—Me pidió perdón porque el guarda no me permitió continuar con la visita por su culpa. Hizo que me alterase, y toqué uno de los barrotes, infringiendo las normas.

— ¿Por qué no me has contado nada de esto?

— ¡Porque no es verdad! ¡Eso nunca ocurrió!

— ¿Entonces...?

—Piensa pausadamente, ¿por qué mentiría sobre algo así? ¡No tiene ningún sentido! A no ser...

—A no ser que crea que todo es cierto... —musitó el abogado.

— ¡Exacto! Es una de sus lagunas, su cabeza las rellena con historias perfectamente coherentes sin que él se dé cuenta, y lo mismo ocurre contigo, de verdad cree que tú lo has preparado todo.

—A ver. ¿Lo que estás diciendo es que sufre pérdidas de memoria, pero completa los huecos sin ser consciente de ello?

—Sí, a groso modo es más o menos eso.

— ¿Y la falta de tiamina es la causante de esto?

—Eso es, ¿tienes una copia de los partes médicos?

—Sí, claro —alcanzó una carpeta que había sobre la mesa, y sacó de ella varios documentos.

El doctor se levantó, y mostró a Ignacio los resultados de los análisis de sangre.

— ¿Lo ves? Los niveles de Vitamina B uno están por los suelos.

— ¿Y qué crees que puede causar esta deficiencia, insinúas que alguien pudo haberlo envenenado?

—No, no... Ves demasiadas películas, es mucho más sencillo que eso. Hay dos caminos claros que pueden llevar a una falta grave de la sustancia en el organismo humano, el primero es la desnutrición, y con esto entenderás de qué forma querían ligar el síndrome a la pobre Eva Morain.

—Ya veo. Querían culpar a la anorexia de sus supuestas paranoias... que hijos de puta.

Maurer sonrió, sorprendido por la expresión de Ignacio, que siempre hablaba en muy buenos términos. Era la primera vez que lo escuchaba decir algo semejante.

—Sí, pero ella murió antes de que les diese tiempo siquiera de eso.

Ignacio se dio cuenta de que el psicólogo hablaba con mucha más naturalidad del caso de la muchacha, parecía que había logrado superarlo.

— ¿Y Hugo? Dada su posición social resultaría muy difícil creer que está mal nutrido —trató de bromear.

—Muy fácil. ¿Guardas algunas de las revistas donde sale?

—Si, en esa estantería hay unas cuantas a las que demandamos.

—Perfecto —se acercó al mueble y comenzó a seleccionarlas, estudiando las portadas—. Esta, esta no... Esta, y esta también.

Volvió sobre sus pasos, y desparramó los ejemplares sobre el escritorio alarmando a Sorbona, que leyó las portadas para sí mismo: “*Hugo Esmerodes borracho: la peor cara del escritor*”, “*Otro escándalo de Hugo a causa de la bebida*”, “*El alcohol y Hugo Esmerodes, compañeros inseparables*”.

—Lo capto, le gusta empinar el codo. ¿Qué quieres decirme con esto?

—La tiamina es soluble en agua... —hizo un gesto como si removiese con una cucharilla—. Pero es insoluble en alcohol, por lo que tras la su ingesta desmedida, el organismo es incapaz de absorber la cantidad necesaria para funcionar correctamente.

—La verdad es que se podría decir que Hugo es dado a beber frecuentemente. La prensa lleva avalándolo desde hace años.

—Me molesta que solo pienses de cara a las gradas. Céntrate por favor, esto es todavía más serio de lo que piensas.

—Está bien, lo siento.

—No importa. Repasemos lo que tenemos. El síndrome de Korsakoff podría estar causando pérdidas de memoria en el novelista. Es muy importante recalcar que esto es válido para recuerdos explícitos, no implícitos o procedimentales.

— ¿Y eso que quiere decir?

—Significa que las faltas son de sucesos concretos, y los huecos son rellenados acorde al contexto en el que se produce la situación, apoyándose en los recuerdos implícitos o sobreentendidos.

—Hasta ahí todo bien. Pero lo más importante es saber cómo puede ayudarnos todo esto con su defensa.

—Tranquilo... lo tenemos todo a favor para poder demostrar que padece el síndrome. En primer lugar el alcoholismo crónico es su causa más frecuente, y es evidente que Hugo tiene ciertos problemas con la bebida. En segundo término tenemos sus incoherencias y sus cambios de personalidad, que describirían los síntomas, y en tercer lugar, y lo más importante, tenemos los partes médicos que demuestran los niveles bajos de vitamina B uno en su organismo.

—Hay algo que no entiendo —objetó el abogado.

— ¿El qué?

— ¿En qué momento has decidido ayudarme con los atenuantes? Desde el principio te negaste a que le rebajaran la pena gracias a tu diagnóstico.

— ¿Es que todavía no lo ves Ignacio? ¡No se trata de eso!

— ¡¿Pues entonces de qué se trata?! —conforme acabó la frase su tez se desfiguró, tornándose completamente distinta. Se había dado cuenta de lo que el doctor quería decir, y al instante comprendió cual era la causa de su aspecto calamitoso, y sus ojeras negras.

— ¿Lo ves ahora? —lo interrogó el doctor desesperado—. ¿Lo ves ahora igual que yo?

Él no se atrevía a pronunciar palabra, temiendo que lo que dijese no tuviese ya vuelta de hoja, y Ricardo lo indujo a ello, obligándolo por una necesidad muy honda que pedía a gritos ver saciada.

—Dilo... necesito que seas tú quien lo diga.

— ¿Por qué? —pronunció el abogado a duras penas.

—Quiero comprobar que no soy el único que lo ve posible, quiero saber que tú también has caído en esa posibilidad.

Ignacio se levantó, y se acercó a la cristalera situada a sus espaldas, llevándose las manos a la cabeza.

— ¡Dilo!

Giró sobre sí mismo lentamente, dando la cara al médico. Una creencia tétrica se dilataba en su cabeza, y los labios le temblaban cuando al fin los abrió para dejar emerger esos pensamientos.

—Puede ser que él no la matase.

CAPÍTULO 21

La puerta de la librería se abrió, y la campanilla fabricó un agradable tintineo, anunciando la entrada de un posible cliente. Hollis echó un vistazo desde el mostrador, y vio que se trataba de Francisco Cepeda, el editor de Hugo. El hombre se acercó a una de las estanterías, examinando las nuevas ediciones de los libros de escritor, que se habían reeditado a raíz de la aparición de su última novela, y su precipitada entrada en prisión.

— ¿Cómo van las ventas? —se dirigió a la joven.

—Se han disparado desde que empezó todo este escándalo, aunque eso tú lo sabes mejor que nadie.

— ¿Están funcionando las nuevas ediciones?

La pregunta resultó repugnante a oídos de la librera, que no pudo reprimir una severa contestación.

—Solo te importa eso, las cifras. Debería darte vergüenza.

— ¿Vergüenza? Tú y yo no somos diferentes Hollis, ¿acaso hubieses podido montar esta librería sin su ayuda? No trates de darme lecciones de moral.

—Te equivocas. Una cosa es aceptar su buena voluntad, y otra muy diferente es hacer lo que tú haces. Parece que te alegre verlo en prisión.

—No sabes lo que dices, solo estoy haciendo que su fortuna aumente, no creo que le desagrade encontrarse con eso cuando salga.

— ¿A qué has venido?

—Solo quería ver cómo estabas... ¿acaso es un delito? —se aproximó al mostrador compungido.

—Ahórrate el esfuerzo, no engañas a nadie.

— ¿Me merezco este trato? ¿Qué he hecho para que me hables de esta manera?

—De verdad, creo que es mejor que te vayas, no me apetece continuar con esta conversación.

—Está bien, está bien... pero hazte un favor, no pagues tu despecho conmigo.

—Largo —lo amenazó con la mirada—. No quiero verte en mi tienda.

—Hollis...

—He dicho que te vayas —lo interrumpió, y era gélida su mirada, voraz su determinación.

El editor le dedicó una desdeñosa mueca, y abandonó el local a paso raudo, molesto por haber sido despachado de aquella manera. La campanilla sonó de nuevo, y se sintió aliviada cuando el hombre traspasó el umbral, cruzándose con una señora que se disponía a entrar.

—Buenos días.

—Buenos días, ¿puedo ayudarla en algo?

—Sí, estoy buscando el último libro de Esmerodes, me han dicho que aquí podría encontrarlo.

—Claro, está en esa estantería de ahí.

—No sabe lo que me ha costado hacerme con él, está agotado en todas partes.

—Me imagino. Aquí llevamos varias remesas vendidas.

La señora llegó a la caja con el ejemplar entre las manos, y lo depositó sobre el mostrador. Hollis se disponía a cobrarle, cuando se vio interrumpida por una espontánea cuestión.

— ¿Puedo preguntarle algo más? ¿Es verdad que la dueña de la librería es la pareja del escritor?

—Sí lo es, pero nunca viene por aquí —respondió aliviada de que no la hubiese reconocido—. Aquí tiene las vueltas.

—Dele ánimos de mi parte, debe de estar pasándolo muy mal.

—Gracias, lo haré.

La nave quedó en silencio cuando la mujer salió. Hollis miró el reloj de pared, y vio que ya eran más de las dos. Se dirigió a la puerta, y dio la vuelta al pequeño cartelillo que colgaba de ella, indicando que estaba cerrado. Pasó la llave por la cerradura, y subió las escaleras que llevaban al segundo piso del local, donde tenía el almacén y un pequeño despacho.

Accedió a la oficina, y se aposentó en una incómoda silla giratoria en la que solía hacer el papeleo tras cerrar el comercio. El escritorio estaba repleto de facturas y trámites burocráticos, y no le apetecía ni lo más mínimo sumergirse en ese aburrido mundo. Su mente divagó, buscando momentos mejores, reminiscencias perdidas que ahora le parecían extrañamente lejanas.

— ¿Cuándo vas a escribirme algo?

Él sonrió, sabiendo que le sería imposible eludir la respuesta una vez más.

—Quiero que me dediques algo. Quiero que me destripes con tus versos, como solo tú sabes hacer.

Las calles adoquinadas se manifestaban como un reflejo de toda la historia que habían contemplado, y ambos viandantes caminaban despreocupadamente. Él miraba al frente, a la distancia, silencioso. Ella solo tenía ojos para él, y giraba sutilmente el rostro para observar sus cabellos negros y sus andares de erudito.

—No te hagas el loco.

Hugo suspendió la marcha, y volteó el cuerpo en dirección a la muchacha, que se encaró a él temblorosa.

—No me hago el loco. Eso es algo que tiene que surgir, no puedo coger un bloc y describirte sin más.

—Claro que puedes, eres totalmente capaz, y lo sabes.

—Claro que soy capaz Hollis, ¿pero querrías leer esas palabras hipócritas? Créeme, te escribiré cuando sea el momento.

La muchacha frunció el ceño, y sus cejas se arquearon de forma graciosa. Aunque trataba de parecer enfadada, le era imposible mantener la farsa. Hacía frío, y se frotó las manos, para después introducir las en los bolsillos de su abrigo.

— ¿Recuerdas el día que nos conocimos?

—Claro que me acuerdo, hace solo un par de años —argumentó sorprendido por la pregunta.

—Tú entraste a mi pequeña librería, y dijiste que querías un libro de segunda mano —se adelantó y comenzó a caminar de espaldas, observándolo de frente—. Yo te pregunté si buscabas algo en especial, y me respondiste que querías alguno que tuviese cosas escritas por sus antiguos dueños.

—Recuerdo la cara que pusiste, pensaste que estaba loco.

—Lo sigo pensando —sonrió volviendo a su lado—. Encontramos un pequeño ejemplar de “*La conjura de los necios*” de John Kennedy Toole, que estaba repleto de anotaciones de su anterior propietario.

—Y yo te dije que me lo quedaba... pero entonces por fin te atreviste a preguntar por qué demonios quería esa novela.

—Me gusta ser capaz de palpar la vida de otras personas, de tocar las páginas y tratar de sentir

que es lo que experimentaron al leerlas —lo imitó de forma burda—. ¿Fue así?

—Más o menos... solo te falta añadir tu exagerada reacción a aquellas palabras.

—No fue para tanto.

— ¿No fue para tanto? De repente cambiaste de idea, y me manifestaste que no estabas por la labor de venderme la obra.

— ¿Pero al final lo hice no?

—Claro... aunque primero tuve que convencerte.

— ¿Y hace falta que te recuerde cómo lo hiciste?

Hugo dibujó una sonrisa, dándose cuenta de porque la chica había sacado el tema.

—Te dije que te escribiría algo...

—Todavía estoy esperando —alegó ella con cierto desdén.

—En ningún momento te mentí, no te dije dónde, ni cuándo ni cómo.

—No tienes remedio...

Llegaron a la librería, que se erigía majestuosamente en un chaflán de una concurrida avenida. Un rótulo artesano se alzaba por encima de la puerta, con letra antigua y elaborada: “*El anaquel perdido*”.

Ella se dispuso a entrar, pero él la agarró del brazo, divertido por algo que no dejaba dilucidar.

—Espera aquí —se adelantó al interior del establecimiento.

— ¿Ahora vas a prohibirme entrar a mi propia librería? —se quejó ella tratando de no carcajearse.

Esperó unos escasos minutos, hasta que él apareció con algo entre las manos. Cuando se acercó, pudo ver mejor de qué se trataba, y no pudo remediar protestar con virulencia.

—Ahora compras tu libro en mi local. ¿Acaso se puede ser más pedante?

— ¡Calla! —anotó él con total confianza—. Espera y verás.

Palpó con la mano derecha el bolsillo de su camisa, mientras con la izquierda sostenía el ejemplar, abriendo la tapa con el pulgar.

— ¿Qué haces...?

Pluma en mano, el escritor comenzó a dejar correr la tinta sobre la primera página de la novela, mientras los ojos de la muchacha se iluminaban.

— ¿Es para mí? —quiso rodearlo para alcanzar a ver lo que escribía.

—Déjame acabar —se apartó él cerrando su ángulo de visión.

Hollis se resignó a permitir que finalizase lo que estaba haciendo, y cuando al fin terminó, extendió las manos hacia él, pidiéndole que le entregase el texto. Hugo acercó el volumen hacia la muchacha, y cuando se dispuso a cogerlo, lo retiró rápidamente.

— ¡Ah! ¡Todavía no! —negó con la cabeza—. Aún falta lo mejor.

— ¿Y ahora qué? —reprochó ella irascible.

—Ven y verás —la cogió de la mano, y la hizo cruzar la calle hasta llegar a la avenida.

Procuraba seguir quejándose, pero le era imposible ocultar su diversión. Llegaron al otro extremo, y Hugo puso las manos sobre sus hombros, indicándole que aguardase de nuevo.

El paseo estaba repleto de hermosos árboles a ambos lados, y cantidad de viandantes iban de un lado a otro, ajenos al resto de vidas anónimas que se cruzaban ante ellos. El novelista miró a la hermosa Hollis, que lo correspondía emocionada, con los cabellos dorados meciéndose con la brisa, y mordiéndose los labios debido a los nervios. Después, comenzó a caminar de espaldas, hasta que

se dio la vuelta y se acercó al tronco de uno de los árboles, introduciendo el libro en una profunda oquedad de la corteza.

— ¿Es una broma no? —zarandeó ella los brazos.

— ¿Una broma? ¿No has oído hablar nunca del intercambio de libros?

—Venga, dámelo, déjate de tonterías.

—Piénsalo, ¿no será mucho más emocionante mirar todos los días el tronco a ver si alguien lo vuelve a poner en movimiento?

Ahora estaba enfadada de verdad.

—Todos ganamos. Ahora ya no podrás decirme que nunca te escribo nada —se guaseó, aproximándose a ella de nuevo.

—Eres idiota —aseveró con gravedad.

—Imagínate encontrarlo dentro de veinte años. ¡No! Mucho mejor, imagina que yo muero y tú te conviertes en una amargada viuda que disfruta de su senectud —esbozó una sonrisa de parte a parte de la cara—. Y tras contarle la historia a tus nietos te haces de nuevo con el libro, y lees lo que te he escrito por primera vez.

Hollis no pudo soportarlo más, y estalló en una sonora carcajada. Pronto se vio rodeada por los brazos de Hugo, que trató de tranquilizarla con sus palabras.

—Deja que la vida tenga un poco de magia, al menos trata de creerlo.

Lo amaba profundamente. Solo él era capaz de despertar unos sentimientos postergados en su interior, unas sensaciones nuevas y extravagantes que la hacían vibrar con cada nuevo reto que le proponía. Pero... ¿la amaba él a ella? La pregunta se repetía dolorosamente en su pensamiento, vulnerando los postulados más hondos de sus propias convicciones, removiendo sus entrañas, y lacerando su pequeño corazón, que palpitaba con la proximidad de los cuerpos.

Ahora apreciaba su calor, y se sentía confortable y segura como jamás lo había hecho, envuelta en un afectivo abrazo que significaba mucho para ella, quizás demasiado.

Cuando los rostros se encontraron, permanecieron inmóviles, petrificados. Las miradas eran estáticas, inamovibles, y el pensamiento de ambos parecía unificarse en una sola creencia.

La nariz de él rozó la de ella, que experimentó un agradable escalofrío, y podía respirar el mismo aire caliente del que él se alimentaba. Las barreras entre ambos fueron demolidas, y la lejanía era una palabra desconocida para los jóvenes, que se aproximaron todavía más el uno al otro. Los labios estuvieron a punto de rozarse, y la muchacha se ruborizó, notando cómo todo su cuerpo hervía. Entonces él se alejó lentamente, y pasó el brazo por su cintura.

—Vamos, te vas a quedar helada.

Anduvieron juntos hasta la puerta de la librería, y ella, cegada todavía por la pasión, se maldecía por no haberse atrevido a dar el paso. Cuando cruzaron la calle, ladeó la cabeza y echó un vistazo al tronco del árbol, y a la cavidad que horadaba su corteza.

—No es tan difícil recuperarlo. ¿Por qué crees que aquel día te compré la conjura de los necios?

— ¿Era tuyo? —se detuvo ella sorprendida.

— ¿De quién si no? —intentó parecer ofendido.

—Estás loco... ¿me soltaste todo ese rollo de sentir las vidas de los demás, y ahora me dices que el libro era tuyo?

—Sí.

— ¿Cómo que sí? ¡Eres increíble!

—Lo sé.

Esperaron a que oscureciese, y Hollis dejó las llaves de la tienda a uno de sus empleados para que esa noche cerraran sin ella. Cenaron juntos, y Hugo la invitó a tomar una copa, aunque no a uno de esos locales de moda a los que iban los famosos, no le gustaban esa clase de sitios.

—Aunque soy escritor y no deberían reconocer mi cara, ya sabes que la práctica es bien diferente. Esas revistas no me dejan respirar tranquilo.

—Como quieras, a mí me da lo mismo.

—En realidad lo he decidido hace ya algún rato.

—¿Sí? ¿Y a dónde vamos?

—Espera, es una sorpresa.

Las calles del casco antiguo de la ciudad conformaban un entramado laberinto. Las aceras relucían a la luna cubiertas por un fresco moho, y una liviana niebla se adueñaba de cada recoveco, haciendo que las luces de las farolas resultasen misteriosas, reflejadas en aquel vapor de agua esotérico. Hugo guiaba a la muchacha de la mano, conduciéndola por las empinadas cuestas de la urbe hacia algún lugar que ella desconocía.

—¿Vas a decírmelo?

—¡Shhht! Ya falta poco.

Anduvieron unos minutos más, y entonces él detuvo la marcha, y se dirigió de nuevo a ella.

—Ahora cierra los ojos.

Hollis dudo por un instante.

—Vamos, confía en mí.

La muchacha fue conducida a ciegas por las vías colindantes, y de vez en cuando Hugo se daba la vuelta para comprobar que continuaba sin ver nada. Pararon la marcha, y pudo escuchar el sonido de una llave revolviéndose dentro de una cerradura.

—¿Puedo abrirlos ya?

—Aguanta solo un poco más, y cuidado con el escalón.

Una desconocida fragancia inundó sus sentidos de matices, amalgamando una cantidad indescriptible de diferentes aromas extravagantes. Era como si todos los olores bellos que conocía se hubiesen juntado en uno solo, jugando entre ellos a crear la esencia perfecta. El hecho de caminar a tientas acrecentaba la experiencia, y casi podía identificar cada perfume con un color diferente y radiante, que inundaba de luminosidad su percepción.

—Puedes abrirlos.

Lo que vio la dejó anonadada. Los colores que había imaginado quedaban pobres al lado de las tonalidades diáfanas que ahora percibía, bajo la tenue luz de unos hermosos farolillos de metal labrado. Aquellas plantas eran sencillamente de otro mundo, nunca había visto nada semejante. Aunque era invierno, y muchas de ellas no estaban en periodo de floración, las hojas ya resultaban de una vivacidad impactante, y un césped verde esmeralda tapizaba el suelo. Una pequeña fuente dejaba oír el agua corretear, y un camino de piedra señalaba la dirección hacia un pórtico sostenido por cuatro pilares, en los que sobrevivían al frío sendas plantas trepadoras, luchando por ser más altas que sus hermanas.

—¿Qué es este sitio? —lo interrogó pasmada.

—Es mi casa, el sitio donde me crié.

—¡Es preciosa! —la joven no salía de su asombro, y acariciaba las hojas de los arbustos para

comprobar que cuanto veía era real.

—Mi abuelo hizo germinar todo esto. Es increíble que tantos años después se conserve igual que siempre.

—¿Tu abuelo? Nunca me has hablado de él.

—Mira, en ese rincón de allí solía haber una mesa de piedra en la que nos sentábamos a observar cómo trabajaba. Fue ahí donde mi madre propició mi amor por la lectura. Pasábamos las tardes de verano leyendo, y nos divertía pensar que algún día llegarían tiempos mejores.

—¿A qué se dedicaba?

—¿Conoces la fábrica abandonada de Borlán?

—Sí. ¿Trabajaba allí?

—Era el dueño. Borlán de Laurentis.

—¿Por qué cerró?

—Tuvo tiempos muy prósperos, aunque yo no llegué a conocerlos, se vino abajo por la brutal competencia que comenzaron a ejercer las telas asiáticas. Cuando nació era mi madre la que se encargaba de los negocios, y ahora todas las deudas todavía recaen sobre ella. Nunca podrá tener nada a su nombre sin que se lo quiten.

—Por suerte no le hace falta.

Hugo se zarandó, invadido por los recuerdos.

—¿Sabes? Esos momentos eran mágicos, irrepetibles. Cada una de las tardes que teníamos la total convicción de que saldríamos de aquella situación. Era como entretenerse tratando de tocar lo efímero, como retar al propio destino y decirle que estábamos ahí, y que íbamos a lograrlo, pesase a quien pesase.

—¿La quieres mucho verdad?

—Con locura. Creo que si le ocurriese algo no lo soportaría.

—Debe de estar orgullosa de ti.

Enmudeció, y Hollis notó que no le agradaba hablar de ese tema, quizás le costaba reconocer cuánto la había ayudado.

—Vayamos dentro, hace frío.

Pasaron junto al pórtico, y él se agachó un instante en la cuarta columna, tanteando las ramas de la pequeña enredadera.

—Tiene gracia, ahora crece como una condenada. Mi abuelo siempre estaba enfadado porque no había forma de que se asentase, y le tenía especial aprecio a esta porque yo la planté para él.

En el interior del edificio la temperatura era confortable. Pasaron al salón, y Hollis observaba los numerosos lienzos que colgaban de las paredes.

—Mira, ese soy yo —señaló un cuadro Hugo.

Una madre sostenía a un bebé entre sus brazos, y el pintor había logrado un curioso efecto, pues los ojos de la mujer parecían seguirla estuviese donde estuviese.

—¿Ella es tu madre?

Hugo no podía escucharla, estaba en algún lugar de la cocina, preparando un par de copas.

—¿Qué quieres beber? —vociferó a través del pasillo.

—¿Tienes ginebra?

—Sí señor, estas hecha toda una mujer.

Charlaron largo y distendido, y Hollis se dio cuenta de que la botella se vaciaba a un ritmo

desorbitado.

—Me encanta que compartas esto conmigo.

—Y a mí contártelo, eres una de las pocas personas en las que puedo confiar. Las puedo contar con los dedos de una mano.

—Y no sabes cuánto te agradezco que me hayas ayudado con la librería. Has hecho posible que cumpla mis sueños.

—Sé que me estás agradecida Hollis, pero no quiero que me lo digas constantemente. Si te he ayudado es porque sentía que debía hacerlo.

—Gracias —se retractó dándose cuenta de que lo había vuelto a hacer.

Ella solo había rellenado el vaso una vez. El novelista, por su parte, estaba cada vez más exaltado por los efectos de la bebida.

—¿Sabes? No es tan fácil como parece —dijo algo embriagado.

—¿El qué?

—Esta vida, ser un personaje público, soportar día a día los comentarios que esos desconocidos vierten sobre ti —sorbió un generoso trago—. Es todo una mentira, una enorme y asquerosa falsedad.

—Pero tienes una vida que cualquiera envidiaría.

—Y soy consciente de ello... tengo dinero, fama... pero carezco de tranquilidad. No estoy tranquilo conmigo mismo... —vació el vaso en su garganta—. ¡Bah, es igual!

—Hugo, creo que has bebido demasiado.

—¿Verdad? Bueno, no importa, es una noche especial.

Cogió la botella de ron y rellenó su copa, hizo un gesto a la muchacha, que le indicó que no quería más, y estuvo a punto de derramar el resto del brebaje, debido a su falta de coordinación ya más que notoria.

—Nada es lo que parece, todo es una actuación estelar de cara a la galería.

—¿Qué es lo que te ocurre? Nunca te había visto así —afirmó preocupada por su estado—. Acabas de publicar tu segundo libro hace poco, y las cosas no te van nada mal.

—¡Ese es el problema! —gritó sin darse cuenta, y sus ojos estaban empapados de un triste brillo—. A veces desearía que nada de esto hubiese pasado... se... seguir viviendo aquí tranquilamente, sin esta culpabilidad...

—¿Culpabilidad? ¿De qué estás hablando? No has hecho nada para sentirte culpable —trató de calmarlo—. Mira Hugo, creo que la bebida te ha sentado mal. Lo mejor será que vayas a la cama, y verás cómo mañana lo ves todo de forma diferente.

—Mi madre... se merece brillar por sí misma, no se merece vivir a mi sombra. ¿Sabes lo que quiero decir?

La joven lo escuchaba, sorprendida por sus extrañas revelaciones bajo el efecto del alcohol.

—Esas deudas la han condenado de por vida.

—¡Pero tú no tienes la culpa de eso Hugo!

—Ya... —se tambaleó en la silla, notoriamente borracho.

—Venga, te acompaño a la habitación.

La muchacha se levantó, y él obedeció de forma repentina, alzándose tras ella, y tropezando con la mesa.

—¿Es en el piso de arriba?

Ahora él reía escandalosamente, y era asombroso el pronto cambio de humor.

—Estás muy guapa Hollis...

Ella no pudo evitar sonreír.

—Eso no me lo dices cuando vas sereno...

Hugo se aferraba a la barandilla, tratando de no perder el equilibrio.

— ¿Cuándo se acaban estas escaleras?

Llegaron a la planta superior, y el escritor se adelantó, entrando en una amplia habitación, y cayendo rendido sobre una gran cama doble.

—Este era el dormitorio de mi abuelo...

Desfalleció rápidamente, debido a la cogerza. Hollis le quitó los zapatos, los calcetines, y los pantalones vaqueros, mientras él se quejaba sumido en sueños. Después lo tapó hasta el cuello, y se quedó mirándolo unos instantes. Era la primera vez que se mostraba débil, la primera vez que dejaba entrever sus conflictos internos, y ella todavía se sentía algo superada por la situación.

—Buenas noches —apagó la luz, y abandonó la casa, tan solo deteniéndose en el hermoso jardín.

La niebla era más dispersa ahora, y pudo reconocer sin dificultad dónde estaba. Siempre le había llamado la atención ese portal de la Avenida del Olmo, pero nunca imaginó que tras él pudiese esconderse tal vergel.

Vivía en un apartamento cerca de la librería, y caminó pensando en lo que había sucedido aquella noche. No había un alma por las calles, y el sonido de sus tacones era lo único que perturbaba aquella improvisada atmósfera. Luchaba contra sus propios pensamientos, queriendo olvidar su pequeña decepción, pero estaba dolida, ya no porque él hubiese bebido tanto, sino porque se daba cuenta de que no sentía lo mismo que ella.

Verlo así la había trastocado, tan desprotegido, tan frágil. Casi se podría decir que daba algo de lástima. ¿Qué era lo que lo atormentaba? ¿Tenía fundamentos para actuar de esa forma, o solo eran sentimientos exacerbados por la embriaguez? No era capaz de discurrir qué era lo que realmente había ocurrido, y decidió que era mejor no darle más vueltas.

Pasó frente al comercio, y la reconfortó ver su cartel artesanal: “El anaquel perdido”. Él la había apoyado muchísimo, cuando lo conoció poseía una pequeña tiendecita de herencia familiar, y ahora había podido comprar este local de dos pisos, que era todo cuanto había deseado. Hugo la había asistido generosamente con las despesas económicas, y no podía evitar preguntarse por qué lo había hecho, si no estaba realmente enamorado de ella.

Entonces lo vio, aquel tronco hueco, y la profunda cavidad parecía llamarla, atraerla a gritos. Atravesó la calle desierta, y se adentró en la avenida, cruzando los dedos, y deseando que el libro todavía estuviese allí. Se acercó a grandes zancadas, nerviosa, y palpó con las manos desnudas la corteza del árbol, que estaba húmeda debido al rocío de la noche.

Introdujo la mano derecha en la apertura, y el corazón le latía fuertemente. Notó a través del tacto una textura diferente a la madera, y supo que tenía algo. Extrajo el ejemplar, y era incapaz de contener la emoción. “*Las horas reversas*” decía la portada. Era el segundo libro publicado del escritor, y el mismo que hacía unas horas él había internado en el hoyo con algo escrito para la muchacha.

Le temblaban las manos, inundada por una gran excitación, y miró a ambos lados, para comprobar que no había nadie observándola. Se dirigió a uno de los farolillos del paseo, que proyectaba una tenue luz amarillenta, y se guareció bajo el cobijo de su estela. Abrió la tapa de la novela, y reconoció la letra al instante, y cada uno de sus artísticos bucles.

¿Lo ves? Esto es magia.

Hollis pasó varias páginas, buscando algo más, pero pronto se dio cuenta de que eso era todo. Algo se removió en sus entrañas, y sin darse cuenta, se descubrió a sí misma llorando y riendo al mismo tiempo. El fotograma era digno de la mejor película: La ciudad dormía, y un alma solitaria leía un libro bajo la lumbre de un farol, maldiciendo y bendiciendo al mismo tiempo su existencia, descompuesta como consecuencia de una causa a la que no sabía cómo responder.

¿Cómo había sabido él que no lo soportaría, que cogería el libro ese mismo día? Ahora recordaba aquel momento con nostalgia, sentada en el despacho de su librería, y preguntándose cómo había podido acabar Hugo de aquella manera.

¿Homicidio? La idea ni siquiera cabía en su cabeza, y le resultaba repugnante la actitud de personajes como Cepeda, que tan solo se preocupaba por engrosar su cuenta corriente.

Se levantó, y cogió un volumen de una estantería que había tras ella. Era aquel mismo tomo, y una tremenda añoranza la recorrió cuando volvió a leer la frase que él le había dedicado, prediciendo sus movimientos. Comprendió que tenía razón, aquello era magia, ser capaz de detener un momento para siempre, de hacerlo inmortal, único, extraordinario, de convertir un segundo mediocre en un instante magnífico y brillante que ya jamás olvidaría.

CAPÍTULO 22

Horror, un terror visceral y dramático que lo envolvía en un estado de ataxia desmedido. No había nada peor que temerse a uno mismo, descubrir que un verdadero monstruo se escondía en sus propias entrañas, y que ahora había devorado lo poco que quedaba de su propia conciencia. ¿En que se había convertido? Le producía náuseas imaginarlo, y no por el hecho de haber sufrido esa transformación, sino por comprobar que no se sentía diferente, que lo único que había dejado la sangre tras de sí era aquella culpabilidad insoportable.

¿Era eso suficiente? ¿Era justo pago por lo que había hecho? No, no había purga existente para su condena, y ahora sonaban campanas de réquiem, notas funestas que lo aterraban, demostrándole cuan fina era la línea roja, cuan frágil y delicado era el delgado cordón que separaba el cielo del infierno.

—Pero... ¿Cómo es posible? —reiteró Ignacio.

—No es tan descabellado si tú mismo has sido capaz de llegar a la misma conclusión que yo.

—Es cierto que se ajusta a los patrones de la enfermedad... pero esto es algo muy grande para poder afirmarlo.

— ¿Y por qué crees que no te lo había mencionado antes? Necesitaba estar seguro de que Hugo padecía el síndrome.

— ¿Lo estás?

—Todo me induce a ello. La cuestión es más bien otra.

— ¿Cuál?

— ¿Es el asesinato real, o una confabulación creada por su mente?

—Has dicho que los síntomas de la afección son pérdida la memoria de sucesos concretos, pero no de los recuerdos contextuales o implícitos.

—Así es.

—Entonces... ¿cuál es el contexto a partir del que su mente generó el asesinato...? No sé si me explico.

—Claro, es muy fácil. Algo pasó realmente en esa habitación, pero no sabemos el qué. Él pudo llegar, encontrar a su madre muerta, y desfallecer sobre su cuerpo, intentando reanimarla.

—Eso explicaría que no haya un arma del crimen, alguien la habría hecho desaparecer antes de que él llegase —añadió el abogado.

—Y lo más importante. Los presentes aseguran que en un primer momento Hugo también parecía restar sin vida, y que fue después cuando despertó y comenzó a balancearse conmocionado, hasta auto lesionarse contra el piso y volver a perder la conciencia.

—No te sigo.

—Lo primero que vio Hugo al despertar fue a su madre bajo él, repleta de sangre, y su propia cara y manos empapadas del mismo líquido caliente. En este contexto, y padeciendo el síndrome de Korsakoff..

—Es posible que creyese que él mismo la había matado...

—Y eso no es todo.

— ¿Hay más?

—Fui al hospital a hacer unas comprobaciones. ¿Sabes cuáles son las palabras que escuchó el escritor, antes de despertar del estado comatoso y confesar el crimen? —hizo una breve pausa—. Una médico le dijo al oído textualmente... no creo que tú la matases.

— ¿Y eso también pudo contribuir en la confabulación? —lo interrogó Sorbona preocupado.

—Sé que es algo difícil de asimilar. La cabeza de Hugo es capaz de guardar recuerdos sobreentendidos o procedimentales, es decir, el marco en el que suceden los hechos. Lo que es incapaz de recordar son algunos sucesos puntuales, que reconstruye sin darse cuenta con la información contextual que tiene. Sabiendo esto, no es una locura pensar que tras despertar junto a toda esa sangre, y después de escuchar las palabras de la enfermera, crea realmente que él ha matado a su propia madre.

— ¿Y cuál es el pero?

—Que puede ser que estemos equivocados, y efectivamente la haya asesinado.

Un molesto mutismo inundó la habitación, y ambos se miraron, sabiendo que estaban jugando con fuego.

—Esto me supera —masculló el letrado visiblemente alterado—. Me produce una extraña sensación, un molesto cosquilleo por todo el cuerpo.

—Es el miedo a lo desconocido, a no saber a qué nos enfrentamos. Yo también puedo sentirlo, y creo que estamos ante el verdadero terror. ¿Qué se esconde en esa mente brillante? La duda resulta perturbadora.

—Ahora que lo mencionas, ¿por qué no pierde capacidades cognitivas, no tendría que volverse más tonto conforme va olvidando las cosas?

—Muy buena pregunta, esa es la principal diferencia entre Korsakoff y otras enfermedades amnésicas como el Alzheimer, cuyos enfermos tienden a mostrar mayor déficit en la resolución de problemas, con un deterioro del cociente intelectual. Esto no se evidencia en pacientes con desórdenes del tipo Korsakoff, y hasta hoy no se ha demostrado que su inteligencia se vea alterada a causa de la patología.

— ¿Y hay alguna forma de averiguar que ocurrió aquella noche? ¿Hay algún tratamiento que pueda devolver a Hugo a su estado original, o hacerle recordar?

—La falta de tiamina en el organismo es la principal causante de la afección, y por ahora el tratamiento para la enfermedad es bastante rudimentario. Se basa en mantener una dieta equilibrada, y en el caso de que el alcoholismo sea el causante de la deficiencia, abstinencia total. Por otra parte, queda incierto si la tiamina adicional ayuda a recuperar el daño cerebral ya ocurrido, solo se sabe que previene futuros daños.

—Entonces no es seguro que pueda llegar a recordar algo.

—Para ser sincero, lo más probable es que nunca lo haga. En un periodo de hasta dos años es posible observar mejorías. Se estima que alrededor del veinticinco por cien de los afectados hacen una muy buena recuperación.

— ¿Y qué ocurre con el resto?

—Alrededor de la mitad hace recuperación parcial, y será necesaria ayuda externa para que reconduzcan sus vidas, el otro cuarto no hará recuperación y necesitará de asistencia a largo plazo. Si el tratamiento no se pone en marcha de inmediato, el síndrome continúa progresando sin control.

—Eso no nos deja muy buenas expectativas...

—Lo más importante ahora es detener el avance de la enfermedad. Deberías tratar de trasladar a

Hugo a un hospital, o al menos conseguir que siga una dieta especial en prisión.

—No me será fácil, pero haré lo que pueda. ¿No creerán que todo este asunto es demasiado rebuscado para ser cierto?

—No hace falta que les digas todo. Mira, antes te dije que el síndrome es poco conocido, pero aún tenemos un as en la manga. Convéncelos de que es un alcohólico crónico, lo verán mucho más normal, e igualmente tendremos excusa para darle un aporte vitamínico extra.

—Desde luego no hay por dónde cogerte.

—Korsakoff es medianamente común entre alcohólicos, estaremos preparando el terreno para después darles el verdadero bombazo.

—Ricardo... no sabes cuánto me arrepiento de no haberte conocido hace un par de años.

—Deja los cumplidos para el final —bromeó.

—Tienes razón, debemos tener en cuenta algo más.

— ¿El qué?

—Ellos no se cruzarán de brazos mientras vertemos toda esta historia a los medios, tenemos que estar preparados para sus posibles respuestas.

—No me gusta cómo lo dices, esto no es ninguna historia Ignacio, es algo muy serio. No es una tretita para sacar a tu cliente de la cárcel.

—Lo sé, perdona.

—Quiero que tengas claro algo —aseveró—. Yo soy la parte médico, pero carezco de la parte humana. No conozco al escritor tanto como para poder posicionarme, y por eso tu actitud es muy importante para mí. Necesito estar seguro de que tú crees que es inocente, porque eres la única toma de contacto fiable que tengo con él.

—Lo entiendo.

— ¿Y bien? ¿Qué me dices? —preguntó manteniendo la expresión rígida e imperturbable— ¿Crees que él lo hizo?

—Conozco a Hugo desde hace años, y te aseguro que no cabe en mi cabeza que haya hecho algo semejante. Sin embargo después de verlo en la celda, y si te soy sincero, ya no sé qué pensar.

—Meditemos bien lo que estamos a punto de hacer, porque una vez demos el paso no hay vuelta atrás. Y sobre todo debes saber responder cuando te ataquen.

— ¿Cuándo me ataquen?

—Sí, te bombardearán a preguntas intentando encontrar un punto flaco a nuestra teoría. Lo primero que dirán es que el síndrome de Korsakoff lo padecen personas entre los cuarenta y los sesenta años.

— ¿Y que se supone que tengo que responder a eso?

—Diles que aunque es cierto que la enfermedad suele aparecer comprendida entre esos años, puede presentarse a cualquier edad.

—Espera, voy a anotar lo para que no se me olvide —cogió papel y bolígrafo de su escritorio.

—Su siguiente ofensiva será argumentar que la confusión de Hugo no está provocada por Korsakoff, sino por el estado comatoso en el que entró. Responderás que están confundidos, que fue el síndrome, precisamente, el causante del coma.

—Un momento. ¿Es eso cierto?

—La enfermedad puede inducir al afectado al coma. No sabemos si es el caso, pero si decidimos apostar por el escritor, hay que hacerlo con todas nuestras armas. Sé cómo funciona el sistema, y creo

que estarás de acuerdo conmigo en que habrá que poner toda la carne en el asador.

—Por supuesto —susurró sorprendido por la determinación del doctor.

—Hay más. Después seguramente alegarán que mientes, que todos vieron que Hugo perdió el conocimiento tras golpearse la cabeza contra el suelo.

—Eso es innegable.

—Así es... pero cuando llegan a la escena en primer lugar, él ya estaba inconsciente, y nadie puede demostrar la causa de este desfallecimiento. Diremos que es Korsakoff, y que el hecho de que Hugo se auto lesionase hasta entrar en coma, también fue producido por el estado de confusión al que se ven sometidos los enfermos de la afección. Por supuesto habrá que añadir que ver a su madre muerta ya resulta bastante traumático, y que si enloqueció de aquella forma es porque estaba horrorizado.

—No creo que se atrevan a replicar a eso... —apuntó Sorbona satisfecho por la sólida defensa que estaban preparando.

—Lo harán, y no les quedará otra que decir que es mentira. Entonces enseñaremos los partes médicos, y demostraremos varios puntos fuertes de nuestra tesis. Uno, los traumatismos craneoencefálicos no produjeron daño en el cerebro. Dos, hay una importante deficiencia de tiamina en su organismo, y tres, al llegar al hospital no le dieron importancia a los niveles vitamínicos, suponiendo que serían bajos debido al alcohol y otras sustancias, y por lo tanto el escritor no recibió el tratamiento adecuado.

El abogado anotaba rápidamente cada una de las palabras que Maurer le dedicaba, y estaba abrumado por los amplios conocimientos que seguía demostrando el doctor, y que ya no se limitaban solo a la medicina, sino a la capacidad de prever los movimientos de seres humanos anónimos, que casi con toda probabilidad actuarían como él había dicho.

—¿Y qué hay de los garabatos de la celda?

—Simplemente son una forma de desahogarse, al fin y al cabo es escritor. Evitaremos que piensen que queremos utilizar eso para fundamentar su locura.

Estuvieron horas repasando los detalles, hasta que llegó un momento en que al doctor no le quedaban más puntos flacos que asegurar. En última instancia, recomendó al abogado que estudiase a fondo la enfermedad, y fue Sorbona quien lanzó la pregunta final, que resultó más hiriente y punzante que todas las que habían estudiado.

—Si Hugo no la ha matado... ¿quién lo hizo?

CAPÍTULO 23

Cuando descolgó el teléfono, apenas tuvo tiempo de preguntar quién era, Dora Lesandra arremetió contra él con una ferocidad asombrosa.

— ¡Es un miserable! ¿Cómo se atreve a darle la vuelta a la realidad de esa forma?

—Escuche señora... comprendo que...

— ¡Cállese señor Cobos! ¡Debí haber hecho caso a todos los que me recomendaron no verme con usted! ¡Es un ser despreciable!

— ¡Oiga señora, yo no le he faltado el respeto!

— ¿Que no me ha faltado? ¡Ha insultado mi inteligencia! ¿Cómo se atreve a volver a sacar el asunto de las cortinas? ¿Sabe por qué quiso quedarse la casa?

El periodista permaneció expectante, solo aguantando la reprimenda por si era capaz de extraer nueva jugosa información.

— ¡Las había fabricado su padre, por eso Vanessa dijo que le gustaban tanto, por eso tuvo que soportar que engendros como usted la tachasen de superficial! Pero claro, usted no puede comprender que una persona experimente esa clase de sentimientos, porque es un reptil, un bicho que se arrastra por la tierra.

— ¡No tengo porque soportar esto!

— ¡Claro que tiene que hacerlo! ¡Su padre había muerto, no sabe lo que esas cortinas significaban para ella! ¡Y ustedes la aplastaron, la hundieron sin tener nada contra una mujer que era la bondad en persona!

— ¿Va a decir algo más...?

—Mírese al espejo señor Cobos, y pregúntese si está haciendo lo correcto. Ya ha hecho mucho daño, pero todavía puede redimirse.

— ¿Redimirme? Mire señora déjese de estupideces, no voy a permitir que un vejestorio vierta tanta basura sobre mí.

—Debería darle vergüenza... ¿Dónde están sus modales? No sé siquiera cómo es capaz de conservar su profesión.

—Es muy sencillo, a la gente le gusta lo que escribo.

—Está equivocado señor Cobos... —murmuró entre dientes—. La verdad siempre prevalece, y tardará más o menos, pero le dejará en el lugar que le corresponde.

— ¿A sí? ¿Y cuál es ese lugar según su erudita opinión?

— ¡Váyase al infierno!

Sintió un dolor agudo en el oído al escuchar el golpe del aparato al colgarse, y quedó unos segundos pensativo, obnubilado por aquel pitido discontinuo, en estado casi de trance. Por fin dejó a un lado el teléfono, y tanteó sus propios pensamientos, tratando de ponerlos en orden. Tenía todo lo que quería de la señora Lesandra, ya no le servía para nada, así que olvidó el tema rápidamente, y puso todos sus esfuerzos en la que sería su próxima inocente víctima.

Tenía una entrevista a las siete, y si su instinto no le engañaba, podría preparar algo gordo después de ella. No le importaba traspasar las barreras, sabía que estaba llenando más portadas que nunca, y no quería dejar de saborear el adictivo éxito. Esta era la oportunidad que tanto había

esperado, y no iba a permitir que nadie le parase los pies.

Consultó el reloj de pulsera, ya eran más de las seis y media, y determinado, cogió su mochila negra con el material necesario, y abandonó el apartamento, ansioso de noticias frescas.

Los días de lluvia no las dejaban salir al patio, en lugar de eso, se guarecían en el interior de las aulas, admirando la invariabilidad del torrente, su caída ligeramente curvada y majestuosa. El colegio religioso para niñas de “Nuestra Señora del Carmen”, acogía cada año a numerosas infantas venidas de las mejores familias de la zona. Las pequeñas permanecían allí durante el invierno, y volvían a casa solo durante los días de navidad, y los meses de verano.

La institución privada era conocida por su seriedad y firmeza a la hora de enseñar a las muchachas, cuyas edades oscilaban entre los doce y los dieciséis años. Las familias adineradas de los alrededores se sentían orgullosas de poder afirmar que sus hijas asistían al colegio, y se descubrían a sí mismas plenamente satisfechas de los resultados, cuando las jovencitas regresaban por vacaciones, y se encontraban con unas niñas educadas y obedientes.

Para las alumnas, sin embargo, no era demasiado agradable la estancia entre aquellos muros de piedra. La rectitud a la que se veían sometidas era en algunos casos extrema, sobre todo para las más pequeñas, que se sentían obligadas a madurar prematuramente, y a inventar juegos ocultos que las ayudasen a escapar mentalmente de aquel claustrofóbico lugar.

Aquel era un día como cualquier otro. Hacía casi una semana que no podían salir al exterior por el temporal, y la hermana sor Elena, trataba de entretenerlas sin éxito con las enseñanzas que el libro indicaba para aquella semana.

—El más importante de los Concilios convocados por la Iglesia Católica, a juzgar por los acuerdos que en él se tomaron, fue el de Trento, en mil quinientos cuarenta y cinco —escribió la fecha en la pizarra—. Su finalidad era fijar y definir la doctrina católica para que los errores protestantes quedasen al descubierto, reformar la administración eclesiástica, y reformar también las costumbres del clero y del pueblo cristiano.

Una jovencita levantó la mano. Los cabellos castaños se recogían en una coqueta cola, que caía sobre el hombro derecho, ocultando uno de los tirantes del uniforme azul marino, y sus grandes ojos captaban toda la atención de su rostro inocente.

—Adelante —le dio la palabra la hermana.

—Yo he escuchado que el Concilio de Trento se hizo por otro motivo.

—¿A sí, y qué es lo que has oído?

—Que la Iglesia Cristiana adoptó muchas costumbres paganas para que la conversión resultase más fácil a los nuevos feligreses.

— ¡Pero bueno! ¡Por el amor de Dios! —se santiguó la monja— ¿Quién te ha dicho esas barbaridades?

—No sé... se lo escuché decir a alguien.

Las demás niñas reían, divertidas por el acaloramiento de la profesora, que se llevaba las manos a la cabeza.

—Santo señor... ¿y qué más crees saber sobre el concilio?

—Que el domingo se designó día del señor porque ya lo era en otras religiones mayoritarias de la época, y así los convertidos no notarían el cambio.

— ¡Virgen bendita! ¡A la pared, y borra todas esas tonterías de tu cabeza!

Las muchachitas creaban un verdadero alboroto, cobijadas bajo el griterío anónimo que creaban entre todas.

— ¡Silencio! —las hizo callar, y golpeó con la regla la pizarra—. ¡Y tú a la pared!

La niña se levantó lentamente, retirándose la coleta a la espalda. Caminó entre los pupitres de sus compañeras hacia el fondo de la clase, con su libro en las manos, y al pasar junto a una de las mesas, depositó disimuladamente una bola de papel sobre el escritorio.

Su amiga recogió la nota rápidamente, y sor Elena fue incapaz de darse cuenta del gesto, todavía enfurecida. Observaba con la boca abierta el paseo de la mujercita, y no estuvo satisfecha hasta que no la vio con los brazos en alto en forma de cruz, y el grueso tomo sobre su cabeza.

—Continuemos —mostró sus enormes dientes desfigurados, y nadie se atrevió a contradecirla—. Fueron ampliamente discutidas y definidas las doctrinas protestantes sobre la gracia divina, el libre albedrío...

La oronda maestra proseguía con la charla, y las palabras eran necias en los oídos de Reme, que sostenía entre sus manos temblorosas la nota que le había entregado su amiga castigada. Extendió pausadamente el papel arrugado, y cuando lo leyó, no pudo evitar romper en una sonora carcajada.

— ¡Remedios! —gritó sor Elena—. ¿Qué es lo que le hace tanta gracia?

La niña sufría un profundo ataque de risa, y le resultaba imposible detenerse, mientras ocultaba el mensaje encerrado en su puño derecho. El resto de pupilas acompañaba de nuevo, alborotando la estancia, y la monja se acercó a ella, preparando una dura reprimenda.

— ¿Qué tienes en la mano? —hizo un gesto con la regla, como si fuese a golpearla.

Reme abrió el puño, dejando al descubierto su secreto, y el rostro de la profesora era aterrador.

— ¡Ha sido Vanessa! ¡Me lo ha dado ella!

— ¡Señorita de Laurentis! ¿No tiene suficiente castigo? —se dirigió a la niña que anteriormente había mandado a la pared—. Remedios, a hacerle compañía, por chivata.

Abrió la nota, y leyó lo que había escrito.

*Mi oración no jadea ante benévolos, ensalzando a tu ardor.
Cada amanecer rezo a Dios en voz apagada con amor.*

—No sé qué es lo que tiene tanta gracia... ¿lo has escrito tú Vanessa?

—Sí, señora —respondió tratando de no moverse.

—Si dijese estas cosas en voz alta puede que no te castigase tanto.

Reme se unió a su compañera, colocándose a su lado con los brazos en cruz, y otro volumen sobre su cabeza. Cuando la profesora siguió con la explicación, se miraron como les fue posible, y volvieron a reír, esta vez entre dientes.

—Siempre me haces lo mismo Vanessa, no soportas que te castiguen a ti sola —susurró Reme.

— ¡Pues anda que tú tardas mucho en chivarte!

— ¡Silencio! ¡Si no queréis pasar todo el día en penitencia!

La chiquilla miro a su amiga con admiración.

—Sabes que me es imposible soportarlo, que me entra la risa.

— ¿Has visto? No se ha dado cuenta de nada.

— ¿Cómo lo haces? ¿Cómo puedes ocultar esos mensajes?

—Es muy fácil, piensas lo que quieres decir, y escribes algo que tenga sentido con esas letras.

Reme reconstruyó la nota mentalmente... “*Mi oración no jadea ante benévolo, ensalzando a tu ardor. Cada amanecer rezo a Dios en voz apagada con amor*”. Como de costumbre, cogió la primera letra de cada palabra, y de nuevo sufrió un ataque de risa, al redescubrir el verdadero mensaje: “*Monja beata cara de vaca*”.

A Vanessa le encantaba sacar de quicio a las hermanas, y lo que más le divertía era mandar aquellos apuntes a Reme, en los que insultaba en secreto a las monjas. Ellas siempre las leían después de que su amiga rompiera en carcajadas, y solo veían confesiones cristianas de una niña rebelde. Nunca imaginaban que la pequeña se estaba riendo de ellas en su cara.

— ¿Otra vez? ¡Ya está bien! ¡Fuera, las dos! —Sor Elena fue tras ellas, echándolas al exterior del aula— ¡Después tendremos una seria charla!

La puerta se cerró tras de sí, y quedaron solas en el silencioso pasillo. Las demás clases estaban vacías, porque las alumnas más mayores habían salido de excursión, y se respiraba una incómoda tranquilidad. Vanessa miró a su cómplice, y esta, adivinando sus intenciones, la cogió de la manga de la camisa, y tiró de ella.

—Otra vez no. Ya sabes lo que nos pasó la última vez.

—Vamos... ¿recuerdas la cara que pusieron?

—Haz lo que quieras... pero esta vez yo me quedo aquí.

—Venga... si no nos cogieron, podemos hacerlo otra vez —se alejó.

—Vanessa... que nos van a ver —titubeó Remedios—. ¿Vanessa?

La chica hacía caso omiso a las peticiones de su íntima compañera, y se internó en una de las aulas vacías. Reme, nerviosa, corrió tras ella, en el fondo no podía evitarlo.

—Venga, ayúdame —le pidió mientras arrastraba un pupitre hacia la pizarra.

— ¡Estás loca! ¿Qué vas a hacer?

Sobre el encerado había colgado un crucifijo, y Reme se temió lo peor. Vanessa subió a la mesa, y extendió sus manos hacia el cristo crucificado.

— ¡No! ¡Baja de ahí! ¡Te van a matar!

—Espera, ya casi está, pásame la tiza.

La cría obedeció sin saber muy bien por qué, y sus pupilas se dilataron cuando descubrió lo que escribía la pequeña.

— ¿Qué te parece? —entrelazó los brazos en una postura triunfante.

— ¡Vámonos ya por favor! ¡Nos van a pillar!

—Está bien... ya voy pesada —aterrizó en el suelo de un salto, y juntas dejaron la mesa en su sitio.

Esperaron a que la clase terminara. La pequeña Remedios estaba al borde de un ataque, temiendo lo que se les venía encima, pero Vanessa, sin embargo, permanecía totalmente serena, como si la cosa no fuese con ella. Sor Elena salió a recibir las tras la campana, y no pudieron hacer otra cosa que no fuese obedecer su mandato.

—Seguidme al despacho.

Caminaron tras su falda, y cuando pasaron junto a la clase sabotada Reme estuvo a punto de santiguarse, rezando porque la hermana no descubriese su hazaña. Llegaron a la pequeña oficina, y la monja se sentó tras el escritorio, entretanto las muchachas permanecían de pie.

—Remedios, no está bien que rías las gracias de tu amiga constantemente.

—Lo sé sor Elena, lo siento.

—Quiero que reflexiones sobre ello y reces tres padres nuestros.

—Lo haré, gracias por ser tan comprensiva sor Elena.

Cruzó las manos encima de la mesa, y ladeo la cabeza, haciendo notorias grandes muestras de paciencia.

—Vanessa... ¿qué voy a hacer contigo? No entiendo tu mal comportamiento, cuando esas notas secretitas que le pasas a tu compañera demuestran tu profunda fe.

Reme estuvo a punto de estallar de nuevo, y tuvo que llevarse una mano a la boca.

—¿Lo ves Remedios? A eso me refiero.

—Lo siento señora, le pido disculpas de nuevo.

Escucharon un gran alboroto en el pasillo, y la hermana se levantó a comprobar que ocurría. Abrió la puerta y asomó la cabeza, para volver sobre sus pasos rápidamente.

—Ya han llegado las mayores de la excursión. Lo dejaremos por esta vez, pero no consentiré que esto se repita. ¿Está claro?

—Sí, sor Elena —respondieron al unísono.

—Podéis marcharos.

Salieron en estampida. Reme corría en dirección a las habitaciones, pero notó que Vanessa tiraba de ella en dirección contraria.

—No por favor... ¿No ves que nos hemos librado?

—Calla, quiero ver lo que pasa.

Las alumnas de mayor edad estaban ya en el aula en la que habían dejado el mensaje, y las risas podían escucharse desde afuera. Sor Fuensanta, la hermana con peor humor de todas, entró a la estancia, y cerró la puerta a sus espaldas, dirigiéndose a la congregación.

—¿De qué os reís?

Las niñas espiaban a través del cristal del portón, y tenían que ponerse de puntillas para asomar la cabeza por la abertura.

—¿Es que no vais a decírmelo? ¿Qué demonios es tan gracioso?

Algunas alumnas señalaron la pizarra, y la hermana dio media vuelta, abriendo la boca de par en par.

— ¡Santo Dios!

El crucifijo que había sobre el encerado estaba cabeza abajo, y en el tablero podía leerse un comunicado directo y tajante:

Volveré al norte en semana santa amigas

Las carcajadas eran tremendas, y la cara de la beata se volvió roja como un tomate. La ira hizo que las venas de su frente se hinchasen amenazando con explotar, y cuando habló de nuevo los perdigones de saliva salpicaron los pupitres más cercanos.

— ¿Quién ha hecho esto? ¿Quién demonios ha cometido tal acto impuro?

Lo que no sabía la monja es que la respuesta a su pregunta estaba inscrita dentro del propio anuncio. Reme estudió la primera letra de cada palabra, y vio que esta vez su amiga se había superado a sí misma, atreviéndose incluso a auto delatarse: “*Vanessa*”.

Las dos corrieron a su habitación, y cayeron al suelo sufriendo un descontrolado frenesí. El vínculo que las unía crecía cada segundo que pasaban juntas allí tendidas, se miraron, y se cogieron

de la mano. Reme le dedicó la más sincera expresión de felicidad, y se dirigió a ella con el corazón.

—Vane...

—Dime.

—Prométeme una cosa.

—Claro, eres mi mejor amiga. Lo que quieras.

—Prométeme que nunca te olvidarás de mí.

Era una temprana noche de invierno. Había oscurecido antes de lo habitual debido a la tormenta, y el calor del hogar resultaba reconfortante, mientras la mujer preparaba la cena en la cocina. Todavía estaba conmovida por los episodios revividos esa tarde, y fue su hijo quien la sacó de su ensimismamiento.

— ¿Qué tal ha ido la entrevista madre? Pareces seria.

La mujer hacía la cena para su hijo mayor y su esposa, que esa noche eran sus invitados.

—Bien, ese tal señor Cobos no es tan desagradable como lo pintan. Es solo que no puedo dejar de pensar en Vanessa. Hacía tanto tiempo que no nos veíamos... y ahora lo lamento, cuando es demasiado tarde.

—No te atormentes, ya no hay nada que se pueda hacer. Quédate con los buenos recuerdos.

Colocó la lechuga bajo el grifo, y esperó unos segundos a que las hojas estuviesen limpias y bien empapadas de agua.

—Eso intento, aunque es difícil olvidar que ha sido asesinada. Es muy fuerte, algo que no te esperas. Cuando ves esa clase de noticias en la tele nunca piensas que un día te toque tan cerca.

— ¿Y no hay nada que puedas hacer para sentirte mejor?

—Creo que no, solo el tiempo cicatrizará estas heridas —argumentó mientras troceaba las carlotas.

—Espera, deja que te ayude —le tendió la mano el joven.

— ¡Pero bueno! ¡Estás desconocido! Esa mujer te ha cambiado por completo.

— ¿Verdad que sí? Antes no ayudaba en nada.

Tras una breve pausa, la mujer se dirigió de nuevo a su chico.

— ¿Eres feliz hijo?

—Sí, y mucho —afirmó sin dudar.

—Me alegro, es todo lo que una madre necesita saber.

—Sin embargo tú me tienes preocupado. ¿Qué ha ocurrido?

—De verdad que no ha pasado nada. Es solo que han aflorado demasiados recuerdos perdidos. Cobos solo se ha interesado por los años que pasamos juntas en el internado, y a decir verdad creo que se ha ido algo decepcionado. Quizás esperaba obtener alguna primicia más valiosa... ya a nadie le importan los juegos de unas cincuentonas que un día fueron niñas.

— ¿Lo ves? No me gusta que hables así. Sé que todas estas cosas te afectan demasiado.

—Tranquilo... se me pasará. Solo necesitaba sacar todo esto al exterior, en un par de días estaré mejor de lo que estaba.

— ¿Por qué nunca me habías hablado de ella? No imaginé que os hubieseis conocido.

—Eso sería decir poco... éramos inseparables. Ella era... ¿cómo decirlo? La perspicacia en persona. Sí, esa palabra podría describirla bastante bien. Pasábamos todos los inviernos juntas en el internado, hasta que finalizamos el último curso, y ya no nos volvimos a ver.

— ¿Y nunca tratasteis de ponerlos en contacto?

—Nuestros mundos se habían distanciado demasiado, y teníamos miedo de encontrarnos con una persona desconocida. Sin embargo una cosa es segura, ambas pensamos la una en la otra continuamente, y no me hace falta haberla visto para saber eso.

—No lo entiendo, deberíais haberos escrito al menos. Os hubieseis alegrado muchísimo de volver a veros.

—Puede que tengas razón. Si no fuese porque su hijo saltó a la fama, es probable que nunca hubiese sabido nada más de ella.

— ¿Crees que él la ha...?

—No lo sé... la verdad es que no sé qué pensar. ¿Sabes? Tiene gracia, yo siempre le decía que ella sería una buena escritora, y al final su hijo ha resultado ser un brillante poeta.

— ¿Qué te respondía ella?

—Le quitaba importancia al asunto, y me decía que no creía que su camino fuese ese. Yo me ponía tan pesada, que un día me prometió que si alguna vez escribía yo sería la primera en saberlo.

— ¿Y le has contado todo esto a ese Cobos?

—Sí, cada detalle.

—Pues no veo por qué no habría de interesarle, es una historia repleta de buenas anécdotas.

—Los tiempos cambian hijo, hoy en día solo interesa el sensacionalismo barato.

— ¿Sabes qué? Él se lo pierde.

—Tienes razón, no voy a calentarme tanto la cabeza.

—Claro que no, acabo de tener una idea para que te encuentres mejor. ¿Por qué no llevas unas flores a su tumba?

—Lo había pensado, aunque esperaré un poco a que las cosas se calmen, quisiera estar tranquila cuando vaya al cementerio, no rodeada de esos ávidos *paparazzi*.

—Me parece bien, pero cuando estés preparada quiero que me lo digas, yo mismo te acompañaré.

—Gracias hijo, lo haré.

Decepción, ese era el sentimiento que recorría su cuerpo. Esperaba poder sacar mucho más de aquella cita, y tan solo había logrado averiguar algo sobre la niñez de la señora de Laurentis. No tenía nada, y los nervios iban en aumento conforme se acercaba la fecha de publicación del próximo número de la revista.

¿A quién iba a interesarle aquella estupidez del internado? Algunos compañeros de la redacción empezaban a entrometer las narices en el caso, y si no hacía alguna cosa pronto, vería cómo le arrebatában la portada del mes siguiente.

Estaba empezando a alterarse, y sabía que en aquel estado las cosas se complicaban todavía más. A veces maldecía la fama que él mismo se había creado, pues ya nadie interesante le daba un voto de confianza. Tenía que buscarse la vida convenciendo a desconocidos para que le confiaran algunos detalles sobre la noticia, y muchas veces ni tan solo estos aceptaban, prevenidos por su mal nombre.

¿Tan pésimamente estaba realizando su trabajo? ¿Acaso realmente se merecía el trato que estaba recibiendo? Su escritorio estaba lleno de papeles desparramados, esbozos de artículos que él sabía no llegarían a ningún lugar. No le quedaba otra salida que hacer lo mismo de siempre, y sabía que estaba entrando en un pozo sin fondo, del que cada vez resultaba más arduo el ascenso. No obstante, y

conocedor de los pros y los contras, descansó las manos sobre el teclado del ordenador, y comenzó a verter una nueva sarta de provocaciones, reivindicando su propio estilo.

CAPÍTULO 24

Aunque hacía frío, abrieron las ventanas, invadidos por un repentino acaloramiento. Maurer ofreció a su colega una copa, y conectó la televisión del salón con intención de distraerse durante unos instantes. Eran impactantes emociones las que los habían sobrevenido en las últimas semanas, y necesitaban un respiro, aunque fuesen solo un par de minutos.

—Es imposible tener un poco de paz. Está en todas partes —maldijo Sorbona al comprobar que las noticias hablaban del escritor.

— ¿Quieres que cambie?

—Da igual, déjalo, a ver que se inventan ahora.

Se sentaron cómodamente en el sofá, abatidos. Eran demasiadas horas dedicadas al caso, y las fuerzas comenzaban a decaer. La presentadora leía con voz clara las últimas novedades del entuerto, como siempre empañadas por un punto algo exagerado y populista.

“...Los días y las semanas se suceden, y la investigación policial parece haber llegado a terreno pantanoso. El arma del crimen sigue desaparecida, y son muchos los que se atreven a afirmar que ya no se encontrará...”

—Dale voz...

“...Mientras algunos todavía sostienen que el escritor fue quien quitó la vida a su madre, aparecen nuevas teorías que aunque sin demasiado fundamento, se atreven a señalar a otros culpables. Los defensores a ultranza del novelista demandan su puesta en libertad, alegando que no hay ninguna prueba sólida que le incrimine...”

Escuchaban atentos, a pesar de la inicial desgana con la que conectaron el televisor.

“Los seguidores de Hugo han puesto el grito en el cielo, tras la nueva polémica surgida en torno al entierro de su fallecida progenitora, y la decisión del juez de no permitirle asistir al sepelio. Afirman que no entienden cómo, por otra parte, le han dejado escoger las palabras de su epitafio, que él mismo ha escrito desde prisión.”

—Al menos no estamos solos en esta lucha, parece que son muchos los que piensan como nosotros —apuntó el letrado.

“La exaltación crece en las calles, y las autoridades hacen un llamamiento a la calma, asegurando que la investigación prosigue su curso, y que si en ocasiones no hay novedades, es debido a la necesaria prudencia con la que se tratan todas las piezas del rompecabezas”.

El tráfico hacía que resultase imposible escuchar con claridad a la presentadora, y Maurer tuvo que encargarse de cerrar de nuevo las ventanas. Cuando volvió a su asiento, el televisor continuaba fabricando elucubraciones.

“Son numerosos los altercados producidos por los fanáticos más radicales. Y esta misma noche se han registrado hasta tres vehículos quemados, así como numerosas pintadas reivindicativas que piden la liberación de Hugo. Resulta reiterativo un mensaje en especial, que muchos han coronado como el lema principal de los partidarios del poeta, y dice así... Tus manos solo están manchadas de tinta.”

—Esto empieza a descontrolarse, se acerca nuestro momento —apagó el aparato Ricardo.

— ¿Crees que deberíamos comenzar la ofensiva?

—Es ahora o nunca, tenemos todas las cartas a nuestro favor.

—Resulta reconfortante ver que no somos los únicos que pensamos que Hugo es inocente.

—En realidad somos muchos, incluyendo a esos jóvenes radicales.

—¿Crees que nos ayuda que surjan nuevos sospechosos de cara a la opinión pública?

—Por supuesto, la gente está viendo las mismas inconsistencias que nosotros. Pero seguimos sin saber quién lo hizo.

—La experiencia como abogado me ha enseñado, que en la mayoría de ocasiones las cosas son más sencillas de lo que parecen. ¿Quién ha salido más beneficiado de todo esto?

—Visto así, desde luego el editor está creando una buena fortuna. El encarcelamiento de Hugo ha resultado ser la mejor propaganda, ha sido como enterrarlo en vida. Todos sus libros se han revalorizado, por no hablar de las innumerables ediciones que ya lleva el que acaba de publicarse.

—¿Y valdría la pena arriesgarse de ese modo, sabiendo que de todas formas las ventas iban a ser buenas?

—Eso deberíamos preguntárselo a él —recalcó el médico.

—Ya, el caso es que no tenemos esa oportunidad.

—Lo sé, lo sé... pero piénsalo de este modo. Su móvil te parece cuestionable, ¿qué piensas del de Hugo?

—Ni siquiera se me ocurre un motivo por el que él quisiese matarla.

—Pues transmitamos todas nuestras convicciones al público. Hagamos que cambien de opinión. No necesitamos a otro culpable, si estamos seguros de que él no lo hizo.

—Ambos sabemos que esto no funciona así. Ellos pedirán que señalemos un nuevo nombre.

—¿Pues no podremos dárselo! Tendrán que conformarse con lo que ofrecemos.

—No estoy diciendo que entreguemos la cabeza de nadie en bandeja —se explicó Ignacio—. Más bien digo que sembremos la duda, que dejemos caer algún detalle que coloque al círculo más cercano de la familia en el punto de mira.

—Ponerlos todos al mismo nivel que el escritor...

—Eso es.

—Bien pensado, resultan mucho más sospechosos que nuestro cliente.

—¿Qué me dices de Hollis? ¿Por qué cambio de vestido en mitad de la noche?

—Por estilismo, y porque se lo puede permitir.

—O porque estaba tratando de ocultar algo...

—¿A dónde quieres llegar?

—Solo digo que la gente de a pie debería ser consciente de estos detalles, y así poder pensar con todas las cartas sobre la mesa.

—A decir verdad tampoco es tan mala idea. Es solo que no estoy acostumbrado a jugar sucio.

—¿Jugar sucio? Tú mismo dijiste que debemos utilizar todos los medios a nuestro alcance. En mi trabajo tengo que lidiar con esta clase de artimañas día a día. Si no lo hacemos nosotros lo harán ellos, y créeme, nos destrozarán.

—Está bien, está bien... lo haremos a tu manera. Solo voy a pedirte una última cosa.

—Lo que quieras.

—Necesito ver a Hugo una vez más. Quiero probar algo que lleva varios días quitándome el sueño.

Paredes blancas y vulgares, un escenario no meritorio de acoger tan importante suceso. Lo que iba a pasar entre los cuatro muros de argamasa era decisivo, y el doctor era consciente de ello. Una vez más la realidad superaba la ficción, y el emplazamiento resultaba pobre para tan definitivo acontecimiento.

Un falso espejo, un reflejo deformado y distorsionado de una materialidad ya de por sí adulterada. ¿Qué se escondía en la mente del escritor? Habían jugado demasiado tiempo con la verdad y la mentira, y era hora de averiguar la autenticidad de todo cuanto se cuestionaban.

Detrás del cristal, una estancia oculta, una sala repleta de instrumentos de grabación, desde la que se podía observar todo cuanto pasaba en la susodicha habitación. Y como de costumbre, el mobiliario era bien escueto: dos sillas y una mesa totalmente ordinarias, que no evocaban ninguna sensación, aparte de aburrimiento.

Maurer y Sorbona esperaban ya a una parte del escritorio, de pie, junto a una de las dos banquetas. No quedaba nada que pudiesen decirse el uno al otro, no en este punto. Ambos sabían que esto podía llevarlo todo al traste, pero era un riesgo que debían correr.

La cerradura de la puerta que había al otro extremo de la cámara se retorció, y la silueta de Hugo se recortó sobre la luz de los tubos halógenos. El guarda lo asistió a la hora de sentarse, y les recordó una vez más las normas que tantas veces habían escuchado ya.

—Las visitas son individuales, solo puede quedarse uno de los dos.

—Sí. Yo esperaré fuera —respondió Ignacio describiendo un giro de ciento ochenta grados.

Abandonó el lugar junto al carcelero, y cuando percibieron el golpe seco del portón, fue Hugo quien rompió el silencio.

—Me encanta la pasión que le da a su personaje.

Ignacio observaba oculto tras el falso espejo, y la grabadora de voz estaba conectada, previniendo sobre la importancia de lo que se estaba a punto de probar o desmentir. Le hizo gracia el comentario que le había lanzado el escritor, y no pudo evitar que sus músculos se contrajesen, esbozando una sonrisa.

—Hoy no prestaré atención a tus comentarios. Vas a ser tú quien me escuche —parlamentó el médico.

—No me acaba de gustar el planteamiento, aunque tiene toda mi atención. ¿Qué tiene pensado ahora?

—Vamos a hacer un pequeño experimento.

—¿Un experimento?

—Eso es, y necesito que te lo tomes muy en serio.

Colocó las manos sobre la madera, separadas todo lo que los grilletes se lo permitían, y abrió las palmas hacia arriba, en un gesto de sumisión.

—¿Tengo alternativa?

—Me temo que no —atajó Maurer mientras sacaba una carpeta azul de su desgastada maleta de piel.

—¿Ha traído material didáctico? Cada vez se lo toma más en serio.

—Voy a decirte lo que vamos a hacer. Y lo primero es que debes acatar lo que te pida sin reproches, y sin preguntas. ¿Está claro?

—Como el agua.

—Voy a entregarte un folio. En él hay una pequeña historia, un cuento, y necesito que la leas con

atención, y después firmes al dorso —Hugo se divertía tratando de imaginar qué pretendía—. Después te retiraré la hoja, y te daré otra historia, con la que harás exactamente lo mismo.

— ¿Qué...?

—Sin preguntas —lo cortó— ¿Recuerdas?

Abrió el fino archivador, y extrajo de él la primera cuartilla, dejándola caer suavemente sobre el escritorio. La hizo girar apoyando un dedo en una de sus esquinas, de forma que quedase orientada al novelista, y la deslizó hacia él, que le dedicó una última mirada antes de comenzar a leerla.

Gans era un niño pobre que vivía en las montañas nevadas. Su vida era sencilla, dedicada al trabajo de la tierra y la ganadería, y no tenía más aspiraciones que ser capaz de sobrevivir hasta alcanzar la vejez.

Vivía solo, pues sus padres habían muerto, y era el único que quedaba en las alturas heladas, en los picos escarpados de aquellos montes. No tenía amigos, y toda la compañía que conocía era la que le regalaban los animales de su pequeña granja.

Un día, mientras labraba la tierra, vio que se acercaba un forastero, e intrigado, se acercó a él.

— ¿Qué haces solo aquí arriba pequeño? —lo interrogó el hombre.

—No estoy solo —le señaló él a sus espaldas.

El forastero miro en la dirección que Gans le indicaba, pero no vio nada.

—Ahí no hay más que nieve.

Gans se dio la vuelta, y vio que efectivamente no había ningún establo, ni ninguno de sus animales, y asustado, acusó al hombre de habérselos llevado.

— ¿Dónde están, qué ha hecho con ellos?

— ¿No entiendes que es imposible lo que dices? Si hubiese habido un animal alguna vez, no podría estar muy lejos ahora.

Gans comprendió que todo estaba en su cabeza, que había inventado el establo de madera para soportar el frío y la soledad.

—Puedes venir conmigo si quieres —le ofreció el desconocido.

—Váyase de aquí. Los extraños no son bien recibidos —respondió el niño.

El extranjero se marchó, y Gans se quedó inmóvil hasta que lo vio desaparecer en la lejanía. Cuando se dio la vuelta, los animales estaban ahí de nuevo, y aun sabiendo en lo más profundo que no existían realmente, prefirió quedarse con esa imagen, a conocer la cruda realidad.

— ¿Pero qué clase de cuento es este? Es enfermizo.

—Permanece en silencio por favor, después lo entenderás. Ahora firma bajo la historia.

—Como comprenderá no me es fácil en estas circunstancias —golpeó con las esposas la madera.

—Ten —le acercó Maurer un rotulador.

—Muy apropiado —se burló—. Sin extremos punzantes. ¿Tiene miedo de lo que sería capaz de hacer con un bolígrafo doctor?

—Firma.

Hugo imprimió su particular sello, y el psicólogo recogió la primera historia, facilitándole inmediatamente la segunda.

—Ya sabes lo que hay que hacer.

Hendel era un joven bufón, que se dedicaba a divertir a príncipes y reyes. Siempre actuaba para la corte, y era feliz haciéndolos reír. Había encontrado una buena forma de ganarse la vida, y no podía pedirle nada más a Dios. Mantenía a su familia gracias al dinero que le procuraban los nobles, y era respetado y admirado por el resto del pueblo.

Un día, Hendel acudió a realizar un espectáculo para un rey forastero, que había sido invitado al castillo real, y se sorprendió al ver que no llevaba ninguna joya, ni hacía ningún tipo de ostentación. Fue la primera vez que sintió envidia, porque aquel hombre no necesitaba lucir lujosos atuendos para demostrar quién era, y Hendel comprendió que eso era verdadero poder.

Un sentimiento insano creció dentro de él. Y quiso matarlo, apoderarse de todo lo que él tenía. Los celos lo habían cegado, y lo conducían por senderos escarpados y llenos de curvas.

Con mucha dificultad, logró disuadir esos pensamientos y volver a casa. Cuando vio de nuevo a los suyos, se dio cuenta de que él no necesitaba nada más que eso, amar y ser amado por los seres que realmente le importaban. Y nunca jamás volvió a tener sentimientos de aquel tipo, ni volvió a temerse a sí mismo.

— ¿Has terminado ya?

Hugo asintió con la cabeza, sabiendo que cualquier cosa que dijese resultaría inútil.

—Bien, firma también esta.

El joven obedeció, y Maurer le quitó rápidamente el cuento, guardándolo a buen recaudo dentro de la carpeta, y sacando una última hoja, esta vez en blanco.

—Ahora quiero que vuelvas a escribir todo lo que recuerdes de esta última historia.

— ¿Y ya está, todo este preámbulo solo para esto? ¿Qué clase de examen es este?

—Tienes diez minutos. Esperaré fuera —se levantó el médico.

Hugo estaba desconcertado, sorprendido por el extraño comportamiento del hombre, y se resignó a permanecer allí sentado, poniéndose manos a la obra en cuanto Maurer abandonó la sala de conferencias.

Cuando los amigos se reencontraron, Ignacio no pudo reprimir más sus dudas, y lo avasalló nada más verlo.

— ¿Qué estás haciendo? No comprendo nada.

Su compañero se acercó al cristal, translúcido desde esta parte, y admiró la concentración con la que escribía Hugo al otro lado.

—Quiero probar algo, y si esto sale como creo...

— ¿Pero qué esperas que ocurra? No puedes dejarme aquí sin decirme nada.

—Los pacientes con síndrome de Korsakoff tienen preservadas las capacidades para realizar tareas de memoria a corto plazo.

— ¿Puedes explicármelo de forma que lo entienda?

—Por ejemplo, no presentan ninguna dificultad a la hora de repetir ciertos dígitos que previamente les hemos comunicado. Sin embargo, en las tareas en que se utilizan distracciones e interferencias, algunos manifiestan una alteración de los recuerdos tempranos.

La expresión del abogado denotaba lo perdido que se hallaba, no se estaba enterando de nada en absoluto.

—Se muestran sensibles ante interferencias proactivas, de manera que, usualmente, mezclan la

información de una primera historieta cuando se les pide que describan una segunda, que acaban de leer.

—Ya veo...

—Como el resto de funciones mentales están preservadas, es una de las pocas bazas que tenemos para asegurarnos de que sufre el síndrome.

—¿Y qué finalidad tiene todo esto? Si hace tiempo que afirmas estar seguro de que lo padece.

—¿Por qué crees que le he hecho firmar las historias? No quiero comprobar de nuevo algo que ya se.

—Quieres que él lo sepa... ¿quieres que sea consciente de su propia enfermedad!

—Es algo que no he hecho nunca. Y debo reconocer que estoy algo nervioso, no imagino cómo puede reaccionar. Haciendo que marque las hojas nos aseguramos que no piense que las hemos cambiado —lo estudió a través del vidrio—. Si su relato no coincide, se verá obligado a descubrir su demencia.

—¿Y si consigue recrear la historia fielmente?

—Que puedan mostrar dificultades no significa que siempre lo hagan, eso no cambiará mi diagnóstico médico, aunque me será imposible sostener mi demostración y hacerle ver lo que le ocurre.

—Cruzaré los dedos entonces —aseguró el abogado haciendo el gesto con la mano derecha.

El escritor, por su parte, había terminado la tarea que le habían encomendado, y aguardaba a que Maurer regresase, con una paciencia y sosiego asombrosos.

—La suerte está echada.

Ignacio vio de nuevo cómo su compañero cambiaba de estancia, y Hugo lo recibió solemne, imitándolo en la medida de lo posible, y extendiéndole el texto que había escrito, como él hiciese antes con los otros dos.

—Ahí tiene doctor. Ahora hágame un favor y cuénteme de una vez qué diablos está haciendo conmigo.

Maurer reconoció la elaborada caligrafía del escritor, y la imagen de la celda y los garabatos le vino una vez más a la cabeza. Todavía de pie, alcanzó el papel, sosteniéndolo con ambas manos, y comenzó a analizarlo lentamente, sabiendo que de ello dependía que le fuese posible llevar a cabo su propósito.

Érase una vez un bufón llamado Hendel. Era un joven afortunado, que se dedicaba a entretener a príncipes y reyes. Era feliz haciendo reír a la corte, y estaba contento con la forma en que se ganaba la vida. Era capaz de mantener y proporcionar sustento a su familia, y gozaba de buena fama entre sus iguales.

Un día, fue llamado a actuar para un rey forastero, que estaba de visita en el castillo real, y quedó asombrado al ver que este no hacía ostentación de sus riquezas. Se dio cuenta al instante de que ese hombre era realmente poderoso, y unos celos insanos crecieron en su interior.

Quiso quitarle la vida, y robarle todo cuanto poseía, y eran sentimientos peligrosos e irrefrenables que lo conducían por caminos peligrosos.

Al fin, con mucho esfuerzo, logró olvidar esas ideas y regresar a su hogar, donde comprendió que lo realmente importante era el amor mutuo que compartía con su familia, y nunca volvió a

sufrir esas tentaciones.

Sus esperanzas se desmoronaron, los cimientos que las sostenían fueron dinamitados, borrando cualquier mínima presunción de optimismo. ¿Y ahora qué? El escritor había descrito con total fidelidad el cuento, y ya no había manera de utilizar aquello para hacerle ver su trastorno. No servían nada las firmas, ni toda la puesta en escena que había llevado a cabo.

En este momento él perseveraba impaciente, suponiendo que el doctor le explicaría por qué lo había sometido a tan absurdo test, y este, acorralado, buscaba una salida, una vía de escape que lo ayudase a escabullirse sin pena ni gloria de la comprometida situación.

Estaba agotando todas sus opciones, y tan solo le quedaba una disyuntiva, una última alternativa. Pero... ¿era ético cruzar la línea, anteponer sus propias inquietudes a la salud del paciente?

—Señor Maurer, se lo ruego, esto comienza a perder la poca gracia que tenía.

—Lo sé Hugo, lo sé. Vayamos al grano.

No había tomado ninguna determinación, pero se vio a sí mismo pronunciando esas palabras casi involuntariamente, movido por unos hilos ajenos a sus profundos reparos. Desvaído de cualquier sensación o sentido del deber, se dejó llevar por oscuros deseos, por anhelos egoístas que se apoderaban de su persona. Era la obsesión la que sellaba sus actos, y era incapaz de darse cuenta de que estaba cegado, y a punto de traspasar un lóbrego pasaje de un solo sentido.

— ¿Recuerdas lo que ocurrió hace un par de semanas?

—Quiere hacer que pierda los nervios. ¿Es eso?

—Cuando me echaron de la prisión. ¿Puedes acordarte de ese momento?

—Cómo olvidarlo...

— ¿Podrías evocar ese preciso instante para mí?

—Míre doctor, empiezo a estar verdaderamente harto de sus divagaciones, de sus métodos y ensayos que no llevan a ningún lugar. No seré más su cobaya de pruebas.

—No, no... Por favor Hugo, esto es muy importante. Te prometo que después tú mismo te darás cuenta.

Ignacio estaba rígido, saboreando el extraño espectáculo desde su favorecida posición. De nuevo no comprendía que pretendía su compañero, y lo horrorizaba en cierta forma pensar que el caso pudiese haberlo superado, que todo esto le quedase grande.

—Usted estaba sentado frente a mí, al otro lado de los barrotes —comenzó a hablar Hugo con tono desganado—. Por aquel entonces todavía nos veíamos en la celda, fue antes de que las citas pasasen a ser aquí.

—Bien... prosigue por favor.

—Yo le dije algo para herirle, algo relacionado con Eva Morain, y logré sacarlo de sus casillas.

La grabadora registraba la conversación desde la cámara contigua, y Sorbona escuchaba todo nítidamente amplificado por unos altavoces, como un oyente anónimo de radio.

— ¿Y qué fue lo que pasó entonces?

—Usted se aferró a los barrotes montado en cólera, y el funcionario de prisiones le obligó a suspender la visita, por haber incumplido las normas.

— ¿Estás completamente seguro de que fue así como ocurrió?

—Totalmente.

Ricardo palpó con las manos abiertas la tabla, y tomó asiento al fin, aproximándose todo cuanto

pudo al poeta, y penetrándolo con la mirada.

— ¿Qué me dirías si yo te dijese que no fue eso lo que sucedió aquel día?

— ¡Ya está bien! ¡No lo soporto más! ¡No aguanto más sus juegos de médico de tres al cuarto!

— ¿Y si pudiese demostrártelo? ¿Y si pudieses ver con tus propios ojos que estás equivocado? —argumentó ignorando su repentino estallido.

—Esto es increíble... me pregunto de dónde demonios le han sacado. Ahora comprendo que le tachasen de loco en aquel entonces.

No se ofendió, estaba demasiado acostumbrado a ese tipo de comentarios, que había soportado durante años. En lugar de ello mostraba una extraña expresión, una desfigurada mueca de satisfacción. Alcanzó su maleta, y desenterró de entre todos sus bártulos lo que buscaba, y cuando lo sacó al exterior, Hugo lo contemplaba atónito.

— ¿Y ahora qué? —se reía forzosamente — ¿Qué nuevo truco prepara?

El doctor sostuvo la cinta de vídeo en alto, y abandonó su butaca momentáneamente, solo para acercarse a un viejo televisor que había en un soporte, colgando de la pared.

Insertó la película en el reproductor, y el aparato se encendió solo, mostrando al principio lo que los entendidos del mundillo llaman ruido, esas formas grises sin sentido que producen un sonido tan desagradable, cuando hay falta de señal. Accionó el botón de “*play*”, y la molesta imagen desapareció, llevándose consigo el estruendo.

El escritor había enmudecido, entrando en un estado de profunda afasia, y solo tenía ojos para aquel monitor, con el que el doctor había logrado al fin captar toda su atención. Sus pupilas se dilataron hasta rozar la anormalidad, y todos los músculos de su cuerpo se aflojaron, produciéndole un desabrido tembleque.

El film dejaba ver a dos personajes conocidos. Uno era el doctor, sentado en un oxidado taburete, y el otro era él mismo, a la otra parte de los barrotes. Era la grabación de una de las cámaras de seguridad, y aunque el ángulo de visión no hacía posible apreciar sus rostros, las voces se percibían claramente, y eran inequívocas.

—Dígame usted doctor. Dígame por qué perdí la fe —se reconoció a sí mismo.

—La herida es reciente. Ese dolor, esa rabia, ese odio y desprecio contra el mundo que le rodea. Tal vez todo pertenezca a la consecuencia de la misma causa —respondió el médico del televisor.

—Muy poético —acometió otra vez su voz.

Hugo estaba paralizado, corroído por un veneno que lo aturcía. Se veía en la pantalla, y sabía que era él, pero no reconocía sus actos, no admitía que aquellas palabras fuesen suyas.

— ¿Qué es esto...? —articuló con dificultad, haciendo palpable lo desconcertado que estaba.

Ahora los personajes de la comedia permanecieron unos segundos reflexivos, antes de que el baile de oraciones comenzase de nuevo.

—Es la muerte de su madre... ¿verdad? —dijo Maurer en el film.

No podían distinguirse del todo bien los movimientos del novelista, que parecía afectado tras la reja, aunque no tanto como lo estaba en el momento presente.

—No... ¡No, no, no! ¡Ese no soy yo! ¡Quiere volverme loco! —su exaltación contrastaba con la quietud con que actuaba en la pantalla.

—No quiero hablar de eso —pronunció su igual.

Se llevaba las manos a la cabeza, y era triste analizarlo, impedido por las cadenas que lo ataban de las muñecas. Producía verdadera lástima comprobar cómo descubría su propia enajenación, cómo

luchaba contra las aplastantes evidencias que ahora se le presentaban.

En el vídeo, el especialista cerró su cuaderno, se levantó del incómodo taburete, y dio un paso hacia los barrotes. Hugo prestaba atención a cada fotograma, albergando la tenue esperanza de reconocer algún fragmento de la tragedia, pero su ilusión desapareció al instante, cuando el médico giró noventa grados, y se alejó por su propio pie de la celda, sin que nadie intercediese, sin que ningún guarda lo acompañase.

— ¿Qué es esto? ¿Qué me pasa, por qué no reconozco nada de lo que veo? ¿Es otra prueba, otro procedimiento? ¿Es eso verdad? ¡Solo un sondeo más dentro de la terapia! —imploraba sumido en un insondable terror.

—Hugo, tranquilízate. Esto que te ocurre tiene una explicación razonable.

El muchacho pedía clemencia con la mirada, acobardado. Había perdido todos sus aires de grandeza, y exhibía su fragilidad, su interior de porcelana a punto de romperse en mil añicos.

El terapeuta detuvo la reproducción, y la imagen quedó congelada. Se sentía algo culpable por lo que acababa de hacer, pero no podía evitar seguir adelante, ahora que al fin había comenzado la función.

—No tienes de qué preocuparte —trató de calmarlo— Con el debido tratamiento estas lagunas desaparecerán.

Debía de sacar el máximo partido al momento de flaqueza, y lo sabía, sabía que probablemente no se le presentase otra oportunidad como esta.

—Encontramos la falta de algunos aportes vitamínicos en tu cuerpo —le explicó—. Eso te produce unas pérdidas de memoria explícita, que tu cabeza rellena sin que te des cuenta. ¿Comprendes lo que quiero decir?

— ¡Basta! ¡No quiero seguir escuchando!

Ignacio era testigo de las revelaciones, incapaz de mover un solo dedo, y asombrado de que el doctor hubiese sido capaz de llegar a tales extremos.

— ¿No lo entiendes? ¿Qué es lo que recuerdas del día que murió tu madre?

El joven se revolvía en la silla, frenético, y al borde de sufrir un colapso.

— ¡Sáquenme de aquí! ¡Por favor, que alguien me saque de aquí! —golpeaba los travesaños de la mesa con las esposas.

Maurer sostuvo sus manos, deteniendo el sonoro aporreo.

— ¡Reacciona! ¡No huyas! ¡Ten valor para enfrentarte a tus propios miedos!

En uno de los pasillos cercanos, varios funcionarios se apresuraban hacia la cámara, prevenidos de que algo no marchaba bien. Corrían por los laberínticos pasadizos, bajo la orden de terminar con la visita del preso setecientos doce, por incumplimiento de las normas establecidas. No se puede establecer contacto físico con los reclusos.

— ¡Piensa con la cabeza! ¡No temas dar cabida a nuevas posibilidades! —seguía vociferando el doctor.

Las dos puertas se abrieron casi al unísono, y por parejas, los celadores los asieron por las espaldas, arrastrándolos contra su voluntad.

— ¡¿Es que no ves que puede ser que tú no la matases?!

El tiempo se detuvo. El colérico bombeo de sangre por todo su cuerpo, permitió al médico verlo todo a cámara lenta, inmerso en un ardor extremo. Sus últimas palabras tocaron en algún profundo lugar dentro del escritor, que se aferraba como podía al mueble, tratando de evitar que se lo llevasen.

Sus ojos se iluminaron como dos astros centelleantes, y eran visibles los tendones de su cuello, rígidos como el acero, superponiéndose a su piel tostada. Toda su desesperación se aunó en un solo instante perenne, que parecía nunca acabar.

Maurer sintió cómo se le formaba un nudo en la garganta, y la expresión de Hugo evocaba en él una mezcla de deseos olvidados. Reconoció la desorientación, la tristeza, la ira y la esperanza, todas amalgamadas en un mismo gesto, y sabía que ya no había vuelta atrás, y que había hecho lo correcto.

CAPÍTULO 25

Las inmediaciones del edificio estaban repletas de periodistas. Toda la zona había sido dividida mediante líneas en el suelo que delimitaban el espacio que podría ocupar cada cadena de televisión, no obstante, los periodistas rondaban libremente cerca de las mismas puertas de los juzgados, realizando constantes transmisiones en directo durante las veinticuatro horas del día.

Los vigilantes de seguridad ponían todo su empeño en dirigir el denso tráfico, pero les era imposible controlar a todos los profesionales que se hacinaban junto a los muros, tratando de acercarse lo más posible a la entrada principal. El alboroto era tremendo, y los reporteros tenían que gritar cuando emitían en el aire, para superponer sus voces entre la multitud.

—Han pasado ya varios meses desde que Hugo fuese encarcelado, y la excitación crece por momentos, sabiendo que el caso podría sufrir un temprano giro de ciento ochenta grados en los próximos días —transmitía a las cámaras una joven corresponsal—. Si la acusación no es capaz de presentar pruebas relevantes que incriminen al escritor, el juez podría verse obligado a ordenar su puesta en libertad en breve. El novelista ha agotado prácticamente el tiempo de prisión preventiva que estipula la ley, y conocedores del dato, defensores y detractores se han lanzado a las calles, defendiendo sus particulares causas.

A escasos metros de la joven, un reportero inglés contactaba vía satélite con su país, añadiendo credibilidad a sus palabras por el mero hecho de estar en el foco de la noticia.

—La defensa afirma que el escritor padece una extraña afección apodada síndrome de Korsakoff. Los enfermos aquejados de este trastorno sufren pérdida de recuerdos explícitos y confabulación, pues rellenan las lagunas con recuerdos ficticios, que su mente genera a partir del contexto en el que se producen los hechos —se detuvo para coger aire—. Con esta hipótesis, que cada vez toma más fuerza entre los que apoyan al poeta, la defensa deja zanjada la auto inculpación, afirmando que Hugo confesó el crimen durante la fase aguda de la enfermedad, y fue esto lo que propició que él mismo pudiese creer lo que decía.

Subiendo algunos escalones, casi a la entrada, dos guardas hacían señas a otro periodista, que se afanaba en llegar a las puertas del edificio, mientras abría paso como podía a su cámara, para que hiciese un buen plano.

—El doctor que encabeza el equipo médico de la defensa, no es otro que Ricardo Maurer, al que seguro ustedes recordarán por el polémico caso de la muchacha Eva Morain, hace ya casi quince años. Tras una larga temporada retirado, el psicólogo ha vuelto a acaparar portadas, convirtiéndose en defensor a ultranza de la inocencia de Hugo —subió un par más de peldaños—. Sus más críticos detractores cuestionan la credibilidad del terapeuta, y señalan sus dudosos antecedentes, mientras que sus simpatizantes recalcan que siendo profesor, y teniendo un sueldo asegurado, el psiquiatra ha debido tener muy buenos motivos para volver a los ruedos.

—Esto se ha convertido en una auténtica batalla mediática, y poco a poco incluso las empresas de comunicación van tomando partido, sabiendo que si sus hipótesis resultan triunfantes saldrán reforzadas de todo este entuerto. Las represalias legales que pueda tomar el novelista si finalmente sale a la calle, son temidas por sus detractores, que incluso han suavizado su lenguaje discriminatorio, y comienzan a acompañar cada acusación de la duda de la presunción.

—Este país nunca se había revuelto tanto por un caso de homicidio. Los más radicales van ganándose nuevas simpatías, y han tapizado la ciudad del que ya se ha convertido en el lema principal de la campaña defensora. Tus manos solo están manchadas de tinta...

—El símbolo de la mano negra ha aparecido ya en numerosos lugares de la geografía Española, y va camino de convertirse en un auténtico icono, que quizás incluso sobreviva al propio caso. Solo el tiempo dirá qué es lo que ocurre con este turbio entramado, y mientras tanto, las especulaciones y las nuevas tesis aparecen sin ningún tipo de control ni censura, añadiendo al asunto una nota más de confusión, si cabe.

Cobos apagó el televisor, no soportaba seguir escuchando a la prensa amarilla. Él era acusado de sensacionalista, pero definitivamente prefería eso a ser un vendido, a posicionarse a una parte del caso tan solo para contentar a la mayoría del público.

Por su parte, el trabajo no cesaba, y tras la desilusión que había sufrido con la última entrevista, había logrado una reunión con alguien que seguro sería mucho más interesante. Lo que no lograba entender era la facilidad con la que había conseguido establecer la reunión, sobre todo teniendo en cuenta quién era el entrevistado.

Abandonó su apartamento cabizbajo, meditativo. No le quedaban demasiadas oportunidades, era consciente de que su último artículo había sido un auténtico fiasco, y su posición dentro de la revista se estaba viendo debilitada, una vez más. Pero al fin y al cabo él había escogido ser así, crudo, tajante, sin miramientos, y sin ningún tipo de escrúpulos. Había sobrevivido como periodista largos inviernos ¿por qué iba a cambiar ahora?

Las pastillas para la ansiedad ya no le hacían nada, y su médico de cabecera se había negado a recetarle nada más fuerte, previniéndolo de posibles adicciones a los fármacos. Hacía varios días que no dormía nada, y su aspecto era desolador, envuelto en aquella espesa barba que contrastaba con la calvicie de su cuero cabelludo. Se encendió un pitillo, mientras caminaba observando las grises aceras y el oscuro pavimento de alquitrán. Ni siquiera se había preparado las preguntas, y la mano derecha le temblaba furiosamente, haciendo difícil el manejo del cigarrillo, que sostuvo entre sus labios.

Introdujo la extremidad mermada en el bolsillo de los pantalones, y agarró el cilindro humeante con la izquierda, que curiosamente no mostraba esos traqueteos incontrolables. El largo abrigo de piel lo guarecía del viento, que azotaba las calles de la urbe, y siguió andando, hasta llegar a una amplia avenida.

La dirección que había anotado le indicaba que se encontraba cerca del lugar, y solo anduvo algunos metros más, hasta encontrar el majestuoso e imponente bloque de apartamentos. Miró hacia arriba, y admiró las alturas de la construcción, para después pulsar el timbre de uno de los pisos intermedios.

— ¿Sí? —descolgaron el interfono.

—Soy Cobos.

—Adelante.

La puerta se abrió con un sonido eléctrico, y el periodista no esperó para internarse en la antecámara, y coger el espacioso elevador. La ascensión era lenta, y tuvo tiempo para pensar en la estrategia que seguiría: ninguna. Cuando al fin entró en la casa, el propio entrevistado lo recibió cordialmente.

—Buenas tardes —le extendió la mano.

—Buenas tardes señor Cepeda, gracias por recibirme —lo correspondió, haciendo un esfuerzo sobrehumano por retener los impulsos involuntarios de su diestra.

El editor le indicó que podía tomar asiento donde más gustase.

—¿Quiere tomar algo?

—No gracias, últimamente he tenido algunos problemas de salud.

—Nadie lo diría... —lo oteó de la cabeza a los pies—. Yo tomaré una cerveza, si no le importa.

—Faltaría más, esta es su casa.

El empresario se acercó a una nevera de diseño que había en el propio salón, y alcanzó un frío y sudoroso botellín.

—Bueno, como le dije no tengo mucho tiempo, así que le agradecería que fuese al grano.

—Claro, no hay problema, solo me gustaría preguntarle algo en primer lugar.

—Le escucho —destapó la botella.

—No entiendo por qué me concede precisamente a mí el privilegio de la información. Hay infinidad de periodistas que se ajustan mucho más a su causa, no sé si me explico.

—Sabía que me preguntaría algo parecido —se aposentó frente a él—. El caso es que esa causa a la que usted se refiere no es lo más importante para mí en estos momentos. Con toda probabilidad Hugo estará en la calle pronto, así que tengo que aprovechar para sembrar un poco más de polémica ahora que me es posible. ¿Quién mejor que usted para eso, señor Cobos?

—Debo reconocer que me sorprende su respuesta...

—Ante todo soy un hombre de negocios, y la polémica vende, solo estoy haciendo bien mi trabajo. Ahora si le parece, comience con las verdaderas preguntas, creo que no me hará falta decir que lo que acabamos de comentar no formará parte del reportaje.

—Por descontado, le aseguro que serán tan solo unas cuestiones.

El *jornalista* meneaba el pie de forma nerviosa, generando un ligero y molesto traqueteo. Puso las manos sobre la mesa, tratando de serenarse, pero pronto se vio obligado a ocultarlas bajo la madera, queriendo que Cepeda no captase su desesperación.

—Supongo que sabrá que mis métodos no son demasiado... habituales —parlamentó—. No voy a detenerme en nada que no me interese, así que no quiero que se sorprenda si voy directo al grano.

—Al contrario, tampoco se puede decir de mí que sea una persona demasiado diplomática. Comience por donde guste.

—De acuerdo entonces. En primer lugar, me gustaría saber por qué discutía con la difunta señora de Laurentis aquel día, durante la presentación del libro.

—¡Ah! Está siendo usted muy previsible señor Cobos —masculló antes de sorber un trago de la espumosa cerveza rubia—. Discutíamos los detalles de la edición.

—No lo comprendo. ¿Por qué habrían de discutir sobre algo que ya estaba pactado? El libro se ponía a la venta al día siguiente en el país entero, por mucho que quisiesen ya no habría forma de cambiar nada.

—Veo que no se le escapa una —sonrió—. Está bien, le diré la verdad, y tenga cuidado con esta información, porque nadie aparte de usted sabe lo que voy a decirle.

Las manos del periodista se revolvían bajo la mesa, y tuvo que detener el vaivén de la derecha con la zurda.

—No discutíamos sobre la edición del último libro de Hugo, sino sobre los de Vanessa, sobre sus propios libros.

— ¡Un momento! ¿Me está diciendo que Vanessa de Laurentis también escribía?

—Así es, llevaba varios años luchando por ver publicados sus ejemplares, lástima que no cumpliera su sueño en vida.

— ¿Qué?

—No me negará que ahora es el mejor momento para que esos volúmenes perdidos, de los que nadie sabe nada, vean la luz. Será un auténtico bombazo.

— ¡Pero esto es detestable! ¿No le importa otra cosa que no sean las cifras?

—Señor Cobos, usted y yo no somos tan diferentes. Sus artículos han enterrado más personas en vida, de las que yo jamás seré capaz de sacar partido muertas. No trate de darme lecciones de moral, no usted.

— ¿Y qué papel juega Hugo en todo esto, en qué punto está el escritor?

—Por supuesto él conoce toda la verdad, como hijo suyo que es. El pobre infeliz se maldice a sí mismo cada vez que se emborracha, porque cree que su madre no puede editar por su culpa.

— ¿Y está en lo cierto, o los motivos se ciñen solo a la calidad de los textos?

—No, no... Las novelas son muy buenas. Él intentó disuadirme en muchas ocasiones para que la ayudase a publicar, pero yo siempre le respondía lo mismo que a ella, que no era el momento. Era eso lo que tanto la sacó de quicio en la fiesta. ¿Da por respondida su pregunta?

—Espere, espere... Esto es muy revelador, y el único que resulta beneficiado es usted.

—En realidad eso no es del todo cierto. Es verdad que publicando los libros ahora, aumentaré todavía más mi fortuna, pero tiene que tener en cuenta que una vez se solucione toda esta trama, Hugo es el único heredero legítimo de todos los derechos de autor.

— ¡Y como editor usted volverá a sacar tajada de eso!

— ¿Acaso es tan terrible? ¿No haría usted lo mismo?

—Debo informar de esto a las autoridades. Deben saber lo que realmente se esconde detrás de la muerte de Vanessa.

— ¡Hágalo, adelante! Al fin y al cabo para eso le he llamado, así conseguirá que las ventas sean aún mayores.

—La investigación sigue su curso ¿recuerda? Descubrirán quién es el verdadero culpable.

—No hay nada que me preocupe en ese aspecto. Además, hay otro motivo por el que le escogí a usted, otra razón por la que usted es el candidato perfecto.

— ¿Cuál...? —lo recriminó, irascible.

—No tiene ninguna credibilidad, es el títere perfecto. La única persona capaz de sembrar la duda en la justa medida, de forma que nadie se lo tome verdaderamente en serio, pero suficientemente como para que se interesen por las publicaciones de la fallecida. Es una campaña de marketing fabulosa.

Cobos lo atravesaba con la mirada, y olvidando su ansiedad, golpeó la mesa con el puño cerrado. Cepeda, divertido, se dirigió a él una vez más.

—La decisión ahora está en sus manos. ¿Qué va a hacer? ¿Escribirá uno de sus artículos para mí, o dejará pasar esta oportunidad única? —se detuvo un momento, y apuntó con el dedo hacia una mesita junto al sofá—. Solo tengo que descolgar ese teléfono y tendré a otro periodista sentado en mi mesa dentro de veinte minutos. Así que yo de usted, lo meditaría antes de tomar una decisión.

—Acláreme algo más —lo interrumpió ignorando sus amenazas—. ¿Por qué fui el único al que dejaron quedarse aquel día en la fiesta?

—No me diga que también me va a reprochar eso... después de que le diese un gran empujón a su carrera. ¿Preferiría no haber estado allí? ¿Hubiese preferido que fuese otro quien se llevase la gloria?

El periodista estaba paralizado, incapaz de preguntar nada más, aturdido por todas las teorías e hipótesis que se cruzaban en su cabeza, a cada cual más terrible.

— ¡Pero no me mire así por Dios! Por supuesto yo no sabía lo que esa noche ocurriría, solo pensé que usted sería capaz de inventarse cualquier basura que provocase a los medios —se explicó algo guasón—. Y mire por donde la jugada le salió redonda. Debería agradecermelo, en lugar de poner esa cara de muerto.

—La polémica vende... ¿no? —lo imitó él con tono amenazante.

—Eso es, parece que empezamos a entendernos.

CAPÍTULO 26

—Lo siento pero no puedo hacerlo.

Cobos daba vueltas por toda la oficina, mientras sus compañeros de profesión lo observaban atónitos. Laura Gardel, la redactora jefe de la revista, volvió a dirigirse a él, procurando que se calmase.

—Mira, sé que has estado sometido a mucha presión, pero esto que me pides que haga es imposible, y más ahora.

— ¿Por qué? ¿Por qué es imposible? ¡Nuestra revista siempre se ha caracterizado por ser diferente a las demás! ¿Vamos a cambiar ahora? ¿Vamos a dejarnos llevar por la corriente?

— ¿Dejarnos llevar por la corriente? ¡Despierta de una vez! ¡La gente está harta de tus teorías conspirativas, primero era el propio Hugo, y ahora es Cepeda! ¿Con que nueva historia llegarás mañana?

—Laura... te lo pido por favor. Estoy convencido de que detrás de esto se esconde algo muy gordo. ¡Confía en mí!

— ¿Qué confíe en ti? Esto se te ha ido de las manos, y siento ser yo quien te lo diga, pero es la verdad. ¡Mírate! —hizo ahínco en la expresión—. Necesitas unas vacaciones...

— ¿Es que nadie va a creerme? —abrió los brazos desesperado, suplicando a cada uno de los trabajadores, interrogándolos con la mirada.

—Se acabó Cobos. No arriesgare la integridad de la revista por unas suposiciones sin ningún fundamento.

— ¿Vais a permitirlo? ¿Vais a dejar que la verdad permanezca enterrada? ¿Qué nunca vea la luz?

Evocaba verdadera lástima, ofreciendo su deplorable aspecto a sus congéneres. La chaqueta de piel todavía puesta, la descuidada barba, y sus pronunciadas ojeras, tiraban por los suelos todo lo que algún día había llegado a ser, e incluso los más jóvenes lo miraban por encima del hombro, altivos

—Tu obsesión te ha cegado... no te deja ver. Llevas tanto tiempo pretendiendo colgar el cartel de culpable a alguien, que ves fantasmas por todas partes.

El periodista dejó caer los brazos a ambos lados, abatido, derrotado. Exhausto por un lucha que hacía tiempo había comenzado, y que en realidad no tenía nada que ver consigo mismo.

—Todos dan ya por hecho la pronta liberación del escritor. ¡Esa es la noticia, y tienes que entenderlo! No puedo permitir que vuelvas a envenenar las páginas del *magazine*, no ahora que estamos batiendo récord de ventas.

— ¿Envenenar las páginas del *magazine*? —repitió sarcástico—. Si se venden más ejemplares que nunca es gracias a mí, y lo sabes.

— ¿Y a qué precio?

— ¡Yo estaba en la casa aquel día! —zarandeó todo su cuerpo—. ¡Fui yo quien sacó aquellas fotos, el que escribió el artículo que resucitó a esta maldita revista! ¿Y para qué...? ¡Para ser despreciado, para ser apartado a un lado después de hacer el trabajo sucio!

—No toleraré que me hables así.

— ¿Y qué vas a hacer? ¿Largarme? ¡Pues hazlo, no hace falta que busques ninguna excusa! ¡Te has aprovechado de mí, te haces llamar buena periodista, pero solo tuviste un golpe de suerte con

aquella gilipollez de las cortinas!

—Basta Cobos, no me obligues a hacerlo.

— ¡Has utilizado mis artículos hirientes mientras no tenías otra cosa mejor, y ahora que te doy algo bueno, lo más grande de mi carrera, me mandas a la mierda! Eres un parásito...

— ¡Largo! ¡No tengo por qué aguantar esto!

— ¡Eso es! ¡Quédate a gusto! ¡Vamos, saca a la verdadera mujer que se amaga tras la máscara!

— ¡No quiero volver a verte!

— ¿Lo veis? ¿Veis lo que está haciendo? ¡Hace tan solo unos años éramos compañeros, hasta que fue ascendida por ese artículo absurdo! —se encaró de nuevo a los pasmados testigos de la discusión

— ¡Imaginad que será capaz de hacer con vosotros!

— ¡Te lo diré solo una vez más, fuera de mi oficina!

—Ahora es su oficina... ¡Genial!

En la pared, junto a una ventana, alguien había colgado aquel famoso número, el de los condenados retales, y Cobos se aproximó a grandes zancadas.

— ¡Al infierno contigo! —cogió la enmarcación—. ¡Y al infierno con tu jodido artículo!

La revista salió volando por la ventana, ante el asombro de los presentes, que no salían de su ensimismamiento. Cuando aterrizó en las sucias aceras, el cristal se hizo mil añicos, y las páginas del rotativo revolotearon al viento, atrapadas entre la maraña de vidrio.

—Y tranquila, que ya me voy.

Descendió las escaleras poseído por una extraña sensación. Ahora todo el cuerpo le temblaba, no solo su mano derecha, y cuando emergió al exterior, maldijo encontrarse en sus narices con la revista que había hecho planear al viento.

Se marchó silenciosamente, sin más compañía que la soledad que le regalaban los sonidos de la ciudad, y no se arrepentía de nada de lo que había hecho, es más, estaba satisfecho de sus actos.

Vanessa, el cultivo de la elegancia

La señora de Laurentis me recibió muy educadamente, y pude comprobar al instante que su cordialidad era sincera, no una de esas teatralidades estudiadas

Lo que destacaría de la entrevista, fue sobretudo su naturalidad, y la tranquilidad con la que respondía a mis preguntas.

>>Vanessa de Laurentis... un nombre algo rebuscado ¿no cree?

En realidad he aprendido a apreciarlo con los años, tiene personalidad, y me ayuda a diferenciarme entre las masas. Detesto perderme entre la gente, resultar gris, inexpresiva, no tener nada que aportar.

>>Sin embargo su hijo no utiliza su apellido en el nombre artístico...

Ya sabe cómo funciona este mundillo. No hay que dejar nada al azar, y mucho menos el apodo por el que todo el mundo va a conocerte. Mi hijo es una persona muy inteligente, y sabe que el Laurentis es un apellido poderoso, atrayente, sin embargo también es un hombre de convicciones, y siempre sintió no haber conocido más a su padre. Por eso se hace llamar Hugo Esmerodes, es un pequeño homenaje a aquel que junto a mí, le dio la vida.

>>Su marido murió poco después de dar a luz a Hugo, ¿cómo ha lidiado con la soledad durante todos estos años?

¿Soledad? La sociedad moderna se empeña en tachar de extraño todo lo que se salga del molde. Hoy en día hay muchas personas que deciden vivir en solitario, sin ser señaladas por nadie. En ese aspecto podría decirse que fui una pionera. De pequeña aprendí que hay muchas más formas de amor que el que encontramos en la relación de pareja. Fue algo que me enseñó mi padre, y que debería transmitirse de generación en generación.

>>Su padre era el dueño de las industrias Borlán. Así que usted proviene de buena familia. ¿Cómo llevó la pérdida de todas sus riquezas, que sentía mientras veía que todo su imperio se desmoronaba de un día para otro?

En realidad, y aunque resulte difícil creerlo, acepté lo que el destino me preservaba de buena gana, porque siempre mantuve la esperanza de volver algún día al sitio que me correspondía.

>>Mucha gente la tacha de altanera debido a esta clase de comentarios. ¿Qué les diría, que palabras les dedicaría si los tuviese cara a cara?

Les diría que llega un momento determinado en la vida, cuando uno ha sufrido tanto, y ha atravesado tantas innumerables penurias, en que realmente se merece un descanso, un momento de sosiego. Sería una hipócrita si dijese que no me he ganado la vida que tengo.

>>Algunos rumores afirman que escogió esta casa por las cortinas. ¿Cómo espera que la gente acoja algo así, teniendo en cuenta que estamos hablando de una verdadera mansión? ¿No cree que sea esto un acto de desdén?

Le diré una cosa señora Gardel, cuando hago algo no lo hago de cara a la galería. No me preocupa lo más mínimo lo que la opinión pública piense de cada uno de mis movimientos. Es cierto, escogí esta casa por las cortinas. Pero ¿ha visto que cortinas?

Se trata de un cortinaje elegante, fabricado a base de telas de imponente calidad, que no se encuentran hoy en día en cualquier lugar. Ese color verde les da sobriedad, y es justo lo que esta casa necesita.

El plisado es perfecto, de una estrechez soberbia, y todos los pliegues son idénticos al milímetro, aportando conformidad a la caída del tejido.

¿Y qué me dice de esos lazos? Sencillamente exuberantes. Efectúan un recogido impecable a media altura entre el techo y el suelo, y ningún detalle se ha pasado por alto. ¿Ha visto cómo se sostienen en la pared? No se han utilizado tornillos comunes, sino grandes pernos cuyas cabezas están labradas en forma de rosa, y que se enroscan profundamente en los muros, dejando visible únicamente la flor.

La cenefa dorada es el toque de gracia, y dota a la composición de un regío colorido. El volante solo confirma todo lo antes dicho, cubriendo los rieles, y aportando profundidad a la bella estructura.

Ahora, si quieren, que me digan que estos retales no son el motivo idóneo para adquirir una casa.

>>Se ha extendido algo más que en las otras respuestas. ¿Por qué?

No soporto que la gente juzgue a las personas sin conocerlas, solo por algo que han hecho o han dicho, y que ni siquiera saben si es cierto. Del mismo modo, opino que si no entienden de interiorismo, pueden guardarse sus opiniones donde mejor les convenga... por no decir una grosería.

>>Creo que ha quedado bastante claro... (Sonríe) ¿Qué le sugiere el nombre de Hugo Esmerodes?

En primer lugar es mi hijo, con todo lo que conlleva. Por otra parte, y analizándolo como si no fuese de mi sangre, la primera palabra que me viene a la cabeza es genialidad.

>> ¿Cómo ha cambiado su vida el éxito de sus libros?

Bueno, como antes se ha mencionado yo crecí con toda clase de lujos. Si le digo la verdad, no era el dinero lo que más echaba en falta. No diré que no es bien recibido, a todo el mundo le gustaría nadar en la abundancia, pero para mí es más importante la parte moral. Esa sensación inmensurable de saber que te has propuesto algo, y lo has alcanzado, superando toda clase de obstáculos.

>>Aunque en este caso usted haya llegado a ello a través de su hijo.

Me va a perdonar señora Gardel, pero a mi hijo lo he parido yo, y creo que algo tendrá que ver en todo esto. Aunque no pudo asistir a los mejores colegios como yo hiciese en mi día, ha recibido una educación ejemplar, y estoy orgullosa de poder decir que soy la gran culpable en ese aspecto.

>> ¿Siempre es tan rotunda en todo lo que hace?

Esa es otra de las cosas que he procurado enseñarle a Hugo desde bien pequeño. No merece el tiempo ni el esfuerzo detenerse en trivialidades. La vida hay que exprimirla, uno tiene que luchar por sus más profundas convicciones, y no resignarse hasta verlas hechas realidad. Si vas a intentar algo, no lo hagas... Solo hazlo en el caso de que vayas a hacerlo. No puedes titubear, no puedes dudar, porque si no crees en ti mismo, nadie lo hará.

>>Muy profundas palabras, podría dedicarse también a la escritura.

En realidad no es usted la primera persona que me lo dice (sonríe de nuevo). Ahora es el momento de Hugo, aunque quién sabe cuáles serán mis futuros propósitos. Me gusta ser como un libro con las páginas en blanco, saber dónde estoy hoy, y que el destino sea quien escriba el mañana.

>> ¿No se contradice eso con lo que ha dicho antes, de perseguir los sueños?

En absoluto, porque cuando hablo de lograr metas nunca pienso en mañana, sino en ya mismo. Uno tiene que ser capaz de controlar su presente, y de esa forma probablemente construya un futuro más acorde a lo que persigue.

>> ¿Y cómo se siente con lo que está haciendo ahora? Porque es una especie de representante de su hijo...

No se puede afirmar algo así. Simplemente soy su madre, y como por todos es sabido que él es menos dado a hablar con la prensa, soy yo quien se encarga de esas cosas. No hay ningún contrato que me obligue a hacer esto, lo hago de buen gusto.

>>Ya entrando en las últimas cuestiones, ¿qué opina de todo lo que los medios publican sobre él? ¿Cree que se ajusta a la realidad?

Hugo tiene veintitantos años. Ni a él ni a mí nos escandaliza ver cómo lo tachan de vicioso o de ave nocturna. Hace lo que la mayoría de los jóvenes de su edad hacen cada fin de semana, con la pequeña diferencia de arrastrar a veinte fotógrafos a sus espaldas, que dejan constancia de cada mínimo detalle. En ocasiones resultan ustedes realmente impertinentes... por no decir una grosería.

>>Para finalizar, me gustaría preguntarle una última cosa (se pone seria). ¿Qué futuro augura para Hugo, cree que su fama será precedera, o que por el contrario prevalecerá al paso

del tiempo?

Hugo es un diamante en bruto. Ustedes serán los únicos responsables de que le queden ganas de compartir sus creaciones. Porque lo que sí es seguro es que tiene mucho que aportar. Con la edad que tiene ya es la voz de la experiencia. ¿Qué será capaz de hacer cuando cumpla los cincuenta?

Laura Gardel para la revista Clocks

PARTE IV - EXEQUIAS

CAPÍTULO 27

Era el día D. El momento al fin había llegado, y el asfalto apenas podía verse, sumergido entre la apabullante cantidad de gente que había acudido para presenciar el instante clave.

Las voces se aunaban en una sola, que ridiculizaba a cualquier otro sonido que osase entrometerse en su camino, y eran extraños los vítores, desconocidos los cánticos que retumbaban en cada adoquín de la urbe. Una bizarra locura colectiva se había adueñado de la muchedumbre, que se hacinaba junto a los majestuosos escalones que presidían la entrada del edificio, y la enajenación parecía conducirlos hacia una misma determinación.

Caos, un desorden salvaje y colosal que resultaba bello a la vista. Cientos de almas libres llamadas a gritar al viento, a ondear banderas reivindicativas que desafiaban el paso del tiempo. Un improvisado ejército desarmado que utilizaba la palabra como estoque, y el sentimiento como blasón. Unas personas anónimas que habían decidido escribir la historia de manera diferente, y no temer nunca más mirar al frente.

Símbolos elocuentes eran enarbolados, borrando la indiferencia de los rostros congregados, y eran imágenes mudas de brutal significado, no existían las dudas en sus trazos perfilados. Manos blancas tintadas de negro se alzaban en escala de grises, y los cielos opacos contribuían con la ilusión, ocultando tras de sí la tenue luz del sol.

Como una música hipnótica y sugestiva, himnos solemnes se elevaban a las alturas, haciéndolas partícipes de cuanto estaba sucediendo, y las masas parecían ser parte de un ritual atávico, heredado de arraigados ideales. Los opuestos se daban la mano durante un volátil fragmento de tiempo, eliminando las contradicciones y los engaños, las tretas y los embustes. Solo había una dirección, un único pensamiento, y era latente en cada pecho, en cada corazón palpitante y maltrecho.

Era sin duda alguna un regalo, un milagro, un momento excepcional e irrefutable que solo sucede raras veces, empujado por motivaciones extraordinarias. Una anécdota que ridiculizaba lo anecdótico, una fotografía imborrable de un extracto irrepetible, que por siempre quedaría impresa en los anales de la historia.

CAPÍTULO 28

—**H**emos llegado.

El coche se detuvo junto a la acera. La mujer miró a través de la ventanilla, y vio como las nubes estaban cerrándose sobre ellos.

—Está a punto de llover. No tardaré.

—¿No quieres que vaya contigo madre?

—No. Gracias, pero prefiero estar sola.

—Lo comprendo. Esperaré en el coche.

Remedios abandonó el vehículo, y lo primero que percibió fue el frío que hacía. Se ajustó el cuello del grueso abrigo, y se despidió de su hijo. Bordeó durante unos pocos metros el muro, cuya estructura se sostenía por el propio peso de las piedras, y atravesó la generosa apertura que había a modo de entrada, sin que ello le supusiese ninguna dificultad. Las rejas estaban abiertas, pues era horario de visitas, y se internó en el camposanto, sin dejar de pensar en su firme propósito.

No había nadie en el peculiar jardín, hoy la noticia no estaba en aquel lugar. La mayoría de las lápidas estaban oscurecidas, sucias, desvaídas por los años, y le produjo tristeza comprobar que gran parte de las flores estaban marchitas, representando recuerdos que se habían diluido en la nada.

Tuvo que recorrer un largo trecho antes de ver la lápida. Y cuando estuvo cerca, le pareció ver a alguien rondando los alrededores. Se topó con el busto de un majestuoso ángel, que le impidió la visión por un segundo, y al volver a mirar en dirección a aquella sombra, ya no vio nada. Quizás solo eran imaginaciones suyas.

Vanessa había pedido que la enterrasen junto a sus padres, y su deseo había sido satisfecho. Reconoció solo uno de los nombres, y se dio cuenta de que curiosamente ella nunca le había hablado de su madre, posiblemente porque no llegó a conocerla. Le llamó sobremanera la atención comprobar que la lápida estaba desnuda, en comparación a la cantidad de ramilletes que adornaban las losas cercanas. ¿Acaso nadie se había acordado de ella?

“Vanessa de Laurentis” Podía leerse sobre la piedra blanca. Sus músculos experimentaron una ligera flaqueza, y estuvo a punto de desfallecer. Alguien había dejado una rosa de un rojo carmín bajo la inscripción, y el epitafio hizo que brotasen lágrimas de sus ojos.

Miró a derecha e izquierda, buscando con la mirada aquel hombre que le había parecido ver, pero no encontró más que una paz inquietante, una quietud que le hubiese parecido extraña de haber estado en cualquier otro lugar.

Desabrochó dos de los botones de su abrigo, y buscó a tientas en el bolsillo interior. Percibió el tacto ligeramente áspero del papel reciclado, y agarró el sobre con los dedos índice y pulgar, extrayéndolo con cuidado.

—Gracias amiga —pronunció emocionada—. Gracias por cumplir tu promesa.

Se agachó lentamente, y alzó la rosa con delicadeza, para depositar bajo ella la misiva. Observó los jugosos pétalos, y la forma en que el rocío se había apoderado de ellos, dotándolos de un brillo especial. El tallo era reciente, todavía tierno, y dedujo que alguien había estado allí mismo hacía muy poco tiempo. Después se alejó, sin mirar atrás, y lamentó haber comprobado que la muerte pronto se olvida, y que aparte de ella y el desconocido galán de la rosa, no había nadie que rindiese honores a

su gran compañera de juegos.

Se internó en el utilitario, guareciéndose de las bajas temperaturas, y a su hijo le bastó contemplar su expresión para saber que estaba profundamente dolida, y que la pérdida le había afectado incluso más de lo que ella misma creía.

— ¿Te has quedado más tranquila?

—Sí. Gracias por traerme.

—No me des tanto las gracias, haces que me sienta raro —le regaló una sonrisa.

Ella trató de corresponderlo, pero era incapaz de contraer los músculos de la cara hasta tal extremo, embebida por tantos y tan profundos recuerdos.

—Y tú no te preocupes tanto por mí —se quejó afectivamente—. Se me pasará.

CAPÍTULO 29

Hollis se internó entre el apabullante tumulto, asustada por tanto enardecimiento. Se sentía azorada, como inmersa en un óleo de la revolución francesa. Empujada por el vaivén de viandantes anónimos, hacía lo posible por acercarse más a aquellos escalones, y a medida que su cuerpo avanzaba, sus pensamientos se allegaban más con los de sus congéneres, allí emplazados.

Los símbolos se alzaban entre las cabezas, y era como estar dentro de un sueño ver aquellos lienzos perfectamente dibujados, esas manos negras perfiladas sobre blanco, sumándose a un mismo lema: “*Tus manos solo están manchadas de tinta*”.

La excitación crecía por momentos, de forma desbocada, sabiendo que el culmen llegaría en breve, que el punto álgido era inminente, y muchos de los periodistas habían abandonado sus zonas señaladas para internarse entre la henchida plaza.

— ¡La expectación crece cada segundo en la explanada, mientras miles de personas venidas de todo el mundo claman a una misma voz la liberación del escritor! ¡Se elevan cánticos de libertad, y oraciones de apoyo para el personaje público, y es posible escucharlas en múltiples idiomas dando tan solo unos pasos entre el gentío! ¡Este instante sin duda alguna va camino de convertirse en una referencia antológica, pues nunca antes en este país se había causado tanto revuelo a causa de un homicidio! —continuó el reportero casi sin aliento—. ¡Los lemas de apoyo ondean al viento, sostenidos por la infinidad de cuerpos hoy aquí reunidos, y no se recuerda una congregación igual, ni en número ni en diversidad!

La muchacha prosiguió la marcha, y recibía multitud de empujones y pisotones a cada paso que daba.

— ¡La gente ha saltado a las calles tras conocer la noticia, y no solo aquí! ¡En muchas ciudades se han organizado repentinas manifestaciones de apoyo, y parece ser que la opinión pública ha acogido de buen gusto la buena nueva!

Estaba cerca, podía ver el cordón policial, y el amplio despliegue de personal que se afanaba en retener a la manada bajo los pálidos peldaños que ascendían hasta la puerta principal. Un periodista italiano había logrado llegar hasta allí, y hacía señas al cámara para que comenzase a grabar.

— ¡La falta de pruebas ha hecho que el juez se vea obligado a poner en libertad a Hugo, y lejos de lo que suele suceder normalmente, el pueblo ha acudido a esta plaza para aplaudir la decisión, y aguardar el momento en el que el novelista traspase esas puertas! —señaló a sus espaldas—. ¡Todo lo que rodea al poeta se ha convertido en una mina de oro, y sus libros van camino de batir un récord de ventas sin precedentes!

Sería poco decir que la muchacha estaba emocionada. Las fuerzas la abandonaban, y en su rostro se esbozaban la desesperación y la alegría, la impaciencia y el júbilo. Experimentó una repentina agorafobia, un miedo a aquel espacio abierto tan abarrotado de gente, y sentía que algún peligro desconocido podía acecharla desde cualquier rincón. Tuvo que aferrarse al brazo de una reportera para no caer al suelo, y la presentadora hacía indescriptibles esfuerzos por continuar con la transmisión.

— ¿Pueden oírlo? ¿Son capaces de percibir lo que dicen las voces? —adelantó el micro en dirección al populacho.

— ¡Presunción de inocencia, libertad, cero cargos de conciencia, sensibilidad! —gritaba la sublevada concurrencia.

— ¡Estos son solo algunos de los vítores espontáneos que inundan los alrededores, y cualquiera de los reunidos es capaz de iniciar un refrán colectivo, tan solo lanzando el eslogan al viento! — señaló a las alturas—. ¡Los cielos amenazan con descargar una buena tromba de agua, pero ninguno de los manifestantes hace señal alguna de marcharse, sabiendo que este momento será único e irrepetible!

Se recuperó en cierta forma del mareo, dándose cuenta de que estaba casi en primera fila. Y estando a punto de alcanzar el mismo cordón policial, el alumbrado público se encendió, iluminando la fachada del edificio, y provocando un histérico y hermoso chillido general. Los faroles llenaron la imagen de un color amarillento, que se reflejaba en los rostros de los presentes como una luz mágica y reveladora. Todos sabían que había finalizado la espera, y un mutismo se adueñó de forma natural y paulatina del lugar, mientras cada individual desconocido trataba de alzar la cabeza sobre las demás.

CAPÍTULO 30

Cobos se internó en el silencioso parque, admirando cada una de las desgastadas inscripciones que lloraban sus particulares pérdidas. Nunca le habían gustado los cementerios, y en realidad no sabía muy bien qué demonios hacía en aquel lugar. No obstante continuó moviéndose entre los santos sepulcros, divirtiéndose con las ingeniosas frases que se perfilaban sobre algunos de ellos.

*Fui lo que eres y serás lo que soy
No te rías de mi suerte que poco tiempo te doy*

Lo había perdido todo, y apenas se daba cuenta de cómo había alcanzado esa situación. La revista *Clocks* era la única que le había permitido expresarse libremente, y quizás se hubiese precipitado al cerrarse las puertas de su propia casa, no dejando posibilidades de retorno.

¿En qué se había equivocado? ¿Qué era lo que había hecho mal? Fueron tantas las rotundas contestaciones que le vinieron a la mente, que tuvo que dejar de preguntárselo. La ambición lo había obnubilado, y ahora lo veía claramente, lo había llevado por caminos erróneos que habían desembocado en su particular tragedia.

Le llamó la atención otra de las inscripciones: “Alfonso Gutierrez, minero, 1921 – 1947”. Él hubiese añadido algo más.

Yace ahora igual que vivió... sepultado

Su estado de ánimo mostraba pequeños coletazos de vivacidad cuando recurría a su humor barato, que era lo único que le quedaba. Ahora era consciente de su propia desgracia, y por primera vez en la vida se sintió culpable, arrepentido por cada uno de los comentarios aberrantes que había vertido sobre infinidad de personas.

¿Qué ocurría si Hugo era finalmente inocente? No se le había ocurrido pensar en ello antes, en la forma en que sus artículos podían herirlo, no solo moralmente, sino en lo concerniente a lo legal. ¿Había contribuido a levantar sospechas sobre alguien inocuo?

Eran esas profundas incoherencias internas las que lo habían conducido hasta la necrópolis, corroído por una responsabilidad insondable, que nunca antes había conocido. ¿Había sido el escritor una especie de revelación, alguien que llegase a su vida para darle una segunda oportunidad, para tenderle la mano y hacerle ver que todavía era posible alcanzar la redención?

Anduvo cabizbajo, rascándose el mentón a través de la espesa barba negra que poblaba su semblante, y ajustándose el cuello de la chaqueta oscura con la mano derecha, cuyos temblores casi habían desaparecido.

Tal vez era esa su bendición, puede que fuese esa tranquilidad lo que precisamente necesitase. Reunirse consigo mismo y estudiar la moralidad de sus actos, arrepentirse por todos sus movimientos impuros y tratar de enmendarlos.

Reconoció la lápida por la incontable cantidad de ramos de rosas, ramilletes, y notas afectivas de

todo tipo que la abarrotaban. Esa era otra de las cosas que nunca había soportado, la falsedad con la que se trata la muerte, lo rápido que son beatificadas personas que en vida han resultado ser detestables, y que se convierten en auténticos santos con cada pala de tierra que descansa sobre sus cabezas.

Apresuró el paso, cogiendo aquellas falsas muestras de dolor, y transfiriéndolas a las tumbas colindantes, que quedaron mucho más coquetas envueltas en aquel inesperado colorido.

—Hala, disfrutad pobres desgraciados, porque hace más bien lustros que vuestras viudas siquiera se acuerdan de vosotros —se sorprendió pronunciando algo enfadado.

Había dejado completamente desnuda la sepultura, y de nuevo se sintió mal. ¿Qué diablos le estaba pasando? No se reconocía a sí mismo, y movido por alguna profunda motivación, caminó hasta uno de los ramos, y desprendió de su atadura una de las rosas rojas que lo adornaban.

Se agachó junto a la losa de Vanessa, y la depositó sutilmente sobre la piedra. ¿Qué se decía en ese tipo de ocasiones? Todo esto siempre se le había dado fatal.

—Bueno... sé que no soy la persona más indicada para regalarte esta rosa, pero te aseguro que mi única flor es mucho más sincera que esas apabullantes composiciones de gardenias, a cual más ostentosa.

Alzó la vista, y se sintió algo reconfortado, al fin y al cabo el discurso tampoco le había salido tan mal. Pero entonces algo hizo que se quedase helado, inmóvil. Una mujer se aproximaba a él, y la reconoció al instante. Era Remedios, la amiga de la infancia de la difunta, y se acercaba inminentemente.

Se movió agachado entre las losas, lo último que necesitaba en aquel momento eran más reproches, y sabía que sería lo primero que emergería de la boca de la señora, que lo recriminaría por no haber publicado su ñoña entrevista.

Se ocultó lo suficientemente lejos como para no ser visto, y lo bastante cerca para poder espiar sus movimientos. Remedios se detuvo frente al mármol, y su expresión era contrariada, probablemente preguntándose por qué solo había una rosa, mientras las otras tumbas estaban exuberantes. Después pareció concentrarse en la inscripción, y rompió a llorar repentinamente.

Cobos sabía que observarla a escondidas no era el mejor camino para alcanzar su ansiado perdón. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Ella miró a ambos lados, prevenida de que alguien pudiese verla. ¿Sabría que estaba él allí? No, no aparentaba haberse dado cuenta.

—Gracias amiga, gracias por cumplir tu promesa —escuchó que decía.

Se inclinó, y cogió la rosa, estudiándola. El periodista estuvo a punto de gritarle que la dejase en su sitio, pero reprimió sus emociones disparatadas. La mujer tenía algo en la mano, y lo dejó caer sobre la piedra, volviendo a dejar la flor en su sitio. Después, se alejó sin más, y el *jornalista* esperó unos minutos, hasta asegurarse de que se hubiese marchado.

Se plantó de nuevo junto a la modesta cripta, y cayó en un detalle que se le había pasado por alto. El epitafio estaba grabado sobre la roca, y recordó haber oído que era el mismo Hugo quien lo había escrito desde la prisión. Comenzó a leer los versos, y esta vez no le sorprendió encontrarse a sí mismo llorando, dándose cuenta del mal que había causado.

*Volverán a sonar cornetas en lontananza
mientras tiemble el recuerdo, mientras persevere la añoranza.*

*Será el memento quien evoque la distancia,
de este mundo frío, sin ti vacío,
que te llora con nostalgia.*

CAPÍTULO 31

Las puertas se abrieron de par en par, y la locura se tornó insana, obsesiva. Las voces se quebraron en un llanto estremecedor, y no había un solo lugar a donde no llegasen sus matices. Era un clamor, un quejido poderoso y formidable que desafiaba los demás sonidos, y no había aullido capaz de superarlo, ni lamento capaz de igualar su tenacidad.

Tras el quicio, penumbra, una oscuridad reveladora, que era como el redoble de tambor que precede al gran chasquido, como el relámpago que previene del trueno. Hugo estaba asustado, y su figura permanecía inerte, temerosa de volver al exterior, al doloroso y estéril mundo que tanto lo había maltratado. Cada ruido era como una macabra cacofonía en sus oídos, que eran incapaces de procesar las diferentes tonalidades de los alaridos, y su cuerpo era endeble y frágil, separado de la realidad por una caverna de profundidades abismales.

La luz blanca lo cegaba, y sufría preocupantes palpitaciones que lo arrastraban hacia inhóspitas y desagradables sensaciones, pero se armó de valor, y alzó una de sus trémulas extremidades para dar el primer paso, asomando la cabeza al exterior.

Era colosal la expectación, magnífica e irreverente a partes iguales. Era tal su potencia, tales sus aspiraciones, que los cielos se sacudieron, y un fastuoso resplandor recorrió las nubes, seguido de una resonancia suntuosa. Hugo escuchó el sonido del trueno, y su perturbadora sordera desapareció tras su estela, acobardada por la furia de la descarga.

Dio una nueva zancada, traspasando por completo el portal, y comenzó a distinguir algunas de las voces... ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Presunción de inocencia! Las masas lo vitoreaban extasiadas, movidas por sinceras y exacerbadas emociones, y observaban su enfermizo balanceo, su confusión profunda y anárquica.

Sus cabellos negros habían crecido de nuevo, casi hasta igualar su antiguo perfil, y se mecían al viento, suavemente zarandeados por la brisa, que los acariciaba con dulzura. El escritor estaba perdido, extraviado en un desconocido paraje que le sobrecogía el corazón, azorado por desterradas paradojas que jugaban a contrariarlo. ¿Libertad? ¿Inocencia? Las palabras resultaban una fragante e inusitada panacea para su alma, que saboreaba la inesperada salvación, aferrándose a ella virulentamente.

Sus flacos soportes se rindieron a tan alentadores vocablos, y los dejaron fluir alrededor de la profunda brecha que lo partía en dos mitades. La herida dejó de sangrar por un momento, convencida de que la sobrevendrían nuevos amaneceres, de que todavía quedaba una mínima y delicada esperanza a la que acogerse.

Cerró los ojos, y era capaz de percibir muchas más cosas envuelto en esta ceguera hechizada, sin la falsedad de unas imágenes que sabía podían ser equívocas y lastimeras. La negrura era como un bálsamo envolvente, que calentaba su cuerpo y lo protegía de la intemperie, y poco a poco las tinieblas dieron paso a tonalidades mucho más vivaces, que devoraban la oscuridad conforme él iba creyendo más y más en su nuevo particular nacimiento, en su desnudez virtuosa.

Las rodillas se flexionaron, y no debido a la flaqueza, sino como un acto de fe voluntario. Los brazos se arquearon dirigiéndose al firmamento, y sus ojos buscaban la redención tras las nubes pardas, que se recreaban escondiendo el sol.

La muchedumbre enmudeció, perpleja, y estudiaban su postura suplicante, sus brazos en cruz apuntando a la borrasca, y su expresión infantil, como la de un niño que viese el mar por primera vez.

Sus ojos se humedecieron, dotándose de un brillo conmovedor, y haciendo una analogía a lo que sucedía arriba, entre los vaporosos nubarrones, donde la condensación estaba llegando a su apogeo. Diminutas partículas de agua se juntaban entre sí, uniendo sus translúcidas almas en una desdichada danza, que era solo el preludio de algo realmente fantástico y mágico, que pasaba desapercibido para la mayoría por su carácter tácito y falto de sorpresa.

Las esferas amorfas se afanaban por ser las primeras, por alcanzar la plenitud y alzar el vuelo, despidiéndose de sus hermanas. Y fue solo tras esa armonía perfecta, tras alcanzar el peso y la magnitud exacta, cuando la primera gota se desprendió del mosaico, como una lágrima que lucha con el viento por hacerse notar, por dejar su pequeña impronta en un mundo terrenal a veces impasible, incapaz de enternecerse por nada.

CAPÍTULO 32

Se enjugó las lágrimas, incapaz de apartar la vista de la magnífica despedida, de los versos ya para siempre etéreos, inmortales, que sobrevivirían al paso del tiempo, grabados durante eones sobre la roca virgen. Y supo que aquellos vocablos representaban su propia cura, su nuevo comienzo.

Miró la rosa, y se sintió verdaderamente orgulloso de sí mismo, redescubriendo una experiencia que resultó tan cálida y agradable, que lo asedió por completo. Tenía la profunda convicción de ser diferente, de poder destapar la sórdida mascarada que había hecho de sí mismo otra persona, de poder mirar a través de otros ojos el universo espléndido en que vivía, y ser capaz de distinguir más allá de las tonalidades grises, de percibir gamas de colores antes ocultas, vedadas para aquellos que no saben ver.

Dedicó una última reverencia a la losa, y sus pasos lo separaron lentamente, sin prisa, del sepulcro. El cielo se iluminó durante una bella fracción de segundo, y hasta los seres más pequeños y aparentemente insignificantes se retorcieron, ante el fragor espeluznante que siguió al rayo esplendoroso.

El periodista se detuvo para admirar la atmósfera, que parecía haberse aliado con su estado de ánimo. De improviso, percibió una punzada acuciante, y podía sentir cómo la misiva lo atraía, cómo aquella carta depositada bajo la rosa lo llamaba a gritos. Permaneció estático unos interminables segundos, para finalmente dar media vuelta, y aproximarse de nuevo a la tumba. ¿Qué era aquel mensaje? ¿Qué clase de adiós le había dedicado su compañera de juegos?

Cuando se inclinó, se dio cuenta de que la mano derecha le temblaba de nuevo, invadida por un extraño desasosiego. Alcanzó el sobre, y la flor describió un giro de doscientos setenta grados cuando lo levantó, con pulso tembloroso.

Acarició el papel, experimentando su rugoso tacto. Después, extrajo con la mano izquierda lo que había en el interior, y le asombró constatar que se trataba de una única hoja, doblada por la mitad. Arrojó el sobre al suelo, y el pliego revoloteó al viento, hasta quedar atrapado en unos arbustos cercanos.

Desdobló el sencillo pliego, y el corazón le palpitaba fuertemente, desconcertado por lo que veían sus ojos. ¿Qué sentido tenía que aquello estuviese allí? ¿Qué finalidad oculta? No reconocía consistencia alguna en aquel homenaje, y no comprender su naturalidad lo inquietó, poniéndole los pelos de punta.

*Volver a caminar sobre la lluvia,
anudando cabos sueltos,
nudos inconexos de irresistible belleza.*

*Emerger ante la vida,
sabiendo que todo cuanto nos rodea es efímero,
sabiendo que no hay salida,
adulando al tiempo para que se detenga,*

detrás y adelante, como un reloj suicida.

*Estupor provocado por ocultas mentiras,
lívidas palabras que murmuran rebeldías,
auroras amargas sin consuelo concebidas,
usureras nostalgias que condenan y destripan.*

*¡Réquiem solitario,
entusiasta despedida!
Negros los ropajes,
tristes, grises personajes.*

*Ignorancia carcomida pasa desapercibida.
Sonoros acordes... no hay siquiera alevosía.*

En las alturas, una minúscula mota de agua había ganado la partida a sus hermanas, y descendía heroica, haciendo muestras de superioridad. La feroz resistencia del viento trataba de extinguirla, de apagar su audaz atrevimiento, pero la imperfecta esfera rehusaba abandonar. No ahora, después de tan largo camino. Persistió, y prosiguió fluyendo contra todo pronóstico, alcanzando una velocidad inusitada, y culminando su viaje en una minúscula y grandiosa explosión.

Cobos sostenía el papel con su mano mermada, y fue testigo de cómo la milimétrica gota de agua lo golpeó con contundencia, sobre la letra uve del primer verso. Cuando la tinta se corrió ligeramente hacia abajo, lo comprendió todo repentinamente, y se le nublo la vista, cayendo al suelo de rodillas, mientras trataba de oponerse a la lógica aplastante que le había sido revelada.

CAPÍTULO 33

Hollis se aferraba al precinto, contemplando la escena ensimismada. Hugo permanecía arrodillado, inmerso en un acto de profunda amnistía. Comenzó a llover, y primero la lluvia fue suave, una llovizna que bregaba por arrancar la suciedad de las calles, y dejarlas puras e impías.

El escritor abrió los ojos, y recibió el agua como una bendición, dejando que le bañase el rostro y los cabellos. Sin embargo no había cura posible para los males que lo afligían, ni sentimiento capaz de suplir su dolorosa pérdida. Dejo caer los brazos a ambos lados del cuerpo, y bajó la mirada hasta perderla en los parduscos adoquines del suelo.

Los agentes de la ley, sin saber muy bien cómo reaccionar, se aproximaron a él, queriendo levantarlo del suelo. Otro hombre atravesó el umbral, saliendo al exterior del edificio, y les hizo señas, haciendo entender que se encargaba de todo.

Cuando Hollis vio a Cepeda, la sangre bullía por todo su cuerpo, y una ira descontrolada la guiaba ahora, ofuscada por la impotencia de no poder hacer nada. El editor se acercó al joven, y trató de ayudarlo a reincorporarse. Lo agarró por debajo de los hombros, y en un primer momento el muchacho no reaccionó, dejándose llevar. Después, ladeó la cabeza hacia atrás, y cuando reconoció al dueño de aquellas manos, lo apartó agitado, desasiéndose de sus garras.

Se puso en pie por cuenta propia, y su desorientación crecía por momentos. Su expresión provocaba auténtica misericordia, y había miedo en sus ojos, un terror que lo calaba más que la lluvia, por no comprender nada de lo que estaba pasando.

Entonces la vio, bajo aquel fuerte aguacero, y sus ojos eran los de un niño perdido que encuentra su hogar después de mucho tiempo.

—Hollis...

La muchacha no escuchó lo que decía, pero pudo leer sus labios desde la distancia.

— ¡Hugo! —se inclinó, violando la zona restringida, y comenzó a correr de forma desbocada.

El agua fluía escalones abajo de forma descontrolada, generando una pequeña e inesperada cascada blanca bajo sus pies. Dos agentes le cerraron el paso, agarrándola como podían, mientras ella se revolvía, tratando de liberarse.

— ¡Hollis!

Verlo en ese estado le partía el corazón. No era apenas capaz de caminar, y solo seguía llamándola a gritos desde lo alto de las escaleras, implorando clemencia, pidiendo a voces un cobijo en el que refugiarse de su tormento, de aquel sufrimiento aberrante que hacía de su existencia un infierno insoportable.

— ¡Hollis...! —carraspeó a duras penas con la voz quebrada.

La muchacha continuaba procurando zafarse, y los agentes disminuyeron su empeño, desconcertados por la caótica escena. Finalmente se sintió libertada de nuevo, y prosiguió con su agónica ascensión.

Sus lágrimas se confundían con el agua que se escurría de sus rizos áureos, y cuando estrechó al joven entre sus brazos, pudo escuchar los latidos de su propio corazón. Sus orejas se rozaron, envueltas entre sus cabellos entremezclados, en lo que para ella fue una señal de inmensurable afecto. Y miró un instante a Cepeda, que yacía empapado tras ellos, algo avergonzado.

Hugo no respondía, había alcanzado un estadio autista, y parecía impedido para hacer ni decir nada. Ella sostuvo su rostro con sus manos, y sus labios rozaron sus pómulos, sin que él mostrase ningún signo de rechazo.

—Yo sé que tú no lo hiciste —le dijo penetrándolo con la mirada—. ¿Me oyes? ¡Yo creo en ti Hugo, yo creo en ti!

Él seguía imperturbable. Su cuerpo asemejaba ser el de un títere desprovisto de sentimientos, despojado de un alma que lo guiase en su arduo camino.

— ¡Mírame! ¿Me estás escuchando? ¡Tú no lo hiciste! ¿Comprendes? ¡Tú no lo hiciste!

Su cabeza se agitó, quedando ligeramente inclinada, y sus párpados se abrieron más de lo normal, dejando al descubierto sus blancas escleróticas, que denotaban su conflicto interior. Sus labios se movieron, susurrando algo que la muchacha no pudo entender.

— ¿Qué? —lo interrogó, ahora de forma más suave.

Él despertaba lentamente de un reflexivo letargo, y su boca volvió a formar los mismos vocablos, esta vez un poco más alto.

—Yo no la maté...

La joven sonrió, y él simuló corresponderla, haciendo lo más parejo que sus músculos le permitieron.

—Yo no la maté —repitió algo más determinado—. Yo no la maté... ¡Yo no la maté!

Miró de nuevo a su alrededor, como si acabase de volver a la vida. Se alejó de la joven, apartando suavemente sus manos, que todavía aferraban su tez adusta. Vio a toda aquella gente congregada bajo el torrente, y leyó algunas de las pancartas empapadas, cuyos eslóganes se habían emborronado ligeramente.

Le faltaba el aire, y quiso hacer sonar su llanto, hacer que sus sollozos entrecortados superasen el sonido de la lluvia. Abrió la boca, pero no fue capaz de emitir un solo gemido, en lugar de ello, se vio a sí mismo superado por unas extrañas carcajadas lacrimógenas, que no eran otra cosa que una muestra solemne de su aflicción.

Todo había acabado, y no existía un final feliz para su fábula. La tormenta se llevaría consigo una parte de él mismo que sabía nunca regresaría, y le dejaría solo la pena, solo el perpetuo “*vía crucis*”, el sendero tosco y atribulado por el que ya siempre vagaría.

CAPÍTULO 34

Cobos se cercioró de que sus percepciones no le estaban jugando una mala pasada. Su corazón se encogió durante unos interminables instantes, mientras sostenía la acelerada respiración

—Lo tuve todo el tiempo delante de mis narices... desde el principio. ¿Cómo no he podido darme cuenta antes?

Aquella mísera gota de lluvia había sido reveladora. Una especie de regalo divino, un prodigio de la naturaleza, que siendo poco creyente, le costaba justificar con sus pobres dogmas. Volvió a leer el poema, una vez más, una última vez, y ahora captaba matices ocultos, ahora comprendía cada una de las metáforas escondidas tras las rimas perfectas.

*Volver a caminar sobre la lluvia,
anudando cabos sueltos,
nudos inconexos de irresistible belleza.*

*Emerger ante la vida,
sabiendo que todo cuanto nos rodea es efímero,
sabiendo que no hay salida,
adulando al tiempo para que se detenga,
detrás y adelante, como un reloj suicida.*

*Estupor provocado por ocultas mentiras,
lúvidas palabras que murmuran rebeldías,
auroras amargas sin consuelo concebidas,
usureras nostalgias que condenan y destripan.
¡Réquiem solitario,
entusiasta despedida!
Negros los ropajes,
tristes, grises personajes.*

*Ignorancia carcomida pasa desapercibida.
Sonoros acordes... no hay siquiera alevosía.*

Después, lo hizo de nuevo, comenzando por la uve, y añadiendo mentalmente la primera letra de cada verso a la composición. El mensaje provocó en él una dura sacudida, y le fue necesario decirlo en voz alta, para convencerse a sí mismo de que cuanto veía era cierto.

—Vanessa de Laurentis...

Incontables gotas siguieron a la primera, y los versos se desvivían por volver a su cobijo bajo la tinta emborronada por el agua. Era inútil, la verdad había salido a la luz, la chispa había encendido la mecha, y ahora la memoria del periodista hacía el resto, mientras recordaba frases significativas, que antes habían sido dichas sin pena ni gloria, pasando desapercibidas entre laberintos de palabras sin

valor alguno.

“... Prométeme que nunca te olvidarás de mí...”

“... Si no fuese porque su hijo saltó a la fama, es probable que nunca hubiese sabido nada más de ella...”

“... Volveré al norte en semana santa amigas...”

“... Yo me ponía tan pesada, que un día me prometió que si alguna vez escribía yo sería la primera en saberlo...”

“... Mi oración no jadea ante benévolos, ensalzando a tu ardor. Cada amanecer rezo a Dios en voz apagada con amor...”

“... Vanessa de Laurentis...”

“... No discutíamos sobre la edición del último libro de Hugo, sino sobre los de Vanessa, sobre sus propios libros...”

“... ¡Un momento! ¿Me está diciendo que Vanessa de Laurentis también escribía?...”

“... El pobre infeliz se maldice a sí mismo cada vez que se emborracha, porque cree que su madre no puede editar por su culpa...”

“... Gracias amiga, gracias por cumplir tu promesa...”

La poesía resbaló de sus dedos, y su caída se vio acelerada debido a la furiosa tromba. El periodista, todavía en el suelo, notó cómo su mano derecha temblaba de nuevo, irrefrenable.

—No son suyos... los libros son de su madre...

CAPÍTULO 35

Corría como nunca antes lo había hecho, azuzado por sus descubrimientos. Tenía que contárselo todo a Gardel, no podría rechazar algo como esto. El aguacero lo golpeaba violentamente, enfureciéndolo, y sorprendentemente no se sentía cansado por la carrera, sino todo lo contrario. La adrenalina bombeada a través de las arterias lo hacía inmune, invencible, y no había obstáculo lo suficientemente firme como para hacerlo titubear.

El cementerio estaba a las afueras de la ciudad, y el periodista buscaba desesperado una cabina telefónica. Sus zapatos estaban anegados de agua, y emitían un chasquido cada vez que golpeaban con virulencia el asfalto, uniéndolo un poco más a su objetivo.

Los charcos, difusos por el vendaval, lo salpicaban por completo al pasar sobre ellos, pero no le importaba, nada de ello tenía ya relevancia. Continuó galopando por en medio de la carretera, siguiendo las líneas discontinuas que separaban un carril del opuesto, y vio las luces de un coche que se aproximaba, disipando la tenue neblina que comenzaba a apoderarse de la escena.

Se plantó delante del carril, haciendo desesperadas señas para que el vehículo se detuviese. No pensó, no obstante, en su desgraciada apariencia, y en que con toda probabilidad nadie pararía a socorrerlo. El automóvil pasó de largo, y las ruedas revolviéron el agua, empapándolo de arriba abajo, todavía más.

Se allegó a una urbanización cercana. Las viviendas unifamiliares se erigían unas al lado de las otras, creando una estampa casi navideña. La atención del periodista estaba fija, no obstante, en un detalle concreto. ¿Había coches aparcados en sus respectivos garajes?

No podía perder más tiempo, y se dirigió a la primera residencia cuyo aparcamiento estaba ocupado. Aporreó la puerta, lo más suavemente que sus nervios le permitían, prevenido de que de nuevo lo ignorasen por su deplorable aspecto.

Una anciana abrió el portal, y fue el primero en hablar, antes de dar tiempo a que la mujer pensase.

— ¿Puedo usar su teléfono señora?

Marcó frenéticamente los nueve dígitos, de pie junto a la pequeña mesita cercana al sofá. El aparato emitió tres tonos, y después alguien respondió a la otra parte del hilo.

— ¿Sí?

— ¿Laura?

— Sí, ¿quién es?

— Soy Cobos... ¡No, no, no, no! ¡No cuelgues por favor! Solo necesito que sepas esto, estoy dispuesto incluso a regalarte la noticia si es necesario. Si quieres puedes firmarla con tu nombre.

— Raúl... ¿Qué demonios quieres ahora? ¿Es que no vas a cansarte nunca?

— ¿Tienes algunas revistas a mano? ¿Puedes hacerte con el poema que Hugo recitó la noche del asesinato?

— Mira voy a colgarte, esto es absurdo.

— ¡Laura por el amor de Dios! ¡Sé que he metido la pata, pero ahora se toda la verdad!

La periodista caviló durante un instante.

— Espera... creo que tengo el libro por aquí.

Él esperó impaciente, dedicándole una amable mirada a la viejecilla, que observaba la moqueta llena de barro, arrepintiéndose de haberlo dejado entrar.

—Lo tengo. ¿Ahora qué...? —pronunció más bien poco emocionada.

— ¿Recuerdas los juegos de Vanessa, de cuando era pequeña? ¿Cómo le gustaba darle un doble sentido a todo lo que escribía?

—Sí, sí... —masculló con hastío—. Cobos ve al grano haz el favor. No sé ni siquiera por qué todavía te hablo.

—Coge la primera letra de cada verso, y dime qué es lo que lees.

—Vanessa de... Laurentis... ¿pero qué es esto?

— ¡Es evidente! ¿No lo entiendes? ¡Los libros son suyos, ella los escribió!

La interlocutora respondió con un prolongado silencio.

— ¡Es el móvil perfecto! ¡Por eso la mató! ¿No lo ves?

— ¿Qué es lo que tratas de decirme...? —ahora había cierta preocupación en su voz.

— ¡Por eso discutían la madre y Cepeda, porque ella quería desvelar el secreto! ¡Pero Hugo la asesinó, cegado por la ambición, temiendo perder todo lo que había construido a partir de una mentira!

—Espera, espera... esto no tiene ningún sentido. ¿Cómo sabes que fue él? Igualmente pudo haber sido el editor... Además ¿por qué editarían los libros bajo el seudónimo de Hugo, si eran de ella? Tu teoría hace aguas por todas partes.

—No, no... Escucha Laura. ¿Qué me dices de la industria Borlán...? Ella todavía acaparaba todas las deudas. ¿Lo captas? No podía publicarlos a su nombre porque le embargarían todas las ganancias, y permitió que su hijo, la cosa que más quería en este mundo, se adueñase de su fama.

—No lo sé Cobos... todo esto me parece demasiado disparatado.

— ¿Recuerdas los garabatos de la celda? ¿Cómo este mismo poema aparecía en una de las paredes, incompleto, y oculto bajo una maraña de mamarrachos?

—Sí...

—Pongamos que me creo lo de la enfermedad, lo de ese maldito síndrome. ¿No trataría el escritor, confuso, de cerciorarse de lo que había hecho, de averiguar los motivos que pudieron empujarlo a tan vil acción?

—No te sigo.

—Demos por hecho que discutieron, que ella le dijo que tenía una forma de demostrar a todo el mundo que los libros eran suyos. Más tarde, en la celda, tras volver a la vida después de un episodio comatoso, y afectado por esa extraña enfermedad, que le impide recordar con claridad las cosas. ¿No crees que trataría de comprobar si lo que más teme es cierto, si realmente se vio amenazado por un mensaje oculto entre los versos, y eso lo empujó a cometer el crimen?

—Vuelve a haber fugas. Si das por hecho que padece el síndrome, él no sería consciente de sus propias lagunas. ¿Cómo explicas entonces ese afán por recordar los lapsos?

—Te equivocas Laura... he estudiado la patología. Y sí, es posible que no sean conscientes de sus lagunas, pero esto no pasa siempre. ¿Qué ocurre si simplemente no recuerda lo que sucedió aquel día? ¿No crees que intentaría descubrirlo a toda costa? ¿No crees que buscaría el susodicho mensaje en los poemas, para ver si hubo algo que pudiese abocarlo a tal extremo?

— ¿Y qué me dices de las otras poesías, o de la pirámide? ¿Cómo explicas eso?

— ¡Puro teatro! No iba a dejar un solo poemita en esas paredes. Temía que los demás pudiesen

descubrir su farsa, y llenó el resto de la habitación de frases y números absurdos para desviar la atención.

La redactora no supo que responder a eso.

—Su sentimiento de culpabilidad... sus problemas con el alcohol... ¡todo comienza a raíz de las primeras publicaciones, porque la farsa le resultaba insoportable! Comenzó a odiarse a sí mismo... y ese odio creció, transformándolo en otra persona, borrando cualquier atisbo del Hugo que cuidaba de su abuelo, de joven que hacía que todo el mundo se maravillase con sus acciones.

—Cobos... ya basta —la voz era firme. Déjalo de una vez.

— ¡No! ¡Laura créeme, lo he visto con mis propios ojos! Vanessa le prometió a Remedios que nunca se olvidaría de ella, y que sería la primera en saber si algún día escribía algo. ¿Sabes qué es lo que su amiga le ha llevado a la tumba? ¡Ese dichoso fragmento, para darle las gracias por cumplir su palabra! ¿Todavía no quieres admitir la evidencia? ¡Son pruebas aplastantes!

— ¿Y no has pensado... que Hugo pudo dejarle incluir un poema en su libro, o que ella pudo pedirle que hiciese ese pequeño guiño a su amiga de la infancia? ¿Cómo puedes asegurar lo que dices, cómo puedes estar tan convencido?

Ahora era el ex-periodista quien guardaba silencio, sin saber que decir, y Gardel siguió con sus propias teorías.

—Mira, acabo de verlo por la tele. Deberías haber visto su rostro compungido, su dolor que lo desgarraba por momentos, dejándolo desnudo frente a las cámaras. Deberías haberlo visto llorar totalmente desolado, por una pérdida que resulta lo más lacerante que ha experimentado en toda su vida.

— ¡Claro! ¡Porque no es capaz de recordar lo que ocurrió... porque no sabe a ciencia cierta qué demonios fue lo que hizo aquella noche... y ahora se ha convencido a sí mismo de que es inocente!

— ¿Y qué me dices del epitafio? ¿Cómo explicas que tenga ese talento, si él no es el autor de los libros? Tu hipótesis se desmonta por todas partes...

—Puede que los dos sean buenos escritores... —argumentó él, dándose cuenta de que estas últimas palabras trémulas hacían zozobrar su tesis.

—Y olvidas lo más importante de todo. No hay arma del crimen.

De nuevo el aparato acaparó un molesto mutismo. El argumento resultó como un enorme guijarro, que terminó por derrumbar las pocas cartas que le quedaban al *jornalista*.

—Se acabó Cobos. Se acabó. Deja de luchar contra la marea. ¿Por qué no eres capaz, aunque sea solo una vez en tu vida, de no buscar fantasmas donde no los hay? —hizo una breve pausa.

—Hm... —suspiró él molesto.

—Tienes que dejar de ver conspiraciones por todas partes, creo que tienes un serio problema. Haz que te lo vean.

—Pero Gardel... —susurró en un quejido lastimero

—No vuelvas a llamarme.

CAPÍTULO 36

—Los medios están envenenados. Todos los que de ellos se alimentan acaban bebiendo de la misma agua putrefacta, olvidando los valores que un día los movieron a escoger esta profesión. ¿La verdad? Vale menos de treinta monedas de plata. Mientras venda, no importa si la noticia es veraz, o un bulo inventado por algún reptil que desea participar del festín, saborear la jugosa carnaza. Solo es el tiempo el que puede devolver las cosas a su sitio, y lamentablemente esto no ocurre en todas las ocasiones.

Los focos lo alumbraban, y su gesto era inamovible, pétreo. Algunas cosas habían cambiado en los últimos quince años, y ahora nadie sostenía un cartel que ordenase aplaudir. No obstante, el público aplaudió. Frente a él, tenía a un desconocido y transformado Fuerteventura, que se había incluso afeitado el bigote, para tener un *look* más acorde a los tiempos que corrían.

—Veo que no le tiene demasiado aprecio al gremio —bromeó—. ¿Se podría decir que sus palabras son una descripción de su propia trayectoria, de lo que ha padecido durante todos estos inviernos?

—Resulta gracioso que sea usted quien me lo pregunte. ¿Acaso no recuerda el trato que recibí en este plató, hace no tantos años?

El presentador estaba sudoroso. En algo no había cambiado el espectáculo, y cada vez que no lo enfocaban, un joven se acercaba a secarle el brillo de la frente, y acicalarlo con unos polvos rosados.

—Bueno... hace mucho tiempo de eso... no soy capaz de acordarme de cada una de las entrevistas que he realizado en mi vida. Pero dígame... ¿cómo se siente ahora, que ha recuperado el honor perdido? ¿Va a continuar su carrera de doctor dónde la dejó? La gente de las calles habla, y hay rumores de que va a capitanear uno de los más importantes hospitales del país. ¿Es eso cierto?

—Otra vez se confirma lo anteriormente dicho. Nada de eso es verdad, aparte de lo de retomar mi profesión donde la dejé. Volveré a abrir mi pequeña consulta en la calle San Nicolás, es todo lo que necesito. Con el tiempo uno se da cuenta de que el ansia de poder corrompe a las personas.

—¿Qué nos podría decir de su colega el abogado? Porque ustedes mismos afirman que el caso los ha unido muchísimo.

—Bueno... no descartamos futuras colaboraciones, aunque no nos hará falta esperar al próximo caso, si lo hay, para vernos, somos buenos amigos.

—Es la primera vez que la opinión pública acoge con tanta expectación la liberación de un preso. ¿Cree que se debe a la fama del escritor?

—Creo que la gente es muy intuitiva, y que a pesar de esta sociedad plastificada en la que vivimos, de vez en cuando, todavía es el corazón el que nos mueve. Todos tienen fe en la inocencia de Hugo, ¿por algo será no? Si analizamos el caso, no hay nada que implique al novelista, aparte de una confesión que resulta irrisoria. Fuimos capaces de demostrar que padece el síndrome de Korsakoff, y eso invalida totalmente cualquier mínimo ápice de veracidad que pudiese encerrar esa auto inculpación.

—Ahora que lo menciona. ¿Cómo lleva el progreso de la enfermedad? ¿Han conseguido detener su avance?

—Hugo ha dejado de beber, y sigue un estricto tratamiento. Es muy probable que nunca más

vuelva a tener episodios del tipo amnésico-confabulación, aunque hay que mantener un seguimiento preventivo, yo mismo me encargo de ello.

—Desde luego hay que reconocer que ha hecho un trabajo excepcional con el paciente, y creo que nadie imaginaba que sería usted mismo en persona quien siguiese con la terapia.

Su falsedad resultaba infecta. Maurer podía percibir su nerviosismo, su ojos irritados, y sabía que con cada silencio hacía pasar un mal trago al presentador, que temía una venganza por su parte.

—Gracias.

— ¡Bah! Deje la modestia a un lado señor Maurer, a estas alturas ¿no cree que se merece regalarse a sí mismo algún capricho?

El doctor sonrió... y fue un gesto deliberado y sosegado, que provocó que Fuerteventura se revolviere en su asiento.

—En realidad, y ahora que lo dice, sí que quisiera mostrarles algo. Enseñar algo a todo el público que hace quince años vio como me arrastraban fuera de este plató.

— ¿Cómo dice? —la cámara lo enfocó, pero sus ojos estaban perdidos en algún lugar del estudio.

— ¿No cree que la gente se merece conocer la verdad?

Fuerteventura estaba helado, y era incapaz de mediar palabra. ¿Es que nadie iba a detenerlo? Por fin su mirada se cruzó con la del regidor, y comprobó pasmado que este estaba cruzado de brazos, prestando suma atención a las palabras del médico.

—A decir verdad yo tampoco estoy seguro de que todos deban ser premiados con tan valioso regalo —se detuvo, regodeándose—. Pero hay una persona que si es meritoria de ese título. Alguien que se ha ganado a pulso un reconocimiento que creo deberíamos haberle concedido hace mucho tiempo.

—No sé de qué me habla —balbuceó.

— ¡Ah! ¡Claro que lo sabe señor Fuerteventura! ¿Sabe cuál es el problema, eso que causa los sudores en su rostro que sus maquilladores se afanan por ocultar? Que tiene miedo...

— ¿Miedo? ¿Pero qué demonios le ocurre doctor Maurer? ¿Ha perdido la cabeza? —sus ojos simulaban salirse de sus cuencas.

— ¿Qué pena verdad? Qué pena que la televisión haya sufrido tantos cambios desde aquel día. Era mucho más fácil cuando el público aplaudía a su antojo, ¿verdad? En realidad le comprendo más de lo que cree señor Fuerteventura. Ahora mismo soy la única persona que sabe lo que pasa por su cabeza.

—Basta, no tengo por qué seguir con esta farsa.

— ¡Oh! ¡Claro que tiene que hacerlo! ¿Y sabe por qué? Porque ahora han cambiado las tornas, ahora soy yo quien sostiene la espada por el mango. ¡Y todo en beneficio de la audiencia! Sus propias armas se han vuelto contra usted.

— ¿Qué demonios es lo que quiere? —trataba de calmarse, pero le resultaba imposible.

—Es algo muy sencillo. Antes de estar en el aire he entregado unas cintas a sus compañeros de producción, y coincidieron conmigo en que contienen unos relatos de gran interés, cuyo contenido sería una lástima que se perdiese en un cajón olvidado.

El presentador se aferraba a los reposabrazos de su silla, tenso, y esta vez nadie acudió a acicalarlo, dejando que el sudor de su frente cayese a borbotones por sus marcadas sienes.

—Creo que podemos escuchar la primera cinta —añadió Maurer triunfante.

Se hizo un silencio reverente. La imagen iba de Ricardo al presentador, y eran extremadamente diferentes sus semblantes. En uno, el desasosiego, en el otro, la triunfante expresión de la justa y ansiada venganza.

Los micros fueron desconectados, y el audio fue puentado al reproductor de casetes, que comenzó a emitir en directo. El chasquido inicial, y el ruido de fondo eran inconfundibles, era una de esas viejas cintas de grabadora, que solían utilizar los periodistas hacía algunos años, y las voces comenzaron a emerger de la nada.

“...Voy a grabar nuestra conversación. ¿No te molesta verdad?...”

El programa había sido anunciado con gran expectación. Era la primera entrevista que concedía Maurer después de la liberación de Hugo, y cada televisor del país estaba sintonizado en el canal. Los espectadores más veteranos recordaban claramente las referencias a las que aludía el doctor, y el día en que fue expulsado del programa por golpear al presentador. Ahora escuchaban estupefactos, mientras comenzaban a comprender, y sus pelos se pusieron como escarpas cuando la cinta continuó reproduciendo la conversación.

“...Bueno. Comencemos. Dices que sabes por qué estoy aquí. ¿Cómo lo sabes Eva?...”

CAPITULO 37

No habían cambiado demasiadas cosas de aquel regio salón. La decoración sobria y elegante continuaba intacta, y casi parecía que no hubiese pasado el tiempo desde la última vez que estuviesen allí.

Esta vez, sin embargo, la expectación era algo austera, carente de una jovialidad que no podía evitar echar de menos. Falta de algo difícilmente palpable o describible, pero perfectamente perceptible. Los invitados distaban mucho de las personas que allí se reunieron la última vez, y los nuevos asistentes resultaban opacos, demasiado serios en contraste a la alegría que presentaban en aquella lejana velada.

Tan solo había dos o tres fotógrafos, no la apabullante cantidad de medios que solía acompañar cada uno de los ceremoniosos actos, y lejos de ser una celebración distendida, solo se escuchaban molestas murmuraciones, que señalaban con la mirada unas puertas cerradas, al otro lado de la estancia.

Sobre las mesas había caras botellas de champagne, pero nadie se atrevía a coger una copa. Se añoraba el sonido de los corchos siendo disparados por los aires, y el alborozo generado por los tempranos bebedores, que animaban la fiesta incluso antes de que esta comenzase.

En total habría unas veinte personas, un buen número, que sin embargo se quedaba pequeño, amagado tras la sombra de la opulencia con que fue tratada cada una de las anteriores presentaciones. Y aunque todo era parecido, ya nada era como en aquel entonces, cuando personalidades de todo el país se codeaban durante unas horas entre aquellas cuatro paredes.

Dos amigos se reconocieron entre la muchedumbre, y el abrazo fue el gesto más cálido que podía observarse entre toda la congregación.

—Ha pasado mucho tiempo... y estás igual que siempre —dijo el doctor a modo de saludo.

—Tú estás más viejo —bromeó el otro.

—Al final nunca tomamos esa copa juntos.

—En realidad creo que fueron unas cuantas.

—Ya bueno... me refiero a después de todo —sonrió.

— ¿Nunca es demasiado tarde no? —se adelantó Ignacio y cogió dos copas, y una botella de champagne.

El corcho emitió un hermoso chasquido al desprenderse de la botella, y ambos se miraron, leyéndose el pensamiento.

—Esto parece un entierro.

—También podían haber escogido otro lugar...

—Por otra parte es comprensible, Hugo no ha salido de la casa desde entonces. Se niega a abandonar estos muros.

— ¿Está progresando?

—Si... aunque no es el síndrome lo que me preocupa. Hace tiempo que desaparecieron los síntomas, y sin embargo da la sensación de que nunca va a recuperarse. No quiere ver a nadie, aparte de a Hollis y a mí mismo, y pasa las horas encerrado en sus escrituras, es lo único que parece importarle.

—Esta es su penitencia...

—Creo que solo es él mismo cuando se enfrasca en sus historias, y no permite que nadie lo moleste cuando lo hace, no sé ni siquiera cómo se llama su último libro.

—Para eso estamos aquí... ¿Y Cepeda?

—Sigue llevando sus negocios, aunque a través de intermediarios. Hugo no soporta verlo. Es más, lo ha echado de la casa en varias ocasiones estando yo de visita.

—La verdad es que lo comprendo en cierta parte. Cepeda es un hombre repugnante, no tiene ninguna clase de principios.

—Ya... la verdad es que tampoco es santo de mi devoción. Hugo se hubiese deshecho de él hace tiempo si no fuese por ese contrato tan restrictivo que lo ata a él.

Ignacio rellenó las copas, y ambos alzaron la bebida burbujeante.

—¿Por qué brindamos? —preguntó el médico.

—¿Qué te parece... por nosotros?

—Me parece perfecto —hizo una reverencia—. ¡Por nosotros!

Sorbieron la copa de un trago, y el abogado se quedó mirando el cristal translúcido durante unos segundos.

—¿Sabes? Es lo primero que bebo desde hace cuatro años, lo dejé después del caso.

—Me alegro, de verdad. Todavía me acuerdo de aquel día en tu despacho, cuando te grité que dejaras de beber ese vodka de mierda —anotó divertido, con la confianza de saber que sus palabras ya no iban a herirlo.

—No me lo recuerdes —encajó deportivamente el letrado.

Eran los únicos que hablaban distendidamente, y lo hacían con tanta naturalidad, que no repararon en que todas las miradas recaían sobre ellos.

—¿Qué me dices de Hollis? ¿Sigues soportando el rechazo del escritor?

—No he visto cosa igual en la vida. Se nota que él la quiere, pero nunca podrá darle lo que ella desea, es todo un honorable acto que todavía siga cuidando de él. En realidad aparte de mí, es la única persona que todavía le queda.

—Es una lástima... a veces me pregunto qué es lo que arrastra a tantas familias poderosas al desastre, a su propia ruina. Resulta escalofriante pararse a pensar en ello.

—El poder corrompe a los hombres, y somos tan estúpidos que después de miles de años de existencia todavía continuamos ignorando la historia, y cometemos las mismas estupideces una y otra vez. Somos el cáncer de esta tierra.

—Venga... no te me vayas a poner dramático a estas alturas.

—Oye ¿Qué fue de Cobos? —cambió de tercio Ricardo—. No volví a saber nada de él.

—Ahora que lo dices, es verdad que después de aquello no volvió a aparecer en los medios. Escuché que lo despidieron de la revista, supongo que se cansaron de su exagerada forma de escribir.

—Vete a saber... ese puede andar metido en cualquier cosa.

El resto de los congregados emitió ahora un sonoro aplauso. Ambos se dieron la vuelta, y vieron qué era lo que provocaba tal alboroto.

El fotograma era como una regresión en el tiempo, cuatro años atrás. Era el mismo atril, y tras él, la misma cortina roja que Hollis retirara aquella noche, tirando del cordón dorado, que ahora de nuevo había sido reclamado para la ocasión. Sin embargo, no era el mismo hombre el que caminaba abriéndose paso entre la multitud, no era la misma persona que hacía cuatro años subió los peldaños

que lo conducían al estrado, y se dirigió solemne a la congregación.

Ahora caminaba lentamente, con igual parsimonia que en la citada celebración, pero habían perdido todo el misterio sus movimientos azorados, que evocaban cierta compasión hacia su persona. No había vuelto a ser ese hombre desde los macabros sucesos, y probablemente nunca volvería a serlo. Hugo ascendió los escasos escalones meditativo, y tardó unos segundos antes de dirigir la mirada a la ahora escasa agrupación. A pesar de todo, su voz sonó potente y poderosa, haciendo que los presentes sintiesen un pequeño escalofrío.

*A ti mi incomprendida comprensible,
a ti y a tu locura racional.
A ti te dedico estas páginas,
de este, mi humilde memorial.*

Los flashes emitieron su característico carraspeo, y aunque había pocas cámaras en la sala, se sobrevinieron una y otra vez, creando una atmósfera que a todos resultó muy familiar. El escritor los observó de nuevo, emocionado, con un brillo especial en los ojos, y prosiguió su discurso.

*Tu que me enseñaste todo lo que nadie puede enseñar.
Viajera perdida, que no te quieres encontrar.
Aire disperso, que de vez en cuando se deja palpar.
Amanecer indeciso que a muy pocos se deja mostrar.*

*A ti, a tu descripción indescriptible,
a tu cordura incoherente,
y a tu forma de actuar.*

*A ti pequeña luchadora,
a ti que nunca abandonarás,
a ti te escribe tu hijo
que sabe que cada vez que caigas, te levantarás.*

*A ti te escribe tu hijo que te quiere,
y que sabe que no se puede querer más.*

Ahora todos aplaudieron, y el estruendo no tenía nada que envidiar a ningún otro sonido del firmamento. Hugo tragó saliva, visiblemente afectado, y una única lágrima escapó de sus ojos, como un regalo preciado que no le era permitido derrochar.

Hollis apareció a sus espaldas, y no se hizo de rogar un solo instante. Tiró del cordón dorado, y la multitud no pudo esconder su asombro, cuando vio lo que la cortina escondía. Los anteriores murmullos pasaron a ser un siseo desconcertante, que inundó por completo la estancia, y las caras eran de completo asombro, ante la portada del libro que se presentaba.

“Pensamientos de un ateo agonizante, poemas para la vida y la muerte, por Vanessa de

Laurentis”

— ¿Qué clase de broma es esta? —dijo alguien entre el gentío.

— ¿Por qué lo firma Vanessa?

— ¿Esto qué quiere decir?

Las preguntas se sucedían irreverentes, entre la multitud irascible.

— ¿Está insinuando que su madre también escribía?

— ¡Hugo, por favor, responde a las cuestiones! —lo intimidaba uno de los periodistas.

Él se resignó a permanecer allí, de pie, y por primera vez desde que todo había comenzado, esbozó una verdadera sonrisa, un verídico y reprimido gesto de alivio, que había tardado demasiado tiempo en llegar tras la tormenta.

Ahora el acto resultaba más parejo a los anteriores, mientras la algarabía crecía de forma sorprendente, teniendo en cuenta la pobre asistencia, y aunque a Maurer le pareció que estaba actuando, por un instante Hugo logró comportarse como aquel joven atrayente que fuera antaño, e irradiar esa aura especial que siempre lo había caracterizado.

Tanto Ignacio como él se sintieron algo reconfortados, tras vislumbrar ese minúsculo atisbo de esperanza, ese clavo ardiendo al que el escritor parecía aferrarse. Y Hugo saboreó de nuevo la fama, mientras se internaba entre el exaltado motín. No obstante no era eso lo más relevante, sino el hecho de haber exorcizado sus propios demonios, de haber quedado en cierta paz consigo mismo, aunque la sensación solo durase una fracción de segundo.

Se retiró, y la expectación creció todavía más cuando lo vieron marcharse por aquella puerta, que era la que llevaba a la sala de las cortinas. Sin duda había noticia, y el escritor se sentía satisfecho, sabiendo que esta vez él no sería el protagonista.

Tras algunos minutos de confusión, y viendo que no regresaba, la fiesta se tornó de nuevo en un aburrido y desaborido cóctel, que carecía ya de cualquier interés. Habían visto lo que habían venido a ver, y los invitados comenzaron a abandonar la casa paulatinamente.

Maurer y Sorbona continuaron conversando con franqueza, siendo los últimos en abandonar el caserón, y ya en la planta inferior, restaban algo de importancia a lo que había sucedido.

— ¿Qué te parece si cenamos juntos esta noche? —lo inquirió el abogado.

— ¿Estas pidiéndome una cita?

Arriba, la soledad había conquistado de nuevo el lugar, y solo quedaba un alma solitaria, admirando el atardecer a través de una ventana, junto a unas cortinas verdes de estilo soberbio. ¿Significaría esta acción finalmente su ansiada cura? Hugo se dejó llevar, anestesiado por una extraña calma que hacía mucho tiempo que no experimentaba, y vio a los dos hombres en el jardín, entablando un sincero y espontáneo coloquio.

Los amigos se detuvieron junto a una pequeña glorieta, que se sostenía gracias a cuatro robustos pilares, y en cada uno de ellos crecían unas bellísimas plantas trepadoras, que nunca antes habían visto. Sus flores blancas estaban entreabiertas bajo la luz del ocaso, y les regalaron un inusitado y exuberante aroma embriagador, que los envolvió por completo.

Ignacio se posicionó cara a cara con su amigo, y le lanzó una última pregunta, mientras clavaba la mirada en aquel ventanal de la primera planta.

— ¿Crees que hicimos lo correcto?

El doctor meditó las palabras, para luego responder con soltura.

—No lo sé, y creo que nunca lo sabremos...

— ¿Y cómo puedes estar así, tan tranquilo?

—Obsérvalo bien —hizo un gesto para que volviese a posar la vista en la ventana—. ¿No crees que ya vive encerrado entre rejas? Nunca podrá dejar de preguntarse qué fue lo que pasó aquella noche, y esa será su eterna condena.

El abogado comprendió lo que quería decir, y sintió cierta admiración por el doctor, que como siempre, todavía seguía sorprendiéndolo.

—Venga, vámonos —se dio por satisfecho, y echó un último vistazo al personaje gris que se guarecía tras el vidrio.

Hugo contempló la enternecedora imagen, extasiado. Dos hombres alejándose en dirección a lo desconocido, a una vida plena todavía por descubrir. Y en su interior, sintió una sana envidia por ellos, sabiendo que él jamás gozaría ya de esa bella incertidumbre, de no saber que le depararía el mañana. Quiso volver a reír, y recordó las dipladenias de su abuelo, y las tardes de invierno junto a Hollis, recordó los ojos de su madre, y cómo se abrazaron aquel fatídico día, queriendo que aquel instante durase para siempre.

Sabía que vendrían nuevos amaneceres, pero la luz del sol resultaba ficticia para sus ojos, que habían amado y perdido una luz más fascinante y maravillosa, que cualquier otra estrella que se atreviese a colgar de la bóveda azulada. Y lloraría siempre la distancia, de la única persona que alguna vez había amado, y todavía hoy amaba.

CAPÍTULO 38

Cepeda

— ¿Qué ocurre madre? —se escuchó la voz de Hugo a sus espaldas—. Dejadme adivinar. ¿Otra vez discutiendo verdad? No se la tome tan en serio Cepeda, sabe que lo único que quiere es lo mejor para mí.

—Lo sé, lo sé... es una mujer difícil —bromeó con dificultad el editor.

—Vamos madre, no seas tan dura con él. ¡Pero no permitas que suba su tanto por ciento!

Los tres rieron. Aunque todavía eran palpables ciertas asperezas entre ambos.

—Os dejo. Hollis y yo vamos a tomar algo más relajadamente.

La peculiar pareja abandonó el salón de actos sin acaparar demasiadas miradas, dentro de lo posible. Vanessa los estudiaba fijamente, y no dejó de hacerlo hasta que finalmente estuvieron en el hall, fuera del alcance de su vista. Después, dio media vuelta, para dirigirse de nuevo al editor.

—Has acabado con mi paciencia.

—Vanessa... escúchame por favor —titubeó él.

Aunque la conversación discurría en voz baja, era notorio el tono furioso en ambos interlocutores, que se susurraban entre dientes.

—No tengo por qué soportar esto, podría subir al atril y anunciarlo yo misma. Has jugado demasiado tiempo conmigo.

—Volveré a revisar los detalles... te lo prometo.

— ¿Qué volverás a revisar los detalles? Tus burdas falsas propagandistas están sacándome de quicio. Un libro se vende si es bueno, así que no me hables más de esperar el momento, porque te juro que subo ahí ahora mismo y lo grito a voces.

—Tranquilízate... por lo que más quieras.

— ¿Cuánto tiempo llevo esperando? ¡Tengo más de una docena de libros, y no eres capaz de dignarte a publicar ni uno solo de ellos!

—Quizás la gente no esté preparada para...

—Ni se te ocurra salirme ahora con esas... otra vez no. ¡Ni hablar!

La discusión cesó momentáneamente. Vanessa aparcó por un instante su enfado, y presenció cómo Raúl Cobos dejaba algo bajo una mesa. ¿Qué estaba haciendo? Después, intentando no levantar sospechas, abandonó el lugar por el mismo sitio que hacía escasos minutos habían utilizado Hugo y Hollis. ¿Qué pretendía? Cepeda leyó en ella sus contradicciones, y se dispuso a explicarle lo que ocurría.

—He dejado que se quede a propósito. Siempre acaba inventándose alguna beneficiosa mentira. Ese hombre es una gran herramienta de marketing.

La mujer le dirigió una desdenosa mirada. Si creía que así arreglaba algo se equivocaba, es más, empeoraba las cosas, y dándose cuenta de ello, arremetió de nuevo, esta vez suavemente, procurando calmarla.

—Oye Vanessa ya sabes cómo funciona esto... la gente va a pensar que sacas un libro porque te ha entrado el capricho al ver a tu hijo. Sería malo tanto para tu carrera como para la suya.

— ¿Un capricho? ¡Yo escribía antes de que él siquiera hubiese nacido!

—Y lo haces perfectamente... pero ambos sois buenos escritores, y él tuvo la suerte de editar antes. ¿Qué culpa tengo yo de eso? No puedes echármelo en cara...

— ¡Claro que puedo! —cerraba los puños para contener la rabia—. ¡No te importa nada más que las malditas cifras!

—Piensa en tu hijo, al menos hazlo por él.

— ¿Ahora pretendes darme lecciones éticas? No me vengas con historias, Hugo ya se ha hecho un buen nombre, lo que yo haga no le afectará en nada.

— ¿No ves que esto es una mala propaganda, que todo se puede ir al garete?

—No.... yo lo que veo es bien diferente... Exprimirás a Hugo al límite, como has hecho con todos tus protegidos. ¿Y después qué? Te limitarás a buscar una nueva fuente de ingresos, eres un insecto...

El editor miraba nervioso a los alrededores, preocupado por que alguien pudiese escuchar lo que decían.

—Baja la voz por el amor de Dios, ¿o es que quieres que todo el mundo te oiga?

Ella arqueó las cejas, haciendo palpable la evidencia, y él trago saliva, temiendo que sus amenazas fuesen finalmente cumplidas. Empezaba a pasarlo realmente mal, la tensión iba a hacer que sufriese un ataque de histeria. Pero entonces vio aquella puerta, y de nuevo su tono era suave cuando le dirigió la palabra.

—Hablemos en otro lugar, aquí hay demasiada gente.

La atención de ambos se posó en el portón, y él le indicó el lugar con la mano, antes de decir unas últimas palabras.

—Vamos a la sala de las cortinas, allí estaremos tranquilos.

Hugo

Hugo se frotó los ojos, queriendo adivinar si lo que veía era real, o solo una imagen distorsionada a causa del champagne. Nunca había apreciado a Hollis tan hermosa, y no era capaz de fiarse de sus propias percepciones. Ahora se aproximaba a él, mientras estaba sentado en la silla, y sus intenciones eran inequívocas. Se sentó sobre sus piernas, y acercó su rostro al suyo decidida, sin titubear. No obstante, nunca era capaz de dar el último paso, y se detuvo en seco antes de que sus labios llegasen a tocarse.

La perspectiva resultaba incómoda, y algo difusa, debido a la proximidad de los cuerpos, y el joven no se inmutó, poniéndola a prueba a ella, y en parte también a sí mismo, mientras todavía sostenía una copa de champaña, retraída contra su pecho.

—Hollis... —parlamentó suavemente—. Sabes que no puedo darte lo que me pides.

A la muchacha se le iluminaron los ojos, y retuvo las lágrimas, al igual que lo hacía con su profundo dolor.

—Lo sé... —susurró ella, pero entonces algo cambió en su interior, y su semblante se tornó en otro completamente distinto, colmado de rencor—. ¿Pero por qué? ¡¿Por qué?!

Zarandeo al escritor, que aún no sabía lo que estaba pasando, y el vaivén provocó que el líquido burbujeante saliese disparado de la copa, aterrizando en su exuberante vestido rojo.

— ¡¿Por qué no eres capaz de amarme?! —gritaba ignorando la mancha.

—Hollis, por favor, estoy algo mareado.

—Ya —alegó sarcástica.

—Como quieras, no voy a discutir otra vez por esto.

— ¡No te entiendo! ¿Qué te ha pasado? No eras así cuando te conocí en mi pequeña librería, ni cuando salíamos aquellas noches de invierno. Has cambiado.

—Puede que tengas razón —musitó él algo aturdido.

— ¿Y ya está? ¿Eso es todo? ¿Dónde está la magia, esa que hacía de ti alguien especial?

—Me la dejé en el camino...

El novelista parecía abstraído de todo cuanto ocurría, y sus respuestas surgían automáticamente, sin ir dirigidas a nadie, como si estuviese solo en la habitación.

— ¡Estupendo! ¡Pues ahí te quedas! ¡Por mí ya es suficiente! —se separó de él, reparando en el salpicón del vestido—. ¡No entiendo por qué solo eres capaz de quererla a ella!

Conforme acabó de decir las últimas palabras, se llevó la mano a la boca, avergonzada. Se sentía muy apocada, y no sería el caso si los celos hubiesen sido hacia cualquier otra mujer.

—Por Dios... ¿te estás escuchando? ¡Es mi madre!

El bochorno aumentaba por momentos dentro de ella, y lo miraba, siendo incapaz de sostener su mirada altiva, ni su postura condescendiente, como si nada le importase nada. Esperó a que reaccionase, a que la llamase a sus brazos, pero la dilación resultaba interminable, y sin saber qué hacer, dio media vuelta, y dando un portazo, abandonó el lugar a grandes zancadas.

Cepeda

La persiguió por todo el salón de actos, y para colmo tenían que lidiar con las ceremoniosas felicitaciones que recibían a cada paso que daban. Sus manos estaban envueltas en sudor, y tenía que frotarse los pantalones antes de estrechar la mano, a aquellos que los encomiaban por haber apoyado a Hugo con su tercera publicación.

Al fin, y tras un trayecto verdaderamente tortuoso, se allegaron a la puerta, y Vanessa se giró repentinamente, cogiéndolo por sorpresa.

—Déjalo estar.

— ¿Qué?

—Quiero estar sola, lo único que vas a conseguir es sacarme más de mis casillas.

No había espacio para la duda en sus afirmaciones, y el editor sintió que obedecer era lo mejor que podía hacer en aquel momento. Dejo que la mujer se internase en la estancia, y volvió sobre sus pasos. Se sirvió un whisky, y se sentó en una de las mesas, alcanzando un trozo de pastel.

Estaba aturdido, y el corazón le palpitaba a un ritmo desenfrenado. Para él, la fiesta se había tornado en un acto ruín, en una auténtica farsa insoportable. ¿Qué demonios pretendía esa mujer? Los negocios eran los negocios, y debía aceptarlo. Ahora no era el momento idóneo para publicar ninguno de sus libros. La gente solo pensaría que se había apuntado al carro, y que como podía permitirse el lujo, quería dedicarse también a la escritura. Lo último que necesitaban era algo como eso.

Hugo había resultado ser brillante, y no podía tolerar que nada ni nadie se interpusiese en su

camino. Nunca nadie le había resultado tan rentable, y con únicamente tres libros publicados, había amasado una auténtica fortuna. ¿A cuánto ascenderían las cifras diez años después? Solo pensar en ello lo sobrecogía.

Ella, por su parte, era una tremenda escritora. Resultaba incluso extraño que ambos hubiesen desarrollado tales dotes, y solo era comprensible cuando uno indagaba en sus vidas, y en la forma en que habían sido educados.

Hollis

Experimentó un frío cosquilleo en sus pies descalzos, cuando los posó por primera vez en el suelo. Se miró al espejo, y efectivamente comprobó que aquella mancha no iba a salir con nada. Abrió el armario, y buscó entre la maraña de perchas.

—Aquí estás...

Extrajo el vestido dorado del mueble, y lo alzó para poder admirarlo durante unos segundos. Después, colgó la percha en uno de los brazos de la lámpara de estilo rústico, y se aproximó de nuevo al cristal.

Se quitó lo que llevaba puesto, y se quedó firme, contemplando su propia desnudez frente al espejo. Su retrato parecía hablarle desde el otro lado, imitando cada uno de sus movimientos, y permaneció impasible durante algún tiempo, indecisa, temerosa de haberse alejado un paso más del único hombre al que amaba.

Alcanzó el vestido de color áureo, el mismo que había colgado de la lámpara, y dejó que se deslizase sobre su piel, quedando encajado por sí solo, y cubriéndola hasta la altura de las rodillas. Su propia expresión era un mapa, y era consciente de ello mientras se estudiaba a sí misma, y la forma en que dejaba entrever sus más hondas contradicciones.

Había quedado en evidencia, pero no podía evitar seguir pensando en él, y en de alguna forma u otra enmendar el daño. Se encajó de nuevo los zapatos, sin preocuparse de se hacían o no juego con el color de su nueva indumentaria, y recorrió el pasillo audaz, en dirección a la habitación en donde lo había dejado.

Necesitaba algo de tiempo para pensar, pero no se detuvo, sabía que si lo hacía probablemente no se atrevería a enfrentarse a sus propios miedos. Abrió la puerta con la misma ferocidad que hacía unos instantes la había cerrado, y se dirigió a él en voz alta.

—Perdóname, he sido una estúpida.

Más estúpida se sintió al comprobar que ya no había nadie en el cuarto. Allí estaba la silla vacía, y las dos copas descansaban inertes en la mesilla de noche. Y su moral fue golpeada de nuevo, dándose cuenta de que Hugo se había largado, y que no le importaba nada cuál era su estado de ánimo.

Vanessa

Quiso salir de aquel lugar, y cruzó la sala, pasando junto a los enormes ventanales, y llegando a la

puerta que daba al *hall*. Cuando la abrió, pudo ver a Cobos, que descendía del piso de arriba, y devolvió la gruesa hoja de madera a su sitio rápidamente, deseando que no la hubiese visto.

Corrió hacia uno de los cortinajes, e intentó ocultarse tras la tela, pero estaba recogida a ambos lados por un lazo, que a su vez se aferraba a la pared mediante un enorme perno con cabeza de rosa. Agarró el extremo del gran tornillo forjado, y comenzó a desenroscarlo, sorprendida de lo profundamente internado que estaba en el muro.

Escuchó crujir la madera tras de sí, y se escondió como pudo tras los retales, a la vez que el perno caía al suelo con un sonido seco. Cobos atravesó el lugar azorado, sin reparar en que una de las cortinas no estaba recogida, ni en que tras ella se amagaba un presumible bulto cuyas medidas eran idénticas a las de una persona media.

Cerciorose de que el periodista había regresado al salón de actos, tras lo cual emergió de su escondite, todavía embebida por el agradable aroma que desprendían las telas. Las acarició suavemente, mientras miraba a través de la ventana, y un sinfín de emociones se sobrevinieron, agolpándose en su cabeza, y haciendo que olvidase por un momento todos sus problemas.

Cerró los ojos, y el olor de los tejidos la transportó a otros lugares, a tiempos olvidados y sumamente felices, que desearía nunca hubiesen terminado. Su padre siempre había desprendido un perfume similar, cada vez que regresaba de la fábrica tras el tinte de las telas, y casi podía tocarlo, verlo de nuevo y saltar a sus brazos, como hacía cada año, al terminar las clases y volver a casa por los meses de verano.

La puerta volvió a abrirse a sus espaldas, pero ella no abrió los ojos, queriendo que la regresión fuese eterna, interminable. Reconoció el paso firme y cuidado, y las manos que se posaron sobre sus hombros, cálidas como una manta que la guareciese del frío.

—Hola madre. No me lo digas. ¿Cepeda otra vez verdad?

Ella respondió sin darse la vuelta, y lo hizo con otra cuestión.

— ¿Y tú...? ¿Hollis cierto?

El joven sonrió, dándose cuenta de cuánto se parecían, y de que mutuamente, eran las únicas personas con las que no se sentían desconocidos. La abrazó, pasando ambos brazos alrededor de su cintura, y apoyando la barbilla sobre uno de sus hombros.

—Hugo.

—Si...

—Estoy cansada.

—Lo sé madre, yo también lo estoy —apartó el mentón con cuidado, aunque sin desasirla.

—A veces desearía que nada de esto hubiese pasado nunca.

—Vamos... no digas eso, no estamos tan mal. Solo has tenido una mala noche.

Su silencio gélido hizo que se alejase un poco de ella, dejando de abrazarla, y algo se removió en su interior, molestándolo.

—Para mí tampoco es fácil, ¿sabes? Trato de convencerlo para que publique tus libros, pero tiene la sartén por el mango. Firmé una exclusividad con él... No tengo con que amenazarlo.

— ¡Pero son míos, son mis libros! ¡Lo que Cepeda no sabe es que tus tres libros son una farsa! ¡Los escribí yo! ¡¿Cómo te sentirías tú en mi lugar?!

— ¿Y yo? ¡¿No te das cuenta de que me has condenado?! ¡Apenas me reconozco cuando me miro en el espejo! ¡Me has cambiado, has borrado de mi semblante todo lo que algún día fui!

— ¿Que yo te he condenado? —se dio la vuelta—. ¡Veo cómo los días pasan sin que nada suceda,

y tengo que resignarme a esperar, a creer que un día toda la verdad saldrá finalmente a la luz!

— ¡Pero yo no te obligué a hacerlo, fuiste tú quien quiso que lo hiciésemos así! ¿No te das cuenta? ¡Has hecho que me odie a mí mismo, tanto que esa rabia me ha consumido!

— ¿Y qué se suponía que debíamos hacer? No teníamos siquiera para comer, y yo no podía poseer nada a mi nombre. ¿Quién mejor para ser el titular de mis obras, que mi hijo, la cosa que más quería en este mundo?

Él se vio zarandeado, dándose cuenta de un detalle insignificante y probablemente sin importancia, que no obstante lo hirió hondamente. Había dicho quería...

—Te preocupabas tanto de no dejar esas deudas a mis espaldas, que sin darte cuenta, me dejaste un cargo mucho más grande y doloroso. La culpabilidad.

— ¡¿Y por qué no acabamos con esto de una vez por todas?!

Los dos estaban notablemente irritados, y cada uno tenía sus propias razones para estarlo.

—No sabes cuánto tiempo he pasado llorando en mi habitación, no sabes cuántas insufribles horas, mientras me sentía un desecho, una persona repugnante. ¿Crees que ha sido fácil mirarte a los ojos y ver en ellos el dolor, escuchar tus palabras y sentir cómo nos alejábamos por algo que yo nunca te pedí?

—Voy a salir ahí y decírselo a todos. Voy a decirles que los libros son míos.

— ¡Eso es, ahora que son lo único que me queda! ¡Acaba de destrozar mi vida por completo!

— ¿Y yo Hugo? ¿Y yo? ¡¿No crees que merezco que se sepa la verdad?!

— ¡Claro que lo creo, siempre lo he creído, y ese nefasto sentimiento ha hecho que deje de quererme a mí mismo! ¿No crees que ya me has causado suficiente daño?

Ella se alejó hacia otra de las ventanas, dándole la espalda, y meditando lo que estaba a punto de hacer.

—Lo siento hijo, de veras lo siento, pero he de hacerlo.

Él estaba furioso, viendo que ella no era capaz de entender todo el sacrificio al que se había visto sometido, y reclamó a voces.

— ¿Y si digo que mientes, y si digo que los libros son míos? Al fin y al cabo tengo talento, y lo sabes, no me sería difícil escribir algo parecido.

—No tienes elección —afirmó severa, compungida por sus propios actos—. Tú mismo acabas de decirles a todos la verdad.

— ¡¿Qué?! —se aproximó lentamente.

—Mi nombre está escondido en los versos que acabas de recitar.

Él estaba paralizado, corroído por unos extraños sentimientos que se apoderaban de su cuerpo.

—Volver a caminar sobre la lluvia, anudando cabos sueltos, nudos inconexos de irresistible belleza —pronunció ella con dulzura, mientras él la miraba aterrorizado—. Emerger ante la vida, sabiendo que todo cuanto nos rodea es efímero, sabiendo que no hay salida.

—Adulando al tiempo para que se detenga, detrás y adelante... como un reloj suicida —sus ojos eran psicóticos, dándose cuenta de lo que pasaba.

— ¡Estupor provocado por ocultas mentiras, lívidas palabras que murmuran rebeldías! — prosiguió ella—. ¡Auroras amargas sin consuelo concebidas, usureras nostalgias que condenan y destripan!

La imagen resultaba arrebatadoramente hermosa, mientras ambos se aunaban en un solo ente, recitando los versos que antaño los habían unido, y que ahora los separaban. Sus voces eran trémulas,

y había un brillo sobrecogedor en sus ojos, que se clavaban los unos en los otros, mientras sus cuerpos se allegaban lentamente.

Él gritaba ahora al igual que ella, y parecía que las palabras pudiesen tocarla, acariciarla y transmitir todas sus arraigadas convicciones.

— ¡Réquiem solitario, entusiasta despedida! ¡Negros los ropajes, tristes, grises personajes!

— Ignorancia carcomida pasa desapercibida, sonoros acordes, no hay siquiera alevosía.

El acero la atravesó, y no fue dolor físico lo que sintió. Era un frío helado que le cercaba el corazón. Lo miró a los ojos, con los suyos llenos de lágrimas, y vio en ellos la desesperación y el terror absoluto. Buscó por encima de su hombro, y en el suelo, junto a la cortina que antes había soltado, no estaba el perno con cabeza de rosa. Después, ladeó la cabeza en dirección a sus pies, y comprobó que efectivamente, la rosa se hendía en su estómago, haciendo que su vestido se tornase rojo.

— Te quiero hijo. Siempre te querré.

Aquellas palabras lo enloquecieron, y el hierro fue extraído de la carne, lacerando sus nervios, y provocándole un enorme daño. Vanessa palpó la herida con sus manos, y retrocedió instintivamente. Él no podía dejar de observarla, y la sangre goteó del filo cuando se acercó nuevamente, y le asestó otra puñalada, esta vez más profunda.

Ni siquiera el metal era capaz de separar lo que el amor tanto había unido, y ella quiso hacerle un último regalo, mientras exhalaba los postreros hálitos de vida. Quiso demostrarle que a pesar de todo, lo seguía amando.

— Acuérdate de cuánto te quiero. ¿Lo harás por mí?

El desfalleció sobre ella, de rodillas, y solo quería acallarla, que dejase de pronunciar aquellas traumáticas afirmaciones. No soportaba escuchar aquellos vocablos, mientras veía cómo la vida la abandonaba lentamente, y su corazón se hizo mil pedazos, cuando cerró los ojos para apuñalarla dos veces más en el abdomen, y una última en el pecho.

Las voces cesaron, y cuando abrió los ojos, ella todavía sonreía, inerte. Se llevó las manos a la cabeza, y quiso gritar, pero ningún gemido recorrió su garganta. En lugar de ello las venas del cuello y de su rostro se hincharon, ofreciendo un turbio espectáculo mientras abría la boca, desencajada por completo.

Todo el cuerpo le temblaba, y sufrió un profundo mareo, que estuvo a punto de provocar que perdiese la conciencia. Solo el extremo más afilado del arma estaba bañado en sangre, y la enjugó en el propio vestido de su víctima. Caminó hasta el lazo despojado de su soporte, enroscando de nuevo el perno en la pared, y dejando los cortinajes tal cual siempre habían estado, enterrando su secreto para siempre. Después, alcanzó otra de las ventanas, y la abrió, para simular que se había desecho del arma arrojándola al jardín.

Deseaba que todo hubiese sido una extraña y macabra pesadilla, pero era demasiado real, demasiado crudo y violento. Las lágrimas caían a borbotones por todo su rostro, y volvió a posarse sobre el cuerpo de su madre, zarandeándola, como si todavía fuese capaz de reanimarla, y manchándose las manos de sangre.

Sintió de nuevo aquel vahído, y esta vez se dejó llevar, clamando por que su dolor fuese anestesiado. Finalmente, la oscuridad lo envolvió por completo, y desfalleció sobre su amada, en un patético intento por traerla de nuevo a la vida, o caminar junto a ella hacia el ocaso.

Cuando despertó, el hedor a muerte lo invadía todo. Un olor pútrido y macabro, que penetraba por sus fosas nasales produciéndole una extraña sensación. Hasta la última fibra de su cuerpo se erizó, mientras aquel sentimiento nauseabundo se apoderaba de él.

Sus sentidos estaban anulados, y comenzaban a despertar lentamente de un profundo letargo, al que no recordaba cómo había llegado. Entonces lo supo, supo que aquello que recorría sus venas era el terror verdadero, y nunca había experimentado nada semejante, aquel presentimiento grotesco, que parecía anunciar que no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 39

Una sombra se movía entre las lápidas, guardando el anonimato. Como si se tratase de un ritual ancestral, aquel año tampoco faltó a su cita, y caminó entre las losas, rascándose la espesa barba, y ajustándose el cuello de su chaqueta negra.

A modo de simbólico emblema, depositó sobre el mármol una hermosa rosa, y bajo ella, su particular mensaje, un poema arrancado de “*La anatomía de las rosas rojas*”, que hacía honor a sus orígenes, y a la mano que lo había escrito.

Tenaces son las raíces,
entretanto estrecho tu mano.
¿Quién eres tú? Me pregunto.

Unánime gozo exaltado,
inocuo placer encerrado.
Efluvios eternos antaño ignorados.

Resisten las flores la escarcha,
osando acallar sus lamentos.
Migran las aves descalzas,
impávidas ante el viento.
Permiten su vuelo las altas,
esferas del firmamento.

¿Quién eres tú? Me pregunto.
Enérgico cántico al tiempo,
ñapa perfecta que fija el lamento,
ondeante bandera que anuncia mi advenio.

Las letras habían sido marcadas a conciencia, y la frase era el epíteto de un amor insondable que traspasaba incluso la muerte, grabándose a fuego en el firmamento: “*Te quiero mi pequeño*”

EL SÍNDROME DE KORSAKOFF

A.FAUSTO

OTROS TRABAJOS DEL AUTOR

Gracias por adquirir una de mis novelas. Puedes echarle un vistazo a mis otros libros. ;)

Descubre Oniria, una novela que roza los límites de lo imposible entre la realidad y el mundo de los sueños:

[Oniria](#)

O viaja a un mundo distópico en Intragénesis, una novela de ciencia ficción que se atreve a desafiar los cimientos de nuestra especie.

Intragénesis

Visita la web oficial

www.descubreelsindrome.com

o busca El síndrome de Korsakoff en [Facebook](#).